

## **Revolución socialista y guerra civil (1936-1939)**

# **La izquierda comunista y la revolución española**

## **La ICE, el BOC y el POUM**

**Bárbara Areal**

### **Índice**

#### **Presentación**

#### **I. El partido de la revolución**

- **En los orígenes del comunismo español**
- **El ascenso del estalinismo**
- **Colaboración con la burguesía. La primera revolución china**
- **Los inicios de la izquierda comunista española: la OCE**
- **La ruptura del PCE con Maurín: el BOC**
- **Por un programa revolucionario**
- **Nin y Trotsky sobre la construcción del Partido**

#### **II. La fundación del POUM**

- **El surgimiento del centrismo**
- **La Oposición da por finalizada su política de enderezamiento de la IC**
- **Octubre del 34: el látigo de la contrarrevolución**
- **El trabajo en las organizaciones de masas. La polémica del entrismo**
- **La ICE y el BOC rechazan “bolchevizar” las JJSS**
- **La “unificación marxista”**
- **Hacia la ruptura definitiva con Trotsky**

#### **III. El Frente Popular y la colaboración de clases**

- **El programa del POUM**
- **Heterogeneidad política**
- **De la teoría a la práctica: el POUM y el Frente Popular**

#### **IV. La revolución social y la guerra civil**

- **Alzamiento fascista e insurrección obrera**
- **Barcelona, vanguardia de la revolución**
- **Doble poder en Catalunya**
- **El POUM y la CNT**
- **La posición de los bolcheviques-leninistas**
- **El POUM y los órganos de poder obrero**
- **Célula 72: críticas en el POUM**

#### **V. Ofensiva estalinista. Calumnias y represión contra el POUM**

- **Mayo del 37. Revolución y contrarrevolución**
- **Balance de las Jornadas de Mayo**
- **¡Acabar con el “Trotsko-fascismo”!**
- **Moscú fabrica las pruebas contra el POUM**
- **La represión**
- **¿Dónde está Nin?**
- **La República “democrática” acusa al POUM**
- **La memoria de la revolución. La lucha continua**

Apéndice documental

## Presentación

*“Como norma directriz de su propaganda o enunciado programático propugnaba el POUM por la superación de la República (...) y la constitución de una dictadura del proletariado, ejercitada por un gobierno de obreros y campesinos...”<sup>1</sup>*

Escrito de acusación del fiscal de la Segunda República contra el POUM, 11 de junio de 1938.

Son muchos los hechos que reivindican la envergadura histórica y el estudio pormenorizado de los acontecimientos que se desarrollaron en el Estado español durante los años treinta del siglo pasado. El más destacado de ellos, sin duda, fue la acción directa de las masas en su lucha por transformar la sociedad. La iniciativa revolucionaria de los obreros y los jornaleros fue capaz de sacudir todos y cada uno de los cimientos de la sociedad capitalista, tanto en el plano político, como en el económico y el militar. Regímenes y gobiernos, instituciones y principios en apariencia inmutables, fueron desafiados y, algunos de ellos, aunque sólo fuera temporalmente, derribados.

No nos referimos sólo a la caída de la monarquía de Alfonso XIII, la proclamación de la Segunda República y la gesta heroica que supusieron los tres años de resistencia armada frente a al fascismo. Los acontecimientos de los años 30 reivindican, por encima de todo, la capacidad política que la clase trabajadora —tantas veces acusada de pasividad y falta de madurez— es capaz de desplegar. Aquellos años no sólo representaron una dura escuela para los oprimidos, también pusieron de manifiesto como la conciencia de clase, en momentos de ascenso revolucionario, puede dar saltos de gigante. Los trabajadores intentaron superar los límites de la democracia burguesa y llevar a cabo la revolución social. Pugnaron por romper los vínculos de la Iglesia y el Estado, y acabar con el poder económico y social de la jerarquía católica. Debatieron sobre el derecho de las nacionalidades oprimidas a su liberación y sobre la necesidad de poner punto y final a la dominación colonial que la oligarquía española mantenía al otro lado del estrecho de Gibraltar. Pero sobre todo desafiaron la propiedad privada de los medios de producción, de las industrias y la tierra. Millones de hombres y mujeres pasaron a la acción para poner en práctica su concepto de justicia, igualdad y libertad. El impulso revolucionario no partió de sus dirigentes. Fueron las masas, guiadas por su instinto de clase, quienes abrieron una etapa de profundas transformaciones sociales.

Cientos de miles de obreros y jóvenes irrumpieron también en los partidos y los sindicatos de la izquierda, probando a sus líderes y sus programas, empujando a algunos de ellos hacia posiciones radicales. Ninguna organización obrera pudo escapar a esta ola gigantesca de efervescencia política. La mayoría de la población, que en períodos de normalidad nunca participa más que de manera indirecta y pasiva en la toma de decisiones que determinan los destinos de la nación, entró de lleno a la vida política activa. Publicaciones, periódicos y revistas, folletos y panfletos, eran distribuidos por

---

<sup>1</sup> Andrés Suárez, *El proceso contra el POUM*, Ruedo Ibérico, Francia, 1974, p. 195.

centenares de miles y leídos con avidez. Mítines y manifestaciones masivas abarrotaban los teatros, los cines y las calles. Se producían debates políticos a todas horas en los barrios, en las plazas, en las fábricas, en los cafés. La clase obrera pretendía opinar y decidir y, cuando se puso en marcha, lo inundó todo con su enérgica actividad.

Si la noticia de la victoria bolchevique en la lejana Rusia supuso una conmoción colosal en las filas del movimiento obrero español, provocando rupturas en Partido Socialista (PSOE) e intensas controversias en el movimiento anarquista agrupado en la Confederación Nacional del Trabajo (CNT), la decisión con que se movilizaron las masas tras la proclamación de la Segunda República, no hizo otra cosa que alimentar una encendida polémica en todas las organizaciones sobre la conveniencia de emular el ejemplo de Octubre de 1917.

El PSOE sufrió un proceso de diferenciación interna del que surgió el ala de izquierdas liderada por Largo Caballero, cuya dirección llegó a proclamar, al menos de palabra, la necesidad de la dictadura del proletariado. Los militantes anarquistas hicieron también una enorme contribución a este debate, cuestionando por la vía de los hechos, como muchos otros militantes socialistas y comunistas, la continuidad del régimen capitalista a través de multitud de ocupaciones de tierras y fábricas. En las filas comunistas esta controversia política adquirió la máxima intensidad.

El joven Partido Comunista de España (PCE), fundado a principio de los años veinte, había sufrido traumáticas rupturas desde sus inicios, y muy pronto se vio afectado por el ascenso del estalinismo y la reacción burocrática en la URSS y en las filas de la Internacional Comunista. El proceso se gestó en el mismo corazón del partido comunista ruso a finales de la primera mitad de los años 20, tras la muerte de Lenin. El aislamiento del Estado obrero tras la derrota de la revolución alemana, unido al atraso económico heredado del zarismo y el agotamiento de los trabajadores que cargaban sobre sus espaldas el coste de la Primera Guerra Mundial y la guerra civil desatada por la contrarrevolución, creó las bases materiales y políticas para que un sector de la dirección del partido iniciara una expropiación progresiva del poder que la revolución de 1917 había entregado a la clase obrera. Esta fracción, liderada por Stalin, revisó las posiciones políticas sostenidas por el Partido Bolchevique y los cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista celebrados entre 1919 y 1922.

Una de sus primeras formulaciones, la teoría del *socialismo en un solo país*, supuso una ruptura abierta con los fundamentos básicos de la ideología marxista. Frente a esta deriva política y organizativa, un grupo de destacados militantes encabezados por León Trotsky, dirigente de la revolución de Octubre, alzó su voz. Quienes se enfrentaron a la degeneración que se desarrollaba en el órgano dirigente del Estado soviético, agrupados en la Oposición de Izquierda, se llamaban a si mismos bolcheviques-leninistas, reivindicándose continuadores de la herencia política de Lenin. La polémica nacida en la Unión Soviética no tardó en extenderse al conjunto de la IC. Todos los dirigentes de las organizaciones comunistas tuvieron que optar entre las tesis estalinistas y las de la Oposición de Izquierdas. Pero no se trató de un debate limpio y democrático. El aparato estalinista utilizó todo tipo de maniobras, primero con medidas organizativas y expulsiones, y más tarde a través de la represión abierta, para acallar a los disidentes. En lo que se refiere al PCE, como en el resto de partidos integrantes de la Internacional Comunista, la mayoría de la dirección se posicionó con las posturas estalinistas, lo cual

desembocó en la expulsión de aquellos que no asumían las nuevas directrices. Entre estos opositores se encontrarían los fundadores de la izquierda comunista española.

La caída de la monarquía, en abril de 1931, encontró al Partido Comunista de España en una situación de extrema debilidad. Fue el desarrollo de la revolución lo que permitió al Partido oficial, que contaba con el apoyo de la Internacional Comunista ya completamente estalinizada, un extraordinario crecimiento en su militancia, pasando de un pequeño puñado de activistas y no más de un millar de afiliados, a decenas de miles de militantes a finales de 1936. Su recién adquirida fortaleza no pudo zanjar, sin embargo, la fuerte polémica que arrastraba el movimiento comunista.

Con el inicio de la guerra civil española, las filas del comunismo español vivían una fuerte división. Por una parte, el PCE, partidario de contener el movimiento revolucionario de las masas dentro de los límites de la República democrática burguesa, aplicaba con tenacidad el nuevo programa frentepopulista adoptado en el VII Congreso de la IC. José Díaz, su secretario general, escribía: “Nuestro Partido no ha pensado nunca que la solución a esta guerra pueda ser la instauración de un régimen comunista.”<sup>2</sup> Su posición recogía fielmente la política dictada por el PCUS, que dirigía con mano de hierro la Internacional Comunista. Una carta de Stalin enviada a Largo Caballero en diciembre de 1936 dejaba claro estos límites: “La revolución española se abre caminos que, en muchos aspectos, difieren del camino recorrido por Rusia. (...) Es muy posible que la vía parlamentaria resulte un procedimiento de desarrollo revolucionario más eficaz en España de lo que lo fue en Rusia. (...) es también necesario (...) impedir que los enemigos de España vean en ella una República comunista...”<sup>3</sup>

Frente a estas tesis se situó el ala de izquierdas del movimiento comunista que, a pesar de sus fuerzas limitadas, dejó una profunda huella en la revolución española. El Partido Obrero de Unificación Marxista, POUM, nacido de la fusión de la Izquierda Comunista de España (ICE) y el Bloque Obrero y Campesino (BOC), ambas encabezadas por veteranos militantes expulsados de las filas del comunismo oficial, defendió otro punto de vista en la revolución española: “El carácter de la revolución en nuestro país no es simplemente democrático, sino que es democrático-socialista. Solamente si la clase trabajadora toma el Poder se llevará a término la revolución democrática íntimamente enlazada, en esta época histórica, con la revolución socialista.”<sup>4</sup>

Fundado en un momento crítico del proceso revolucionario, el verano de 1935, el POUM pronto se vio enfrentado a acontecimientos decisivos que pusieron a prueba la firmeza revolucionaria de su dirección. La actividad legal del partido duró poco, antes de que pudiera celebrar su segundo aniversario fue proscrito por las autoridades republicanas, y sus dirigentes encarcelados. El POUM fue objeto de una brutal campaña de calumnias puesta en marcha por el estalinismo, en la que la dirección del PCE jugó un papel de primer orden aplicando la línea, y los planes, que antes se decidían en la cúpula del Partido ruso y de la Comintern. Esta ofensiva, en la que el POUM fue acusado falsamente de colaborar con el fascismo, de formar parte de la quinta columna

---

<sup>2</sup> Carta a la redacción de *Mundo Obrero* del 30 de marzo de 1938, incluida en libro *José Díaz. La pasión por la unidad*, editado por la Fundación de Investigaciones Marxista, Sevilla, 2002, pp. 242.

<sup>3</sup> Pierre Broué, *La revolución española (1931-1939)*, Ediciones Península, Barcelona, 1977, pp. 214-216.

<sup>4</sup> Folleto editado por el Comité Ejecutivo del POUM en febrero de 1936 titulado *Qué es y qué quiere el Partido Obrero de Unificación Marxista*, incluido en el Apéndice documental al final del libro.

franquista, concluyó en la liquidación de la izquierda comunista. Todos los dirigentes de la izquierda “antifascista” que, por acción u omisión, permitieron la represión de la militancia poumista, tuvieron algo en común: rechazaban con vehemencia la tesis de ‘revolución en la retaguardia para ganar la guerra al fascismo’. La actitud militante de la base poumista, y el apoyo de destacados dirigentes de la izquierda europea, obligaron al tribunal republicano que llevó adelante el proceso contra el partido a refutar las repugnantes acusaciones de su supuesta colaboración con el ejército fascista. Todo esto no supuso, sin embargo, una modificación esencial del resultado de esta campaña de calumnias y falsificaciones: el POUM fue ilegalizado por el delito de abogar por la “*dictadura del proletariado*”. Antes Andreu Nin, su máximo dirigente, había sido secuestrado y brutalmente torturado hasta la muerte por un comando de la policía secreta de Stalin.

Este trabajo pretende ahondar en la trayectoria y los planteamientos políticos de aquellos revolucionarios comunistas que se encontraron fuera de las filas del PCE en esos históricos acontecimientos. Su devenir transcurre paralelamente a la revolución española, y está cuajado de intensos debates internos. El hecho de que todos ellos se declarasen firmes partidarios del marxismo y del Partido Bolchevique no evitó que, en el momento de pasar de la teoría a la práctica, surgieran numerosas diferencias. La historia militante de la Izquierda Comunista Española (ICE), del Bloque Obrero y Campesino (BOC) y del POUM, está llena de grandes enseñanzas y lecciones.

Nada más lejos de nuestra intención que realizar un ejercicio académico propio de eruditos que se centran en el pasado de la lucha de clases por considerarlo más apasionante que su presente y futuro. No somos nostálgicos de la revolución. Admiramos y reivindicamos la gesta del movimiento obrero en los años 30 y la estudiamos de forma escrupulosa porque queremos aprender de su vasta experiencia para luchar hoy y ahora por el socialismo.

En el estudio de la rica historia de la izquierda comunista en el Estado español nos hemos apoyado en los trabajos de numerosos autores como Pierre Broué, Pelai Pagès, Agustín Guillamón, Wilebaldo Solano, Andreu Charles Durgan y otros más. Obvia decir que las conclusiones y opiniones de fondo son exclusivamente nuestras. Esperamos que el lector sepa disculpar la proliferación de citas. No hemos querido renunciar a ellas porque pensamos que deben ser los auténticos protagonistas quienes deben *dar cuenta* de su obra política. Por otra parte, al tratarse de una historia llena de polémicas, son visibles nuestras simpatías con unas determinadas posiciones. Pensamos que intentar esconderlas habría sido un engaño, puesto que existen y es justo que el lector cuente con ellas. En cualquier caso hemos intentado que las diferentes posturas políticas en liza contaran con una justa exposición argumental, permitiendo así al lector extraer sus propias conclusiones.

## I. El partido de la revolución

Los acontecimientos de Octubre de 1917 probaron que la revolución no reconoce fronteras. Las noticias de la victoria proletaria en Rusia tuvieron un efecto electrizante en el movimiento obrero internacional y sacudió a los partidos socialistas europeos. Los bolcheviques, que años antes habían roto con la Segunda Internacional por su política reformista, aprovecharon la ola de confianza en la viabilidad del socialismo que contagió a un sector de la militancia socialdemócrata para levantar la bandera de la Internacional Comunista, también conocida como Tercera Internacional o Comintern, fundada en marzo de 1919. Ponían así en práctica un aspecto central de la teoría marxista: el carácter internacional de la lucha por el socialismo. No sólo se trataba de no dejar escapar la oportunidad histórica de construir una organización comunista de dimensión internacional, sino también de garantizar el futuro del joven Estado obrero en Rusia.

Los orígenes del movimiento comunista en el Estado español están íntimamente ligados al nacimiento de la URSS. El congreso que el PSOE celebró en 1918 reflejó la auténtica dimensión de la victoria de los trabajadores y campesinos pobres de Rusia, sin importar que esta se produjera a miles de kilómetros de distancia. El genuino entusiasmo de un sector de la militancia socialista convivió, no obstante, con las reticencias de los sectores más reformistas de su dirección. A la vez que se aprobaba una resolución de salutación a la Revolución Rusa, se dio apoyo a la petición de algunos mencheviques rusos para que la Segunda Internacional investigara su expulsión de Rusia. Esta dualidad política no se pudo mantener durante mucho tiempo. A finales de ese mismo año, nació el semanario *La Internacional* —encabezado por Núñez de Arenas, dirigente socialista— como portavoz del ‘Comité por la Tercera Internacional’ y, en las JJSS de Madrid, la admiración por las ideas bolcheviques no cesaba de crecer. La fundación de la IC en marzo del año siguiente, obligó a la dirección del PSOE a situarse en uno de los dos campos. Ese momento llegó con la celebración del Congreso extraordinario de diciembre de 1919. La simpatía por la nueva Internacional quedaría reflejada tanto en la votación (14.010 a favor de mantenerse en la Segunda Internacional y 12.947 en contra y a favor de la Tercera), como en la precaución de los representantes del ala de derechas. Besteiro<sup>5</sup>, que justificaba la continuidad en las filas de la socialdemocracia en aras de no dividir al movimiento socialista, tuvo que declararse también, de manera demagógica, amigo de la Revolución Rusa y de la dictadura del proletariado.<sup>6</sup>

### En los orígenes del comunismo español

Si esto ocurría en diciembre, antes de que transcurrieran cuatro meses, el 15 de abril de 1920, los simpatizantes del bolchevismo en las Juventudes Socialistas (JJSS), constituyeron el Partido Comunista Español, inmediatamente reconocido como sección española de la IC. Entre los miembros de la delegación que acudió al segundo congreso de la Comintern en julio de ese mismo año, se encontraban Luis Portela y Juan Andrade, que 15 años más tarde estarían en la dirección del POUM.

---

<sup>5</sup> Julián Besteiro Fernández, dirigente del PSOE que jugó un papel destacado en los años 20 y 30. Recién proclamada la II República, Besteiro es elegido presidente de las Cortes Constituyentes.

<sup>6</sup> Joan Estruch, *Historia del P.C.E. (I) (1920-1939)*, El viejo topo, Barcelona 1978, p. 19.

Dentro del PSOE, la polémica no había finalizado: quedaban todavía en sus filas un importante número de militantes y dirigentes que apoyaban a la Comintern, pero que habían considerada prematura la decisión de los jóvenes socialistas. A principios de abril de 1921 se celebró un nuevo congreso socialista que centró sus debates en las 21 condiciones de ingreso en la IC. Los delegados *terceristas*, que si bien perdieron la votación recogieron bastante más de la tercera parte de los sufragios, leyeron en la última sesión del congreso una declaración de separación del PSOE, constituyendo ese mismo día el Partido Comunista Obrero Español, adhiriéndose también a la Tercera Internacional. A mediados de noviembre, los dos partidos comunistas del Estado español se fusionaron constituyendo el Partido Comunista de España (PCE), que celebraría su primer congreso el 15 de marzo de 1922. Tras su fundación, el partido sería duramente golpeado por la dictadura de Primo de Rivera, con constantes detenciones y encarcelamientos de sus máximos dirigentes.

Los primeros años de vida del PCE tampoco fueron fáciles en lo que respecta a su vida interna. Desde el comienzo, el enfrentamiento entre los jóvenes, procedentes de las JJSS y del primer partido comunista, y aquellos que llegaban de las filas del PSOE en torno al PCOE, no hicieron más que agudizarse. Los primeros reprocharon constantemente a los segundos sus resquicios reformistas y su apego por las formas parlamentarias, hasta el punto de que dirigentes como Juan Andrade encabezarían una oposición de corte ultraizquierdista, solidaria políticamente de los comunistas de “izquierda” holandeses y alemanes, con los que Lenin y Trotsky mantendrían duras polémicas en el segundo congreso de la IC. La Comintern tuvo que enviar sucesivos delegados para intentar frenar la lucha fraccional y devolver al Partido la unidad quebrada.

Con el Partido sometido a las detenciones de la policía de Primo de Rivera, una propuesta del delegado en España de la IC, Jacques Doriot, partidario de que los comunistas españoles lanzaran una amplia campaña de rechazo a la guerra en Marruecos, fue el catalizador para que se expresaran nuevas diferencias internas. El rechazo de la mayoría del Comité Central a la orientación proveniente de Moscú provocó una crisis que se saldó con la celebración de una Conferencia nacional en noviembre de 1924, en la que la tanto el secretario general como la mayoría de la dirección presentó su dimisión. “La oposición tampoco compartía el punto de vista de Doriot, pero decidió apoyar su propuesta como instrumento para deshacerse de la dirección nacional.”<sup>7</sup> El PCE inició sus pasos marcado no sólo por una extrema debilidad numérica y los golpes de la represión, sino también por enfrentamientos internos con escaso fondo político. Finalmente, quedaría constituido un nuevo Comité Ejecutivo (CE) integrado por miembros de las tres Federaciones más importantes: Vizcaya, Levante y Cataluña.

Al frente de esta última, la Federación Comunista Catalana-Balear (FCC-B), se encontraba Joaquín Maurín, quién tiempo antes había ingresado en el PCE y, en poco más de una década, se convertiría en el Secretario General del POUM. El dirigente de los comunistas catalanes, maestro de profesión, provenía de las filas de la CNT, en la que ingresado en 1914 en Lérida, provincia en la que fue elegido secretario general del sindicato en 1920. La CNT, también se había visto profundamente conmovida por el Octubre ruso, que fue recibido por su militancia con verdadero entusiasmo. Buena prueba de ello fue el acuerdo adhesión a la Tercera Internacional, si bien de forma

---

<sup>7</sup> Andreu Charles Durgan, *B.O.C. 1930-1936 El Bloque Obrero y Campesino*, Editorial Alertes, Barcelona, 1996, p. 36.

condicional, adoptado en el congreso celebrado en 1919 en el Teatro de la Comedia de Madrid. La Confederación decidió aceptar la invitación al Congreso constitutivo de la Internacional Sindical Roja (ISR) que se celebraría en Moscú en julio 1921, para lo cual eligió una comisión integrada por cinco miembros, entre ellos el propio Maurín, Andreu Nin, Hilario Arlandis y Jesús Ibáñez. Es interesante destacar que los tres primeros tendrán vínculos con el POUM. Maurín y Nin serán miembros de su máxima dirección, y Arlandis<sup>8</sup> miembro del BOC hasta 1932.

Maurín recordaría con insatisfacción el trato recibido por los delegados cenetistas en la URSS, considerando que su influencia real en el movimiento obrero era despreciada en aras de un protagonismo inmerecido a los representantes del PC oficial, cuya implantación entre la clase obrera era francamente escasa. “Los delegados de la CNT, al llegar a Moscú tuvimos que constatar que la CNT había pasado a ser un invitado de segunda fila. La primera plaza la ocupaba un hipotético Partido Comunista Español cuyo líder era Merino Gracia. Nuestra delegación hizo todo lo posible para evitar una ruptura con el madrugador Partido Comunista Español, más conocido en Moscú que en España. Trató asimismo de hacer comprender a los dirigentes rusos que el porvenir del comunismo en España iba íntimamente unido con la CNT. Hay que reconocer que Lenin y Trotsky con los que cambiamos impresiones, comprendieron perfectamente que, en efecto, era así. Pero ni Lenin ni Trotsky se ocupaban de España, que quedaba abandonada como una provincia lejana destinada a que hicieran el ensayo sobre ella revolucionarios e internacionalistas más o menos inéditos e inteligentes.”<sup>9</sup>

Si bien Nin y Arlandis prolongaron su estancia en la URSS, cuando Maurín regresó a Catalunya tardó poco tiempo en comprobar que las condiciones para la intervención de los militantes cenetistas que apoyaban la república de los Soviets habían cambiado. La Conferencia Nacional de la CNT celebrada el 11 de junio de 1922 en Zaragoza, retiró el respaldo expresado a la IC gracias a la mayoría que obtuvieron los dirigentes anarquistas contrarios a la URSS. “La primera reacción del grupo ante los resultados de la Conferencia de Zaragoza sería, pues, mantenerse dentro de CNT como portavoces de la III Internacional. A tal efecto, el día 24 de diciembre de 1922, en una reunión de delegados de Asturias, Vizcaya, Burgos, Cataluña y Levante, celebrada en Bilbao, se crearon los Comités Sindicalistas Revolucionarios. (...) Sus objetivos eran —además de mantener la defensa de la revolución rusa y la Internacional comunista, propagando las doctrinas que las inspirasen— intentar la unificación de todo el proletariado español en un solo organismo sindical, dentro de la cual tuvieran cabida todas las tendencias ideológicas, luchar contra toda desviación reformista... (...) Uno de los acuerdos que los Comités toman en su reunión constituyente es adherirse a la Internacional Sindical Roja, delegando al camarada Andrés Nin para que sea el representante de los CSR.”<sup>10</sup> Los militantes cenetistas partidarios de la IC se pronunciaron también sobre los métodos de lucha que permitirían avanzar al movimiento obrero. Frente al gradualismo reformista reivindicaron la ‘acción directa’ y, frente al terrorismo individual la ‘violencia colectiva’.

---

<sup>8</sup> Tras su expulsión del BOC ingresó en las filas del Partido Socialista Unificado de Cataluña (PSUC).

<sup>9</sup> Joaquín Maurín, *El Bloque Obrero y Campesino (Origen, actividad y perspectivas)*, 7 de febrero de 1932, artículo incluido en este libro.

<sup>10</sup> Pelai Pagès, *Andreu Nin: su evolución política (1911-1937)*, Edita ZERO, S.A., Barcelona, 1975, pp. 97-98.

Maurín, dirigente indiscutible de los CSR, fundó el semanario *La Batalla* en diciembre de 1922, que años más tarde, y en otras condiciones, se transformará en el órgano de expresión del POUM. Los inicios no fueron fáciles. “A fines de 1922 hicimos aparecer, en Barcelona, *La Batalla*, para trabajar más en contacto con la base sindicalista. Queríamos hacer arraigar el comunismo en Cataluña. (...) *La Batalla* empezó tirando tres mil ejemplares. Éramos en total tres camaradas para llevar a cabo esta labor. Yo la escribía, Bonet la componía y el camarada Foix la administraba. En Barcelona, se vendían muy pocos ejemplares. (...) Las perspectivas no eran muy halagüeñas. (...) El terrorismo blanco dirigió sus tiros contra *La Batalla*. El camarada Foix fue asesinado por los pistoleros del Sindicato libre en abril de 1923, mientras paseaba por la calle de Tallers. No teníamos ni local de redacción ni de administración. La correspondencia se recibía en un Apartado de Correos. El periódico se imprimía en un simulacro de imprenta instalado en la calle del Tigre. La labor de *La Batalla* no era infecunda, sin embargo. Iba produciendo efecto. El camarada anarquista que vino primero a nuestro lado era David Rey, que entonces estaba en la cárcel. El compañero Rodríguez nos trajo la adhesión de un núcleo importante de Tarragona, que mas tarde ha sido el alma del BOC. Los camaradas Tusó y Sala fueron valiosos simpatizantes desde el primer momento. A mediados de 1923, empezó a notarse una variante muy importante en algunos sindicatos de Barcelona en sentido favorable a las tesis defendidas por nosotros. Las directivas del sindicato de la Metalurgia, del Transporte y Textil, se acercaban a nosotros. Eran los tres sindicatos más importantes de la CNT. El edificio anarcosindicalista se cuarteaba.”<sup>11</sup>

A principios de 1924, Maurín decidió dar un paso adelante en la organización de los CSR, liderando la fusión de los simpatizantes agrupados en torno a *La Batalla* con la escasa militancia del PCE en Catalunya, haciéndose cargo de la recién formada Federación Comunista Catalano-Balear. En cualquier caso, si bien la fusión era un hecho en el terreno organizativo, no lo era así en el plano político. “El distinto origen político de la FCC-B, así como las circunstancias políticas objetivas, dificultaron enormemente la integración del grupo catalán en el PCE. Desde el principio, la Federación Catalana, junto con la de Vizcaya, discrepó de la dirección nacional, a la que culpaba de ser responsable de la inoperancia del Partido debido a su pasividad.”<sup>12</sup> Maurín lo recuerda así: “En el otoño de 1924 surgió una crisis en el partido comunista. La tendencia representada por el grupo de *La Batalla*, que había ingresado oficialmente hacía poco en el partido, estaba en desacuerdo con la política seguida por la dirección del PC a la que considerábamos poco activa. Entendíamos nosotros que era necesario combatir contra la Dictadura con energía apelando incluso a todos los procedimientos ilegales. La dirección del PCE opinaba que el partido era impotente y que no había otra solución que amoldarse a la realidad esperando que las cosas variaran. En el pleno del partido celebrado a mediados de noviembre de 1924, el Comité Ejecutivo del PCE presentó la dimisión, pasando de este hecho la responsabilidad de la dirección a la Federación Catalana, es decir, a nosotros. Esto no duró más que breves días. Hicimos aparecer un periódico ilegal, *Vanguardia*. La represión se acentuó. Y en enero de 1925, nuestro núcleo fue diezmado. En la cárcel estábamos cuarenta o cincuenta camaradas presos.”<sup>13</sup>

---

<sup>11</sup> Joaquín Maurín, *El Bloque Obrero y Campesino (Origen, actividad y perspectivas)*.

<sup>12</sup> Andreu Charles Durgan, *op. cit.*, p. 36.

<sup>13</sup> Joaquín Maurín, *El Bloque Obrero y Campesino (Origen, actividad y perspectivas)*, *op. cit.*

Con su militancia diezmada, el PCE celebró una Conferencia Nacional en Burdeos a finales de ese año que aupará a Bullejos a la secretaría general. Es habitual que la fusión orgánica de partidos que no cuentan con una sólida homogeneidad política, si bien incrementa el listado de los militantes a corto plazo, suele ocultar, tras la aparente fortaleza numérica, un resultado contrario a los fines perseguidos, provocando desorientación, nuevas rupturas y divisiones. Pocos años después, tras una difícil convivencia, marcada por múltiples enfrentamientos, expulsiones y sanciones, la FCC-B acabará rompiendo con el PCE y fundando un nuevo partido, el Bloque Obrero y Campesino (BOC).

### **El ascenso del estalinismo**

Paralelamente a las vicisitudes internas que sufría la militancia del PCE, se producía otro fenómeno político de una trascendencia extraordinaria: la deriva burocrática del Partido Comunista de la URSS y del Estado obrero.

La tenacidad demostrada por las masas rusas que levantaron sobre una base material precaria el Ejército Rojo, una extraordinaria maquinaria comandada por León Trotsky, permitió el triunfo militar sobre los enemigos de Octubre. Sin embargo, la batalla entre socialismo y capitalismo no se libraba sólo con las armas en la mano. Tras el fin de la guerra, Lenin alertaba a la dirección bolchevique con la siguiente reflexión: “La lucha de clases no desaparece bajo la dictadura del proletariado, lo único que hace es adoptar otras formas (...) La clase de los explotadores, los terratenientes y capitalistas, no ha desaparecido ni puede desaparecer de golpe bajo la dictadura del proletariado. Los explotadores han sido derrotados, pero no aniquilados. Aún tienen una base internacional, el capital internacional, del cual son una sucursal. Aún tienen, en parte, algunos medios de producción, aún tienen dinero, aún tienen amplios vínculos sociales.”<sup>14</sup> Al insistir en esta importante idea, Lenin explicaba que las tareas de los cuadros comunistas se centraban en ese momento tanto en el terreno económico como en el desarrollo de la conciencia socialista: “Es natural e inevitable que durante los primeros tiempos, después de la revolución proletaria, nos preocupe más que nada la tarea principal y fundamental: aplastar la resistencia de la burguesía, vencer a los explotadores (...) Pero, al lado de ella, surge también inevitablemente —y cada vez con mayor fuerza— otra tarea más esencial: la edificación comunista positiva, la creación de las nuevas relaciones económicas, de la nueva sociedad. (...) Es evidente que, para suprimir por completo las clases, no basta con derrocar a los explotadores, a los terratenientes y capitalistas, no basta con suprimir su propiedad, sino que es imprescindible también suprimir toda propiedad privada de los medios de producción; es necesario suprimir la diferencia que existente entre la ciudad y el campo, así como entre trabajadores manuales e intelectuales. Esta obra exige mucho tiempo. Para realizarla, hay que dar un gigantesco paso en el desarrollo de las fuerzas productivas, hay que vencer la resistencia (muchas veces pasiva y mucho más tenaz y difícil de vencer) de los numerosos vestigios de la pequeña producción, hay que vencer la fuerza enorme de la costumbre y la rutina que esos vestigios llevan consigo.”<sup>15</sup>

La factura de la lucha armada frente a la coalición internacional de la reacción capitalista tuvo un coste demasiado elevado, minando las ya de por sí débiles bases

---

<sup>14</sup> Lenin, *La economía y la política de la dictadura del proletariado*, 7 de noviembre de 1919.

<sup>15</sup> Lenin, *Una gran iniciativa (El heroísmo de los obreros en retaguardia. A propósito de los “sábados comunistas”)*, Obras Completas, Tomo39, Editorial Progreso, Moscú, 1986, pp. 14-16.

materiales sobre las que se debían desarrollar las tareas propuestas por Lenin. Petrogrado, centro neurálgico de la revolución, redujo su población de 2.400.000 habitantes en 1917 a 574.000 en 1920. La muerte en el frente y el hambre en las ciudades, obligó a numerosas familias obreras a emigrar al campo, haciendo descender entre 1917 y 1920 el número de obreros industriales de 3.000.000 a 1.240.000. La dirección política pagó un alto precio también: entre los muertos y desaparecidos durante la guerra civil se contaban muchos de los mejores cuadros bolcheviques.

Esta situación límite, encontró una esperanza temporal en el levantamiento del proletariado alemán en diciembre de 1918. Alemania era un país clave para el futuro de la URSS. Con la ayuda de la técnica industrial alemana se podría haber llevado a cabo un desarrollo socialista en la agricultura soviética gracias a la colectivización de la tierra, la introducción de la maquinaria y los avances occidentales. La Revolución alemana de 1918 pudo haber cambiado el curso de la historia de la URSS y, con ello, la de conjunto del mundo. Trágicamente, fracasó. Su derrota no vino determinada por la falta de coraje revolucionario de los trabajadores alemanes, sino por la ausencia de un partido marxista fuertemente implantado entre la clase obrera y la traición de la socialdemocracia que, en colaboración con las fuerzas militares de la burguesía, asesinó a los dos líderes de la revolución: Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht. El fracaso alemán sería seguido por otros en Hungría, Bulgaria, Italia... La revolución en Europa quedaba aplazada.

Si bien se cumplió la perspectiva de Lenin y Trotsky sobre la extensión del proceso revolucionario iniciado en Rusia, su desenlace negativo privó a la URSS del imprescindible auxilio de la clase obrera europea. “Si examinamos la situación a escala histórica mundial”, explicaba Lenin en 1918, “no cabe la menor duda de que si nuestra revolución se quedase sola, si no existiese un movimiento revolucionario en otros países, no existiría ninguna esperanza de que se llegase a alcanzar el triunfo final.”<sup>16</sup> Efectivamente, el socialismo no podía ser construido en las fronteras nacionales de la URSS aunque se tratara de un país de dimensiones continentales. El Estado obrero seguía cercado por el mercado mundial y la división internacional del trabajo, mucho más peligroso, como factor contrarrevolucionario, que los regimientos imperialistas.

El aislamiento permitió que las fuerzas agazapadas del antiguo Estado zarista, todavía latentes, levantaran cabeza. “Los burócratas zaristas han comenzado a pasar a las oficinas de los órganos soviéticos, en los que introducen hábitos burocráticos y para asegurar un mayor éxito en su carrera, se procuran carnés del PC de Rusia. (...) hemos hecho todo lo necesario por suprimir estas trabas, pero hasta hoy no hemos podido lograr que las masas trabajadoras puedan participar en la administración, además de las leyes, existe el problema del nivel cultural, que no puede ser sometido a ninguna ley.”<sup>17</sup> A su vez, el colapso de la industria, que paralizaba el intercambio de productos manufacturados por alimentos en el campo, obligó a los bolcheviques a enviar destacamentos armados a requisar el grano de los campesinos; fue la etapa conocida como comunismo de guerra que se extendió desde 1918 hasta 1921.

---

<sup>16</sup> Ted Grant, *Rusia, de la revolución a la contrarrevolución*, FUNDACIÓN FEDERICO ENGELS, Madrid, 1997, p. 76.

<sup>17</sup> Lenin, discurso pronunciado en marzo de 1919 al VIII Congreso de PC de Rusia, incluido en la recopilación *Acerca de la incorporación de las masas a la administración del Estado*, Editorial Progreso Moscú, 1978, p. 171.

La depresiva situación de la economía obligó a los bolcheviques a realizar concesiones a la economía de mercado. Era necesario reactivar la producción y asegurar la existencia de millones de explotaciones campesinas, duramente golpeadas por los requisamientos forzosos de la guerra. El objetivo de la *Nueva Política Económica* (NEP), aumentar la producción y la circulación de mercancías, sólo podía alcanzarse saneando las relaciones entre el campo y la ciudad. Para ello se permitió a los campesinos comerciar con su producción agrícola. La NEP dio los resultados económicos esperados, pero inevitablemente acompañados de un alto precio político: el fortalecimiento de las tendencias burguesas en el campo.

El fracaso de la siguiente oleada revolucionaria en Alemania en 1923 alimentó aún más la desconfianza de los estratos superiores de la sociedad hacia el movimiento obrero y la posibilidad de una victoria revolucionaria en otros países. El partido bolchevique, diezmado por los años de la guerra, acusaba desde 1922 las ausencias cada vez más frecuentes de Lenin, carcomido por la enfermedad. Finalmente, Lenin murió en enero de 1924.

Las desfavorables condiciones materiales impuestas a la revolución tras la toma del poder favorecieron la conformación de una nueva casta integrada por quienes se encontraban al frente de los sóviets, del Partido y el Estado. Con el paso del tiempo, este grupo que tenía en sus manos las palancas del poder, adquirió conciencia de sus propios intereses. Las formas de propiedad nacionalizadas y la planificación de la economía, fueron respetadas por los nuevos *jefes*, ya que de ellas emanaba su posición de privilegio y poder. Pero, a la vez, la nueva casta dirigente comenzó a desarrollar una política, tanto en las fronteras interiores de la URSS como en el exterior, acorde con sus necesidades, con su deseo de una relativa estabilidad que posibilitara un desarrollo sin sobresaltos de su dominación, incluso aunque ello entrara en contradicción con los intereses generales de la clase obrera. La funesta teoría del socialismo en un solo país, formulada por Stalin en otoño de 1924, acabó con la perspectiva internacionalista de la Internacional Comunista, creando las condiciones para terribles derrotas, tanto en los países capitalistas desarrollados como en las colonias. Esta doctrina representa una negación rotunda del programa leninista: “Estamos lejos incluso de haber terminado el período de transición del capitalismo al socialismo. Jamás nos hemos dejado engañar por la esperanza de que podríamos terminarlo sin la ayuda del proletariado internacional. Jamás nos hemos equivocado en esta cuestión (...) Naturalmente, la victoria definitiva del socialismo en un solo país es imposible.”<sup>18</sup>

La participación activa, y consciente, de las masas soviéticas en la dirección de la sociedad era una condición imprescindible en la transición al socialismo. Pero esa intervención requería de un alto grado de desarrollo de las fuerzas productivas, necesaria para reducir la jornada laboral y permitir la actuación de la clase obrera y el campesinado en el control y la gestión del Estado de transición. A lo largo de un proceso traumático, que contó con la oposición decidida de muchos de los mejores cuadros bolcheviques, la revisión de los principios fundamentales del marxismo fue acompañada de la expropiación del poder político que la dictadura del proletariado confería a la clase obrera. Los métodos burocráticos y autoritarios en el Partido, así como en el resto de organismos del Estado, impregnaron la vida política. La democracia obrera de los primeros años de la revolución fue reemplazada por el control burocrático

---

<sup>18</sup> Ted Grant, *op. cit.*, p. 77.

de una casta de funcionarios a los que repelía la idea de más sacrificios, sinsabores y privaciones. Había nacido el primer régimen de bonapartismo proletario de la historia, encabezado por Stalin.<sup>19</sup> Sólo comprendiendo los procesos que dieron lugar al surgimiento del estalinismo, podemos entender el giro que se produjo en la política exterior de la URSS a mediados de los años veinte y sus desastrosas consecuencias para la primera revolución china, y posteriormente para el conjunto de Europa, especialmente el ascenso del nazismo y la derrota de la revolución española.

A pesar de la profunda reacción que se vivía en suelo ruso, no todos se sometieron a los dictados de la nueva casta liderada por Stalin. León Trotsky, dirigente de las revoluciones de 1905 y 1917, levantó su voz contra el curso de los acontecimientos y denunció las nuevas ideas de la burocracia. A finales de 1922 Stalin organizó un bloque dentro del Politburó, formando una troika con Kámenev y Zinóviev, y logrando, gracias a ella, la mayoría en el Comité Central del PCUS a principios de 1923. Para octubre de ese mismo año, Trotsky declaraba una fracción en el Partido para defender el programa de Lenin: la Oposición de Izquierdas (bolcheviques-leninistas).

Los errores políticos de la dirección estalinista fueron criticados duramente por los cuadros de la Oposición que exigieron una vuelta inmediata a los principios de la democracia obrera en el partido, el Estado y los sóviets. Demandaron también planes para asegurar la industrialización del país frente a la política bujarinista del socialismo a “paso de tortuga”. En el plano internacional, la Oposición defendió una política de independencia de clase. El XV Congreso del PCUS, celebrado en diciembre de 1927, aprobó que la adhesión a la Oposición y la propaganda de sus puntos de vista eran incompatibles con la condición de miembro del partido. Los opositores fueron expulsados del Partido, Trotsky desterrado a Alma Ata y la mayoría de sus seguidores deportados o encarcelados.

### **Colaboración con la burguesía. La primera revolución china**

Uno de los factores que determinó este brutal ataque por parte de Stalin contra sus adversarios políticos, fue la postura mantenida por los opositores frente a la revolución china. Se trató de una batalla ideológica trascendental, que no podía más que trascender las fronteras del país asiático al abordar el papel de la burguesía nacional de los países menos desarrollados en los procesos revolucionarios y, por tanto, la viabilidad de alianzas políticas entre el proletariado y la burguesía. Polemizando con la dirección estalinista de la IC para la revolución china, Trotsky puso al descubierto el carácter menchevique de su política y su abandono del programa de independencia de clase que posibilitó la victoria bolchevique en 1917. Vale la pena detenerse en estos acontecimientos, aunque sea brevemente, ya que anticipan también el núcleo central de la crítica que desarrollarían los partidarios de la Oposición de Izquierdas en la revolución española.

El III Congreso del Partido Comunista Chino, celebrado en Cantón en junio de 1923, aprobó una alianza orgánica y estable con las fuerzas del nacionalismo burgués a través de su partido, el Kuomintang<sup>20</sup>. La argumentación política para justificar esta táctica no

---

<sup>19</sup> Para un estudio detallado del ascenso del estalinismo recomendamos el clásico de León Trotsky *La revolución traicionada*, FUNDACIÓN FEDERICO ENGELS, Madrid 2001

<sup>20</sup> Partido político burgués y nacionalista chino, fundado tras la Revolución de de 1911 que derrocó a la dinastía Qing y estableció una república en China.

era otra que el carácter burgués y democrático de la futura revolución china, que asignaría el papel dirigente a la burguesía, a la que se le suponía un carácter revolucionario debido a la postración a la que estaba sometida por la agresiva presencia imperialista. No se trataba de una idea original, puesto que estaba en perfecta sintonía con la melodía interpretada por los mencheviques entre febrero y octubre de 1917 en Rusia. La responsabilidad, de este acuerdo se encontraba lejos de Cantón, más exactamente en Moscú, donde la nueva política de la IC, dictada por la troika formada por Stalin, Zinóviev y Kámenev, diseñaba las directrices del PCCh. Tan es así, que dicho congreso no hizo más que ratificar una política decidida, aprobada y hecha pública seis meses atrás. El 26 de enero de 1923, Sun Yat-sen, máximo dirigente del Koumintang, y los representantes de la IC, firmaron una alianza basada en que el sistema comunista, e incluso el de los sóviets, no podían ser introducidos en China, al no existir ninguna condición favorable para su aplicación. En las negociaciones se discutió también la forma que asumiría la colaboración entre el PCCh y el Kuomintang. Sun se negó a una alianza entre partidos y no sólo exigió, sino que consiguió, que los representantes de la IC aceptaran que los comunistas chinos se afiliaran individualmente y acataran la disciplina del partido nacionalista.

Poco tiempo después, a principios de 1925, se iniciaron importantes movilizaciones obreras. El PCCh, que a pesar de su pequeño tamaño tenía posiciones destacadas en los recién creados sindicatos chinos, consiguió multiplicar por diez su afiliación. La represión salvaje contra las movilizaciones por parte de las tropas extranjeras provocó tal grado de radicalización que la dominación imperialista quedó muy cuestionada. El 1 de julio de 1925, gracias al movimiento del proletariado, los dirigentes del Kuomintang, proclamaron en Cantón un gobierno nacional cuyo objetivo sería unificar China bajo un régimen nuevo y unitario. Para lograr este objetivo se fundó el Ejército Nacional Revolucionario. La revolución china se había puesto en marcha, extendiéndose a las ciudades más importantes del país. Rápidamente se comprobó como la rebelión no se limitaba a las empresas de capital extranjero. Los trabajadores chinos no pretendían expulsar a los explotadores imperialistas para ceder el poder a sus explotadores nativos, luchaban para mejorar sus condiciones de vida, para aumentar su salario, reducir su jornada laboral y conseguir plenos derechos sindicales y políticos. Las huelgas no se limitaron a las empresas extranjeras, y empezaron a extenderse a las de propiedad china. El proletariado chino empezó así a desarrollar un papel independiente de la burguesía en la revolución.

En Cantón se formaron piquetes armados dirigidos por los militantes comunistas que desafiaron el poder de los capitalistas en la ciudad. En marzo de 1926, Chiang Kai-shek, un burgués de carrera militar que había sucedido a Sun al frente del Koumintang, fiel representante de los intereses de la clase a la que pertenecía, proclamó la ley marcial e hizo arrestar a numerosos dirigentes comunistas y consejeros soviéticos, registrando también las sedes de los sindicatos y las misiones soviéticas. Gracias al ambiente revolucionario claramente ascendente, se consiguió que los arrestados fuesen liberados. En este incidente se probó, en la práctica, el papel que las diferentes clases estaban destinadas a jugar en la revolución. La clase obrera, sería la vanguardia del movimiento, y, junto a los campesinos pobres, constituiría las fuerzas combatientes más decididas de la revolución social. La burguesía, arrastraría tras de sí a la pequeña burguesía, y, a pesar de su resentimiento por la postración a la que la sometía la dominación imperialista, preferiría soportar los grilletes de sus hermanos de clase extranjeros frente a la amenaza del triunfo de un Octubre chino.

A mediados de mayo de 1926, el II Congreso del Kuomintang aprobó una batería de medidas, políticas y organizativas, destinada a debilitar la lucha obrera. A partir de entonces, los comunistas no podían ocupar más de un tercio en los órganos de dirección y ningún comunista podía ser nombrado para puestos directivos en el ejército o el gobierno. También se decidió que los comunistas no podían organizarse como fracción dentro del Kuomintang y se exigió la lista detallada de todos los afiliados al PCCh. Respecto a la IC, todas sus directrices deberían ser comunicadas a una comisión mixta del Kuomintang y el PCCh. Además, la reunión del Comité Central ejecutivo del Kuomintang recortó los derechos sindicales, estableciendo el arbitraje obligatorio en las huelgas y la prohibición de la reivindicación de la jornada laboral de 8 horas. La dirección de la IC aceptó los ataques del régimen de Cantón dirigido por el Kuomintang. Borodin, representante de la troika moscovita en China, amenazó a los asesores rusos que disgustasen a Chiang con la destitución y sustitución por colegas más amables. No en vano, a principios de ese mismo año, el buró político del PC ruso, con el voto en contra de Trotsky, había aprobado la admisión en la IC del Kuomintang como partido simpatizante y nombrado a Chiang Kai-shek miembro de honor del Presidium de su Comité Ejecutivo.

Semejante política no se basaba ni en la dinámica real del movimiento revolucionario, en claro ascenso, ni en el sentir de los comunistas chinos. Los dirigentes del PCCh, propusieron responder a las medidas reaccionarias del Kuomintang con un movimiento de masas. Chen Tu-hsiu, secretario general de los comunistas chinos, expresó con claridad su oposición a la táctica de la IC, y, su postura fue respaldada por el pleno del Comité Central del PCCh reunido a finales de junio de 1926. Era al menos la tercera ocasión en que la dirección china se oponía a la política de la IC. En el momento de la firma del pacto de integración del PCCh en el Kuomintang, el Comité Central del PCCh, guiado por el instinto clasista de Chen Tu-hsiu, rechazó este acuerdo, argumentando en su contra que con él se hipotecaría el futuro del Partido, que ni siquiera podía contar con un periódico propio. Pero los representantes de la IC hicieron caso omiso a la opinión de la dirección de los comunistas chinos. Los jóvenes dirigentes del PCCh tenían un enorme respeto por la IC fundada por Lenin, lo que facilitó que finalmente terminara imponiéndose el criterio político de Moscú. Chen, que no lograba reconciliarse con las órdenes de Moscú, intentó en varias ocasiones convencer a la dirección rusa de la necesidad de sacar al PCCh del Kuomintang. En octubre de 1925, propuso al ejecutivo de la IC comenzar a preparar la salida de los comunistas, al punto de que en junio de 1926, el Comité Central del PCCh aprobó formar un bloque con el Kuomintang como organización independiente. Invariablemente, todas estas propuestas fueron rechazadas por los dirigentes de la Internacional.

En lo que se refiere a la revolución china, Trotsky se incorporó en plenitud de facultades al debate con el proceso revolucionario ya iniciado. Dos factores decidieron esta circunstancia. Por un lado, que el centro de la batalla contra el oportunismo estalinista estuviera situado dentro de la propia URSS, lo que requería de su máxima atención y concentración. Y, por otro, la propia situación de la Oposición de Izquierdas. En 1926, se constituyó la llamada Oposición Unificada o Conjunta, en base a la unión de la Oposición de izquierda y la Oposición de Leningrado, liderada por Zinóviev y Kámenev tras su ruptura con Stalin. La Oposición Unificada se rompió en 1927, momento en el que Zinóviev y Kámenev capitularon ante Stalin. Mientras existió la Oposición Unificada, Trotsky mantuvo importantes diferencias con Zinóviev, entre otras por el apoyo que éste último manifestaba a la concepción estalinista del papel dirigente de la

burguesía china en la revolución. Fueron años muy duros para Trotsky, que llegó a encontrarse en minoría, incluso, entre sus compañeros de la vieja Oposición de Izquierdas<sup>21</sup>. En cualquier caso, cuando Trotsky se introdujo de lleno en la polémica sobre China, lo hizo con acierto.

Frente al papel dirigente en la revolución con el que Stalin investía a la burguesía china, Trotsky explicaba que ésta estaba predestinada a apoyar la contrarrevolución: “Sin embargo, es posible que el autor del artículo tenga en mente, en el antiguo estilo martinovista, la siguiente perspectiva: primero, la burguesía nacional completa la revolución nacional burguesa, por medio del Kuomintang que, con la ayuda de los mencheviques chinos, estará lleno de sangre obrera y campesina. Culminada esta etapa, llamémosla menchevique, de la revolución nacional, llega la hora de la etapa bolchevique: el PC se retira del Kuomintang, el proletariado rompe con la burguesía, gana al campesinado y dirige el país hacia la dictadura democrática de obreros y campesinos (...) Seguir la política de un PC pendiente de entregar obreros al Kuomintang es preparar el terreno para la instauración de la dictadura fascista en China (...) La revolución nacional, en el sentido de lucha contra la dependencia nacional, está sometida a una dinámica de clase (...) la burguesía china, no desea un febrero chino por temor a que desemboque en un octubre o un semioctubre chino”.<sup>22</sup>

Sin ignorar las distancias y particularidades que diferencian a las revoluciones china y española, la esencia de la política defendida por el estalinismo en los años 30 en el Estado español no diferirá, en su esencia de clase, de la aplicada en China en esos momentos y, cosechará, los mismos resultados catastróficos. A diferencia de sus camaradas chinos, el PCE no ingresaría en ningún partido burgués, pero si renunciaría a una política de independencia de clase para facilitar la constitución de un amplio frente popular interclasista con los dirigentes burgueses republicanos.

A principios de 1927, los sindicatos intentaron realizar una insurrección armada con el objetivo de abrir las puertas de Shanghai al Ejército Nacional Revolucionario, liberando así a la ciudad de la dominación extranjera. La tentativa fracasó, pero la represión no fue lo bastante fuerte como para postrar al movimiento obrero. En la segunda quincena de febrero, los obreros volvieron a intentarlo. Esta vez la huelga fue más masiva y se constituyó el Comité Revolucionario provisional de los ciudadanos de Shanghai, cuyas tareas serían el gobierno de la ciudad y la organización de la insurrección armada. Este segundo intento fue derrotado también, pero tampoco esta vez el fracaso significó el abandono de la lucha. Los dirigentes comunistas preparaban un nuevo asalto, para el que organizaron piquetes y dieron instrucción militar a 2.000 militantes. El 21 de marzo

---

<sup>21</sup> Así lo reflejó su correspondencia con Preobrazhenski, destacado dirigente bolchevique y compañero de Trotsky, que nunca llegó a asimilar la posición marxista sobre el papel del proletariado en la revolución colonial. Los acuerdos con Zinóviev y Kámenev, finalmente frustrados, y las vacilaciones que también surgieron en las filas de los opositores de izquierdas, limitaron durante un tiempo la capacidad de acción de Trotsky. Preguntado acerca de por qué la Oposición no hizo pública su opinión en contra de la permanencia del PCCh en el Kuomintang, Trotsky respondió: “Usted tiene razón cuando afirma que en la segunda mitad de 1927 la OPI rusa todavía no exigía abiertamente que el PC se retirara del Kuomintang. (...) Personalmente me opuse resueltamente a que el PC entrara en el Kuomintang e igualmente a que se aceptara el ingreso del Kuomintang en la Comintern desde el comienzo, o sea desde 1923. Radek siempre se alineaba con Zinóviev en mi contra (...) Ahora puedo decir sin temor a equivocarme que cometí un error al hacer una concesión formal en esta cuestión.” Las actas de las reuniones de la IC dan fe de su oposición.

<sup>22</sup> León Trotsky, *Las relaciones entre las clases en la revolución china*, Ed. Pluma, Colombia, 1976, pp. 37-39.

de 1927, los sindicatos de Shangai convocaron una huelga en la que participaron 800.000 trabajadores, obligando el cierre de todas las fábricas. La huelga se transformó en una insurrección, esta vez sostenida por miles de milicianos armados. Bajo sus órdenes se tomó la comisaría de policía y el arsenal, y se llenó de barricadas la ciudad. Se ocuparon edificios y servicios públicos, se cortaron las comunicaciones ferroviarias y telefónicas. Se formaron seis batallones de tropas revolucionarias y se proclamó el gobierno de los ciudadanos. La noche del 22 de marzo de 1927, la mayor ciudad de China no sólo había sido liberada por la insurrección de las masas obreras, sino que estaba en poder del PCCh, que se encontraba al frente de 5.000 obreros armados que integraban las milicias obreras.

Un día después de tomar el poder, el PCCh abrió las puertas de Shangai a Chiang Kai-shek, quién recibió el tratamiento propio de un héroe revolucionario. Recién llegado a Shangai, el 27 de marzo, Chiang, en coordinación con la burguesía, aterrorizada por el avance de la clase obrera, puso en marcha la maquinaria contrarrevolucionaria. Gracias al dinero recaudado entre los capitalistas chinos, pudo gastar decenas de miles de yuanes en contratar asesinos que se hicieron pasar por obreros. Los infiltrados atacaron los piquetes de los trabajadores el 12 de abril, circunstancia aprovechada por Chiang que, con el pretexto de impedir enfrentamientos entre los trabajadores, ordenó que los piquetes fueran desarmados. Fue el primer paso del golpe de Estado. Encolerizados por esta sucia maniobra, los obreros y estudiantes de Shangai se declararon en huelga general. El 13 de abril, después de un gigantesco mitin de protesta, 100.000 manifestantes se dirigieron al cuartel general del Ejército Expedicionario del Norte, para exigir la libertad de los obreros detenidos y la devolución de sus armas. Las tropas de Chiang Kai-shek abrieron fuego sobre los manifestantes, asesinando a más de 100 e hiriendo a muchos más. Inmediatamente después se aplicó la ley marcial y se disolvieron los sindicatos y las organizaciones revolucionarias. El 18 de abril, Chiang proclamó un nuevo gobierno nacional, que declaró su firme determinación anticomunista. Se inició la masacre. Miles de revolucionarios muertos sembraban las calles de Shangai. Tan macabra tarea fue facilitada gracias a las listas que, un año antes, el PCCh había entregado al Kuomintang en cumplimiento de los acuerdos de la IC con Chiang. Desde Shangai la contrarrevolución liderada por la burguesía nativa se extendió a todos los núcleos revolucionarios. El 15 de julio, los ministros comunistas fueron excluidos del gobierno, las organizaciones sindicales y campesinas prohibidas, el PCCh ilegalizado y perseguido.

### **Los inicios de la izquierda comunista española: la OCE**

La derrota de la revolución china fue un nuevo golpe para el exhausto proletariado ruso. Aún así, no fue tarea fácil destruir el legado del bolchevismo. Era preciso algo más que condiciones objetivas favorables, era necesario también crear las premisas políticas. Decenas de miles de opositoristas rusos fueron despedidos de sus trabajos y detenidos, sometidos a duros interrogatorios y, más tarde, encarcelados y asesinados en los campos de concentración de Vorkuta y Kolima.

A finales de la década de los 20, con Trotsky exiliado en la Isla turca de Prinkipo, los esfuerzos del compañero de Lenin se centraron en dar forma a la Oposición de Izquierdas Internacional. Militantes de los Partidos Comunistas de todo el mundo (del PC francés, de Alemania, de Polonia, de Gran Bretaña, EEUU, China, etc.), incluidos muchos de sus líderes y fundadores, como el caso de James P. Cannon, dirigente del PC

de los EEUU o de Chen Tu-hsiu del PCCh, se sumaron a las tesis de Trotsky y a la lucha contra la degeneración burocrática de la IC y el Estado obrero soviético.

En este intento por agrupar las fuerzas opositoras internacionales, Trotsky contaría con la participación de Andreu Nin, que ya formaba parte de la Oposición de Izquierdas en Leningrado junto a Victor Serge. Nin, todavía en la URSS, contaba con un amplio historial revolucionario a sus espaldas.

Las primeras actividades políticas de Nin en la izquierda española se remontan a su periodo dentro de las filas del PSOE, pero fue tras su ingreso en la CNT cuando su vida dio un giro decisivo y se convirtió en un destacado militante del sindicalismo revolucionario. La detención y el posterior asesinato por la policía de Evelio Boal, secretario del comité nacional de la CNT, en marzo de 1921, dio a los sindicalistas pro comunistas la posibilidad de aumentar su proyección e influencia. En unas condiciones de represión generalizada, los comités de la CRT (CNT Catalana) y la CNT fueron continuamente desarticulados y sus miembros, asesinados o encarcelados. El propio Andreu Nin estuvo a punto de ser asesinado por los pistoleros de los Sindicatos Libres en noviembre de 1920, pero logró huir y pasar a la clandestinidad. Tras el asesinato de Boal y las sucesivas detenciones de otros dirigentes, Nin fue cooptado para el comité nacional clandestino y designado secretario general en funciones. En fechas similares, Joaquín Maurín llegó al comité de la CRT, también en la clandestinidad, y no tardó en convertirse en su figura más destacada.

Al igual que Maurín formó parte de la delegación que acudió al congreso fundacional de la Internacional Sindical Roja celebrado en Moscú en julio de 1921, participando también en el Tercer congreso de la IC que se celebró inmediatamente después. Tras el Congreso, Nin prolongó su estancia en la URSS hasta el mes de septiembre, siendo detenido en su viaje de vuelta en Alemania, país en el que estuvo encarcelado hasta en enero de 1922. Una vez en libertad volvió a la URSS, para ejercer su tarea como delegado de los Comités Sindicalistas Revolucionarios —corriente partidaria de la Tercera Internacional dentro de la CNT— ante la Internacional Sindical Roja.

Los caminos de quienes redactarían el programa fundacional del POUM a finales de 1935, Joaquín Maurín y Andreu Nin, se separaron temporalmente no sólo por la distancia geográfica, sino también por una diferente evolución política.

“Cuando Nin llegó a Moscú, en enero de 1922, después de salir de la cárcel alemana, no dudó en incorporarse a las tareas de la ISR, trabajando estrechamente con Lozovski. En realidad —todos los testimonios que poseemos lo confirman— mientras vivió en Moscú se dedicó única y exclusivamente a la labor sindical. No en vano procedía de la CNT. No queremos decir con ello que no se ocupase de las cuestiones políticas de la Unión Soviética y de la marcha de la III Internacional. Su propia condición de miembro del Partido Comunista soviético nos lo desmentiría.”<sup>23</sup> La reacción de Nin ante los primeros enfrentamientos en el seno del PCUS protagonizados por la Oposición de Izquierdas y el Politburó, fue la de situarse con la mayoría de la dirección. En abril de 1925, en una carta pública titulada *¡Cada uno en su lugar!*, declaraba que con “el fin de acabar con ciertos equívocos concernientes a” su “actitud política en las discusiones internas del partido comunista ruso y de la Internacional Comunista” había “estado contra la

---

<sup>23</sup> Pelai Pagès, *Andreu Nin: su evolución política (1911-1937)*, op. cit., p. 100.

oposición” por no estar “de acuerdo con la interpretación trotskista de los acontecimientos de octubre de 1917 y del papel del partido.”<sup>24</sup>

Su posición varió radicalmente cuando se constató el abandono de los principios del marxismo por parte de la dirección estalinista. La consolidación y publicidad dada a la teoría del socialismo en un solo país, así como la nefasta política desarrollada en la lucha de clases internacional, como el abandono de los huelguistas británicos por el Comité anglo-ruso, hizo que, en un momento difícil de determinar entre finales de 1925 y principios de 1926, Nin ingresara en la Oposición de Izquierdas. Cuando a finales de 1927 se inició el exterminio de los opositoristas Nin se mantuvo “fiel a la línea de Trotsky (...) Expulsado del partido, ‘dimitido’ de su cargo en la Internacional Sindical Roja, permanecerá en Moscú, recluido y bajo vigilancia en su habitación del Hotel Lux. ‘Su estatus de extranjero —escribe Victor Serge— le salvó de prisión’.”<sup>25</sup> Nin, aprovechó los difíciles años de ostracismo político hasta su salida de la URSS para profundizar en la teoría marxista.

Mientras que las posibilidades de una actividad política eran frustradas en territorio soviético, en el Estado español se intuía ya el desmoronamiento de la dictadura de Primo de Rivera y una perspectiva cada vez más favorable para el trabajo de los bolcheviques-leninistas. Tras insistentes peticiones a las autoridades soviéticas, Nin consiguió un visado para salir de la URSS en el verano de 1930. Llegó a la península en septiembre, para sumarse a la construcción de la Oposición Comunista Española (OCE) partidaria de Trotsky, que ya había celebrado su I Conferencia Nacional en febrero de ese mismo año en Lieja (Bélgica). La tarea había sido iniciada en el exilio por un antiguo dirigente del PCE de Vizcaya, Francisco García Lavid (Henri Lacroix), en torno a la Liga Comunista Francesa que editaba *La Verité*. La publicación de su periódico, *Contra la Corriente*, a pesar de desarrollarse entre las enormes dificultades del exilio, recibió pronto varias adhesiones, entre ellas la de Julián Gómez García (Gorkin)<sup>26</sup>, expulsado del PCE por haber publicado la obra de Trotsky *La Revolución Desfigurada*.

En enero de 1930, la amnistía para delitos políticos decretada por el general Berenguer que sustituyó a Primo de Rivera al frente del régimen, permitió el retorno al Estado español del pequeño núcleo inicial de opositoristas: Juan Andrade y García Palacios en Madrid, José Loredo Aparicio en Asturias, Esteban Bilbao en Euskadi, a los que se sumará Nin en Barcelona. Así mismo, la polémica que se desarrollaba en la dirección del PCUS encontró al PCE<sup>27</sup> con multitud de militantes detenidos y en el exilio, y con serias divisiones internas.

Desde 1925, al frente de la organización se encontraba José Bullejos, obligado a desarrollar las labores de dirección desde París por la clandestinidad. El nuevo dirigente del PCE fue pronto cuestionado por sectores de la militancia debido a su política aventurera y ultraizquierdista, si bien es cierto, que en los primeros momentos la oposición a estos métodos “no tenía un paralelismo estricto con la oposición trotskista

---

<sup>24</sup> *Ibid.*, p. 122.

<sup>25</sup> *Ibid.*, p. 128

<sup>26</sup> Su participación en la Oposición fue breve, finalizando a finales de julio de 1931. Posteriormente no sólo renegaría de su militancia trotskista, sino que incluso la negaría.

<sup>27</sup> Encontramos un estudio en profundidad al respecto en el libro de Juan Ignacio Ramos, *Los años decisivos. Teoría y práctica del Partido Comunista de España*, FUNDACIÓN FEDERICO ENGELS, Madrid, 2012.

que ya funcionaba en la URSS. Su definición era exclusivamente antibullejista, contraria a los métodos de Bullejos, pero fiel a la Internacional.”<sup>28</sup> El secretario general durante estos años fue el ejecutor de la orden de *bolchevizar* el partido que llegó desde Moscú tras el V Congreso celebrado en 1924, convencido de que su fidelidad al aparato de la Internacional le garantizaría su estabilidad en el puesto. Durante 1926 y 1927, con objeto de garantizar la incondicional adhesión a los postulados de la Comintern de todos los afiliados, fueron excluidos del PCE un buen número de militantes, muchos de ellos antiguos miembros de la dirección.

El golpe que significó la campaña de expulsiones masivas, fue seguido por otro que conmocionó aún más a la escasa militancia comunista. El VI congreso de la Internacional Comunista, celebrado en el verano de 1928, inició un viraje ultraizquierdista conocido como el “tercer período”. A diferencia del periodo de levantamientos revolucionarios que siguió a 1917 —primer periodo— y del de relativa estabilidad capitalista después de 1923 —segundo periodo—, el recién inaugurado tercer periodo anunciaba el colapso del capitalismo a escala mundial. La nueva política de Moscú promovía la escisión del movimiento sindical y la formación de sindicatos rojos como organizaciones independientes, liquidando también la vieja táctica leninista del frente único. Según la nueva teoría de Stalin, la socialdemocracia y el fascismo no eran antípodas, sino gemelos. La socialdemocracia muerta y enterrada por la nueva oleada revolucionaria, se había transformado en socialfascismo. No había ninguna posibilidad de acuerdo entre los comunistas y los socialfascistas, que representaban el principal peligro al que se enfrentaba la clase obrera.

Fue en Alemania donde la política del tercer periodo probaría su auténtica naturaleza. La política reformista de la socialdemocracia alemana, que se negaba a creer que la burguesía abandonaría los métodos del parlamentarismo para entregarse a los brazos de brutal reacción fascista, se combinó con la política sectaria del PC alemán (KPD). Hitler pudo llegar al poder sin enfrentarse a un levantamiento de la clase obrera en el país que contaba con el proletariado más numeroso del mundo. Esta actitud sectaria hacia las viejas organizaciones de masas socialdemócratas, y ultraizquierdista respecto al estado de ánimo de las masas, encontró también su expresión en el Estado español. Durante las masivas manifestaciones de celebración por la proclamación de la Segunda República el 14 de abril de 1931, la escasa militancia del PCE intervino entre el entusiasmo generalizado por la caída de la monarquía con la consigna de “¡Abajo la república burguesa! ¡Viva la república de los sóviets!”, aislándose así de los trabajadores que daban sus primeros pasos revolucionarios a través de una inevitable etapa de ilusiones democráticas.

La Oposición de Izquierdas Internacional, se opuso a la política del tercer periodo, defendiendo el retorno a la táctica del frente único bolchevique. Unidad en la lucha entre socialistas y comunistas para detener el avance de la reacción, pero salvaguardando la independencia organizativa, programática y la libertad de propaganda de cada organización. Los opositoristas defendían que esta era la mejor táctica para ganar a la amplia base obrera que todavía permanecía bajo la influencia reformista de la socialdemocracia. Se trataba de una cuestión de especial relevancia para la OCE, puesto que los socialdemócratas españoles participan en un gobierno de colaboración de clases con la burguesía republicana. En el caso de la revolución española además, era

---

<sup>28</sup> Pelai Pagès, *El movimiento trotskista en España (1930-1935)*, Ediciones Península, Barcelona, 1977, p. 19.

necesario tener en cuenta las ilusiones democráticas de la población, y ligar la lucha por estas demandas democráticas al programa de la revolución socialista. Trotsky explicaba: “Oponer pura y sencillamente la consigna ‘dictadura del proletariado’ o ‘república obrero-campesina’ es absolutamente desorientador en la actual fase, ya que esta consigna no llega al corazón de las masas. A propósito de esto surge de nuevo la cuestión del ‘socialfascismo’. Esta estúpida invención de la burocracia, terriblemente ultraizquierdista, resulta actualmente el mayor obstáculo para la revolución proletaria en España. Volvamos de nuevo a la experiencia rusa. Los mencheviques y socialistas revolucionarios en el poder, continuaban la guerra imperialista, defendían a los capitalistas, perseguían y arrestaban a los soldados, obreros y campesinos. Restablecieron la pena de muerte, protegían a los asesinos de los bolcheviques, obligaban a Lenin a vivir en la clandestinidad, encarcelaban a otros dirigentes bolcheviques atribuyéndoles las peores calumnias. Todo esto era suficiente para calificarlos de ‘socialfascistas’. Pero, como es sabido, en 1917 no existía ese término, lo cual no impidió a los bolcheviques llegar al poder. Después de las terribles persecuciones de julio y agosto, los bolcheviques hicieron frente común con los ‘socialfascistas’ en los organismos de lucha contra Kornilov<sup>29</sup>. A su salida de la clandestinidad Lenin propuso el siguiente acuerdo a los ‘socialfascistas’: ‘Romped con la burguesía, tomad el poder, y nosotros, los bolcheviques, lucharemos por el poder de forma pacífica en el seno de los sóviets.’ Sino había ninguna diferencia entre los conciliadores y Kornilov, que realmente era un ‘fascista’, no hubiera sido posible ninguna lucha en común entre los bolcheviques y los conciliadores contra Kornilov. Sin embargo, esta lucha, al rechazar el ataque contrarrevolucionario de los generales y al ayudar a los bolcheviques a arrancar a las masas de la influencia de los conciliadores, tuvo un papel decisivo en el desarrollo de la revolución.”<sup>30</sup>

De forma obligada o voluntaria, muchos y significativos militantes abandonaron las filas del PCE entre 1926 y 1930. Algunos, regresaron al PSOE. Otros, se pasaron al campo de la reacción, como el primer secretario general, Ramón Merino Gracia, que acabó en el sindicalismo patronal. Un reducido grupo se integró en la OCE. El 1º de mayo de 1931 se publicó el número 1 de *Comunismo*, órgano de expresión de la OCE, saludado de forma entusiasta por Trotsky: “No dudo ni un momento que esta publicación tendrá un gran éxito. España pasa por un período revolucionario. (...) Os prometo el apoyo más enérgico, y ante todo, la colaboración más asidua, e invito a hacer lo mismo a todos nuestros correligionarios de todos los países.”<sup>31</sup> La satisfacción del conjunto de los camaradas de la Oposición no era para menos. A pesar del reducido número de militantes con el que contaba la OCE, las condiciones que se habían abierto en la lucha de clases en el Estado español con la proclamación de la República abonaban las condiciones propicias para un rápido desarrollo.

Los marxistas no contemplan el crecimiento del partido como un proceso lineal, de acumulación progresiva. Por el contrario, aplican también en este terreno la dialéctica, que rechaza el gradualismo y los procesos de transformación lentos y tranquilos. Es más, en el proceso de construcción del partido se encuentra el reverso de la ley de

---

<sup>29</sup> L. G. Kornilov, general del ejército ruso, comandante en jefe en 1917, que intentó dar un golpe de estado al gobierno provisional de Kerensky durante la Revolución Rusa de 1917.

<sup>30</sup> León Trotsky, *Por la ruptura de la coalición con la burguesía*, 24 de junio de 1931. Artículo incluido en el libro de Pierre Broué *La revolución española (1930-1936)*, op. cit., p. 175.

<sup>31</sup> *Revista Comunismo (1931-1934) La herencia teórica del marxismo español*, Ed. Fontamara, Barcelona, 1978, p. 25.

transformación de cantidad en calidad, es decir, el salto de calidad en cantidad. Un núcleo de cuadros experimentados, endurecidos en la batalla cotidiana contra las presiones ideológicas de clases ajenas, con raíces en el movimiento obrero, puede, en circunstancias objetivas favorables, dar un gran salto en su militancia e influencia. En condiciones de ascenso revolucionario, en que todas las organizaciones son puestas a prueba, en los que la conciencia de la clase obrera experimenta también grandes avances, un cuadro marxista puede ganar a cientos, incluso a miles de trabajadores. “Las fuerzas de las que disponemos son pequeñas. Pero la ventaja de una situación revolucionaria consiste en que un grupo, incluso poco numeroso, puede llegar a ser una gran fuerza en un corto espacio de tiempo, a condición de saber formular pronósticos exactos y lanzar a tiempo las consignas justas.”<sup>32</sup>

En ese primer número de *Comunismo*, tras denunciar “el naufragio ideológico que ha presidido la actividad de todas las secciones de la IC”, se exponen los fines de la OCE que “luchará por la reorganización del PCE; por el restablecimiento de la democracia comunista en el interior del partido, por la reintegración al mismo de todos los camaradas excluidos por motivos de opinión, por la aplicación de una táctica sindical verdaderamente comunista (...) Lucharemos contra la escisión de nuestra organización, defenderemos la unidad del partido contra las exclusiones que los burócratas, sin contar con la base, pronuncien contra los mejores camaradas. (...) La OCE no es otro partido más. Es la fracción más pura y consciente, unida para salvar nuestras organizaciones del caos a que ha sido conducida.”<sup>33</sup> En septiembre de 1931 Lacroix escribía en *Comunismo*: “Cuando nuestros objetivos hayan sido logrados, y la unidad orgánica y doctrinal del comunismo sea un hecho, cuando la democracia del PC haya sido restablecida y cada cual podamos defender en el partido y su prensa nuestros diferentes puntos de vista sobre todos nuestros problemas, entonces, la OCE —como la Oposición de Izquierda Internacional cuando igual ocurra en la IC en general— dejará de existir, y su prensa y ediciones pasarán a poder del partido comunista.”<sup>34</sup>

A pesar de la crítica contundente a la política estalinista, los opositores se consideraban todavía parte de la Tercera Internacional. En aquellos momentos la Oposición de Izquierdas luchaba por corregir la desviación burocrática, considerando posible recuperar las organizaciones comunistas oficiales como instrumentos al servicio de una política revolucionaria. Trotsky, enfrentado a la crucial y gigantesca tarea de preservar las tradiciones políticas del bolchevismo, recurrió, al igual que para el análisis de la sociedad y la economía, a la dialéctica. “La metafísica nos sirve mientras observamos las cosas en reposo y sin vida (...) Pero todo cambia en cuanto consideramos las cosas en su movimiento, su transformación, su vida y en sus recíprocas interacciones.”<sup>35</sup> La dialéctica también es necesaria para abordar las tareas que se presentan en el desarrollo del partido. Trotsky, consciente de que se enfrentaba a las primeras etapas de un proceso vivo y todavía inacabado, no intentó imponer un análisis cerrado y definitivo, sino que utilizó el método de las aproximaciones sucesivas para diseñar la táctica de su organización.

---

<sup>32</sup> León Trotsky, *Por un manifiesto de la Oposición sobre la revolución española*, 18 de junio de 1931, carta recogida en el libro de Pierre Broué, *La revolución española (1930-1936)*, op. cit., p.167

<sup>33</sup> *Revista Comunismo*, op. cit., pp. 23-24.

<sup>34</sup> *Ibid.*, p. 33.

<sup>35</sup> Engels, *La subversión de la ciencia por el señor Eugen Dühring*, Ed. Crítica, Barcelona, 1977, p. 124.

En aquellos momentos calificaba la política estalinista dominante en la dirección de los partidos comunistas como centrismo burocrático. El alejamiento del programa de la revolución era evidente, pero todavía no se había producido una consolidación de las posiciones reformistas. Al igual que en el caso de la socialdemocracia, no se podían ignorar los efectos de la lucha de clases en las organizaciones comunistas. Los avatares de la clase obrera europea jugarían un papel decisivo en los procesos políticos que se desarrollaban en la URSS. Las victorias facilitarían la preponderancia de las tendencias progresivas, las derrotas, por el contrario, alimentarían las tendencias reaccionarias. Era necesario contar también con la militancia comunista, con la posibilidad de que ésta, contagiada por el ambiente de creciente radicalización entre la clase, pudiera rebelarse contra el régimen burocrático impuesto por sus direcciones. La táctica de la Oposición fue flexible: en esta primera fase orientó la actividad de sus militantes a la batalla dentro de los partidos comunistas oficiales, sin que ello implicara la renuncia a contar una férrea organización y la defensa de sólidos principios políticos. Esta etapa, y su consecuente conclusión táctica, quedarían superadas pocos años después.

### **La ruptura del PCE con Maurín: el BOC**

Mientras la OCE desarrollaba su labor crítica, la FCC-B, aunque era extremadamente beligerante con la dirección del PCE, lejos de criticar la política de la IC buscaba la aprobación de Moscú. Consideraba la actuación del Comité Ejecutivo del partido español como un problema nacional y no la consecuencia práctica de las directrices de la Comintern. “Maurín con el resto de dirigentes de la Federación Catalana-Balear y Agrupaciones como las de Madrid y Valencia, siguieron hasta 1931 su lucha para desplazar al grupo dirigente de Bullejos, esperando, como lo habían hecho desde el primer momento, que la Internacional Comunista atendería a sus razones.”<sup>36</sup>

Los conflictos entre el secretario general del PCE y Maurín fueron continuos durante los últimos años de la década de los 30. En la segunda mitad de 1926 fue expulsado del Partido el joven secretario de la FCC-B, Josep Teixidó y, a finales de ese mismo año, el Comité Ejecutivo hizo público su malestar por la actitud “completamente negativa” del Comité Regional Catalán. “En septiembre de 1927 la mayoría de los integrantes del Comité Ejecutivo del PCE ya estaba a favor de expulsar a los disidentes catalanes, medida que se tomó tres años más tarde. Se acusó a Maurín y sus seguidores de mantener contactos con el antiguo dirigente comunista francés Boris Souvarine, una de las primeras víctimas de la ‘bolchevización’, expulsado del Partido Comunista Francés, a finales de 1924. Souvarine, al igual que Maurín, había iniciado su militancia en el sindicalismo y se había opuesto a la burocratización del partido. A diferencia de Maurín, Souvarine creía que la burocratización era consecuencia de la degeneración de la propia Revolución rusa, y por ende, de la IC, sobre la cual los comunistas rusos ejercían una influencia determinante. Maurín, en cambio, no hacía aún extensivas a la Comintern sus diferencias con el partido español.”<sup>37</sup> La IC tampoco consideraba por entonces a Maurín un disidente. Muy al contrario, en 1928, durante su exilio en París, el

---

<sup>36</sup> Pelai Pagès, *El movimiento trotskista en España (1930-1935)*, op. cit., p. 21.

<sup>37</sup> Andreu Charles Durgan, op. cit., p. 39.

responsable de la FCC-B trabajaría para la editorial de la Internacional y era corresponsal de *Izvestia*.<sup>38</sup>

En aquellos años de dura controversia dentro del movimiento comunista internacional, marcados por una cruel persecución que llegó hasta el exterminio físico de miles de opositores, ni Maurín ni su grupo se situaron en las filas de quienes denunciaron las brutales prácticas estalinistas. En la Conferencia que el PCE celebró en Pamplona a principios de marzo de 1930, ante las acusaciones de trotskismo que la dirección del partido hizo contra Maurín en ausencia de éste, Hilario Arlandis defendió a su camarada con la siguiente declaración: “1. Que Maurín no era trotskista porque así me lo había asegurado personalmente un mes antes que había estado hablando con él. 2. Que nuestra Federación ni era trotskista, ni era el instrumento de nadie y, por consiguiente, nosotros éramos los primeros interesados en que Maurín hiciese una declaración pública de que no era trotskista y de que aceptaba la línea política de la Internacional.”<sup>39</sup> Cuando Arlandis hablaba de aceptar la política de la IC reflejaba el sentir de la FCC-B. Hasta enero de 1931 *La Batalla*, órgano de expresión de la Federación, “osciló entre críticas a la dirección del PCE, defensa de la democracia interna del Partido y declaraciones de fidelidad a la Internacional Comunista y de alabanza a la política del gobierno de la URSS.”<sup>40</sup>

En opinión de Lacroix, Maurín era un “equilibrista político y burócrata” y, “su grupo, a fin de apoderarse de la dirección del Partido, no vacilaría en someterse incondicionalmente a la voluntad de Stalin.”<sup>41</sup> Wilebaldo Solano, dirigente de las juventudes del POUM, cuya distancia política con Lacroix es indiscutible, recuerda a Maurín como un hombre con “muchísima personalidad y mucha ambición”, que deseaba “estar al frente de un gran partido y desempeñar un papel histórico.”<sup>42</sup> Incluso Nin, tras una conferencia de Maurín en el verano de 1931, en la que el dirigente de la FCC-B se pronunció sobre el programa económico de la Oposición de Izquierdas para la URSS, llegó a considerar que su intervención no podía “perseguir más que dos fines: incurrir deliberadamente en error o comprar la benevolencia de la Internacional, lanzando una piedra contra los trotskistas.”<sup>43</sup>

Los planteamientos de la FCC-B sobre el carácter de la revolución en España también fueron motivo de polémica dentro del PCE. En el III Congreso del partido, celebrado en 1929 en París, la Federación presentó una tesis política alternativa. En ella “argumentaba que, debido a que la revolución burguesa nunca se había consumado en España, todo movimiento revolucionario sería, inevitablemente, de carácter democrático. El partido, por consiguiente, debía propugnar la instauración de una república federal democrática para, con esa consigna, poder llegar a dirigir la revolución.”<sup>44</sup> La dirección del PCE rechazó dicha tesis por derechista, si bien, pocos años después, con el nuevo giro acometido por la IC hacia los frentes populares, probablemente hubiera sido aceptada. En cualquier caso, estos planteamientos dan

---

<sup>38</sup> Periódico oficial del gobierno de la URSS.

<sup>39</sup> Pelai Pagès, *El movimiento trotskista en España (1930-1935)*, op. cit., p. 44.

<sup>40</sup> *Ibid.*, p. 50.

<sup>41</sup> *Ibid.*, p. 45.

<sup>42</sup> Wilebaldo Solano, *El POUM en la historia. Andreu Nin y la revolución española*, Los libros de la catarata, Madrid, 1999, p. 193.

<sup>43</sup> Andreu Nin, *¿A dónde va el Bloque Obrero y Campesino?*, septiembre de 1931, artículo incluido en este libro.

<sup>44</sup> Andreu Charles Durgan, op. cit., p. 42.

veracidad a todas las afirmaciones de la FCC-B respecto a sus profundas diferencias políticas con el movimiento trotskista.

A pesar de las relaciones de Maurín con la IC, el grupo dirigente de Bullejos no renunció a deshacerse de la FCC-B, en la que veía una amenaza a su hegemonía sobre el Partido. Con el regreso de Maurín a Barcelona en 1930, y, argumentando que según las normas de la IC sus dos años de residencia en París lo convertían en afiliado del PCF, el Comité Ejecutivo lo situó fuera del PCE y le impuso toda una serie de condiciones para su readmisión. Algunas de ellas probablemente hubieran sido aceptables, como la redacción de varios artículos contra el trotskismo y la firma de una declaración suscribiendo las orientaciones políticas de la IC. Posteriormente se añadió otra, el reconocimiento de todos sus errores políticos, mucho más difícil de llevar a la práctica. Maurín defendió “su incansable actividad dentro del movimiento comunista y su lealtad a la IC” y, respecto a sus relaciones con los trotskistas, la misma FCC-B en ocasiones anteriores “había pedido la expulsión de Gabriel Trilla, que era ahora uno de los principales acusadores de Maurín, calificándolo de trotskista.”<sup>45</sup>

Si el objetivo de la maniobra del Comité Ejecutivo era privar a Maurín del apoyo de la base de la Federación catalana, consiguió justamente lo contrario. Era una realidad que la FCC-B tenía una actividad política al margen de la disciplina del PCE, colaborando desde hacía tiempo con grupos republicanos y nacionalistas catalanes. En agosto de 1930 se expulsó del partido al Comité Regional de la Federación. En septiembre, *La Batalla* hizo públicas sus discrepancias con el PCE. No obstante, los dirigentes de la FCC-B seguían esperando el posible apoyo de la IC y, por tanto, declarando su lealtad a Moscú.

Inmediatamente después de que la Federación Catalana fuese expulsada del PCE, ésta inició conversaciones para su unificación con el Partit Comunista Català (PCC), un grupo independiente de PCE fundado en Lleida en noviembre de 1928. Este partido contaba en sus inicios con unos 200 afiliados procedentes de la propia FBB-C<sup>46</sup> y del grupo separatista Estat Català, aunque la mayoría no tenían filiación política previa. Su órgano de expresión era *Treball*, que inició su publicación en abril de 1930, y su principal dirigente Jordi Arquer. “El crecimiento del nuevo partido, que en esas fechas contaba ya con 400 afiliados, casi cuatro veces más de los que tenía la Federación, sin duda contribuyó a que el grupo de Maurín se interesara por la fusión de ambas organizaciones. (...) En el Congreso del PCC celebrado en noviembre de 1930, la inmensa mayoría votó a favor de la unificación (...) La unificación formal de las dos organizaciones se retrasó hasta el 1 de marzo debido a que varios de los dirigentes de ambas organizaciones fueron encarcelados en otoño de 1930...”<sup>47</sup>

Los treinta delegados presentes en la reunión de unificación, el 1 de marzo de 1931, decidieron mantener la denominación de FCC-B para la nueva organización, y, aprobaron a su vez la creación de otra más amplia que también agrupará a sus

---

<sup>45</sup> *Ibid.*, p. 44.

<sup>46</sup> Maurín lo explica en uno de los artículos incluidos en este libro: “Nuestro núcleo se escindió entonces. El camarada Colomé creyó que no era posible hacer nada dentro del partido oficial y que era mejor trabajar desde fuera y junto con Arquer, Miravittles, Farré Gasó, Rodes, Garseball, Coll, Montserrat, Pamies, Vila y otros camaradas, se consagró a organizar el Partit Comunista Català. Otros creíamos que era preciso llegar hasta el último extremo para evitar la escisión del movimiento comunista.”

<sup>47</sup> Andreu Charles Durgan, *B.O.C. 1930-1936 El Bloque Obrero y Campesino*, Edit. Alertes, Barcelona, 1996, p. 49.

simpatizantes y que debería constituir el embrión de un verdadero partido comunista de masas de obreros y campesinos. Esta última recibió el nombre de Bloc Obrero i Camperol, Bloque Obrero y Campesino, (BOC), e inició su actividad con alrededor de 700 afiliados. Al calor de los acontecimientos revolucionarios que se desarrollaron tras su fundación, según datos del propio Bloque, llegó a contar con 5.000 militantes en 1932, si bien Andrew Durgan, considera que 2.500 es una cifra más realista. Finalmente el BOC y la FCC-B, cuyas estructuras y dirección eran la misma cosa, fueron en la práctica la misma organización, aunque oficialmente la Federación siguió existiendo, cambiando su nombre por el de Federación Comunista Ibérica, FCI, en abril de 1932.

Este proceso de convergencia fue, hasta cierto punto inevitable, y no ya por cuestiones meramente organizativas, sino por el modelo de partido concebido por sus máximos dirigentes. Maurín explicó un año después, que “los dirigentes de la Federación habían llegado a la conclusión de que ‘la adopción rígida de los métodos de organización de los partidos comunistas en un país como España, en donde hay una tan escasa tradición política organizativa, nos condenaría al fracaso... El sistema bolchevique copiado al pie de la letra ha dado resultados desastrosos en la mayor parte de los países. En Francia, por ejemplo, la *bolchevización* ha hecho perder al partido comunista tres cuartas partes de sus afiliados. Hay que encontrar, pues, una fórmula de organización que se adapte a las peculiaridades de nuestro movimiento obrero. Esta forma es el Bloque Obrero y Campesino.”<sup>48</sup>

Maurín luchó hasta el último momento para conseguir el reconocimiento de Stalin. Incluso tras su expulsión a manos del grupo de Bullejos siguió confiando en que la IC contara con su grupo. Sólo desistió de esa idea cuando la prueba de los hechos le demostró que la Internacional Comunista daba la consideración de enemigo político a su nuevo partido. Sus ilusiones pronto se desmoronaron: fue definitivamente excluido de la Comintern el 3 de julio de 1931, bajo la acusación de agente trotskista-bujarinista por seguir “una línea liberal menchevique que, en la situación revolucionaria actual de España, constituye una verdadera traición al proletariado revolucionario”. Realmente, fue la IC la quién rompió con Maurín y no a la inversa. Su ruptura obligada con el estalinismo no significó una confluencia con las posiciones de los comunistas que integraban la Oposición de Izquierda.

El proceso de degeneración que sufrió el partido bolchevique pocos años después de la toma del poder en Rusia abrió un debate respecto al legado político de Lenin entre sectores de la militancia comunista que se encontraron al margen de la Internacional estalinizada. El movimiento liderado por León Trotsky, reivindicó e intentó mantener vivo el modelo de Partido leninista. Otras corrientes, llegaron a la conclusión de que la degeneración URSS ponía sobre la mesa la necesidad de realizar una revisión completa de la historia del movimiento comunista. Tal y como afirmaba Trotsky, oponerse al estalinismo no implicaba situarse de forma automática en posiciones bolcheviques.

La tesis de Maurín respecto al Partido revolucionario eran, cuanto menos, muy ambiguas, por no decir confusas y oportunistas. Por un lado, justificaba con las particularidades españolas la imposibilidad de poner en práctica el modelo clásico de partido comunista desarrollado por Lenin. Por otro, refiriéndose a los “resultados desastrosos” cosechados en otros países distintos a Rusia, daba la impresión de no

---

<sup>48</sup> *Ibid.*, pp. 51-52.

responsabilizar a la degeneración burocrática estalinista de ellos. En el peor de los casos, como sus escritos posteriores dejaron claro, establecía un mimetismo entre bolchevismo y estalinismo, tan en boga para muchos ex dirigentes comunistas que pasaron por la escuela estalinista.

El nuevo partido de Maurín iniciaba su andadura convencido de que sus competidores políticos, el PCE y la Esquerra Republicana de Catalunya (ERC)<sup>49</sup>, eran insignificantes o estaban abocados al fracaso, situación que abría la perspectiva de convertir al BOC en una organización de masas con rapidez. Respecto al “partido oficial”, consideraban que no había “logrado arraigar en Cataluña”, siendo “una planta parásita, sin vida propia” que no existía. Y, respecto al fulgurante ascenso de la izquierda nacionalista pequeño burguesa catalana en las urnas, auguraba el “fracaso tremendo de los hombres de la Esquerra.” Frente a “las masas trabajadoras” se alzaba “otra bandera, la del BOC, y los obreros la siguen, marchando confiados ahora, sabiendo que por fin pisan terreno firme.” Respecto a la cuestión nacional, el BOC afirmaba “ser separatista del Estado semifederal español que deja intacto la República, pero no de las diferentes repúblicas ibéricas que un día, juntas, formarán la Unión Ibérica de Repúblicas Socialistas.” Y, lo más importante, su estrategia para la toma del poder era ganar, gracias al desgaste de ERC, una posición preponderante en el gobierno de Cataluña, la Generalitat y, desde ahí, transformar la sociedad. “Hay que hacerse fuertes en las posiciones obtenidas. La ‘Esquerra’, habiendo fracasado rotundamente, no puede aspirar a dirigir la vida política de Cataluña. La clase obrera, por medio del BOC, ha de asaltar la Generalidad y desde allí con el apoyo de las masas trabajadoras transformar Cataluña en una República Socialista.” Respecto a los opositores de izquierda, a quienes se refería con la denominación de trotskistas al igual que la dirección del PC oficial, los consideraba una “secta impotente” y los calificaba de “pedantes”.<sup>50</sup>

Sin olvidar las expectativas que dirigentes como Nin depositaron en este nuevo partido, a las que más adelante nos referiremos, las críticas de la OCE respecto al BOC fueron contundentes. En su órgano de expresión, *Comunismo*, se afirmaba: “Siembre se ha distinguido el Bloque por un confusionismo y oportunismo tan sobresalientes que ha sido la fuente de sus progresos como organización. Una ambigüedad especial, un coqueteo con todas las ideas sin adquirir ninguna responsabilidad ni ningún compromiso.”<sup>51</sup> Esta afirmación retrataba fielmente los zigzags que el BOC siguió en aspectos principistas como la cuestión nacional. “Influenciada por el aumento del populismo nacionalista en los primeros meses de la República, el BOC pasó de la tradicional defensa comunista del ‘derecho de autodeterminación’ a abogar por la independencia del País Vasco, Cataluña, Galicia y también Andalucía. Maurín, sin embargo, matizó en junio de 1931 en el Ateneo de Madrid, defender la separación no de España, sino del Estado español, cuya desintegración podía dar lugar a una verdadera unión ibérica. Unas semanas más tarde, el dirigente del BOC declaró que ‘decir que (...) los comunistas no [deben] fomentar el separatismo es una vergonzosa capitulación ante los prejuicios social-demócratas’ que nunca habían entendido la importancia de la cuestión nacional. Los comunistas disidentes catalanes concluyeron que no bastaba con

---

<sup>49</sup> Esquerra Republicana de Catalunya, nació en marzo de 1931 de la fusión de varios grupos nacionalistas catalanes de raigambre pequeñoburguesa, que oscilaron hacia la izquierda frente a las posturas reaccionarias de la Lliga Regionalista.

<sup>50</sup> Todas las citas entrecorridas de este párrafo pertenecen al artículo de Joaquín Maurín *El Bloque Obrero y Campesino (Origen, actividad y perspectivas)*, de febrero de 1932 incluido en este libro.

<sup>51</sup> *El Congreso del Bloque Obrero y Campesino*, publicado en *Comunismo* en julio de 1933.

asumir la dirección de los movimientos de liberación nacional existentes, era necesario participar en su creación. Al adoptar esta posición en Cataluña, el BOC confiaba en desplazar a ERC, cuya naturaleza de clase llevaba a que los comunistas disidentes esperasen su pronta capitulación frente al centralismo español.”<sup>52</sup> Cuando la perspectiva de que ERC desgastara su influencia no se cumplió, Maurín dio un nuevo giro a su discurso. Durante los acontecimientos revolucionarios de octubre de 1934 en Barcelona, defendió “que el proletariado no podría triunfar por sí sólo en Cataluña, sino que debía formar parte de una triple ofensiva compuesta por trabajadores, campesinos y por el movimiento de liberación nacional; era necesario empujar a ERC para que actuase antes de que tuviese tiempo de retroceder.”<sup>53</sup>

No es este el lugar para profundizar sobre la posición de los marxistas revolucionarios ante la cuestión nacional. En todo caso, es necesario destacar, aunque sea brevemente, que la posición de Lenin era bien distinta a la expuesta por Maurín. “¿Contestar ‘sí o no’ en lo que se refiere a la separación de cada nación? Parece una reivindicación sumamente ‘práctica’. Pero, en realidad, es absurda, metafísica en teoría y conducente a subordinar el proletariado a la política de la burguesía en la práctica. La burguesía plantea siempre en primer plano sus reivindicaciones nacionales. Y las plantea de un modo incondicional. El proletariado las subordina a los intereses de la lucha de clases. Teóricamente no puede garantizarse de antemano que la separación de una nación determinada o su igualdad de derechos con otra nación ponga término a la revolución democrática burguesa. Al proletariado le importa, en ambos casos, garantizar el desarrollo de su clase; a la burguesía le importa dificultar este desarrollo, supeditando las tareas de dicho desarrollo a las tareas de su nación. Por eso el proletariado se limita a la reivindicación negativa, por así decir, de reconocer el derecho a la autodeterminación, sin garantizar nada a ninguna nación ni comprometerse a dar nada a expensas de otra nación.”<sup>54</sup> La OCE se refería a la política del BOC sobre la cuestión nacional en los siguientes términos: “Esto lo saben muy bien los jefes del BOC, que en aras de la popularidad abandonan la ruta del comunismo. La emancipación del proletariado catalán no depende de la emancipación de Cataluña, sino todo lo contrario; la emancipación de Cataluña, como la de todos los pueblos, depende de la emancipación del proletariado, que al hacer su revolución e instaurar su dictadura resuelve este aspecto de la revolución democrática como resuelve todos los demás que de ningún modo puede resolver la democracia burguesa. Decir lo contrario a los obreros de Cataluña, igual que a los obreros de los demás países no emancipados, supone engañar a sabiendas a los obreros y traicionar la causa del proletariado.”<sup>55</sup>

Desde el punto de vista de la Oposición de Izquierdas, el partido de la clase obrera debía ser el más consecuente defensor de las reivindicaciones democráticas, subrayando especialmente las justas demandas sobre el derecho a decidir de las nacionalidades oprimidas. Pero esto era una cosa y, otra muy distinta, alimentar ilusiones en el movimiento obrero al respecto de que los políticos pequeño burgueses fueran aliados en los que confiar y, mucho menos, decisivos para la victoria. Haciendo balance de los primeros meses de gobierno de la Segunda República, la Oposición de Izquierda

---

<sup>52</sup> Andreu Charles Durgan, *op. cit.* pp. 104-105.

<sup>53</sup> *Ibid.*, p. 295.

<sup>54</sup> Lenin, *El derecho de las naciones a la autodeterminación*, 1914. Artículo incluido en la revista *Marxismo Hoy* nº 6, FUNDACIÓN FEDERICO ENGELS, Madrid 1999.

<sup>55</sup> Tesis sobre las nacionalidades de la III Conferencia de la OCE celebrada en marzo de 1932, recogida en el libro *Revista Comunismo, op.cit.*, p. 76.

española afirmaba que “los representantes de la pequeña burguesía radical” habían “demostrado una vez más su inconsistencia ideológica y su impotencia. La cosa no tiene nada de sorprendente para los marxistas revolucionarios, los cuales saben que no hay mejores auxiliares de la reacción burguesa que los demagogos y charlatanes del radicalismo pequeñoburgués. (...) La misión de los comunistas consiste en combatir denodadamente a la pequeña burguesía radical, por extremista que sea la etiqueta con que se presente.” Dicho análisis se refería tanto a las etapas pasadas como futuras de la revolución: “La política reaccionaria del gobierno de la República ha asestado un rudo golpe a las ilusiones democráticas de las masas obreras y campesinas. Pero sería un error creer que han sido totalmente liquidadas. Está aún muy difundida la opinión de que si estuvieran en el poder ‘verdaderos’ republicanos (los de la extrema izquierda pequeñoburguesa, por ejemplo) se haría una política más favorable a los intereses de las clases trabajadoras.”<sup>56</sup>

### **Por un programa revolucionario**

La OCE se posicionó respecto al nuevo partido de Maurín desarrollando una crítica en profundidad a su programa. Sus discrepancias eran numerosas, tal como quedaron reflejadas en un artículo de León Trotsky publicado en su órgano de expresión, *Comunismo*, en agosto de 1931. La propia idea de construir un partido “obrero y campesino” suponía una revisión del modelo de partido marxista. Los bolcheviques-leninistas no negaban la necesidad de unir en la lucha a obreros y campesinos, pero el Bloque confundía, en palabras de Trotsky, “una tarea política gigantesca que la vanguardia proletaria” debía llevar “inscrita en su plataforma” con la renuncia a crear un partido obrero independiente. Se trataba de “una nueva edición del partido obrero y campesino”<sup>57</sup> que en el pasado había defendido el estalinismo.

La experiencia del marxismo ruso era bien distinta. Incluso en los momentos en los que Lenin defendió la consigna de dictadura democrática de obreros y campesinos, planteamiento que corrigió a través de la experiencia práctica de la revolución de 1917, “no colocó nunca su fórmula hipotética por encima de la realidad, la lucha por la política independiente del partido proletario constituyó la aspiración principal de su vida.”<sup>58</sup> Trotsky profundizó en este aspecto cuando desarrolló la teoría de la revolución permanente. “Intenté demostrar que los campesinos, a pesar del inmenso peso social y revolucionario de esta clase, no eran capaces ni de crear un partido verdaderamente revolucionario ni, con mayor motivo, de concentrar el poder revolucionario en manos de ese partido.”<sup>59</sup> Se trataba de una opinión totalmente coincidente con la de Lenin, que en 1918 afirmaba: “Toda economía política, toda la historia de las revoluciones, toda la historia del desenvolvimiento político en el transcurso de todo el siglo XIX nos enseña que el campesino marcha siempre o con el obrero o con el burgués. (...) reflexionad sobre el desarrollo de cualquiera de las grandes revoluciones de los siglos XVIII y XIX, sobre la historia política de cualquier país en el siglo XIX y obtendréis la respuesta. La economía de la sociedad capitalista es tal, que la fuerza dominante no puede ser más que

---

<sup>56</sup> Tesis política de la III Conferencia de la OCE celebrada en marzo de 1932, incluida en este libro.

<sup>57</sup> León Trotsky, *Acerca de la declaración del Bloque Obrero y campesino de Cataluña*, 12 de junio de 1931, artículo incluido en este libro.

<sup>58</sup> León Trotsky, *La revolución permanente*, marzo de 1930, FUNDACIÓN FEDERICO ENGELS, Madrid, 2001.

<sup>59</sup> *Ibid.*

el capital o el proletariado después de derrocar a aquél. No hay otras fuerzas en la economía de dicha sociedad.”<sup>60</sup> Ello no quería decir que el partido de los comunistas pudiera ignorar o despreciar a la gran masa de campesinos humildes, por el contrario, en el Estado español, al igual que en octubre de 1917, la dictadura del proletariado sólo se podría llevar a cabo si la clase obrera era capaz de levantar a millones de campesinos pobres en defensa del programa de la revolución socialista.

La caracterización que el BOC planteó sobre la revolución que se había iniciado, también fue sometida a la crítica de Trotsky: “El gobierno es acusado de indecisión, de oscilación, etc. Pero no se dice en ninguna parte que el gobierno es un gobierno de la burguesía, enemigo del pueblo. La crítica del gobierno de Alcalá Zamora coincide enteramente con la crítica de los mencheviques y socialistas revolucionarios con respecto al gobierno del príncipe Lvov-Kerensky.”<sup>61</sup>

A pesar de que se encontraba en condiciones extremadamente precarias por su exilio, Trotsky prestó mucha atención a la situación política del Estado español. En su artículo *La revolución española y las tareas de los comunistas*,<sup>62</sup> escrito a finales de enero de 1931, reflexionaba sobre la estructura de clases de la sociedad: “Las últimas décadas, y sobre todo los años de la guerra mundial, han aportado modificaciones considerables a la economía del país y a la estructura social de la nación. Naturalmente, España sigue marchando a la cola de Europa. No obstante, en el país se ha ido desarrollando una industria nacional, (...) Esto crea una nueva correlación de fuerzas y abre nuevas perspectivas. (...) La burguesía española, en la actualidad aun menos que en el siglo XIX, puede tener la pretensión de desempeñar el papel histórico que desempeñó en otro tiempo la burguesía británica o francesa. La gran burguesía industrial de España, que ha llegado demasiado tarde, que depende del capital extranjero, que está adherida como un vampiro al cuerpo del pueblo, es incapaz de desempeñar, aunque sea por un breve plazo, el papel del caudillo de la ‘nación’ contra las viejas castas. Los magnates de la industria española forman un grupo hostil al pueblo, constituyendo uno de los grupos más reaccionarios en el bloque, corroído por las rivalidades internas, de los banqueros, los industriales, los latifundistas, la monarquía, sus generales y funcionarios.”

Convencido de que la burguesía española estaba incapacitada para realizar las tareas de la revolución democrática, Trotsky asignaba al proletariado esa responsabilidad histórica. “La entrada del proletariado español en la arena histórica cambia radicalmente la situación y abre nuevas perspectivas. (...) La cuestión de saber si las sacudidas revolucionarias actuales pueden conducir a una verdadera revolución capaz de transformar las bases mismas de la existencia nacional, se reduce, por consiguiente, a saber si el proletariado español es capaz de tomar en sus manos la dirección de la vida nacional. En la nación española no hay otro pretendiente a este papel.”

Lejos de establecer un paralelismo mecánico con los acontecimientos rusos de 1917, Trotsky contemplaba la revolución española como un proceso original, donde si bien las

---

<sup>60</sup> *Ibíd.*

<sup>61</sup> León Trotsky, *Acerca de la declaración del Bloque Obrero y campesino de Cataluña*, 12 de junio de 1931, artículo incluido en este libro.

<sup>62</sup> León Trotsky, *La revolución española y las tareas de los comunistas*, 24 de enero de 1931. Artículo incluido en el libro *Escritos sobre la revolución española. León Trotsky (1930-1939)*, FUNDACIÓN FEDERICO ENGELS, Madrid, 2010, p. 67.

fases fundamentales de toda revolución estarían presentes, tendrían su propio ritmo y particularidades. De hecho, en aspectos de innegable relevancia, como la ilusiones que las masas depositarían en el parlamentarismo burgués, evitó hacer pronunciamientos precipitados y se inclinó por un análisis dialéctico en todo momento: “¿Puede esperarse que la revolución española saltará por encima del periodo del parlamentarismo? Teóricamente, no está excluido. (...) Sin embargo, una perspectiva tal es poco probable.” En abril de 1931, Trotsky desarrolló en profundidad esta perspectiva, destacando una idea central, aplicable tanto a la revolución española como a cualquier otro proceso revolucionario: la debilidad del factor subjetivo, es decir, la ausencia de una dirección revolucionaria capaz de influenciar con su programa a un sector amplio de las masas, alargaría el proceso, descartando un desenlace rápido como el ocurrido entre febrero y octubre de 1917. “Los obreros comunistas constituyen hoy una pequeña minoría en el país”, escribía Trotsky “No pueden aspirar al poder de una manera inmediata. Actualmente no pueden proponerse como objetivo práctico la caída violenta del gobierno republicano-socialista. Toda tentativa en este sentido sería una aventura catastrófica. Es necesario que las masas de obreros, soldados y campesinos atraviesen la etapa de las ilusiones republicanas ‘socialistas’ a fin de liberarse de ella más radical y definitivamente. No engañarse con frases, observar los hechos con los ojos muy abiertos, preparar tenazmente la segunda revolución, la revolución proletaria.”<sup>63</sup>

Para Trotsky, la tarea de la construcción del partido consistía también en observar la realidad tal y como era, considerando las limitaciones objetivas del momento no como dificultades, sino como tareas que los revolucionarios debían afrontar. Esa es la clave de su artículo *Los diez mandamientos del comunista español* dirigido a sus camaradas en el Estado español. “La tarea de los comunistas en el periodo actual, consiste en ganarse a la mayoría de los obreros, la mayoría de los soldados, la mayoría de los campesinos. ¿Qué hace falta para eso? Agitar, educar a los cuadros, ‘explicar con paciencia’ (Lenin), organizar. Todo eso a base de la experiencia de las masas y de la participación activa de los comunistas en esta experiencia: la política amplia y audaz del frente único. Respecto al bloque republicano-socialista o bien a partes de éste, los comunistas no deben hacer ninguna transacción que pueda limitar o debilitar de una forma directa o indirecta la libertad de crítica y de agitación comunista. Los comunistas explicarán, por todas partes y sin descanso, a las masas populares que en las luchas contra todas las variedades de la contrarrevolución monárquica estarán en primera fila, pero que para semejante lucha no es necesario ninguna alianza con los republicanos y los socialistas, cuya política estará inevitablemente basada en concesiones a la reacción.”<sup>64</sup> En definitiva, la tarea de los comunistas agrupados en la oposición no sería la toma del poder, sino la conquista de las masas, empezando esa inmensa tarea por ganar a los sectores más avanzados de la clase obrera.

Había que rechazar cualquier posición ultraizquierdista frente a las ilusiones democráticas de los obreros y los campesinos. La dictadura, la monarquía y la república parlamentaria eran todas formas de dominación burguesas, pero no se podían ignorar sus diferencias. “La divisa de república es también, ni que decir tiene, la divisa del proletariado.”<sup>65</sup> No se trataba, en esa etapa del desarrollo revolucionario, de presentarse ante la clase obrera con una posición ultimativista y sectaria respecto a la República, sino

---

<sup>63</sup> León Trotsky, *Los diez mandamientos del comunista español*, 12 de abril de 1931. Artículo incluido en este libro.

<sup>64</sup> *Ibíd.*

<sup>65</sup> León Trotsky, *La revolución española y las tareas de los comunistas*, 24 de enero de 1931.

de desarrollar la capacidad de los comunistas para fusionar las consignas democráticas con las consignas socialistas. El programa de transición era para los opositores la herramienta imprescindible para ganar primero a la vanguardia y, posteriormente, al conjunto del movimiento a su programa. “Deben propugnarse ya reivindicaciones de carácter transitorio: nacionalización de los ferrocarriles, los cuales son todos en España de propiedad privada; nacionalización de las riquezas del subsuelo; nacionalización de los bancos; control obrero de la industria; en fin, reglamentación de la economía por el Estado (...) Aun en el caso de dar un paso adelante, admitiendo que la vanguardia proletaria se haya dado cuenta claramente de que sólo la dictadura del proletariado puede salvar a España de la descomposición, sigue planteada en toda su amplitud la tarea preliminar de reunir y cohesionar alrededor de la vanguardia a los sectores heterogéneos de la clase obrera y a las masas trabajadoras del campo, todavía más heterogéneas. (...) Ni que decir tiene que las consignas democráticas no persiguen en ningún caso como fin el acercamiento del proletariado a la burguesía republicana. Al contrario, crean el terreno para la lucha victoriosa contra la izquierda burguesa, permitiendo poner al descubierto a cada paso el carácter antidemocrático de la misma.”<sup>66</sup>

La OCE daba en esos momentos sus primeros pasos. Su II Conferencia no fue en el exilio como la primera, se celebró en Madrid en junio de 1931. Debató y aprobó tesis sobre el frente sindical, el PCE, la cuestión de las nacionalidades y el problema de la tierra. Ratificó también el nombramiento del Comité Ejecutivo y Central, integrados, entre otros, por Lacroix, Juan Andrade, Luís Fernández Sendon (Fersen), Nin y Esteban Bilbao. Respecto a la militancia de la OCE hay discrepancia dependiendo de los autores, en cualquier caso, todos coinciden que no superaba el millar. Pierre Broué, considera que los opositores eran aproximadamente 1.000, mientras que Pelai Pagès rebaja la cifra a la de 800 militantes, tal como Juan Andrade citaba en un informe interno. También se puede considerar los 700 miembros recogidos en un informe redactado por el trotskista francés Jean Rous.

La III Conferencia se celebró poco tiempo después, en marzo de 1932, y contó con la presencia de representantes de las zonas donde existían núcleos organizados: Madrid, Castilla, Cataluña, Asturias, Bilbao, Galicia y Andalucía. Los materiales escritos fueron mucho más amplios y ambiciosos en su contenido que en las dos conferencias anteriores. La Tesis sobre la situación política<sup>67</sup> reflexionaba sobre el desarrollo histórico del capitalismo español, repasando los efectos de la Primera Guerra Mundial y el posterior período de posguerra, las causas que motivaron la dictadura de Primo de Rivera y su sustitución por el régimen de Berenguer. Se iniciaba con la siguiente afirmación: “La proclamación de la República el día 14 de abril de 1931 no fue, como está interesada en sostener la burguesía republicana, el coronamiento de una revolución, sino una de las etapas del lento y penoso proceso revolucionario que, con intermitencias, se está desarrollando en nuestro país desde hace más de un siglo y que ha tomado un carácter particularmente agudo durante estos últimos años.” También se establecía que la burguesía, esa “clase social, progresiva ayer, se había convertido en una fuerza reaccionaria que en todos los momentos decisivos (1909, 1917) se aliaba con los terratenientes y ahogaba su propia revolución, atemorizada ante el empuje revolucionario del proletariado, el cual no podía resignarse a desempeñar el papel de

---

<sup>66</sup> *Ibid.*

<sup>67</sup> Incluida en este libro.

elemento auxiliar de la burguesía, sino que presentaba también la cuenta y amenazaba con convertir la revolución democrático-burguesa en socialista.”

Los dirigentes de la OCE, anticipando el protagonismo que adquiriría la pequeña burguesía en la revolución española, estudiaban el carácter oscilante del estado de ánimo político de estas capas. Si bien, “durante los años 1917-1920 vieron con indudable simpatía el movimiento obrero revolucionario, se sintieron presas del más profundo desengaño ante el fracaso del mismo. Decepcionadas del régimen parlamentario, decepcionadas de la clase obrera, volvieron esperanzadas los ojos hacia el dictador. Pero el desencanto no tardó en llegar. Agobiada por los impuestos y las dificultades económicas crecientes, la pequeña burguesía fue volviendo la espalda al dictador, y persuadida de que la Monarquía era la causante de todos sus males (el rey había tenido una participación personalísima en la instauración de la Dictadura), vio en la República el remedio radical a los mismos. El movimiento republicano tomó un poderoso impulso.”

A su vez, los materiales políticos de la Oposición, repasaban los errores de perspectivas cometidos por el PCE: “Los acontecimientos le cogieron desprevenido (...) era el resultado inevitable de la política errónea seguida por la IC. Durante la Dictadura militar, la IC y la fracción que la representa en España se limitaron a repetir que Primo de Rivera no podía ser derribado más que por la insurrección armada de los obreros y campesinos. Los hechos demostraron (como lo había previsto la Oposición Comunista de Izquierda) que cuando la experiencia de la dictadura descarada fracasa y la clase obrera, en el momento de la crisis, no cuenta con un partido vigoroso, la burguesía tiene aún la posibilidad de explotar las ilusiones democráticas para prolongar su dominación. Por no haber tenido en cuenta esta posibilidad, la dirección del partido, en vez de prever los acontecimientos, se vio sorprendida por ellos. Destruído por la realidad el esquema forjado arbitrariamente, lo natural hubiera sido que la dirección del partido renunciara a sus errores; pero en vez de ello (como los hechos no se ajustaban a dicho esquema) afirmó que la caída de la Dictadura militar no tenía ninguna importancia, y que, en el fondo, no había sucedido nada.”

Posteriormente, se realizaba una contundente crítica de la primera etapa de gobierno de la República exponiendo los límites de la democracia burguesa: “La República no ha resuelto, ni puede resolver radicalmente, ninguno de los problemas fundamentales de la revolución democrática: el agrario, el de las nacionalidades, el de las relaciones con la iglesia, el de la transformación de todo el mecanismo burocrático-administrativo del estado. La solución del problema religioso (solución aparentemente radical, puesto que se deja en pie todo el poderío económico de la iglesia), la posible concesión de una mezquina autonomía a Cataluña y de una tímida reforma agraria, que, en el fondo, dejaría incólumes los derechos de la gran propiedad, son el límite extremo a que puede llegar la burguesía en el camino de la revolución democrática.” También denunciaba “la adopción de la ‘Ley de Defensa de la República’<sup>68</sup>, dirigida contra los trabajadores, con lo cual se puso de manifiesto el verdadero carácter de la modificación ministerial.”

---

<sup>68</sup> Ley aprobada por el gobierno de conjunción republicano-socialista ante el incremento del número de huelgas y ocupaciones de fincas que incluía la prohibición de difundir noticias que perturbaran el orden público y la buena reputación, denigrar las instituciones públicas, rehusar irracionalmente a trabajar y promover huelgas.

Respecto al partido de Maurín, el Bloque Obrero y Campesino, las Tesis de la OCE se reafirmaban en su carácter “confusionista y oportunista”, proponiéndose combatir sus “desviaciones pequeñoburguesas.” Pocas semanas después, los opositores españoles criticaron también sus prácticas sindicales. La Confederación Regional de la CNT de Cataluña expulsó, en abril de 1932, a los sindicatos controlados por el BOC y las Federaciones locales de Lérida, Tarragona y Gerona. “Molins i Fàbrega, ocupándose de la táctica sindical del BOC, no duda en imputar toda la responsabilidad de la expulsión a los dirigentes bloquistas, al asistir al congreso de Sabadell ‘con tono retador, a darles el trabajo hecho a los anarquistas que no tienen más que proponer vuestra expulsión para que sea aceptada.’ Molins acusaba así al BOC de que en realidad asistió al congreso ebrio de su fuerza sindical, y con el propósito de escindirse para tener como partido oficial, su organización sindical independiente, sin importarles en lo más mínimo que la escisión produjera una honda perturbación ante el proletariado catalán.”<sup>69</sup>

Si bien hubo acuerdo en el análisis teórico, cuando se abordaron los aspectos prácticos del trabajo de la OCE la III Conferencia no estuvo exenta de polémica. En el terreno táctico se reabrió el debate respecto a la posición electoral, cuestión que tenía mucho que ver con las expectativas depositadas por parte de algunos dirigentes en el BOC. Ya en la II Conferencia se había rechazado una propuesta de Lacroix y Bilbao que proponía sostener críticamente a los candidatos del partido comunista oficial en el terreno electoral, una posición en sintonía con los postulados tácticos de la oposición internacional; finalmente la postura que obtuvo la mayoría de los votos fue la defendida por Nin, consistente en apoyar las llamadas candidaturas de base, que no eran otras que las de Maurín. Un hecho que dibujaba ya las oscilaciones del teórico de la oposición española respecto al BOC: críticas respecto a su política, pero una progresiva adaptación a él en los hechos. En la III Conferencia se dio un paso más con la propuesta de Fersen, que reivindicaba una actuación más independiente. La delegación de Cataluña, integrada por Nin y Molins i Fàbrega, concretó la formulación proponiendo que la oposición aprobase el principio de intervención en las elecciones. Hasta aquel momento, la OCE no se había planteado nunca su participación independiente en ninguna de las elecciones que se habían realizado durante el régimen republicano. Nin y Fersen ganaron la votación, con la oposición de Andrade y Lacroix, miembros del Comité Ejecutivo.

Aunque pudiera aparecer un hecho secundario, la decisión adoptada representaba el primer paso del camino que llevaba a la constitución de un partido independiente. De hecho, otra de las decisiones que adoptó la Conferencia fue el rechazo, por unanimidad, del nombre ‘Sección española de la Oposición de Izquierdas (Bolchevique-leninistas)’, tal como se denominaban las secciones nacionales de la oposición internacional. Los opositores españoles adoptaron una denominación diferenciada del resto de sus compañeros a escala internacional: Izquierda Comunista de España (ICE). La Conferencia supuso la primera crisis en el seno de la dirección de la ICE que, en poco tiempo, a través de la formación de fracciones, implicó al Secretariado Internacional (SI), el máximo órgano de dirección internacional de la Oposición de Izquierdas. El conflicto interno enfrentó a Lacroix, que dimitió antes de que finalizara la reunión, con la mayoría de la dirección de la organización. Nin fue elegido como sustituto del dimitido fundador de la oposición española.

---

<sup>69</sup> Pelai Pagès, *El movimiento trotskista en España (1930-1935)*, op. cit., p. 246.

Los enfrentamientos dentro del grupo español se sucedieron paralelamente a una crisis de mayor envergadura entre la dirección internacional de la Oposición de Izquierdas y la mayoría de la Izquierda Comunista de España. El conflicto se produjo en torno a la lucha fraccional que involucraba a dos importantes dirigentes de la sección francesa: Rosmer y Moliner, y que acabó con la expulsión del primero. Cuando Moliner y Pierre Frank, representantes del SI presentes en Madrid, propusieron a la III Conferencia la ratificación de la expulsión de Rosmer, los delegados de la OCE rechazaron la propuesta exigiendo la celebración de una Conferencia Internacional donde tanto los expulsados como los miembros de pleno derecho expusieran en igualdad de condiciones sus opiniones. Ante los argumentos del SI, los dirigentes de la sección española suavizaron los términos de su propuesta, explicando que nunca habían considerado que “los grupos excluidos pudieran intervenir en la misma forma que las organizaciones legítimas.”<sup>70</sup>

En opinión de Trotsky, la polémica entre el SI y la ICE iba mucho más allá de los profundos e innegables desacuerdos sobre la capacidad y valía política de individuos como Rosmer y Moliner, o los que posteriormente surgirían sobre Lacroix. Por encima de ello, su crítica se centraba en la inhibición que la dirección española había manifestado en los intensos debates que se desarrollaban en las filas de la oposición internacional. Trotsky dejaba clara su consideración a Nin en enero de 1932: “Mi opinión sobre el papel que desempeña la Oposición española en los asuntos internacionales sigue siendo muy desfavorable. (...) En este trabajo, los camaradas españoles no han tomado ninguna parte. No intervienen en las cuestiones internacionales más que en el caso de considerarse personalmente afectados y, en ese caso, intervienen de tal manera, que ayudan a quienes desertan de nuestras filas.”<sup>71</sup>

En aquellos años se estaba produciendo un proceso de clarificación y depuración dentro de la Oposición de Izquierdas internacional que Trotsky consideraba de una importancia decisiva para el futuro de la organización. Poco tiempo después escribiría: “Todo nuestro trabajo previo fue de carácter preparatorio. Estamos entrando en una nueva época en el pleno sentido de la palabra; estamos dejando de ser círculos propagandísticos para pasar a ser combativas organizaciones políticas del proletariado. (...) la nueva orientación consiste en parte en que permite poner a prueba a los viejos grupos, tendencias e individuos, no por casualidad y guiándose por criterios subjetivos, sino de acuerdo a infalibles criterios objetivos originados en nuestro propio proceso de desarrollo. Más allá de cuál haya sido el origen del descontento, los conflictos, los roces personales, etcétera, ahora los antiguos desacuerdos deben necesariamente plantearse alrededor de dos alternativas básicas: hacia adelante, hacia la amplia perspectiva de la Cuarta Internacional, o hacia atrás, hacia los pequeños círculos que se cocinan en su propia salsa.”<sup>72</sup>

Trotsky intentó elevar el contenido político de la polémica, centrándola en el carácter proletario de la organización partidaria que estaban construyendo. Desde su perspectiva, si bien era imprescindible que en cada país existieran genuinos órganos de dirección con el derecho y la obligación de desarrollar tanto la teoría, como una táctica y estrategia específica, la Oposición internacional no era una mera confederación de organizaciones nacionales con el fin de coordinar los acuerdos en aquellos aspectos y tareas que

---

<sup>70</sup> *Ibid.*, p. 132.

<sup>71</sup> *Ibid.*, pp. 130-131.

<sup>72</sup> León Trotsky, *Hay que poner punto final*, 18 de septiembre de 1933.

trascendían el plano doméstico. Aplicaba otra ley de la dialéctica, el ‘todo es superior a la suma de las partes’. La Oposición internacional, ya fuera en su fase embrionaria, como todavía era el caso, o en su pleno desarrollo, era un organismo político superior producto de la aportación y el debate de todos sus miembros. La participación activa de las secciones nacionales en los debates, el conocimiento detallado de la actividad desarrollada en cada país y, desde luego, la resolución colectiva de las controversias, no era sólo un derecho democrático de los miembros de la Oposición internacional, sino la metodología que permitía elevar el nivel y la madurez política del conjunto de la militancia y los cuadros, sin importar si su labor se desarrollaba en Francia, el Estado español o la URSS. “No podemos formar verdaderos revolucionarios sin dar a los jóvenes comunistas la oportunidad de seguir día a día la elaboración de la política revolucionaria, no sólo en el seno de la oposición española, sino en el conjunto de las secciones de la Oposición internacional. Esta es la única forma de adquirir experiencia, de forjar y consolidar su conciencia revolucionaria. De hecho esta es la tarea más importante del régimen democrático del partido que nos esforzamos por establecer.”<sup>73</sup>

El grueso de las tesis políticas aprobadas en la III Conferencia, incluso la resolución finalmente adoptada en el caso de la crisis de la sección francesa o la posición respecto al BOC, reflejaban un importante acuerdo político, pero, tras la aparente unanimidad establecida sobre los materiales escritos, prevalecía un desencuentro que no haría más que crecer.

Ya desde los inicios de la andadura política de la Oposición en el Estado español hubo diferencias sobre un aspecto crucial: las perspectivas para el PCE. En opinión de los dirigentes españoles, el “aparato burocrático del partido comunista de España, inspirándose en los procesos dictatoriales seguidos por la internacional desde 1924, al matar el centralismo democrático y el centralismo crítico en la base del partido,” había “levantado un muro que” impedía “por completo el desarrollo del partido.”<sup>74</sup> Es cierto que durante los primeros compases de la revolución española el partido oficial contaba una militancia muy escasa, cifrada a principios de 1931 en no más de un millar, circunstancia a la que se sumaban los golpes provocados por las depuraciones permanentes. La debilidad numérica no era la única ni la más importante de sus dificultades. Mucho más dramático fue el aislamiento inicial al que se vio condenado por su actitud sectaria ante la proclamación de la Segunda República. Trotsky, sin ignorar esta realidad, no compartía el análisis de sus compañeros de la OCE, y enfocaba las perspectivas para el PCE trascendiendo los límites del censo de afiliados así como su nefasto posicionamiento inicial frente a la revolución. Desde su punto de vista, el desarrollo del PCE estaría influenciado por factores de carácter internacional y de la propia lucha de clases.

En primer lugar, partía de la premisa de que las siglas y la bandera del PCE eran vistas por las masas como parte de la revolución de Octubre, lo cual proporcionaría a este pequeño partido un fuerte reserva de simpatía entre sectores amplios del movimiento obrero que iba mucho más allá de su escasa afiliación. “A pesar de su debilidad intrínseca, el partido oficial se beneficia de factores históricos exteriores: la URSS y todo lo que a ella está ligado. Esto es por lo que me parece peligroso no tener en cuenta,

---

<sup>73</sup> Carta del Secretariado Internacional de la OPI al Comité central de la OCE, 7 de marzo de 1932, Pierre Broué, *La revolución española (1930-1936)*, p. 225.

<sup>74</sup> Tesis sobre la organización del PCE de la II Conferencia de la OCE celebrada en junio de 1931, recogida en el libro *Revista Comunism*, p. 37

en la práctica, más que la relación actual de fuerzas.”<sup>75</sup> Rechazaba también una visión estática de las organizaciones de la clase obrera, entendidas como entes al margen de los acontecimientos que se producen en la lucha de clases. La crisis de los partidos socialistas europeos y el surgimiento de corrientes centristas, probaba como acontecimientos de calado histórico eran capaces de afectar la conciencia de las masas, e inevitablemente se reflejaban en las organizaciones de la clase obrera, por más reformistas o degeneradas que fuera su actuación. Si una de las características más prominentes de una revolución es la entrada de las grandes masas de la población en la vida política activa, consecuentemente, el desarrollo de sus organizaciones tradicionales sería, en momentos de ascenso revolucionario, convulso y explosivo, no lineal y pacífico. Es más, la crisis del reformismo que en el Estado español expresaba la corriente de izquierdas liderada por Largo Caballero, no reflejaba otra cosa que la búsqueda de una alternativa revolucionaria por parte de sectores cada vez más amplios del movimiento obrero. Si esa demanda no era satisfecha por los dirigentes centristas, ni por los Bolcheviques-Leninistas, ese espacio bien podría ser llenado por el PCE, que era visto como el representante en el Estado español de la victoria bolchevique de Octubre.

Esta polémica, carecía de cualquier carácter abstracto, abordaba un aspecto del que se desprendían importantes consecuencias prácticas para el futuro desarrollo de la Oposición. De hecho, buena parte de la táctica de construcción del partido defendida por Andreu Nin estaría determinada, entre otros factores, por su opinión acerca del papel que estaba predestinado a jugar el estalinismo en la revolución española. No le faltaban, al menos desde un punto de vista empírico, datos para afirmar la escasa relevancia del PCE. Junto a lo anteriormente expuesto, se daba la circunstancia además de que Cataluña, centro de la actividad política de Nin, era una de las zonas donde el partido oficial era más débil. En las elecciones municipales que dieron lugar a la proclamación de la Segunda República, el PCE obtuvo menos de 200 votos en Barcelona, mientras que el partido de Maurín alcanzó los tres millares. Ahí estaba una de las claves tanto de la polémica electoral de la II y III conferencia, como del optimismo con el que Nin afrontaba la orientación hacia el BOC.

Recién llegado a Barcelona, en octubre de 1930 escribía a Trotsky: “Actualmente tenemos: 1) el Partido [comunista] oficial, que no tiene ninguna fuerza efectiva y cuya autoridad en las masas es nula; 2) las Federaciones Comunistas de Cataluña y Valencia, excluidas del partido, y que, en realidad junto con los grupos más influyentes de Asturias y de otros lugares, constituyen, de hecho, un partido independiente; 3) el Partit Comunista Català, que tiene un buen equipo dirigente y cuenta con cierta influencia entre los obreros del puerto de Barcelona y domina el movimiento obrero de Lérida, y 4) la Oposición de Izquierda [trotskista], que no tiene ninguna fuerza en Cataluña.”<sup>76</sup> En el verano de 1931, insistía: “Aquí el partido se formará fuera del partido oficial” y, subrayaba que la “Federación Catalana cuenta con la simpatía de los mejores elementos de España.”<sup>77</sup> Por su parte, Andrade, otro destacado dirigente de la oposición, escribía en 1934: “El estalinismo está en plena descomposición y liquidación (...) Los partidos estalinistas disminuyen día a día y pierden toda autoridad entre las masas obreras.”<sup>78</sup> El

---

<sup>75</sup> León Trotsky, 31 de enero de 1931, carta recogida en el libro de Pierre Broué, *La revolución española (1930-1936)*, p. 96.

<sup>76</sup> Víctor Alba, *El marxismo en España (1919-1939)*, Tomo I, B. Costa-Amic Editor, México DF, 1973, p. 62.

<sup>77</sup> Pierre Broué, *La revolución española (1930-1936)*, p. 96.

<sup>78</sup> *Ibid.*, p. 299.

Comité Ejecutivo de la ICE afirmaba todavía en abril de 1935: “En España, la bancarrota de la III Internacional ha sido evidente. El Partido Comunista es, hoy día, una organización minoritaria, sin gran influencia en las masas obreras del país.”<sup>79</sup>

Esta visión, empírica y formalista, era completamente equivocada. Partiendo de una visión unilateral sobre el futuro del PCE, como una mera repetición de su presente, los acontecimientos dieron la razón a las previsiones de Trotsky. El PCE experimentó un crecimiento explosivo tanto en su militancia como en su influencia. A finales de 1931 multiplicó entre cuatro y cinco veces su millar de militantes. En el momento del alzamiento fascista, julio de 1936, contaba ya con más de 30.000 afiliados y, en el verano de 1937, alcanzó la impresionante cifra de 250.000 militantes. Sin duda, un factor clave en este desarrollo, aunque desde luego no el único y al que nos referiremos de forma detallada más adelante, fue ganar la dirección de las radicalizadas JJSS y una parte importante de la izquierda socialista. Finalmente, el PCE, a pesar de sus precarios comienzos en la etapa republicana, conseguiría convertirse en una fuerza política hegemónica dentro la izquierda.

### **Nin y Trotsky sobre la construcción del Partido**

La perspectiva probable de un importante desarrollo del PCE no era presentada, en ningún caso, como una panacea para el crecimiento de los bolcheviques-leninistas por parte de Trotsky. A finales de septiembre de 1931 escribía a Nin: “Siempre he observado la tendencia de numerosos camaradas a subestimar las posibilidades de desarrollo del partido comunista oficial en España. Ya le he escrito sobre esto más de una vez. En mi opinión, constituiría un grave error ignorar al partido oficial, considerarlo como una fuerza ficticia, darle la espalda. Por el contrario, deberíamos llevar una política de unificación respecto al partido oficial en España. Sin embargo esta tarea no es sencilla. Mientras sigamos siendo una fracción débil, en general, es irrealizable. Mientras no constituyamos una fuerza seria, no podremos consolidar en el seno del partido oficial una corriente a favor de la unificación.”<sup>80</sup>

Las diferencias mantenidas desde muy pronto entre Andreu Nin y León Trotsky se centraban pues, no en consideraciones de tipo personal o de carácter, sino en cómo construir, con qué política y métodos, el embrión del partido revolucionario en el Estado español.

Nin estaba convencido de que su tarea primordial era centrar toda su actividad en el BOC. En la segunda quincena de enero de 1931 escribía a Trotsky: “Mi conducta me parece de hecho clara (y hablo de mi porque soy oficialmente el único miembro de la Oposición de Izquierdas aquí): debo entrar en la Federación. Andrade y Lacroix, los mejores elementos que tenemos en España, comparten mi opinión. Ya he hecho negociaciones y sería admitido sin renunciar, naturalmente, en nada a mi posición (...) Es necesario actuar con gran tacto. La mayoría de los militantes (excepto Maurín, que es el más inteligente y en realidad está con nosotros) dicen que no están con la Oposición; pero cosa sorprendente son de los nuestros sin que lo sospechen; cuando no hablo de

---

<sup>79</sup> *Ibid.*, p. 340.

<sup>80</sup> *Ibid.*, p. 210.

Oposición, pero les expongo nuestro punto de vista sobre las cuestiones esenciales de estrategia, de táctica, de organización, se muestran de acuerdo con nosotros (...) He aquí un ejemplo sorprendente. El mes próximo debe tener el congreso de fusión. Maurín está encargado de redactar las tesis sobre la cuestión política y las tareas del Partido. Y bien, aprovechando el hecho de que somos ‘vecinos’ (vive a mi lado), redactamos las tesis juntos (...) Sería absurdo renunciar a una acción común cuando ella es posible sobre una plataforma política que es totalmente aceptable.”<sup>81</sup>

Entre enero y mayo de ese año, Nin colaboró estrechamente con Maurín. Inmediatamente después de la celebración del Congreso que dio lugar al nacimiento del BOC en marzo, tuvo que informar que no había podido evitar la constitución de un Partido Obrero y Campesino, pero que tenía la garantía de que se trataba de algo provisional. Respecto a las relaciones del BOC con la IC, Nin manifestaba una visión ingenua y un tanto oportunista: “La Federación catalana estima que mi adhesión directa a ella podría agravar sus relaciones con la IC. Es justo. Pero hemos encontrado la fórmula. Me adheriré al bloc y como miembro de éste participaré en todos los mítines. Por otra parte, escribiré todas las semanas, con seudónimo, en *La Batalla*. Si la ruptura con la IC llegara a ser definitiva (y es inevitable), seré admitido inmediatamente en la Federación.”<sup>82</sup> En el mes de mayo de 1931, Nin todavía afirmaba que la Federación tenía una opinión coincidente con la Oposición sobre el proceso revolucionario español.

Nin parecía guiarse más por su capacidad de influir personalmente en los dirigentes del BOC, especialmente en Maurín, que por los hechos constatados. Ello le llevó a unas previsiones falsamente optimistas. Las expectativas de Nin acerca de la consideración que Maurín tenía de la Oposición de Izquierdas, de que la mayoría de los militantes del BOC eran de la Oposición “sin sospecharlo”, sobre la “inevitable” ruptura de los bloquistas con la IC que facilitaría su integración en la FCC-B, o que la existencia del Partido Obrero y Campesino sería provisional, fueron todas defraudadas.

Pocos meses después de escribir estas cartas a Trotsky, en septiembre de 1931, se vio obligado a calificar las posiciones de Maurín como “una tentativa de revisión de los principios esenciales del marxismo revolucionario, tentativa que, en caso de triunfar, representarían un peligro inmenso para la revolución española.”<sup>83</sup> Un mes más tarde, en noviembre, los opositores que militaban en el BOC fueron expulsados. El Comité Ejecutivo bloquista de Barcelona hizo pública una resolución al respecto en *La Batalla*, mostrando abiertamente su hostilidad a los trotskistas: “Los elementos trotskistas se reclutan principalmente entre las filas de los pequeños intelectuales. Su galimatías teórico no hace mella en los obreros de la fábrica y el taller. Pero son agentes poderosos de disgregación, sembradores de pesimismo. Trocados en secta jesuítica, laboran intensamente por la destrucción política de la clase trabajadora. Naturalmente, la Federación Comunista, para mantener su unidad interna, se ha visto obligada a expulsar a los tres o cuatro trotskistas que se habían propuesto hacer estragos en nuestras filas.”<sup>84</sup> La pública animosidad del BOC hacia el trotskismo, continuó unos años más —algunos sectores de hecho la mantuvieron tras la fusión de la ICE con el BOC en 1935—, “en junio de 1933, *La Batalla*, en unos comentarios acerca del caso Lacroix, definió al

---

<sup>81</sup> Pelai Pagès, *El movimiento trotskista en España (1930-1935)*, p. 52.

<sup>82</sup> Carta de Nin a Trotsky del 7 de marzo de 1931. Pelai Pagès, *Ibid.*, p. 53.

<sup>83</sup> Andreu Nin, “¿A dónde va el Bloque Obrero y Campesino?”, publicado en *Comunismo* en septiembre de 1931. Artículo incluido en este libro.

<sup>84</sup> Pelai Pagès, *El movimiento trotskista en España (1930-1935)*, p. 78.

trotskismo como ‘igual al estalinismo’ mientras que en octubre de ese mismo año Maurín todavía podía decir que el trotskismo ‘constituía la antítesis de la organización’, que ocasionaba una ‘guerra civil’ en el movimiento obrero allí donde surgía.”<sup>85</sup>

Trotsky, pacientemente y a pesar del impresionismo de Nin y sus giros, intentaba explicar que no se oponía a la participación de los opositores en otras organizaciones, pero advertía que la prioridad se centraba en construir un primer núcleo sólido de la organización. “La entrada de los comunistas de izquierda en organizaciones más amplias e informales se justifica en España más que en cualquier otra parte, por el estado de las filas comunistas por una parte, y, por la otra, por la situación revolucionaria. Pero esta táctica pone a los opositores de izquierdas en peligro de llevarles a desaparecer en el seno de otras corrientes o fracciones. Por ello la creación de un centro de la oposición de izquierdas me parece la condición necesaria y urgente de la entrada de sus militantes en otras organizaciones. Son necesarios un periódico de la oposición de izquierdas y un boletín interno.”<sup>86</sup>

Tampoco rechazaba la posibilidad de trabajar en el BOC, eso sí, sin olvidar el objeto de dicha actividad: popularizar las ideas y el programa de la Oposición entre su base obrera. Trotsky mostró en todo momento un método paciente con Nin: “En su segunda carta usted demuestra la necesidad de influenciar a la Federación Catalana amigablemente y con tacto. Estoy totalmente de acuerdo (...) pero no puedo dejar de señalar desde aquí, lejos, el segundo aspecto de la cuestión. Hace dos o tres meses usted pensaba que podía conquistar esta organización sin dificultad; elaboró las tesis con Maurín, etc.; poco después evidenció que la Federación encontraría inoportuna la entrada en sus filas, a causa de sus equivocadas relaciones con la IC. Desde mi punto de vista, este hecho es un argumento en contra de toda tentativa de influenciar de manera personal, individual, pedagógica, al margen de una fracción de izquierdas organizada que agita su bandera desplegada por todas partes. ¿Trabajar en el seno de la Federación? Sí. ¿Trabajar con paciencia, amigablemente, sin temor a los fracasos? Sí, sí, sí. Pero trabajando abiertamente, en tanto que opositor de izquierda, como bolchevique leninista, que tiene su propia fracción y que exige para ella la libertad de crítica así como la libertad de exponer sus opiniones.”<sup>87</sup>

Poco tiempo después, Trotsky vuelve a escribir a Nin intentando obtener de éste respuestas concretas sobre las consideraciones políticas que justifican su implicación en el BOC: “Hace unas pocas semanas usted me escribía que se veía obligado a romper con la Federación ya que sus dirigentes consideraban que su pertenencia a la oposición de izquierdas era incompatible con su pertenencia a la Federación. Dicho de otra forma, sus dirigentes se han mostrado hostiles a nosotros, y han empleado los métodos y la fraseología de la burocracia estalinista. Me desorienta su entrada en los puestos dirigentes de la Federación al cabo de unas semanas. [Trotsky se refiere a una carta de Nin del 16 de abril en la que este le informaba de que “La Federación Catalana me ha pedido mi colaboración. No podía negarme, y heme aquí trabajando inmediatamente (en realidad en gran medida como dirigente) en el comité central de esta organización.”] ¿Qué pasa en la Federación? ¿Sus dirigentes han cambiado de opinión? (...) ¿Han

---

<sup>85</sup> Andreu Charles Durgan, *op. cit.*, p. 360.

<sup>86</sup> Carta de Trotsky a Nin del 31 de enero de 1931. Pierre Broué, *La revolución española (1930-1936)*, *op. cit.*, pp. 96-97.

<sup>87</sup> Carta de Trotsky a Nin, 20 de abril de 1931. *Ibid.*, p. 117

perdido la confianza de reconciliarse con la IC?”<sup>88</sup> Es perceptible, a través de la correspondencia que intercambiaban ambos, la preocupación creciente de Trotsky respecto a la exagerada importancia que daba Nin a su capacidad y habilidad individual para corregir el rumbo del BOC, de su particular influencia sobre sus máximos dirigentes<sup>89</sup>. En opinión de Trotsky, el crecimiento numérico y político de la Oposición no se podía confiar a la posibilidad de ganar al marxismo a dirigentes como Maurín.

¿Quiere esto decir que el talento de algunos individuos no puede jugar un papel decisivo en las organizaciones y en la propia historia? Desde luego que no, al menos desde un punto de vista marxista. “La historia no es un proceso automático. Si no ¿para qué los dirigentes?, ¿para qué los partidos?, ¿para qué los programas?, ¿para qué las luchas teóricas?”<sup>90</sup> En el papel jugado por Lenin en la Revolución rusa encontramos una excepcional demostración práctica al respecto. Recién llegado a Petrogrado, en abril de 1917, desde su obligado exilio en Zurich, Lenin defendió ante el Comité Central bolchevique sus famosas *Tesis de Abril*. Éstas significaron una ruptura con la política conciliadora que, desde febrero, había desarrollado la dirección del partido en su ausencia, especialmente en Petrogrado y constituyeron, sin duda, la esencia del programa que llevo a los sóviets a la toma del poder. Lenin tenía el plan que la revolución necesitaba, la llave de la victoria, lo cual confería a su papel una indiscutible trascendencia histórica. No obstante, las posiciones del máximo dirigente de los comunistas rusos no consiguieron el apoyo del Comité Central. El dominio de la teoría y la táctica marxistas mostrado por Lenin era indispensable, pero hacía falta algo más, su genialidad precisaba de la base proletaria del partido de la revolución. Los obreros bolcheviques, formados por el partido durante años, eran imprescindibles. Una militancia forjada en mil y una batallas, en duros años de resistencia ideológica frente a ideas de clase ajenas, en dolorosas derrotas como 1905. Afiliados acostumbrados a opinar, a decidir, a pensar por si mismos, a confiar solo en sus propias fuerzas y en las de la clase trabajadora, que dedicaban sus energías a construir pacientemente en el movimiento obrero. La policía zarista se refería así a los bolcheviques: “Los elementos, las organizaciones y los hombres que rodean a Lenin son los más enérgicos, los más audaces y los más capacitados para la lucha sin desmayo, la resistencia y la organización permanentes.”<sup>91</sup> La madurez política de la militancia bolchevique le permitió a Lenin no solo conseguir en la Conferencia de Abril la mayoría que el Comité Central negó a su programa, sino también llevar las *Tesis de Abril* a las fábricas, a los barrios obreros, a los regimientos y a los sóviets.

Los dirigentes revolucionarios son necesarios, imprescindibles. Su ejemplo, su inspiración, su elaboración política, cohesionan al movimiento, ayudan a su organización. Sin duda, existen seres humanos excepcionales, pero no superhombres. Nadie puede sustituir el papel de la clase obrera. Sin la fuerza que genera la conciencia proletaria a través de la organización, no se puede hacer frente a las presiones materiales e ideológicas del capitalismo. Para Lenin, como para Trotsky, la construcción de un partido revolucionario era una tarea colectiva, en la que el protagonismo correspondía a

---

<sup>88</sup> *Ibid.*, p. 118.

<sup>89</sup> Para profundizar más en este aspecto recomendamos el libro de Pierre Broué tan citado en este trabajo, en el que encontramos abundantes citas de las cartas escritas por Trotsky a Nin.

<sup>90</sup> León Trotsky, *Clase, partido y dirección: ¿por qué ha sido vencido el proletariado español?*, agosto 1940. Artículo incluido en *Escritos sobre la revolución española. (1930-1939)*, FUNDACIÓN FEDERICO ENGELS, Madrid, 2010.

<sup>91</sup> León Trotsky, *Historia de la Revolución Rusa*, p. 51.

los trabajadores. “El proletariado no es nada mientras sigue siendo un individuo aislado. Todas sus fuerzas, toda su capacidad de progreso, todas sus esperanzas y anhelos las extrae de la organización, de su actuación sistemática, en común con sus camaradas. Se siente grande y fuerte cuando constituye una parte de un organismo grande y fuerte. Este organismo es todo para él, y el individuo aislado, en comparación con él, significa muy poco. El proletariado lucha con la mayor abnegación, como partícula de una masa anónima, sin vistas a ventajas personales, a gloria personal, cumpliendo con su deber en todos los puestos donde se le coloca, sometiéndose voluntariamente a la disciplina, que penetra todos sus sentimientos, todas sus ideas. Muy distinto es lo que sucede con el intelectual. No lucha aplicando, de un modo u otro, la fuerza, sino con argumentos. Sus armas son sus conocimientos personales, su capacidad personal, sus convicciones personales. Sólo puede hacerse valer merced a sus cualidades personales. Por esto, la plena libertad de manifestar su personalidad le parece ser la primera condición de éxito en su trabajo. No sin dificultad se somete a un todo determinado como parte al servicio de este todo, y se somete por necesidad, pero no por inclinación personal. No reconoce la necesidad de la disciplina sino para la masa, pero no para los espíritus selectos.”<sup>92</sup>

Por encima de todo, el punto central de las diferencias entre Nin y Trotsky en los primeros años de desarrollo de la Oposición en el Estado español giraba alrededor de cómo construir el primer embrión de un partido con raíces en la lucha de clases. Frente a los informes y cartas en los que Nin explicaba las posibilidades de ganar a la dirección del BOC, Trotsky insistía en la importancia de la prensa, de la intervención en las huelgas y luchas de la clase obrera. Preguntaba una y otra vez a Nin sobre estos aspectos: “Usted escribió que estaba dispuesto a aprovechar su gira para organizar la fracción de izquierdas. Desgraciadamente no hace ninguna mención a eso.”<sup>93</sup> En abril de 1933, haciendo balance de su correspondencia con Nin afirmaba: “Realmente, mi correspondencia con el camarada Nin, que dura ya por espacio de dos años, no ha sido más que una constante polémica, a pesar del tono amistoso. Esta polémica englobaba la mayoría de las cuestiones relativas a la vida y la actividad de la Oposición internacional. Es cierto que el camarada Nin aceptaba las premisas fundamentales, pero, llegado el caso, siempre se negaba a sacar las consecuencias necesarias. Durante mucho tiempo ha estado retrasando la construcción de la Oposición española.”<sup>94</sup>

Los largos debates con la cúpula del BOC, no dieron los frutos esperados por Nin. La evolución política que el máximo dirigente de la ICE había previsto se produjo en un sentido totalmente contrario al esperado. El contenido de la conferencia que introdujo Joaquín Maurín, el 8 junio de 1931, en el Ateneo de Madrid, demostró que la dificultad para un acercamiento entre ambas organizaciones era bien sencilla: no estaban de acuerdo en ninguno de los aspectos políticos centrales de la revolución.

En el artículo titulado *¿Adónde va el Bloque Obrero y Campesino?*<sup>95</sup> publicado en *Comunismo* en septiembre de 1931, Nin expuso de forma sistemática sus numerosas diferencias con Maurín. Respecto a la actitud del dirigente bloquista sobre la Oposición y el estalinismo escribe: “Por esto se salió por la tangente, recurriendo a uno de los

---

<sup>92</sup> Lenin, *Un paso adelante, dos pasos atrás*, febrero-mayo 1904. Obras Completas Editorial Progreso, Tomo 8, 1982, p. 329.

<sup>93</sup> Carta de Trotsky a Nin del 24 de abril de 1931. Pierre Broué, *La revolución española (1930-1936)*, p. 118

<sup>94</sup> *Ibid.*, p. 270.

<sup>95</sup> Andreu Nin, *¿Adónde va el Bloque Obrero y Campesino?*, septiembre de 1931, incluido en este libro.

argumentos preferidos de los estalinianos de todos los países: afirmar que la Oposición Comunista de Izquierda es enemiga del plan quinquenal. (...) ¿Es que el líder del Bloque Obrero y Campesino ha olvidado la historia de estos últimos años? ¿Es que no sabe que fue precisamente la Oposición de Izquierda la iniciadora de la industrialización del país, que fue ella la que sostuvo una lucha encarnizada por la misma contra los actuales dirigentes... del Partido Comunista de la URSS que nos acusaban de superindustrializadores... (...) ¿Es que Maurín ignora que precisamente por haber defendido la industrialización contra los que les tildaban de contrarrevolucionarios, los militantes de la Oposición Comunista de Izquierda han sido excluidos del partido, encarcelados, deportados y fusilados? (...) Maurín todo esto lo sabe perfectamente, y por ello su afirmación no puede perseguir más que dos fines: incurrir deliberadamente en error o comprar la benevolencia de la Internacional, lanzando una piedra contra los trotskistas.”

Respecto a esta misma cuestión, considera que las divergencias con la IC expuestas por Maurín son erróneas: “La Internacional —según él— ha querido calcar a otros países la experiencia de la Revolución Rusa, y esto ha conducido al fracaso de los comunistas en Alemania, en Bulgaria, en China y en Estonia. La concepción de Maurín es, en este aspecto, una trasplatación deformada de la teoría estaliniana antimarxista del socialismo en un solo país, cuyo espíritu oportunista encierra graves peligros para la causa del proletariado.” Tampoco compartía el dirigente de la ICE la posición del representante del BOC respecto a la perspectiva para la revolución española: “Según el compañero Maurín, en España deben realizarse cuatro revoluciones: la revolución económica, la revolución política, la revolución religiosa y la revolución nacional. Este modo de plantear la cuestión es erróneo a todas luces y no tiene absolutamente nada en común con el marxismo. Todas las revoluciones tienen un carácter económico. Si no lo tuvieran, no serían tales revoluciones, porque estas se caracterizan precisamente por el hecho de que transforman de raíz las relaciones económicas. Por otra parte una revolución económica que no sea al mismo tiempo política, no tiene sentido, puesto que, como se ha dicho repetidamente, la política no es otra cosa que ‘economía concentrada’.” Respecto a la cuestión nacional, el desencuentro tampoco sería secundario: “Al tratar la sedicente ‘revolución nacional’ Maurín hizo una declaración que produjo gran estupor, no entre los intelectuales del Ateneo, como el pretende, sino entre los comunistas. ‘Voy a hacer una afirmación —dijo más o menos— que acaso causará asombro: la Federación Comunista Catalana-Balear es separatista.’ El estupor de los comunistas no podía ser más justificado.” Consideraba además que la actuación del BOC se caracteriza por “sus zigzags, sus desviaciones evidentes, su pasividad efectiva ante los acontecimientos, su desorientación completa...”

Nin, denunció también lo que consideraba una actitud oportunista por parte de la dirección bloquista respecto a la pequeña burguesía radical: “por el propósito de atraérsela, ha hecho concesiones constantes a su ideología en vez de demostrar la inconsistencia de la misma...” Una de sus críticas más incisivas, se centraba en los órganos de poder de la revolución: “Como en España no hay sóviets, no se puede reclamar el poder para unos organismos que no existen. El BOC resuelve esta ‘pequeña’ dificultad lanzando la consigna: ‘¡Todo el poder a las agrupaciones obreras!’ Cuando leímos el artículo en *La Batalla* no dábamos crédito a nuestros ojos. ¿Es posible —nos preguntábamos— que gente que se llame comunista haya olvidado todo lo esencial del comunismo, de los principios y de la táctica tradicionales del partido revolucionario de la clase obrera, de la experiencia de la gran Revolución rusa? ‘Todo el poder a las

organizaciones obreras' significa concretamente en la realidad española, 'todo el poder a los sindicatos', concepción que ha sido combatida intransigentemente desde su fundación por la Internacional Comunista, contra los elementos sindicalistas y sindicalizantes, que se acercaban al comunismo." Y, en las partes finales de su texto polemiza sobre la política necesaria para atraer a las bases de la CNT al programa del marxismo: "Atraerse a las masas organizadas de la CNT es una condición indispensable para el triunfo de la revolución proletaria, pero hay que conquistarlas, no haciendo concesiones ideológicas a los dirigentes anarcosindicalistas, sino combatiéndola implacablemente y demostrando que ésta, carente de objetivos inmediatos, conducirá al proletariado a una derrota segura. Cuando los dirigentes de la CNT avivan en las masas la ilusión de la posibilidad de una revolución realizada por ellos, el BOC, en vez de demostrar la inconsistencia absoluta de esta ilusión, contribuye a arraigarla aún más con ese monumento a la confusión que es la consigna 'todo el poder a las organizaciones obreras'."

Es interesante retener la posición de Andreu Nin en aquel momento respecto al papel político de la pequeña burguesía, los órganos políticos de la revolución y la propaganda entre la militancia de la CNT, puesto que será útil para dilucidar, una vez producida la unificación entre el BOC y la ICE, qué posición, la de Maurín o la de Nin, guió la actuación política del POUM.

El intento de ganar a la dirección del BOC fracasó, provocando además una seria demora en la construcción de la Oposición en el Estado español. Pelai Pagès, en su documentado y amplio estudio sobre el movimiento trotskista español, llega a la conclusión de que "la evolución de las relaciones entre Nin y la FCC-B" son "en realidad, definitivas para entender el retraso con que se produjo la aceleración organizativa de la Oposición Comunista de Izquierda."<sup>96</sup>

El esquema propuesto por Nin era muy atractivo, tanto por las pocas fuerzas que requería como por la rapidez de los resultados: ganando a la dirección del BOC, tarea que él había asumido personalmente, la OCE se pondría al frente de una organización con varios miles de militantes. Trotsky no compartía esta idea, convencido de que no existían atajos en la construcción del partido. Ninguna maniobra o actuación por arriba, en la cúpula de otras organizaciones, por más inteligentes y hábiles que estas fueran, podría sustituir el trabajo en la base del movimiento. La fuerza de la ICE, incluida su autoridad ante los dirigentes honestos que pudiera haber en el BOC o cualquier otra organización que se proclamara revolucionaria, sólo se podría plasmar ganando por abajo el apoyo de los obreros más avanzados. El viejo revolucionario ruso, también era optimista sobre la perspectiva de un rápido desarrollo para la Oposición en el Estado español, pero sobre bases muy distintas. De hecho, consideraba posible que un pequeño grupo de cuadros marxistas, en circunstancias excepcionales como era la revolución en marcha, creciera de forma explosiva. Contaba, incluso, con la oportunidad de ganar a sectores de la militancia comunista y socialista descontenta con sus direcciones. Estas posibilidades de desarrollo solo podrían materializarse a través una intervención constante y enérgica en la lucha de clases, única forma de dibujar, aunque fuera de forma discreta y humilde en los primeros momentos, un perfil político independiente y definido.

---

<sup>96</sup> Pelai Pagès, *El movimiento trotskista en España (1930-1935)*, p. 54.

Los cuadros marxistas que necesitaba el partido no se formarían sólo a través de debates teóricos, importantes si, pero necesitados de las lecciones que sólo puede proporcionar la intervención en las huelgas y la lucha cotidiana de la clase obrera. En una carta enviada a los jóvenes de la Oposición Trotsky escribía: “La fuerza del marxismo reside en la unidad de la teoría científica y de la lucha revolucionaria. Sobre estos dos raíles debería avanzar la educación de la juventud comunista. El estudio del marxismo fuera de la lucha revolucionaria puede hacer ratas de biblioteca, no revolucionarios. La participación en la lucha revolucionaria sin el estudio del marxismo conlleva inevitablemente riesgo, incertidumbre, semiceguera. Estudiar el marxismo como marxista no es posible sino participando en la vida y en la lucha de la clase; la teoría revolucionaria es verificada por la práctica, y la práctica es verificada por la teoría. Sólo las verdades del marxismo que han sido adquiridas en la lucha penetran en el alma y la sangre.”<sup>97</sup>

Los trabajadores a los que se quería reclutar querían comprobar en la práctica la utilidad de las ideas y los métodos de la Oposición. “En sus respuestas Nin afirmaba muchísimo acuerdo teórico, pero evitaba absolutamente los problemas prácticos. Me planteaba cuestiones abstractas sobre los sóviets, la democracia, etc., pero no decía ni una palabra de las Huelgas Generales en Cataluña.”<sup>98</sup> Para Trotsky, el acuerdo en las ideas era fundamental, pero “a la fracción de los bolcheviques-leninistas no le basta con tener una posición correcta sobre los principios: es preciso saber aplicar estos correctamente a los acontecimientos cotidianos. La estrategia revolucionaria necesita de su correspondiente táctica.”<sup>99</sup> Desde su punto de vista, no podía haber una actividad revolucionaria consecuente si no se fusionaba la teoría con la práctica. “En España tenemos representantes enteramente calificados de la Oposición de Izquierda. (...) Y, sin embargo, la Oposición de Izquierda, como organización oficial y activa, no existe. Y cada día perdido repercutirá gravemente en los momentos decisivos. (...) ¿Dónde está la solución? Los camaradas de Madrid creen que, con el concurso de los camaradas de Asturias, es posible editar un periódico teórico mensual.”<sup>100</sup>

Trotsky insistió mucho en la necesidad de un órgano de expresión de la Oposición, intentando transmitir a sus compañeros la urgencia de intervenir en la lucha de clases, y hacer visibles a los trabajadores más avanzados las ideas del marxismo revolucionario. A finales de septiembre de 1931, en una carta enviada al comité de redacción de *El Soviet* —semanario de la ICE de efímera duración— con el sugerente título *Es hora de construir*, explicaba: “La importancia de la publicación de vuestro semanario radica en que coloca a la oposición de izquierda española de cara a los acontecimientos corrientes y obliga a dar sobre ellos una respuesta revolucionaria consecuente. (...) ¡Es imprescindible doblar, triplicar, decuplicar vuestros esfuerzos! (...) La revolución no espera. ¡Ay de los que se retrasen! ¡Os deseo con toda mi alma que no os retraséis!”<sup>101</sup>

El periódico debía convertirse, tal y como Lenin<sup>102</sup> defendía, en el organizador del partido. Su publicación implicaría, junto a la elaboración teórica, la creación de

<sup>97</sup> Pierre Broué, *La revolución española (1930-1936)*, pp. 236-37.

<sup>98</sup> Carta de Trotsky a Víctor Serge del 3 de junio de 1936. Pierre Broué, *Ibid.*, p. 346.

<sup>99</sup> *Ibid.*, p. 214.

<sup>100</sup> Pelai Pagès, *El movimiento trotskista en España (1930-1935)*, p. 55.

<sup>101</sup> Pierre Broué, *La revolución española (1930-1936)*, p. 214.

<sup>102</sup> “Y yo continúo insistiendo en que este nexo *real* sólo puede *empezar* a establecerse con un periódico central que sea, para toda Rusia, la única empresa regular que haga el balance de toda la actividad en sus aspectos más variados, *impulsando* con ello a la gente a seguir infatigablemente hacia delante (...) El

estructuras y comités estables, con responsables claros de cada tarea. Mantener su periodicidad impondría la elaboración de planes de trabajo y una disciplina militante para garantizar los acuerdos así como la recogida de los fondos económicos necesarios. El debate sobre su contenido alimentaría la coordinación y la homogeneización política de la oposición a nivel estatal, siendo una auténtica escuela de trabajo colectivo. Todos los camaradas deberían participar de una forma u otra, ya fuera redactando, corrigiendo, recaudando dinero, garantizando su máxima difusión, todos los militantes estarían implicados en la construcción de la organización. Su distribución permitiría conocer la opinión de los trabajadores sobre las consignas y los análisis de la OCE, ayudando a afinar más las posiciones y a corregir los posibles errores. Se trataba de una herramienta indispensable para darse a conocer, para adquirir un perfil político nítido y diferenciado del resto de corrientes ideológicas que pugnaban por hacerse un espacio en el movimiento. Y, también, de demostrar, a través de su publicación ininterrumpida, que los opositores no eran flor de un día.

Este importante objetivo, no fue alcanzado con el éxito deseado. Si bien la revista teórica de la oposición española, *Comunismo*,<sup>103</sup> de periodicidad mensual, inició su publicación a mediados de mayo de 1931 y tuvo una vida de casi cuatro años, la prensa de la ICE no logró consolidarse. *El Soviet*, un semanario editado en Barcelona a partir del 15 de octubre de 1931, dejó de publicarse tras los primeros tres números, reapareciendo en mayo de 1932 para desaparecer definitivamente en julio de ese mismo año. También se inició la publicación de *La Antorcha* en Madrid, en mayo de 1934, que tuvo una corta existencia de tres números, y *Joven Espartaco*, el órgano de la Juventud de la Izquierda Comunista, organización juvenil de la ICE, que tan sólo editó dos números en 1932.

La forma en que la ICE abordó la tarea de tener su propio órgano de expresión fue motivo de constante preocupación para Trotsky. En sus críticas, se observa como no consideraba esta cuestión un mero aspecto económico u organizativo, sino un reflejo del tipo de organización que se estaba construyendo. Veía en la provisionalidad y fugacidad del periódico de la ICE, la debilidad de la propia organización. Cuando Nin informó en una carta al Secretariado Internacional de que “la persecución por parte del gobierno a nuestro *Soviet*, nos ha permitido suspender la publicación de forma honrosa”, la respuesta de Trotsky fue contundente: “Escribe usted sobre la ‘honrosa’ suspensión de *El Soviet*, como la negativa a someterse a la censura del gobernador. Creo que esta forma de plantear la cuestión es falsa de principio. Una organización revolucionaria no puede cerrar una edición como simple demostración política. Este gesto es típico de un demócrata, no de un marxista. Un marxista debe saber aprovechar al máximo las

---

vínculo *efectivo* empezaría ya a establecerlo la mera difusión del periódico (si es que éste merecería realmente el nombre del periódico, es decir, si apareciese regularmente y no una vez al mes, como las revistas voluminosas, sino unas cuatro veces). (...) La labor de organización alcanzaría en el acto una amplitud mucho mayor, y el éxito de una localidad alentaría constantemente a seguir perfeccionándose, a aprovechar la experiencia ya adquirida por un camarada que actúa en otro confin del país. (...) Y si realmente lográsemos que todos o una gran mayoría de los comités, grupos y círculos locales emprendiesen activamente la labor común, en un futuro no lejano estaríamos en condiciones de publicar un semanario que se difundiese regularmente en decenas de millares de ejemplares por toda Rusia. Este periódico sería una partícula de un enorme fuelle de fragua que avivase cada chispa de la lucha de clases y de la indignación del pueblo, convirtiéndola en un gran incendio. En torno a esta labor, de por sí muy anodina y muy pequeña aún, pero regular y *común* en el pleno sentido de la palabra, se concentraría sistemáticamente y se instruiría el ejército permanente de luchadores probados.” Lenin, *¿Qué hacer? Problemas candentes de nuestro movimiento*, final de 1901 e inicio de 1902.

<sup>103</sup> Director: Juan Andrade; Consejo de Redacción: Nin, Lacroix, Esteban Bilbao, etc.

posibilidades legales, completándolas con las ilegales. Cuando no se tiene la suficiente fuerza como para destruir la censura, no hay nada vergonzoso en someterse a ella; es una cuestión de correlación de fuerzas, no de moral abstracta. Cerrar una edición sin sustituirla por otra ilegal significa simplemente desertar. Y desde luego no veo nada ‘honroso’ en esto. ¿Cómo habría que haber actuado? Exponiendo abierta y francamente la situación real a los obreros: la ayuda de los obreros no es suficiente, la ayuda prometida de los amigos no acaba de llegar, nos vemos obligados a suprimir provisionalmente la publicación de *El Soviet* como semanario, pero esto es tan solo un retroceso para saltar mejor. ¡Obreros, ayudadnos! Así es como yo creo que se debería haber informado de la momentánea sus pensión del semanario.”<sup>104</sup>

La interpretación de los acontecimientos políticos que se desarrollaban en Europa paralelamente a los debates sostenidos entre Nin y Trotsky, no hicieron otra cosa que acrecentar los desacuerdos. A principios de 1933, en el mes de febrero, se celebró en París un preconferencia internacional de la Oposición de Izquierdas con el objetivo de preparar los debates que abordaría la próxima conferencia de los opositoristas. La reunión se desarrolló en un ambiente de máxima tensión. Especialmente áspera fue la polémica respecto a la fracción organizada por Lacroix, muy minoritaria dentro de la sección española. El SI, que hasta el momento no había tomado posición abierta por ninguna de las dos posiciones que se enfrentaban dentro de la ICE, había propuesto semanas antes la edición de un boletín interno que recogiera las posturas de ambas partes de cara a organizar un debate ordenado. El Comité Ejecutivo de la sección española rechazó esta propuesta argumentando la “imposibilidad de sacar un boletín interno de forma inmediata para discutir en el interior de la organización las divergencias”<sup>105</sup>. La mayoría de la ICE, encabezada por Nin y Fersen, no estaban de acuerdo con que el SI no se posicionara rápidamente con su mayoría, por considerar que Lacroix había consumado su degeneración política. En el debate, Lacroix subrayó con gran insistencia su coincidencia con las críticas hechas por el SI a la dirección de la ICE, posición que seguramente no era más que una maniobra en busca del apoyo de la Internacional. Por su parte, el CE español tomó medidas disciplinarias contra este grupo, y, por la suya, el SI invitó a un representante de la fracción de Lacroix a la reunión internacional, lo que provocó las más enérgicas protestas de Fersen, que asistía como representante del CE a la preconferencia.

Finalmente, respecto al *asunto* Lacroix,<sup>106</sup> la preconferencia propuso el levantamiento de las medidas disciplinarias y la organización de un debate. En la misma reunión Fersen presentó una declaración de la ICE respecto a los acuerdos de la preconferencia: “De toda la política de organización (delimitación de algunos grupos, transferencia del SI) nada es presentado a discusión, solamente se ha pedido la aprobación de la sección española, que ha venido formulando críticas sobre vuestra dirección y que continua considerándolas justas, que se encontrará así en la necesidad de renunciar sin discusión a sus puntos de vista si no quiere entrar en contradicción con la disciplina internacional. La posición que debería ser adoptada como resultado de la discusión, se transforma así en un ultimátum.”<sup>107</sup> El SI contestaría que el representante de la CE de la ICE en la

---

<sup>104</sup> Pierre Broué, *La revolución española (1930-1936)*, pp. 217-18.

<sup>105</sup> Pelai Pagès, *El movimiento trotskista en España (1930-1935)*, pp. 142-43.

<sup>106</sup> Lo cierto es que quien fuera uno de los fundadores de la OCE, fue expulsado de la ICE acusado de apropiación indebida de fondos, momento en el que pidió su reingreso en el PSOE en una carta en la que renunciaba de su pasado comunista y trotskista.

<sup>107</sup> *Ibid.*, p. 145.

preconferencia “pudo exponer sus deseos y mantener sus acusaciones. ¿Cuál ha sido el resultado? La política de Nin y sus amigos fue condenada por todas las secciones de la oposición de izquierda internacional sin excepción.”<sup>108</sup> A lo que el CE español contestó “todos los camaradas, sin excepción se equivocan.”<sup>109</sup>

Unos meses después, en abril, con el objetivo de clarificar las numerosas diferencias que Trotsky había mantenido con Nin desde la llegada de éste al Estado español, hizo pública su correspondencia política con él entre 1930 y 1932. En el prólogo, Trotsky señaló que daba ese paso porque Nin “que se ha encontrado en lucha permanente con la Oposición Internacional y las direcciones de todas las secciones, niega al mismo tiempo la existencia de divergencias teóricas y políticas. Muy frecuentemente se refiere en este sentido a su correspondencia conmigo, sin por otra parte dar precisiones.”<sup>110</sup>

Todas estas polémicas y debates se desarrollaban en el marco de una dramática aceleración de lucha de clases. Como siempre ocurre, el despertar de la revolución fue inexorablemente acompañado de la amenaza de la contrarrevolución. El gran capital estaba preparado para enfrentarse al desafío de la clase obrera, el fascismo era su respuesta. No se trataba solamente de Italia y Alemania, sectores decisivos de la burguesía en todo el viejo continente apostaron también a esa carta. Mussolini se había convertido en el Duce italiano tras la Marcha sobre Roma a finales de 1922. En 1932 el ex ministro laborista Sir Oswald Mosley fundó la Unión Británica de Fascistas, que no sería totalmente prohibida hasta ocho años después. El 30 de enero de 1933, Hitler fue nombrado canciller de Alemania por el presidente Hindenburg, ante el agrado de políticos conservadores como Papen y el apoyo de los grandes industriales y banqueros alemanes. El gobierno austriaco del socialcristiano Dollfuss disolvió el parlamento en marzo de 1933, prohibió las huelgas en abril e ilegalizó en verano al Partido Comunista. A principios de 1934 la policía intentó desarmar a las milicias obreras mientras la dirección socialdemócrata del SPÖ aconsejaba no resistirse para evitar una guerra civil. Finalmente, la resistencia del movimiento fue aplastada y Austria anexionada por la Alemania nazi en 1938.

La forma en la que Hitler se alzó con el poder en Alemania en 1933 fue considerada por Trotsky un punto de inflexión que determinaba un giro estratégico para la Oposición de Izquierda. El fascismo había llegado al poder sin ningún tipo de resistencia armada en el país con la clase obrera más organizada de Europa y el Partido Comunista más grande fuera de la URSS. En lugar de comprender la terrible derrota que dicho acontecimiento significaba para el proletariado alemán y la amenaza que se cernía sobre el conjunto de la clase obrera europea, la Comintern declaró: “¡después de Hitler nos toca a nosotros!”. Ni una sola protesta resonó en las filas de la Tercera Internacional.

La Oposición de Izquierdas internacional concluyó que la incapacidad de los dirigentes estalinistas de la IC para diferenciar una victoria de la más cruel de las derrotas, reflejaba que se había producido el salto de cantidad en calidad<sup>111</sup> en su proceso de burocratización y ruptura con las posiciones del marxismo revolucionario. El camino que llevaba al PC ruso desde sus iniciales posiciones marxistas hacia una política

---

<sup>108</sup> Pierre Broué, *La revolución española (1930-1936)*, p. 280.

<sup>109</sup> *Ibid.*, p. 280.

<sup>110</sup> Pelai Pagès, *El movimiento trotskista en España (1930-1935)*, p. 149.

<sup>111</sup> Esa ley de la dialéctica que afirma que un determinado grado de acumulación de cambios puede precipitar la transformación de la naturaleza del objeto de estudio.

contraria a los intereses de la revolución había sido recorrido. La acumulación de los errores cometidos por la dirección estalinista había provocado que los partidos al frente de los que se encontraban no fueran herramientas útiles para la transformación social. Al igual que ocurrió en 1914 con la Segunda Internacional, la IC estaba muerta como instrumento de la revolución socialista. Sin embargo, eso no significaba que lo que estaba claro para los opositores lo estuviese para las masas. Trotsky había llegado a la conclusión de la necesidad construir nuevos partidos y una nueva Internacional, pero, para llevar a la práctica esa ingente labor, eran necesario acontecimientos que conmocionaran la conciencia del proletariado mundial como los hizo Octubre de 1917. Si la revolución socialista alcanzaba la victoria en el Estado español o en Francia, habría una oportunidad para culminar con éxito ese objetivo.

## II. La fundación del POUM

El ascenso del fascismo en Europa tuvo profundas consecuencias en todas las organizaciones políticas de la izquierda y en la conciencia de la clase obrera.

Al igual que en una presa, cuando la presión del agua retenida busca puntos débiles en los muros de contención, la agitación política alcanzó tal potencia que se convirtió en una fuerza material capaz de conmover a todos los partidos y sindicatos obreros. Un sector de los dirigentes de la izquierda se convirtió en el vehículo de expresión de toda la radicalización que se desarrollaba entre las masas. El reformismo clásico había entrado en crisis.

### El surgimiento del centrismo

La contradicción, entre las expectativas de transformación social de amplios sectores de las masas y la limitación del programa de sus organizaciones, se resolvió a través del surgimiento de corrientes políticas a medio camino entre el reformismo y la revolución: corrientes *centristas*, tal como se denominan en el acervo marxista. El fenómeno afectó a la socialdemocracia europea, pero también a organizaciones desgajadas del comunismo oficial. Era el reflejo, en el terreno político, del ascenso de la lucha de clases que azotaba el viejo continente.

El escenario social y político en el que se desarrolló esta batalla ideológica, ofreció grandes oportunidades a los revolucionarios en la década de los 30 del siglo XX. La combinación de múltiples factores políticos, entre los que destacaba la victoria revolucionaria en Rusia, y económicos, derivados de la profunda crisis que atravesaba el capitalismo de entreguerras, sacudió la conciencia del proletariado de tal forma que la política del reformismo clásico se resquebrajó. Sectores cada vez más amplios del movimiento obrero demandaban de sus organizaciones una alternativa que rompiera con el capitalismo y sus instituciones, preparando el camino para tomar el poder.

A principios de 1934 León Trotsky afirmaba que se había creado “una situación totalmente nueva, en cierto sentido sin precedentes para el trabajo del marxismo revolucionario.”<sup>112</sup> Caracterizaba a los dirigentes obreros que avanzaban desde sus iniciales posiciones reformistas hacia discursos más revolucionarios como centristas. Con la utilización de semejante término intentaba subrayar la idea de que los representantes de este fenómeno estaban recorriendo un camino situado entre dos polos: el marxismo y el reformismo. Se trataba de un proceso inacabado, de una manifestación política que tenía un carácter transitorio e inestable: los líderes centristas podían evolucionar en un sentido u otro. Las corrientes centristas de masas eran una expresión de los primeros intentos, habitualmente confusos, de la clase obrera por moverse en una dirección revolucionaria. El fenómeno contrario también era posible, cuando una organización revolucionaria degeneraba evolucionando hacia la derecha pasando por una fase centrista en su camino hacia el reformismo. Por lo tanto, no era suficiente caracterizar como “centrista” a un grupo o corriente política, era necesario discernir también la dirección en que se movía.

---

<sup>112</sup> León Trotsky, *El centrismo y la Cuarta Internacional*, 22 de febrero de 1934.

Probando que las organizaciones de la clase obrera no son organismos inermes ni burbujas aisladas de los procesos vivos que se desarrollan en la sociedad, las viejas y conservadoras organizaciones socialdemócratas sufrieron una transformación. Las juventudes socialistas de toda Europa ocuparon un papel muy destacado en este proceso. En el Estado español, las Juventudes Socialistas (JJSS), situadas en la extrema izquierda, llamaron a la Izquierda Comunista y al Bloque Obrero y Campesino a la tarea de “bolchevizar” el Partido Socialista. Su entonces secretario general, un joven Santiago Carrillo, se expresaba de la siguiente manera en el verano de 1935: “Pero el Partido Socialista no atraviesa, precisamente, una etapa de normalidad interna. A tal punto es esto cierto que la polémica ha trascendido, sonoramente, a la calle. Y hoy es del dominio público que en el Partido Socialista hay una pugna que no puede resolverse sin la eliminación de unos u otros: marxistas o reformistas.”<sup>113</sup> Largo Caballero, que en el pasado había defendido la colaboración con la dictadura de Primo de Rivera, y que ocupó la cartera de Trabajo en el gobierno de conjunción republicano-socialista, giró tanto a la izquierda su discurso que fue bautizado como el ‘Lenin español’.

Este proceso no se limitó al Estado español. En Gran Bretaña, la experiencia del Gobierno Laborista de Ramsay MacDonald provocó una honda radicalización en el movimiento obrero. En 1932, el Partido Laborista Independiente (ILP) se escindió del Partido Laborista con unos 100.000 obreros en sus filas y cofundó ese mismo año, junto a otras organizaciones socialistas de izquierdas, el Comité de Partidos Socialistas Revolucionarios Independientes, CMRI, más tarde rebautizado como Buró Internacional de Unidad Socialista Revolucionaria, aunque generalmente conocido como el Buró de Londres y apodado también como la **Internacional 3½**. Su filial juvenil se llamó Oficina Internacional de Organizaciones Juveniles Revolucionarias. Durante un periodo, el CMRI estuvo cercano a la Oposición de Izquierda internacional. En el partido socialista francés, SFIO, también surgió un ala de izquierdas, liderada por Marceau Pivert, quien unificó a comienzos de los años 30 a la mayoría de la izquierda socialista en la tendencia *Gauche Révolutionnaire*.

Todos estos dirigentes de la izquierda socialista declaraban su rechazo al reformismo socialdemócrata, reivindicando una vía política revolucionaria. Sin embargo, este brusco giro hacia posiciones más radicales sustentado por el ambiente entre las masas, no estaba consolidado. Reivindicar la revolución socialista, era un primer y notable primer paso, pero el camino para derrocar el capitalismo requería de muchos más. En política, como en el resto de la vida, entre las palabras y los hechos dista un trecho que es imprescindible recorrer. Santiago Carrillo, que con tanta vehemencia exigía la expulsión del PSOE de los elementos reformistas, evolucionó hacia el estalinismo y, no mucho tiempo después, se hizo plenamente solidario de la política de José Díaz y Stalin. Largo Caballero, se convirtió en presidente del Gobierno entre febrero de 1936 y mayo de 1937, sin llegar a poner en práctica la dictadura del proletariado. Por ello Trotsky se refería a estas corrientes como centristas: no habían alcanzado una posición revolucionaria sólida y, ante la presión de la lucha de clases, solían oscilar y desandar el camino recorrido.

Los líderes centristas, al margen de su honestidad personal e individual, aspecto que no entraremos a juzgar, se vieron sometidos a dos gigantescas presiones que empujaban en direcciones opuestas. Los sectores más radicalizados del movimiento obrero, y el propio

---

<sup>113</sup> Este artículo está recogido en la selección que forman parte de este libro. Ramón Molina, *Polémica Maurín Carrillo*, Calamus Scriptorius, Barcelona 1978, p. 32.

ascenso de la lucha de clases, los precipitaban hacia una orientación revolucionaria. Pero, a la vez, las presiones de la burguesía y la pequeña burguesía, de todos los mecanismos de dominación ideológica capitalista con los que todavía no habían roto de forma definitiva, sobre todo el fetiche parlamentario y la desconfianza orgánica en la clase trabajadora que arrastraban, los retenían en muchos casos en el campo del reformismo cuando llegaban las horas decisivas. Tenemos que señalar que la evolución de Largo Caballero o Santiago Carrillo, lejos de ser una excepción, fueron la norma.

### **La Oposición da por finalizada su política de enderezamiento de la IC**

El triunfo del nazismo en Alemania supuso un cambio de estrategia para Trotsky y sus seguidores. La Internacional Comunista estalinizada había dejado de ser el instrumento de la revolución mundial, y la lucha por su enderezamiento carecía ya del sentido que tenía anteriormente. “Hasta ahora nos hemos desarrollado como fracción de la Tercera Internacional. Después de la expulsión nos consideramos una fracción y nos dimos como objetivo la reforma de la Internacional Comunista. Esta etapa fue absolutamente inevitable. (...) Tenemos que *liquidar esta etapa* tanto internacional como nacionalmente. Veíamos la posibilidad teórica de que los acontecimientos históricos, explicados de antemano por nosotros, podían producir, junto con nuestra crítica, un cambio radical en la política de la Comintern. (...) La catástrofe alemana tenía que provocar un cambio en la Comintern, ya sea posibilitando la reforma o acelerando su desintegración. La Comintern no puede seguir siendo lo que era antes de esa catástrofe. Ahora ya está bien definido el camino que tomó. No se puede esperar un milagro. Está condenada a la derrota. Hay que abandonar la idea de la reforma, nacional e internacionalmente, para el conjunto de la Comintern... (...) ¿Se trata de proclamar ahora la ruptura? No podemos hacerlo. No contamos con fuerzas suficientes. En los partidos socialistas se está formando una tendencia hacia la izquierda. Tenemos que orientarnos hacia estas corrientes. La Internacional Comunista se formó con estos elementos centristas que ayer se volcaron a la revolución. En 1918 la situación general era mucho más favorable. El ritmo de desarrollo era mucho más rápido. Ahora estamos frente a la mayor de las derrotas del movimiento obrero. Si bien el proceso es mucho más lento, la socialdemocracia y la Comintern, paralelamente, entran en bancarrota a la vez que se produce la bancarrota catastrófica de la sociedad capitalista. Somos los embriones de la formación de una organización revolucionaria.”<sup>114</sup>

En el mes de agosto de 1933 se celebró el Pleno de la Oposición Internacional para discutir sobre la importancia de los últimos acontecimientos y adoptar todas las conclusiones prácticas en la estrategia de construcción de la organización. “Ahora se impone la necesidad imperiosa de una cohesión estrecha en nuestras filas, de una claridad absoluta en las posiciones y en los principios, de un derroche de actividad en todos los dominios entre las masas obreras y oprimidas. Estas premisas nos permitirán aplicar una táctica flexible hacia todas las corrientes que se orientan al comunismo, y sobre una base de principios firmes; facilitarles la asimilación de las verdades fundamentales y su paso definitivo al campo de la lucha intransigente y sin cuartel por el derrocamiento del capitalismo. ¿Cómo construir esta nueva internacional? (...) Considerarse como embrión de verdadero partido comunista; establecer en cada sección

---

<sup>114</sup> León Trotsky, *Por nuevos partidos comunistas y una nueva internacional*, 27 de julio de 1933.

nuestro programa de acción (...) crear fracciones en todas las organizaciones obreras...”<sup>115</sup>

La nueva estrategia adoptada por la Oposición, que a partir de entonces asumiría el nombre de Liga Comunista Internacional (bolcheviques-leninistas) (LCI), lejos de aproximar posiciones entre la ICE y el Secretariado Internacional, incrementó la tensión. La ICE, a pesar de la cercanía geográfica de la reunión —el Pleno se celebró en París— no envió ningún delegado a ella argumentando que se había convocado de una forma muy precipitada, pero si transmitió sus opiniones y propuestas a través de una carta fechada el 16 de agosto de 1933. En la misiva dejaba patente su desacuerdo con los métodos de la dirección internacional. “Las primeras consideraciones de la carta se dedicaban a comentar el cambio de orientación de la Oposición en el sentido de adoptar el criterio de la independencia de la fracción, la necesidad de una iniciativa más amplia y de salirse de los partidos comunistas oficiales con todas sus consecuencias, señalando que había sido la sección española la primera en llevar a término ese cambio, con la consiguiente alarma general del resto de las secciones, y deplorando que ahora se hubiesen adoptado de manera mecánica ‘como obedeciendo una orden militar’, y con mucho retraso. En la cuestión del nombre se pronunciaba por la adopción del de Liga Comunista Internacional, y por el abandono de ‘bolcheviques leninistas’, ‘que siempre será una etiqueta incomprensible y nos da un aspecto de comunistas superpatentados, bastante desagradable’. Primordialmente, insistía en los problemas de dirección internacional, de la que denunciaba ‘un extremo afán de la discusión por la discusión, espíritu de tertulia, espíritu de intriga, de combinaciones personales muy acentuadas, ganas de proclamar incompatibilidades de principios donde no hay más que divergencias de criterio, que deben existir en toda organización viva, etc., etc.’ (...) Por ese motivo, se pronuncia por una superación de la dirección, y por su traslado de París a Bruselas, ya que la sección belga ‘aún siendo reducida, es, en lo que nos permite afirmar nuestra experiencia, infinitamente más seria y superior a la francesa que es quien da el tono a la dirección actual. Necesitamos una dirección más ligada al movimiento obrero, es decir, más estable y menos aficionada a las discusiones académicas, que la que hoy tenemos, consecuencia, más que de las personas que las hay de capacidad indiscutible, del estado del movimiento obrero francés en este momento’.”<sup>116</sup>

Para Trotsky, el hecho de alcanzar una aparente homogeneidad en la táctica tampoco resolvía las diferencias, ya que, desde su punto de vista, el aspecto más relevante era el método y los argumentos políticos utilizados para llegar a conclusión práctica. No era lo mismo iniciar la tarea de construir embriones de partidos independientes al calor del desarrollo de procesos históricos objetivos en la lucha de clases, como era la consolidación del fascismo en Alemania, que por consideraciones basadas en los intereses particulares de un pequeño grupo nacional. Es más, cuando el viejo dirigente ruso se refería a la “muerte” de la Tercera Internacional, lo hacía en referencia a su papel como factor revolucionario progresivo, no a la desaparición de los partidos comunistas. Advertía además, que las condiciones objetivas para construir una IV Internacional no eran, en absoluto, tan favorables como cuando Lenin abordó esta misma tarea en la segunda mitad de los años 20.

Inmediatamente después del Pleno internacional de la Oposición, a finales de ese mismo mes de agosto, se celebró en París la Conferencia Internacional de los partidos

---

<sup>115</sup> Revista *Comunismo* (1931-1934), pp. 180-81.

<sup>116</sup> Pelai Pagès, *El movimiento trotskista en España (1930-1935)*, p. 154.

socialistas revolucionarios independientes, nucleados en torno al Buró de Londres, organizaciones, que tras romper con la Segunda y Tercera Internacional, se propusieron la posibilidad de coordinar el movimiento revolucionario. La LCI participó en esta reunión junto al ILP, el Partido Socialista Obrero alemán (SAP), el Partido de Unidad Proletaria de Francia (PUP), el Partido Socialista Independiente holandés (OSP), el Partido Comunista —brandleriano— de Suecia, el Partido Obrero Noruego (NAP), la Federación Comunista Ibérica (Bloque Obrero y Campesino) dirigida por Maurín, el Partido Socialista Independiente polaco y representantes de Rumania.

Las propuestas de los bolchevique-leninistas se centraron en los siguientes aspectos: la lucha contra el reformismo y la necesidad de levantar una Cuarta Internacional; preservar la herencia de los cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista así como el espíritu de las 21 condiciones de ingreso propuestas por Lenin; reivindicar el carácter obrero del Estado soviético, a pesar de la degeneración burocrática de su dirección, y la democracia obrera, como régimen imperante en las organizaciones. La mayoría de los asistentes a la reunión rechazó la propuesta de establecer los cimientos de una Cuarta Internacional y decidieron fundar la Unión Socialista Revolucionaria, en la que se integró la Federación Comunista Ibérica de Maurín, es decir, el BOC.

El único resultado tangible para la Liga de su participación en dicha reunión fue la firma de una declaración favorable a la Cuarta Internacional por parte del SAP alemán y los partidos holandeses, el RSP y el OSP, si bien es cierto que esta colaboración no duró mucho tiempo. De hecho, las cuatro organizaciones firmantes de la declaración, que contaban con trayectoria muy diversa, decidieron no plantearse la unidad de forma inmediata. Se conformaron con iniciar un trabajo en común a través de la redacción de un manifiesto programático y documentos tácticos, que les permitieran alcanzar la unanimidad necesaria y atraer al programa de la nueva Internacional a otras organizaciones y fracciones revolucionarias. En la declaración común, publicada en la revista *Comunismo* del mes de septiembre de 1933, las organizaciones firmantes se mostraban “dispuestas a colaborar con todas las organizaciones, grupos, fracciones que evolucionan realmente del reformismo o del centrismo burocrático (estalinismo) hacia la política del marxismo revolucionario...”<sup>117</sup>

Algunos militantes de la Liga expresaron su frustración con los escasos resultados obtenidos en la Conferencia. Ciertamente la tarea que se habían propuesto los miembros de la Liga Comunista era ardua y muy ambiciosa. Trotsky recurrió nuevamente a la experiencia del bolchevismo para recordar a estos camaradas las premisas históricas sobre las que era posible construir nuevas organizaciones revolucionarias con influencia de masas en el proletariado. “Los bolcheviques proclamaron la necesidad de romper con la Segunda Internacional y preparar la Tercera en el otoño de 1914, es decir en medio de la tremenda desintegración de los partidos socialistas. En ese entonces tampoco faltaron los sabihondos que hablaban del ‘utopismo’ (la palabra ‘burocratismo’ no estaba tan en boga) de la consigna de la Tercera Internacional. Kautsky fue mas lejos todavía con su famoso aforismo: ‘La internacional es un instrumento de paz y no de guerra’. En realidad los críticos citados expresan la misma idea: ‘La internacional es un instrumento del ascenso y no del retroceso’. El proletariado necesita una internacional *en todas las épocas y bajo todas las condiciones*. Si hoy no hay Comintern, tenemos que decirlo abiertamente y comenzar de inmediato a preparar una nueva internacional. Por

---

<sup>117</sup> Revista *Comunismo*, p. 177.

supuesto, cuándo podremos levantarla depende enteramente de la marcha de la lucha de clases, del alza o reflujo del movimiento obrero, etcétera. Pero aun en las épocas de peor retroceso tenemos que prepararnos para el futuro ascenso orientando correctamente a nuestros cuadros. Los lamentos fatalistas sobre el retroceso objetivo a menudo reflejan un retroceso subjetivo.”<sup>118</sup>

Considerando este análisis, se comprende la verdadera dimensión y trascendencia histórica que Trotsky adjudicaba al posible triunfo del socialismo en el Estado español. Si la revolución española era capaz de culminar en la creación de un Estado obrero socialista, el conjunto del panorama político europeo se transformaría de arriba a abajo como en Octubre de 1917. La lucha de clases en el Estado español, podría ser la puerta de entrada a la Cuarta Internacional para miles de trabajadores y jóvenes revolucionarios. No había garantías de éxito. Los bolcheviques-leninistas debían afrontar esta, y las demás dificultades a las que se enfrentaban, inspirándose en un espíritu de sacrificio y perseverancia. “¿Dónde está la garantía de que la nueva internacional no se hundirá también? ¡Miserable pregunta de filisteo! En la lucha revolucionaria no hay, ni puede haber, garantías por anticipado. La clase obrera se eleva por grados, merced a titánicos y persistentes esfuerzos. Muchas veces se ve obligada a descender los peldaños ganados; otras, el enemigo logra destruirlos por la mala calidad de los materiales empleados. A cada retroceso, a cada caída, es forzoso levantarse y avanzar de nuevo.”<sup>119</sup>

### **Octubre del 34: el látigo de la contrarrevolución**

En el Estado español los acontecimientos se precipitaron con la llegada de la derecha al poder tras las elecciones celebradas en noviembre de 1933. La CEDA, Confederación Española de Derechas Autónomas, encabezada por José María Gil Robles y fundada en marzo de 1933, fue el partido más votado en las elecciones parlamentarias de noviembre, obteniendo 115 escaños. Agrupaba en esos momentos más de 700.000 militantes y una fuerte sección de choque en torno a las Juventudes de Acción Popular. Esta organización tenía entre sus planes instaurar un régimen de corte fascista valiéndose de los mecanismos parlamentarios, contando para ello con la financiación y el respaldo político de industriales y grandes terratenientes. El propio Gil Robles asistió como invitado a una manifestación nazi en Nüremberg en 1933.

Los empresarios y los terratenientes animaban a sus representantes políticos a que profundizaran sus medidas contrarrevolucionarias. Durante los años del Bienio Negro, la CEDA y sus aliados del Partido Radical de Lerroux desataron toda su furia contra las organizaciones del movimiento obrero. El 7 de marzo de 1934, Salazar Alonso, Ministro de Gobernación, impuso el estado de alarma y cerró las sedes de las JJSS, del PCE y de la CNT. El movimiento obrero, demostrando un alto nivel de conciencia, comprendió rápidamente la gravedad la situación aumentando no sólo su grado de combatividad, sino también radicalizando su actividad. En el mes de septiembre en Madrid, el PS y el PC celebraron un mitin con cien mil personas. Esta presión de las masas y la base militante, provocó un brusco giro a la izquierda en las organizaciones de los trabajadores, especialmente en el PSOE y las JJSS.

---

<sup>118</sup> León Trotsky, *¿Exito o fracaso? Algo más sobre la Conferencia de París*, 10 de septiembre de 1933.

<sup>119</sup> Revista *Comunismo*, op. cit., pp. 185-86.

Las conclusiones que la clase extrajo de la dolorosa experiencia alemana, posibilitaron al BOC poner en práctica la construcción de las Alianzas Obreras (AO) a finales de 1933. Se trataba de un frente de todas las organizaciones de la izquierda para luchar de manera coordinada contra el avance del fascismo. Tras una serie de movilizaciones unitarias en Barcelona, y la formación del frente electoral en Cataluña entre el PSOE y el BOC (Frente Obrero) de cara a las elecciones de noviembre de 1933, se constituyó la Alianza Obrera de Barcelona. Su primer manifiesto fue firmado el 16 de diciembre de 1933 por el PSOE, la UGT, el BOC, la Izquierda Comunista, la Unió Socialista de Catalunya (USC), los sindicatos expulsados de la CNT y la Unión de Rabassaires. Posteriormente la USC, organización de carácter pequeño burgués que jugó un papel muy activo en la fundación del PSUC (Partit Socialista Unificat de Catalunya) en julio de 1936, fue excluida de la AO por su política de pactos con Esquerra Republicana.

Para lograr su extensión por todo el territorio, la Alianza Obrera de Barcelona envió una delegación a Madrid, integrada entre otros por Joaquín Maurín, para entrevistarse con Largo Caballero. La reunión concluyó con el compromiso del dirigente socialista de impulsar las AO. La Alianza Obrera de Cataluña y de Asturias declararon su compromiso con un programa clasista: las organizaciones integrantes no podían llegar a acuerdos con partidos burgueses, introducían la unidad de acción sin menoscabo de la libertad de agitación y propaganda de cada partido o sindicato, y defendían, al menos de palabra, la revolución socialista como medio para acabar con el fascismo. La insurrección de Octubre de 1934 pondría a prueba la consistencia de estos propósitos. Las AO no eran sóviets o consejos obreros, sin embargo, pese a ser organismos elegidos por las cúpulas de los partidos sin la participación directa de la base obrera en fábricas y barrios, suponían un importante avance hacia el frente único, y un posible embrión o primer paso para la futura formación de genuinos organismos de poder obrero. Sin embargo, un claro obstáculo para este objetivo provenía de la postura de Caballero, cuya limitada concepción de las AO las convertía, en la mayoría de los casos, en meros comités de enlace entre los partidos y organizaciones de la izquierda.

En la CNT, los prejuicios antipolíticos anarquistas de la dirección confederal fueron utilizados para justificar su oposición a las AO. Sin embargo, esta postura no fue unánime. En Asturias, los representantes de la Confederación se sumaron al pacto de la Alianza Obrera. Respecto a la actitud del Partido Comunista hacia las AO, en los primeros momentos fue una continuación de las posiciones sectarias y ultraizquierdistas del “tercer periodo”, dominantes en la filas de la Internacional Comunista. Sin embargo, la realidad obligó a los dirigentes rusos a corregir su inicial análisis sobre el ascenso de Hitler al poder.

Lejos de anunciar la pronta victoria del proletariado alemán encabezado por el Partido Comunista, el avance del fascismo alemán hacia cada vez más real la posibilidad de una agresión armada contra la URSS. La IC procedió entonces a un nuevo y brusco giro. La decisión adoptada en Moscú rápidamente se trasladó a todos los Partidos Comunistas europeos. Stalin quería llegar a acuerdos con aquellos sectores de la burguesía europea que, supuestamente, podrían dificultar una invasión nazi del territorio soviético. El 31 de mayo de 1934, *L'Humanité*<sup>120</sup> reproducía un artículo de *Pravda*<sup>121</sup> donde se argumentaba que era “perfectamente admisible proponer a los dirigentes socialistas franceses la unidad de acción. (...) A partir de ese momento los pactos de unidad de

<sup>120</sup> Periódico y órgano de expresión del Partido Comunista Francés.

<sup>121</sup> Periódico del Partido Comunista de la URSS entre 1918 y 1991.

acción socialista-comunista se suceden en cadena. En julio se firma el francés, en agosto el italiano, en septiembre el Partido Comunista de España ingresa en las Alianzas Obreras, pese a la presencia en ellas de organizaciones trotskistas, y entre las organizaciones juveniles comunista y socialista se entablan conversaciones para llegar a la fusión.”<sup>122</sup> Las peticiones de unidad socialista-comunista pronto se ampliaron a las fuerzas burguesas. Desafortunadamente, no se trató de un retorno a la táctica del Frente Único leninista; por el contrario, la dirección estalinista consideraba que “toda política que tendiera a desembocar en una solución revolucionaria de los problemas nacionales e internacionales, no podía por menos que entrar en conflicto con las citadas fuerzas sociales y políticas, alimentando voluntariamente en ellas la inclinación al compromiso con el enemigo exterior. Lo que entraba en contradicción con los esfuerzos de la política soviética dirigidos a constituir una alianza URSS-Estados capitalistas ‘democráticos’ frente a la Alemania hitleriana.”<sup>123</sup>

En el Estado español se acercaba el momento de responder al desafío de quienes apostaban por un triunfo de la reacción fascista. Cuando en la noche del 4 de octubre de 1934 se anunció la entrada de la CEDA en el gobierno, Largo Caballero y las AO dieron la orden de la insurrección. Pero el levantamiento, insuficientemente preparado por sus dirigentes, salvo en algunos puntos aislados del Estado, no traspasó los límites de una huelga laboral. Fue en Asturias donde alcanzó su máximo desarrollo. Durante un lapso de 15 días, el poder obrero llegó tan lejos que en los comités locales ejercieron labores militares, de organización del transporte y del abastecimiento, atendiendo las necesidades sanitarias de la población y aplicando la justicia revolucionaria. Las instituciones burguesas quedaron suspendidas en el aire, siendo temporalmente sustituidas por los órganos creados a tal fin por los trabajadores. El aislamiento de la Comuna asturiana permitió al gobierno ahogar en sangre el levantamiento revolucionario.

A pesar de su trágico final, la insurrección de Octubre del 34 había sido una advertencia muy seria. Las formas de dominación de la democracia burguesa mostraban su falta de eficacia para mantener a las masas dentro de los límites del capitalismo. Sectores decisivos de la clase dominante llegaron a la conclusión de que la única forma de acabar con ese desafío era aplastar al proletariado. Consecuentemente, empezaron a organizar el golpe militar fascista. La derrota tuvo efectos depresores entre los trabajadores, con cientos de muertos en Asturias, decenas de miles encarcelados, y miles más despedidos de sus puestos de trabajo. Pero, como escribió Nin, ‘hay derrotas desmoralizadoras y derrotas fecundas’. En esta ocasión se trató de una muy fecunda. A pesar del fracaso y de las profundas heridas provocadas por la represión, los trabajadores eran aún más conscientes de los peligros que acechaban a la revolución. El fascismo era una amenaza que el movimiento conocía, y las posibilidades de triunfo como en Italia, Alemania y Austria, se hacía cada vez más reales. Un sentimiento de urgencia política se apoderó de sectores muy amplios de los trabajadores y la juventud.

Es interesante detenerse en las respuestas políticas del BOC, la ICE y la LCI (B-L) ante los grandes sucesos ocurridos en la segunda mitad de 1934. En las conclusiones generales y teóricas que se derivaron de la derrota de la insurrección de Octubre, hubo un gran distanciamiento entre Nin y Maurín, y una importante coincidencia del primero con Trotsky. Sin embargo, en el terreno de la acción, las cosas fueron totalmente

---

<sup>122</sup> Fernando Claudín, *La crisis del movimiento comunista*, Edit. Ruedo Ibérico, Barcelona, 1978, p. 137.

<sup>123</sup> *Ibid.*, p. 145.

distintas. Cuando las JJSS, profundamente radicalizadas por todos estos acontecimientos, llamaron a la Izquierda Comunista a entrar a sus filas para ayudar a ganar la batalla contra el ala reformista del PSOE, hubo una coincidencia total entre la actuación práctica del BOC y la ICE y, un rechazo absoluto a las propuestas de Trotsky. En el momento en que la teoría cedía el paso a la práctica, el desencuentro entre Nin y Trotsky se reproducía. Llegada la hora de abandonar el debate sobre acontecimientos cuyo destino escapaba a las posibilidades de intervención de la ICE, para entrar de lleno en determinar la actividad concreta de la oposición española, se producía un mimetismo entre los métodos de Nin y Maurín y un desacuerdo profundo con Trotsky.

Maurín dedicó parte de su libro, *Revolución y contrarrevolución en España*,<sup>124</sup> a analizar la naturaleza de clase de las fuerzas motrices de las jornadas de Octubre en Cataluña. El líder del BOC situó como factor decisivo a la pequeña burguesía, que en aquellos momentos controlaba el gobierno de la Generalitat gracias a la victoria electoral de su partido, ERC. Durante 1934, el gobierno de la Generalitat presidido por Lluís Companys<sup>125</sup> tuvo múltiples enfrentamientos a raíz de la aprobación de la Ley de Contratos de Cultivo<sup>126</sup>. La derecha española, que en esos momentos tenía en sus manos el gobierno central, militaba activamente, como en la actualidad, en el más rancio y reaccionario nacionalismo español, intentando aplastar cualquier expresión o reivindicación de las nacionalidades oprimidas. El anuncio de la entrada de la CEDA en el gobierno, amenazaba todos los derechos democráticos, tanto el de reunión, manifestación, huelga y organización, como los derechos democráticos nacionales. Maurín, afirmaba que esta circunstancia provocaba “que el movimiento obrero y la Generalitat se” encontraran “accidentalmente en el mismo plano.” Consideraba también que el movimiento obrero en solitario no tenía capacidad para protagonizar un levantamiento revolucionario con posibilidades de victoria: “Por la lógica de los acontecimientos, clase trabajadora y Generalitat-pequeño burguesa se encuentran impulsadas a una misma acción. Si bien es cierto que un movimiento insurreccional exclusivo de la clase trabajadora no podría triunfar, en Cataluña, porque no están cumplidas las premisas fundamentales, si se produce, transitoriamente, un bloque revolucionario de obreros, campesinos y pequeña burguesía con su gobierno de la Generalitat, la insurrección tiene la seguridad casi absoluta de triunfar porque la Generalitat cuenta con una organización militar: tres mil policías armados en Barcelona

---

<sup>124</sup> Reproducimos en este libro el apartado dedicado a este asunto.

<sup>125</sup> Lluís Companys i Jover, abogado de ideología catalanista y republicana, líder de Esquerra Republicana de Catalunya, ministro del Gobierno de España durante 1933 y presidente de la Generalidad de Cataluña durante la Segunda República Española, desde 1934 hasta 1940.

<sup>126</sup> La Rabassa morta era un tipo de contrato muy extendido en Cataluña por el que un rabassaire (arrendatario) alquilaba una porción de tierra para cultivar viñas. Consciente de la conflictividad social en el campo, el gobierno de la Generalitat de ERC redactó una ley para proteger a estos arrendatarios, su base social y electoral. Se estableció que la duración mínima de los arrendamientos debía ser de seis años, y que el trabajador de las tierras tenía el derecho de adquisición de estas mediante el abono de su valor tasado al propietario. Por otra parte, para evitar perjudicar los intereses de los sectores más conservadores, la ley hizo concesiones como que para la adquisición de las tierras era necesario haber estado trabajándolas por un periodo de 18 años. Finalmente, la ley fue considerada insuficiente por parte de los aparceros y un ataque por parte de los propietarios. La ley, aprobada por el parlamento catalán en 1934, fue respondida por los terratenientes, organizados alrededor del Instituto Agrícola Catalán de San Isidro (IACSI), que se unieron a la reaccionaria Lliga Catalana y presentaron un recurso al Tribunal de Garantías Constitucionales. El Tribunal de Garantías Constitucionales dio la razón al IACSI y anuló la ley. El Parlamento de Cataluña volvió a aprobar el mismo texto íntegramente. Para salir del callejón sin salida, el gobierno español pactó con la Generalitat catalana hacer algunas reformas al reglamento de la ley para moderarla.

y, además, las milicias de la Esquerra, los ‘escamots’, cuyo número en Barcelona es de unos siete mil, abundantemente provistos de material. (...) El movimiento insurreccional en Cataluña tendrá un triple aspecto: obrero, campesino y de liberación nacional. Las masas obreras, campesinos y pequeña burguesía coincidirán en un esfuerzo en común y serán invencibles.”

Así pues, siempre desde el punto de vista de Maurín, el gobierno de ERC era también un gobierno aliado de la clase obrera. Es más, la policía de la Generalitat y las milicias de un partido de la pequeña burguesía, serían las fuerzas armadas de la insurrección. No obstante, el líder del BOC, no podía dejar de mencionar la actitud desconfiada de ERC hacia el potencial revolucionario del movimiento obrero, si bien su forma de describirla es tan benévola que se podría afirmar que ignora la realidad: “Es muy probable que la Generalitat tema las derivaciones que pueda adquirir el movimiento insurreccional, que la pequeña burguesía desconfíe de las masas trabajadoras.” Siendo consciente del desagrado que los *excesos* revolucionarios del proletariado causaban en los dirigentes del nacionalismo catalán republicano, la solución de Maurín para tranquilizar al gobierno de la Generalitat era que los trabajadores se situasen tras la dirección de ERC: “Hay que procurar, en lo posible, que este temor no surja para lo cual el movimiento obrero se colocará al lado de la Generalitat para presionarla y prometerle ayuda sin ponerse delante de ella, sin aventajarla, en los primeros momentos. Lo que importa es que la insurrección comience y que la pequeña burguesía con sus fuerzas armadas no tenga tiempo para retroceder. Después ya veremos.” En esta estrategia, el BOC jugó un papel decisivo gracias a su indudable protagonismo en la dirección de la Alianza Obrera de Barcelona<sup>127</sup>, de la que la CNT, sindicato mayoritario del proletariado catalán, no formaba parte.

En el apartado dedicado a analizar los motivos del fracaso, Maurín señala: “Las jornadas de octubre de la Revolución española las encontramos en todas las revoluciones importantes. (...) Es lo que ocurrió en Rusia, en julio de 1917. El Partido Bolchevique se sintió empujado doblemente por la impaciencia creciente de las masas y por el deseo del gobierno Kerensky que se daba cuenta que unos meses después sería demasiado tarde. Los bolcheviques maniobraron hábilmente y con una rapidez maravillosa para evitar los dos escollos que se presentaban: una insurrección prematura, por un lado, y por el otro, un retroceso que les separara de la masa. Lenin y Trotsky supieron encontrar la posición justa: ni insurrección, ni reculada.”<sup>128</sup> En definitiva, Maurín, estableciendo un paralelismo histórico con las jornadas de julio de 1917 de la Revolución rusa, afirmaba que la insurrección era prematura, al no haber condiciones objetivas para la victoria y, estando, por tanto, destinada de antemano al fracaso. Aunque ello no le impide afirmar a su vez, que si la pequeña burguesía hubiera sido revolucionaria, las cosas podrían haber sido al revés. “Si la Generalitat no hubiese querido morir *manu militari*, el movimiento insurreccional tenía grandes posibilidades de imponerse.”<sup>129</sup>

---

<sup>127</sup> La Alianza Obrera de Barcelona, firmó su primer manifiesto el 16 de diciembre de 1933 por el PSOE, la UGT, el BOC, la Izquierda Comunista de Andreu Nin, USC, los sindicatos expulsados de la CNT y la Unión de Rabassaires. El PCE se retiró en la fase preliminar de la negociación, y la CNT se negó a participar. Posteriormente la USC, organización de carácter pequeño burgués, fue excluida de la AO por su política de pactos con Esquerra Republicana.

<sup>128</sup> Joaquín Maurín, *Revolución y contrarrevolución en España*, Ruedo Ibérico 1996, p. 165 y 168.

<sup>129</sup> *Ibid.*, p. 172.

Lo cierto es que la Generalitat y la pequeña burguesía gubernamental traicionaron el movimiento insurreccional. Andrew Durgan lo describe con toda claridad: "...ERC, en los meses anteriores, se había comprometido reiteradamente a defender la República de las agresiones del 'fascismo'. Sin embargo, tal posición implicaba la movilización de sus bases y ponerse del lado de la izquierda revolucionaria, algo que no estaba en los planes de los dirigentes de ERC, como éstos ya demostraron en junio durante la crisis provocada por la Ley de Contratos de Cultivos. El presidente de la Generalitat se mostró muy poco partidario de declarar la República Catalana, como la Alianza Obrera pedía; sus vacilaciones advirtieron a la Alianza de lo poco que se podía esperar de su gobierno. Por si esto no fuese suficiente, la Guardia de Asalto, a las órdenes de Dencàs, jefe del Estat Català (nombrado Consejero de Orden Público de la Generalitat en junio), había disuelto con violencia una manifestación organizada la noche anterior por la Alianza en el centro de Barcelona; esto mostraba a las organizaciones obreras lo poco que podían esperar de algunos de sus supuestos aliados."<sup>130</sup>

En la tarde del 6 de octubre, Lluís Companys proclamó "l'Estat Català de la República Federal Espanyola" desde el balcón de la Generalitat; horas después el gobierno central decretó el estado de guerra y, a las seis de la mañana del 7 de octubre, el presidente Companys se rindió. Josep Dencàs, ya había huido. De los 10.000 hombres armados a los que se refería Maurín, no entraron en acción más que unos escasos cientos que fueron rápidamente reducidos. El dirigente del BOC manifestaba un extravío desmedido, y una dosis alarmante de oportunismo, al ignorar que para ERC la revolución obrera era sinónimo de caos mientras que alababa su supuesta disposición a la lucha. Meses después, en un documento de balance, Esquerra explicaba su capitulación: "En Cataluña se alzó en masa todo el país, contenido hasta ese momento por la autoridad y la confianza en el gobierno de la Generalitat... El alzamiento justificado de Cataluña desbordaba las posibilidades del gobierno de la Generalitat. Y éste tenía que abandonar el poder o reprimir por la violencia una protesta que respondía a los propios sentimientos del Gobierno repetidamente manifestados; en fin, podía intentar canalizar el movimiento y evitar que un oleaje caótico y desbordado se apoderara de Cataluña. No hay que olvidar que en algunos ayuntamientos se había proclamado la República Catalana, pero en otros se había proclamado el socialismo e inclusive el comunismo libertario, etc., creándose así una situación difícil y anárquica, imposible de encauzar de una forma democrática viable."<sup>131</sup> Donde el movimiento insurreccional fue dirigido por trabajadores, en general núcleos industriales donde la llamada a la abstención de la CNT tuvo menos efecto, la lucha se mantuvo hasta el final: Villanova i Geltrú, Manresa (donde la corporación municipal proclamó la República Socialista Ibérica), Badalona, Granollers, Tarrasa y Sabadell.

Las conclusiones de Andreu Nin no podrían haber sido más opuestas a las del dirigente del BOC. En su artículo *Las lecciones de la insurrección de Octubre*,<sup>132</sup> dejó clara su opinión de que la responsabilidad del fracaso correspondía a los dirigentes del movimiento, en especial a los socialistas: "Allí donde los jefes pudieron controlar las iniciativas y los deseos de las masas, el movimiento no fue mas que un deseo frustrado. La clase obrera se encontraba a la expectativa, esperando instrucciones que no llegaban. En cambio, allí donde las masas estaban organizadas en frente único, los líderes socialistas fueron desbordados en sus intenciones. Así nos explicamos el hecho de que

---

<sup>130</sup> Andreu Charles Durgan, *B.O.C. 1930-1936*, p. 296.

<sup>131</sup> Citado en Munis, *Jalones de derrota, promesas de victoria*, ZYX, Madrid, 1977, p. 176.

<sup>132</sup> Artículo publicado en diciembre de 1934 e incluido en este libro.

en Asturias, donde los organismos de la Alianza Obrera existían y actuaban desde hacía cerca de un año, se constituyen rápidamente en Ejército Rojo, los comités de abastos, el Tribunal revolucionario y otras tantas instituciones peculiares de los primeros momentos de la revolución proletaria.”

Contrariamente a la tesis de Maurín, sobre unas jornadas de julio de la revolución española, Nin reafirma su idea de que con una dirección a la altura la clase obrera habría tomado el poder: “Para llevar a cabo con éxito un movimiento revolucionario, es indispensable seguir un plan preconcebido con ligeras variantes adaptadas a las circunstancias del lugar. De lo contrario, se corre el peligro, no sólo de no alcanzar el objetivo propuesto, sino que al realizar actos sin ningún objetivo o poco precisos, puede desvanecerse fácilmente el camino que conduce a la victoria. Si se hubiesen tenido en cuenta estos preceptos insurreccionales del marxismo a estas horas el proletariado sería la clase dominante en España.” Respecto a la posible actuación revolucionaria de los políticos pequeñoburgueses, lejos de albergar la más mínima esperanza, censura duramente a los líderes que así lo hicieron: “Pero los dirigentes del movimiento no sabían lo que hacían. Permanecieron a la expectativa, aguardando a que los nacionalistas catalanes y vascos, proclamase la república federal. En la pretensión de ser el juez que ha de fallar la suerte de las clases fundamentales de la sociedad, la pequeña burguesía no hizo otra cosa que servir los intereses históricos de la burguesía. Una vez más, esta clase social se ha mostrado incapaz de dirigir el movimiento revolucionario hasta el fin.” Desde el punto de vista del dirigente de la ICE, si se quería diagnosticar la debilidad del movimiento, lejos de mirar hacia abajo, había que alzar la vista hacia las cúpulas de las organizaciones obreras. “Le ha faltado al ejército revolucionario un Estado Mayor con jefes capaces, estudiosos y experimentados.” En cualquier caso, estas profundas diferencias no impedirían que, en un corto espacio de tiempo, Maurín y Nin redactaran unas tesis políticas comunes que sentarían las bases del nuevo partido en el que fusionarían sus respectivas fuerzas.

Por su parte, Trotsky escribió también un breve texto, *Enseñanzas de la derrota de Octubre de 1934*<sup>133</sup>. Su opinión respecto a las causas del fracaso, coincidía con la de Nin. Estableció un paralelismo, pero no con las jornadas de julio rusas como Maurín, sino con la candente actualidad del momento. A principios de 1934, y, a pesar de los antecedentes del gobierno del socialcristiano de Dollfuss, que un año atrás había prohibido el derecho a huelga e ilegalizado el Partido Comunista, los dirigentes socialistas austriacos dieron la orden a sus milicias de colaborar con el desarme que debía efectuar la policía con el argumento de evitar una guerra civil. A pesar del heroico intento de resistencia de muchos trabajadores, la clase obrera austriaca fue aplastada. “El pretendido ‘radicalismo austro-marxista’ no vale más que el ministerialismo español. La diferencia es técnica y no política. Ambos esperaban que la burguesía les devolviese ‘lealtad por lealtad’. Y, ambos, han llevado al proletariado a sendas catástrofes. En España y en Austria, no son los métodos revolucionarios los que han sido derrotados, sino los métodos oportunistas empleados en una situación revolucionaria. ¡No es lo mismo!” Esta última afirmación estaba destinada a responder a los sectores más derechistas de las organizaciones obreras, que intentaron probar la imposibilidad de un triunfo revolucionario apoyados en el fracaso de Octubre.

---

<sup>133</sup> Artículo escrito en octubre de 1934, incluido en este libro.

Trotsky centró además su atención en la participación de las organizaciones obreras en el parlamento burgués. Se trataba tanto de un balance, la experiencia del pasado gobierno de conjunción republicano socialista, como de una perspectiva de las futuras dificultades a las que se enfrentaría la revolución. Catorce meses después, se firmaría el acuerdo electoral del Frente Popular español. “La burguesía sólo ha permitido llegar al poder a socialdemócratas y laboristas a condición de que defiendan el capitalismo de sus enemigos. Y aquellos han cumplido escrupulosamente esta condición. El socialismo puramente parlamentario, antirrevolucionario, nunca ha conducido, en ningún sitio, a un régimen socialista; por el contrario, sí ha tenido éxito formando despreciables renegados que aprovechan el partido obrero para hacer una carrera ministerial.”

Aunque no abordó el papel de la pequeña burguesía y el campesinado en el citado artículo, Trotsky sí lo hizo en profundidad en otros muchos textos, entre los que se encuentran los dedicados a la situación política francesa entre 1934 y 1936. Tanto su método de análisis como sus conclusiones estaban en las antípodas políticas de Maurín.

Lejos de despreciar o ignorar el papel de las masas de la pequeña burguesía — recordemos que en aquel momento histórico la fuerza numérica de la clase obrera era muy inferior a la actualidad—, Trotsky las considera un factor muy relevante en la lucha contra el fascismo. “(...) De aquí, sin embargo, no se concluye en absoluto que la clase obrera deba dar la espalda a la pequeña burguesía, abandonándola a su suerte ¡De ningún modo! Acercarse a los campesinos y pequeños burgueses de la ciudad, atraerlos a nuestro lado, es la condición necesaria del éxito en la lucha contra el fascismo, por no hablar de la conquista del poder. Sólo es necesario plantear el problema de un modo correcto. Pero para ello se debe comprender claramente cuál es la naturaleza de las clases medias (...) La sociedad contemporánea se compone de tres clases: la gran burguesía, el proletariado y las clases medias o pequeña burguesía. Las relaciones entre estas tres clases determinan en última instancia la situación política del país. Las clases fundamentales de la sociedad son la gran burguesía y el proletariado. Estas dos clases son las únicas que pueden tener una política independiente, clara y consecuente. La pequeña burguesía se distingue por su dependencia económica y su heterogeneidad social. Su capa superior está conectada inmediatamente con la gran burguesía. Su capa inferior se mezcla con el proletariado y llega a caer incluso en el estado del lumpemproletariado. Debido a su situación económica, la pequeña burguesía no puede tener una política independiente. Oscila siempre entre los capitalistas y los obreros. Su propia capa superior la empuja hacia la derecha; sus capas inferiores, oprimidas y explotadas, son capaces, en ciertas condiciones, de virar bruscamente a la izquierda...”<sup>134</sup>

Las relaciones políticas de la clase obrera con la pequeña burguesía, desde el punto de vista de Trotsky, en ningún caso podían partir de aplacar su supuesto ‘temor’ ante las ‘derivaciones que’ pudiera ‘adquirir el movimiento insurreccional’ o porque el movimiento obrero no se pusiese ‘delante de ella’. “Es falso, tres veces falso, afirmar que en la actualidad la pequeña burguesía no se dirige a los partidos obreros porque teme a las ‘medidas extremas’ (...) La pequeña burguesía es económicamente dependiente y está políticamente atomizada. (...) Necesita un ‘jefe’ que le inspire confianza. Ese jefe individual o colectivo (es decir, una persona o un partido) puede ser provisto por una u otra de las clases fundamentales, ya sea la gran burguesía o el

---

<sup>134</sup> León Trotsky, *¿Adonde va Francia?*, FUNDACIÓN FEDERICO ENGELS, Madrid, 2006, pp. 32-33.

proletariado. (...) Para atraer a su lado a la pequeña burguesía, el proletariado debe conquistar su confianza. Y, para ello, debe comenzar por tener él mismo confianza en sus propias fuerzas. Necesita tener un programa de acción claro y estar dispuesto a luchar por el poder por todos los medios posibles.”<sup>135</sup>

El campesinado, al menos sus capas más empobrecidas por la crisis capitalista, también es considerado por Trotsky como un sector esencial hacia el que el movimiento obrero se debe dirigir con una acción y un programa revolucionarios. “La crisis de la agricultura constituye ahora la principal reserva para las tendencias bonapartistas y fascistas. Cuando la miseria toma al campesino por la garganta, éste es capaz de dar los saltos más inesperados. Mira a la democracia con creciente desconfianza. (...) El proletariado debe hablar con los campesinos en el idioma de la revolución; no encontrará otro lenguaje común con ellos. Los obreros deben elaborar un programa de medidas revolucionarias para la salvación de la agricultura en común con los campesinos. Los campesinos trabajadores sufren las condiciones usurarias del crédito. Para cambiar esas condiciones, no hay sino una vía: expropiar los bancos, concentrarlos en manos del Estado obrero y, a costa de los tiburones financieros, crear un crédito de fomento para los pequeños campesinos, y particularmente para las cooperativas campesinas. Debe instaurarse el control campesino sobre los bancos de crédito agrícola. Los campesinos sufren la explotación de los trusts de fertilizantes y de los molinos. No hay otro camino que el de nacionalizar los trusts de fertilizantes y los grandes molinos y subordinarlos completamente a los intereses de los campesinos y de los consumidores. Diferentes categorías de campesinos (arrendatarios, aparceros) sufren la explotación de los grandes propietarios rurales. No hay otro medio de lucha contra la usura territorial que la expropiación de los usureros terratenientes por los comités de campesinos bajo el control del Estado obrero y campesino. Ninguna de estas medidas es concebible bajo la dominación de la burguesía. Pequeñas limosnas no salvarán al campesino; de nada le servirán los paliativos. Hacen falta audaces medidas revolucionarias.”<sup>136</sup>

### **El trabajo en las organizaciones de masas. La polémica del entrismo**

La insurrección de Octubre de 1934 no fue el inicio del proceso de radicalización de las masas, sino su reflejo. El año precedente había sido clave en dicho desarrollo: la clase obrera expresó su insatisfacción con el gobierno de conjunción republicano-socialista en las elecciones que se produjeron en noviembre de 1933<sup>137</sup>, y las ilusiones democráticas en el parlamentarismo burgués había sufrido un importante desgaste.

Dentro de la base socialista crecía una vigorosa corriente de rechazo a la política de colaboración de clases, que impulsaba a un sector de la militancia, con especial incidencia entre sus juventudes, hacia una política revolucionaria y de ruptura con el capitalismo. En la Escuela de Verano de las JJSS del mes de agosto de 1933, celebrada en Torreloayón (Madrid), Largo Caballero expresaba esta posición: “Y esto lo dice un hombre que ha sido ministro de Trabajo y que, aun queriendo aplicar la legislación

---

<sup>135</sup> *Ibid.*, pp. 35-36.

<sup>136</sup> *Ibid.*, pp. 106-107.

<sup>137</sup> Las elecciones de noviembre de 1933, estuvieron marcadas por una importante abstención de la izquierda. El PSOE, con alrededor de 1.600.000 votos y el 20% del censo, no perdió una parte sustancial de su apoyo, sin embargo, la ley electoral le castigaba duramente, haciéndole pasar de 116 escaños a 61 de los 471 que tenía el parlamento. Por su parte, el desplome de los republicanos fue espectacular: pasaron de 118 diputados a 16. A su vez, la derecha —recogiendo apoyo entre las capas medias— pasó de 34 a 227 escaños, de los que 104 eran del Partido Radical y 115 correspondían a la CEDA.

social, como no tenía en sus manos a la guardia civil, a los jueces, a los alcaldes, no podía; porque estos elementos hacían lo que querían los patronos y los caciques, y no lo que pedía el ministro”<sup>138</sup>. El ala de derechas del PSOE, encabezada por Prieto<sup>139</sup> y Julián Besteiro<sup>140</sup>, comprendió el peligro que representaban estas ideas para su propósito de evitar que el conflicto social trascendiera los límites del capitalismo, y pugnaron por la hegemonía política dentro del partido. Prieto fue contundente en su discurso en esa misma escuela: “Creo sinceramente que el adueñamiento del poder en las circunstancias presentes, las de ahora —porque no puedo prever las de mañana—, si estuviese en nuestras manos ese adueñamiento, sería para el Partido Socialista una gran desgracia. (...) ¿Creéis vosotros, desparramando la mirada por el área política y social de España, que la realidad permite la implantación de un régimen netamente socialista? Mi convicción es negativa a este supuesto. Y entonces si el Partido Socialista se hubiera de acomodar a una realidad, según mi juicio, inadecuada a la implantación de un régimen colectivista, el Partido, asumiendo la totalidad de las funciones del Poder público, adueñado absolutamente de él, con unas u otras reformas, con unos u otros avances, con unas u otras mejoras, habría forzosamente que gobernar en burgués. He ahí por qué yo calificaba de desgracia y de tragedia estas circunstancias si estas circunstancias se produjesen de tal modo que el Partido Socialista se hubiese de adueñar del poder político en España.”<sup>141</sup>

El enfrentamiento entre la izquierda y la derecha del PSOE adquirió así una extraordinaria intensidad, abriendo la posibilidad a que las ideas del marxismo revolucionario prendieran entre miles de socialistas. En esta lucha interna jugaron un papel protagonista las Juventudes Socialistas, cuyo V Congreso, celebrado en abril de 1934, supuso un punto de inflexión en su giro hacia la izquierda. Las JJSS eran además una fuerza en absoluto desdeñable, agrupando en aquel entonces a más de 20.000 jóvenes. Entre sus máximos dirigentes destacaban Santiago Carrillo, secretario general, y Federico Melchor, vocal en la dirección nacional.

El 1º de Mayo de 1934 comenzó la publicación la revista mensual *Leviatán*, dirigida por Luis Araquistáin, estrecho colaborador de Largo Caballero y principal ideólogo de la izquierda socialista. En ese primer número, quedó reflejada la reivindicación por parte del sector caballerista, al menos de palabra, de una ruptura total con la herencia reformista de la vieja Internacional Socialista. Araquistáin escribía: “El fascismo en Italia, el nacionalsocialismo en Alemania y una mezcla de ambos en Austria han puesto de relieve la ineficacia de la táctica política que ha inspirado a los partidos socialistas adscritos a la Segunda Internacional. (...) No ha fracasado el socialismo revolucionario, como afirman sus enemigos, sino su falsificación. Marx y Engels tenían razón en todo, en su teoría de la Historia y del Estado y en su programa de acción. (...) No fiemos únicamente en la democracia parlamentaria, incluso si alguna vez el socialismo logra

---

<sup>138</sup> Francisco Largo Caballero, *Discursos a los trabajadores*, Ed. Fontamara, Barcelona, 1979, p. 17.

<sup>139</sup> Miembro de la dirección del PSOE, participó en los primeros gobiernos de la República ocupando las carteras de Hacienda (abril-diciembre de 1931) y Obras Públicas (hasta septiembre de 1933).

<sup>140</sup> Miembro de las comisiones ejecutivas de la UGT y del PSOE desde 1914, en 1925 sucedió a Pablo Iglesias al frente del PSOE.

<sup>141</sup> Discurso de Indalecio Prieto en la escuela socialista de verano de Torrelodones, publicado en *El Liberal* (Bilbao) el 9 de agosto de 1933.

una mayoría: si no emplea la violencia, el capitalismo le derrotará en otros frentes con sus formidables armas económicas.”<sup>142</sup>

Este giro brusco de los acontecimientos en el seno del movimiento socialista, fue observado por la mayoría de la dirección de la Izquierda Comunista Española con profunda desconfianza. El discurso del ala caballerista no le merecía mayor consideración que una maniobra por arriba de un sector del aparato reformista, que perseguían no correr la misma suerte de sus colegas alemanes aplastados por el fascismo, a la vez que controlar y abortar la evolución política hacia las ideas revolucionarias de su militancia. Las primeras posiciones aparecidas en *Comunismo* así lo reflejaron. Al frente de esa posición se encontró Fersen, cuyos trabajos contenían una crítica feroz. “Esta ala de izquierdas del socialismo, acaudillada por burócratas expertos, está realizando una maniobra de gran envergadura.”<sup>143</sup> En un artículo titulado *Del verbalismo socialista a la acción*, publicado en *Comunismo* en enero de 1934, se señala: “La experiencia de estos dos años ha demostrado palmariamente la incapacidad de la democracia burguesa y el reformismo para resolver los problemas más fundamentales de la revolución. Dándose cuenta de que el proletariado sacará estas consecuencias, el partido socialista finge que se radicaliza y que abandona el camino de la democracia burguesa y de las reformas. Hemos de reconocer que no sin éxito ha dado el socialismo este paso verbal por la senda revolucionaria.”<sup>144</sup>

Ese mismo mes Fersen afirmaba desde la prisión, donde se encontraba recluso: “La actitud del partido socialista después de su descenso del Olimpo gubernamental<sup>145</sup> ha venido a sembrar una confusión espantosa que —también hay que decirlo— era de temer. (...) Después, cuando fuera del gobierno pueden los socialistas dedicarse a filosofar, a llorar, a recapacitar y hacer propósitos de enmienda... Pero tampoco cabe negar que el grupo representado por Largo Caballero constituye en el socialismo una tendencia, motivo de fuertes discordias interiores, que quiere controlar la radicalización perfectamente visible de amplias zonas del partido socialista y de la UGT. (...) Para comprender bien hasta qué punto es ficticio el estado de cosas creado en el seno del partido socialista... Esta es la situación artificiosa que se ha creado en el partido socialista.”<sup>146</sup> Un mes más tarde, Fersen no hacía más que reafirmarse en sus consideraciones al respecto. “Con una rapidez que sería una locura de no ser una maniobra, empalmando frase con frase, discurso con discurso, un partido reformista por tradición ha trasladado todos sus bártulos al campo revolucionario y amenaza con la insurrección de un día para otro, sin haberse producido tan siquiera una escisión en su seno. (...) Nosotros no nos hacemos ilusiones excesivas sobre las posibilidades de evolución interna del socialismo. Pero esta política la tienen que abandonar. Es un engaño que no se puede prolongar. La clase obrera tiene que darse cuenta de que está sometida a un juego criminal, que pone en peligro sus intereses más vitales.”<sup>147</sup>

---

<sup>142</sup> *Leviatán (Antología)*, selección y prólogo de Paul Preston, Ediciones Turner, S.A., Madrid, 1976, p. 17, 23 y 24.

<sup>143</sup> Fersen, enero de 1934, Revista *Comunismo* (1931-1934) *La herencia teórica del marxismo español*, Editorial Fontamara, Barcelona 1978, p. 378.

<sup>144</sup> Revista *Comunismo* (1931-1934) *La herencia teórica del marxismo español*, Editorial Fontamara, Barcelona 1978, p. 375.

<sup>145</sup> Se refiere al hecho de que tras la victoria de la CEDA en noviembre de 1933, tres ministros socialistas perdieron sus carteras.

<sup>146</sup> *La actitud del partido socialista y la situación política*, Fersen, febrero 1934, incluido en este libro.

<sup>147</sup> Revista *Comunismo*, pp. 383-85.

Frente a este método de abierto desprecio a los procesos en el PSOE y las JJSS, se situó Esteban Bilbao que, sin negar las posibles intenciones burocráticas de los jefes socialistas, consideraba también el importante efecto que el discurso de Caballero provocaba en la clase obrera. En cualquier caso, en los primeros momentos, la conclusión de Bilbao fue también la de llamar a los sectores más honestos del socialismo a romper con su partido. En el mes de abril escribía en *Comunismo*: “Deponga el partido socialista su vanidad de nuevo rico, que le sienta bastante mal, por cierto; hagan sus dirigentes un escrupuloso examen de conciencia, sean sinceros, consigo mismos, procuren no engañarse y verán claramente que el partido socialista es absolutamente impotente para sacar de la situación actual las consecuencias prácticas que la salud de la clase trabajadora requiere. Dense cuenta que lo que falta al proletariado no está en el partido socialista...”<sup>148</sup> En septiembre, la ICE sigue insistiendo en su propuesta a la militancia socialista: romper con su partido. Ese mismo mes, un artículo titulado *La crisis del partido socialista español*, firmado por José Luis Arenillas, establece: “...esta tendencia sincera que puede ser constatada en un vasto sector del partido socialista debe lógicamente concretizarse bajo forma positiva y distinta de su organización para ser eficaz (...) Los obreros socialistas (...) si son marxistas, (...) deben dar la espalda a Caballero.”<sup>149</sup>

Estas posiciones sectarias, ajenas al método del marxismo, provocaron una de las más duras polémicas mantenidas entre la ICE y la LCI y, en opinión de Trotsky, uno de los errores más graves de sus camaradas españoles. Trotsky condenó los ultimátums de la ICE a la base del PSOE y las JJSS. Los obreros socialistas evolucionaban hacia el marxismo, pero todavía no eran marxistas, no se les podía exigir que actuaran como disciplinados y veteranos militantes bolcheviques puestos a las órdenes del auténtico partido de la revolución. Las limitaciones políticas de sus dirigentes centristas eran obvias para un experimentado opositor, pero eso no estaba así de claro para los jóvenes y trabajadores que escuchaban con auténtico entusiasmo el radicalizado discurso de Caballero, Araquistáin o Carrillo. Era a la ICE a quién correspondía la tarea de diseñar una táctica para que el giro emprendido por la base de la izquierda socialista acabara en el programa de la revolución socialista. Después de todo, ¿no era precisamente eso lo que les daba derecho a considerarse genuinos bolcheviques-leninistas a diferencia de los líderes centristas? Por otra parte, era necesario no perder de vista que la ICE se enfrentaba a procesos en organizaciones cuya militancia multiplicaba por mil varias veces los efectivos de los bolcheviques-leninistas. Trotsky, recurriendo al sentido del humor, explicaba que si bien el Corán decía “que la montaña fue al profeta”, el marxismo aconsejaba “que el profeta vaya a la montaña.”<sup>150</sup>

Los acontecimientos que se desarrollaban en el PSOE y las JJSS no eran exclusivos del Estado español. La socialdemocracia francesa, SFIO, también estaba en ebullición. A finales de 1933, había sufrido un desgajamiento por la derecha cuando los Neosocialistas rompieron con el partido. El abandono del campo de batalla por parte de los sectores más abiertamente reformistas, animó a los sectores de izquierda que consolidaron su influencia en el partido. A diferencia del PC francés, la SFIO permitía a sus miembros formar fracciones que podían publicar periódicos y revistas. El congreso celebrado en Toulouse en mayo de 1934 invitó a reintegrarse al partido a grupos de izquierda que lo habían abandonado o que habían sido expulsados antes de la ruptura de

<sup>148</sup> *Algunas consideraciones ante la situación*, Esteban Bilbao, abril 1934, incluido en este libro.

<sup>149</sup> Citado en Pierre Broué, *La revolución española (1930-1936)*, pp. 295-96.

<sup>150</sup> León Trotsky, *La liga frente a un giro*, junio de 1934.

los *Neos*. La SFIO tenía entonces alrededor de ciento veinte mil afiliados, y, su sindicato, la CGT, reunía un millón de obreros en sus filas; mientras, la CGTU, del PC, agrupaba a unos setenta mil trabajadores. El 2 de julio, los dirigentes de la SFIO y del PC se reunieron para tantear las posibilidades de acción común y, a finales de ese mismo mes, firmaron un acuerdo de unidad de acción contra el fascismo y la represión.

Trotsky se apresuró a analizar y tomar posición respecto a unos acontecimientos que consideraba trascendentales, tanto desde el punto de vista del avance en la conciencia de las masas, como del propio desarrollo de la LCI. En su opinión, la discusión no debería girar en torno el carácter sincero o deshonesto de los dirigentes socialistas que eran capaces de concentrar el interés de millones de obreros en Francia y en el Estado español. Todo su análisis previo sobre el centrismo abordaba ya este aspecto. Sin despreciar el papel de los individuos que encabezaban esas corrientes, centró su atención en las fuerzas objetivas, en la corriente histórica que los arrastraba hacia la izquierda, aunque sólo fuera de palabra. Era necesaria “una definición dialéctica del Partido Socialista, la evaluación concreta de su dinámica interna” porque permitiría “a los bolcheviques leninistas plantearse la perspectiva correcta y adoptar una posición activa, no de simples observadores.”<sup>151</sup>

La base material sobre la que se asentaba la sociedad capitalista y se desarrollaba el enfrentamiento entre las clases, la bancarrota económica del capitalismo de entreguerras, sacudía toda la superestructura política. Sectores cada vez más amplios de la burguesía europea apostaban por el fascismo, convencidos de que su hegemonía solo podría mantenerse si el movimiento obrero y sus organizaciones eran literalmente aplastadas por el puño de los camisas pardas. La socialdemocracia, por su parte, asistía al desmoronamiento de su andamiaje ideológico. La democracia parlamentaria estaba en crisis, no había posibilidades económicas para materializar reformas y, el movimiento obrero, que durante años había permanecido bajo su tutela, empujaba hacia una salida revolucionaria. Junto a ello, la experiencia de la derrota alemana y austríaca probaba que su propia supervivencia política estaba en juego. “La crisis del estado democrático y la del partido socialdemócrata se desarrollan en direcciones paralelas pero opuestas. Mientras que el estado marcha hacia el fascismo pasando por una etapa bonapartista, el Partido Socialista se encamina a una lucha a vida o muerte contra el fascismo, pasando por una oposición ‘leal’, cuasi parlamentaria, al estado bonapartista. Comprender esta dialéctica de las relaciones recíprocas entre el estado burgués y la socialdemocracia constituye un requisito ineludible de una política revolucionaria correcta; éste es precisamente el problema contra el que se rompieron la cabeza los estalinistas.”<sup>152</sup> El desenlace estaba próximo: o la clase obrera detenía el avance de la reacción, o las fuerzas de choque del capitalismo imponían su dictadura con una brutalidad desconocida. El reloj de la historia no daba mucho margen de tiempo.

La cuestión central era ganar a esos cientos de miles de jóvenes y trabajadores que giraban hacia posiciones revolucionarias. “Apenas ayer, la consigna del frente único era monopolio exclusivo de los bolcheviques leninistas. Hoy nos han quitado ese monopolio. La consigna ha pasado a ser de propiedad común, lo que expresa el profundo y apasionado, aunque políticamente muy nebuloso, anhelo de las masas de oponerse al avance de la reacción mediante las fuerzas unidas de todos los oprimidos. La existencia de este anhelo crea la condición más importante, si no para una situación

---

<sup>151</sup> León Trotsky, *La evolución de la SFIO*, 10 de julio de 1934

<sup>152</sup> *Ibid.*

directamente revolucionaria, por lo menos para una situación prerrevolucionaria. (...) El primer deber de toda organización revolucionaria, especialmente en un período crítico como el presente, en que la conciencia de las masas cambia literalmente a diario, consiste en mantener oídos atentos a lo que el trabajador común comenta en la fábrica, en la calle, en los transportes, en el café y en el hogar, para saber cómo ve él la situación, qué esperanzas alienta, en qué cosas cree: hay que escuchar atentamente a ese trabajador.”<sup>153</sup> Era necesario resolver una contradicción fundamental. Mientras las condiciones objetivas para la revolución socialista maduraban de forma acelerada, el factor subjetivo, la dirección revolucionaria capaz de llevar a la clase obrera al poder, se encontraba en una fase embrionaria. La conclusión táctica de este análisis fue el entrismo. Los militantes bolcheviques-leninistas debían participar codo con codo con los obreros y jóvenes que se radicalizaban dentro las organizaciones de masas de la socialdemocracia, con el objetivo de poner al desnudo las carencias de sus dirigentes, y ganarlos así al programa del bolchevismo.

El trabajo de los marxistas en las organizaciones de masas dirigidas por reformistas, no fue una invención de Trotsky. De hecho, Marx y Engels fueron los primeros en desarrollar este tipo de tácticas cuando contribuyeron a la formación de la Primera Internacional, que para nada era una organización políticamente homogénea, sino que agrupaba en su seno a diferentes corrientes, desde la Trade Union inglesa, los seguidores de Proudhon en Francia, blanquistas, anarquistas y, por supuesto, marxistas. Esta intervención en el movimiento real de la clase obrera de la época, a pesar de la disolución posterior de la Primera Internacional, permitió a los fundadores del socialismo científico propagar sus ideas en un medio mucho más amplio, hasta que finalmente la lucha ideológica contra las otras tendencias, y la propia experiencia de los obreros más avanzados, permitió el desarrollo de partidos socialistas de masas que cristalizaron en la fundación de la Segunda Internacional.

La experiencia de los bolcheviques y de Lenin fue muy rica al respecto. Desde el trabajo clandestino hasta la participación en los sindicatos controlados por la policía zarista, en los momentos inmediatamente anteriores a la revolución de 1905, los bolcheviques siempre se destacaron por su flexibilidad táctica y su firmeza en la defensa de los principios del marxismo. Incluso cuando se fundó la Tercera Internacional, Lenin mantuvo una agria polémica con todo tipo de corrientes ultraizquierdistas, que propugnaban abandonar el trabajo parlamentario, en los sindicatos de masas, o renunciaban a llegar a la base obrera de los partidos que aún permanecían en las filas de la Segunda Internacional con la excusa de que estaban dirigidos por social-patriotas. Aunque es poco conocido, Lenin aconsejó a los comunistas británicos incorporarse al Partido Laborista con el fin de ganar a la causa del marxismo a las decenas de miles de trabajadores que militaban en su seno.

En 1920, en el marco de los debates del II Congreso de la IC, mantuvo una polémica amistosa con los dirigentes británicos para que se orientaran hacia el laborismo, y de paso denunció la “intransigencia” verbal de los centristas italianos: “(...) Paso a la tercera cuestión que desearía tratar aquí en relación con el discurso del camarada MacLaine.”<sup>154</sup> Este propugna que el Partido Comunista Inglés se adhiera al Partido

---

<sup>153</sup> León Trotsky, *La Liga frente a un giro decisivo*, junio de 1934, artículo incluido en este libro.

<sup>154</sup> William MacLaine (1891-1960): socialista y líder sindical inglés. En la década de los 1920 fue miembro del Partido Comunista de Gran Bretaña, al cual abandonó en 1929. Propugnó el ingreso de los comunistas ingleses en el Partido Laborista.

Laborista. Ya me he manifestado a este respecto en mis tesis sobre el ingreso en la III Internacional. En mi folleto [*La enfermedad infantil del “izquierdismo” en el comunismo*], esta cuestión queda pendiente. Sin embargo, después de hablar con muchos camaradas, he llegado al convencimiento de que la decisión de quedarse en el Partido Laborista es la única táctica acertada (...) Es preciso decir abiertamente: el Partido Comunista sólo puede adherirse al Partido Laborista a condición de que conserve plena libertad de crítica y pueda aplicar su propia política. Esto es lo más importante. Cuando el camarada Serrati habla a este propósito de colaboración de clases yo afirmo esto no es colaboración de clases. Si los camaradas italianos consienten la presencia en su partido de oportunistas como Turati y Cía., es decir, de elementos burgueses, esto sí que es colaboración de clases. Pero en el caso que nos ocupa, en relación con el Partido Laborista Inglés, se trata sólo de la colaboración de la minoría avanzada de los obreros ingleses con su mayoría aplastante. Son miembros del Partido Laborista todos los afiliados a los sindicatos. Es una estructura muy original, que no encontramos en ningún otro país. Esta organización abarca a cuatro millones de obreros de los seis o siete millones de miembros de los sindicatos. No se les pregunta cuáles son sus convicciones políticas. Que me demuestre el camarada Serrati que se nos impide utilizar allí el derecho de crítica. Cuando lo demostréis, sólo entonces demostraréis que el camarada McLaine se equivoca. El Partido Socialista Británico puede decir con toda libertad que Henderson es un traidor y, sin embargo, sigue dentro del Partido Laborista. También aquí se hace efectiva la colaboración de la vanguardia de la clase obrera con los obreros atrasados, con la retaguardia. Esta colaboración reviste una importancia tan grande para todo el movimiento, que insistimos categóricamente en que los comunistas ingleses sean el eslabón de enlace entre el partido, es decir, entre la minoría de la clase obrera, y toda la masa restante de los obreros. Si la minoría no sabe dirigir a las masas y vincularse estrechamente con ellas, no es un partido y, en general, no tiene ningún valor (...) Por consiguiente, si no se desmiente que el Partido Laborista Inglés está compuesto de proletarios, esto es una colaboración de la vanguardia de la clase obrera con los obreros atrasados y si esta colaboración no se hace efectiva de modo sistemático, entonces el Partido Comunista no ofrece ningún valor, y entonces no se puede hablar de dictadura del proletariado (...).<sup>155</sup>

La posición del marxismo al respecto es clara y tajante, pero la adopción de la táctica entrista abrió un intenso debate en las filas de la LCI, que quedó reflejado en numerosos artículos de Trotsky. Entre ellos destacan *La liga frente a un giro decisivo*, *La evolución de la SFIO* y *Un llamado a tomar posición sobre la situación francesa*<sup>156</sup>, escritos entre junio y septiembre de 1934, y de los que citamos algunas ideas destacadas.

Una de las primeras dudas que asaltaron a numerosos miembros de la Liga era el riesgo de renunciar a la independencia del partido. Aplicando la máxima leninista de que “la verdad es concreta”, Trotsky respondía: “Pero el partido proletario debe ser independiente. Así es; sin embargo, la Liga no es todavía un partido. Es un embrión, y todo embrión necesita abrigo y alimento para desarrollarse.” La discusión de la construcción del partido no podía afrontarse de forma abstracta, en el vacío de preceptos teóricos que ignoran la realidad concreta de la lucha de clases o la debilidad de las fuerzas del marxismo. “Sea como fuere, ¿no hemos proclamado, acaso, la necesidad de crear un nuevo partido y una nueva internacional? Este programa conserva por entero su

---

<sup>155</sup> V. I. Lenin, Discurso sobre el papel del Partido Comunista, 23 de julio de 1920. Publicado el 5 de agosto de 1920 en el núm. 5 del Boletín del II Congreso de la Internacional Comunista

<sup>156</sup> Los tres artículos están incluidos en este libro.

vigencia. Pero jamás hemos dicho que íbamos a detenernos a rumiar hasta el momento en que la Cuarta Internacional se reuniera en torno a nosotros. Siempre declaramos que los medios para su creación son complejos y que no tienen el mismo carácter en los distintos países, tal como ocurrió con la Tercera Internacional.”

Trotsky, recurrió a la experiencia de formación del PC en Francia: “Allí, y pese a la ruptura de los bolcheviques con la Segunda Internacional, toda su sección fue ganada para la creación de la Tercera. No conocemos ley alguna que declare imposible la repetición de un Congreso de Tours<sup>157</sup>. Por el contrario, muchas de las actuales condiciones indican la posibilidad de esa repetición.”

Hubiera sido absurdo negar los riesgos que esta táctica implicaba. “Sin embargo, ¿nuestro ingreso a la SFIO no implica el peligro de que caigamos en la adaptación oportunista y en la degeneración? Sin duda. Pero sería ingenuo creer que podemos escapar de este peligro por medio del autoaislamiento.” Las tendencias de adaptación a la burocracia y su reverso, las actitudes sectarias que alejan a los marxistas del movimiento, inevitablemente acechan a quienes intervienen en la realidad viva de la lucha de clases. Los gigantescos aparatos de los grandes sindicatos y partidos obreros, al igual que las instituciones de la democracia burguesa, utilizan la política del palo y la zanahoria, recurriendo a la represión y las expulsiones, pero también al intento de asimilación política. A su vez, las múltiples deserciones en la defensa de los intereses de la clase por parte de los dirigentes reformistas, siembran no sólo el desencanto y la pasividad. Algunos sectores responden al amargo sentimiento de frustración que genera esta actuación con una acusación de traición que incluye tanto a la cúpula como a la base de las organizaciones de masas. La obligación de una dirección revolucionaria no es buscar la forma de evitar estas dificultades eludiendo la actividad práctica en los sindicatos y en los partidos de masas. Este enfoque, llevado a su extremo, alimenta posiciones meramente contemplativas y desembocan en el estancamiento.

Había que contar con la existencia de las tendencias oportunistas y sectarias, con la presión real que ejercían sobre los militantes de la Liga, y preparar así, de forma consciente, a la organización para resistirlas. Todo ello, ponía de relieve un aspecto central: los bolcheviques-leninistas no podía renunciar a su independencia política y organizativa. Era indispensable garantizar su derecho a existir como fracción y la publicación de su propio órgano de expresión, ambas condiciones posibles en la SFIO.

Otro riesgo previsible era que la misma dirección socialdemócrata, que en un primer momento admitía la entrada de los marxistas considerando poca peligrosa su actuación, cambiara de opinión ante sus avances y recurriera a las expulsiones. “Hay factores más importantes que pueden volverse en contra de nosotros. Puede cambiar la situación dentro y alrededor de la SFIO. La burocracia puede plantear firmemente librarse de nosotros. Pero incluso si eso ocurriera mañana, ya podríamos registrar considerables ganancias: la Liga se orientó hacia las masas, quedaron al desnudo los prejuicios de un sectarismo autocomplaciente y estéril, se estableció contacto con los mejores elementos socialistas, nuestras publicaciones aumentaron su circulación en cantidad sin precedentes y penetraron en círculos enteramente nuevos. Más aun, dentro del socialismo nuestros jóvenes tuvieron por primera vez la oportunidad de acercarse a los estalinistas para discutir con ellos ‘como camarada’.”

---

<sup>157</sup> El Partido Comunista Francés se formó en 1920 cuando, en el Congreso de Tours, los elementos más radicales del Partido Socialista decidieron abandonarlo.

Por otra parte, el método con el que los bolcheviques-leninistas debían dirigirse a los líderes de las organizaciones en las que se realizaba este trabajo político, no era un aspecto secundario. “En lo referente a la crítica de la dirección centrista, es muy importante tener en cuenta lo siguiente: la crítica no debe diluirse a cuestiones secundarias que sólo sirven para fastidiar a la militancia socialista, sino que debe concentrarse en cuestiones importantes, elegidas cuidadosamente. Existe el peligro de que en las reuniones nuestros camaradas respondan a las banalidades y perogrulladas centristas con burla y desprecio. (...) Por eso, es indispensable emplear mucha paciencia y un tono tranquilo y fraternal.”<sup>158</sup> No se trataba de dar a los obreros socialistas “discursos desde arriba, como eruditos especialistas en estrategia, sino de aprender marchando hombro a hombro con los obreros avanzados, en base a la experiencia real de las masas, que inevitablemente conducirá al proletariado francés a la senda de la lucha revolucionaria.”

Trotsky, que rechazaba el método estalinista de establecer una plantilla que debía ser aplicada mecánicamente por todas las secciones de la Internacional al margen de las condiciones específicas de cada país, insistía en que no se trataba “de proceder de la misma manera en situaciones diferentes sino de aprender a actuar adecuadamente en cada situación nacional e incluso local. Cada sección tiene que estudiar todas las organizaciones, grupos y sectores del proletariado para comprender cómo intervenir a tiempo y propagar nuestras ideas utilizando medios realistas.” En su opinión, tanto en la SFIO como en el PSOE existían unas condiciones extraordinariamente favorables para poner en práctica la nueva táctica. Muchos no estuvieron de acuerdo con esta consideración. En Francia, algunos dirigentes como Pierre Naville, se opusieron vigorosamente, lo cual no impidió que la sección entrara en las SFIO<sup>159</sup> y desarrollara un trabajo que se consideró todo un éxito a pesar de su breve duración. En el Estado español, quienes se oponían al entrismo constituyeron la mayoría de la dirección de la ICE.

La reunión del Comité Central de la ICE celebrada el 15 de septiembre de 1934, aprobó por unanimidad su oposición al denominado “giro francés” (el trabajo en el movimiento socialista). La edición de *Comunismo* del mes siguiente lo explicaba con meridiana claridad: “La realización en Francia del frente único, limitado a los comunistas y socialistas y dejando fuera a nuestra sección francesa, ha conducido a algunos de nuestros camaradas, entre los que se encuentra nuestro jefe político, a considerar que la táctica a seguir, teniendo en cuenta las ilusiones creadas por el pacto de los socialistas y los estalinistas, es entrar como fracción, con su propio órgano, en el partido socialista francés. Los defensores de esta solución creen poder llegar así a influenciar de forma más eficaz a las masas trabajadoras. La reunión de nuestro comité central ampliado ha adoptado una resolución que define la posición española sobre este problema. Conociendo el punto de vista de la inmensa mayoría sino de la totalidad de nuestra organización, podemos anunciar por adelantado que es absolutamente opuesto al que defiende, con más firmeza que nunca y su pasión de siempre, nuestro camarada Trotsky. Las corrientes favorables a la unidad de acción que se han creado en ciertos países, como consecuencia de la acción nefasta del estalinismo, no pueden de ninguna manera conducirnos a una confusión organizativa. La garantía del futuro reside en el frente

---

<sup>158</sup> León Trotsky, *Cómo trabajar en el PS*, 9 de marzo de 1936.

<sup>159</sup> En el mes de agosto tuvo lugar la III Conferencia de la Liga francesa donde 66 delegados contra 41 se pronunciaron a favor de la entrada en la SFIO.

único, pero también en la independencia de la organización de la vanguardia proletaria. En ningún caso podemos, por una ganancia circunstancial, fundirnos en un conglomerado amorfo, abocado a romperse al primer contacto con la realidad. Por triste y penoso que sea, estamos resueltos a permanecer sobre las posiciones de principio que nos ha enseñado nuestro jefe, incluso con el riesgo de tener que hacer, separados de él, una parte del camino que conduce a la victoria.”<sup>160</sup>

Por su parte, Trotsky no se mostró menos contundente y claro que sus camaradas españoles. “Y he aquí el punto significativo: los camaradas españoles han declarado abiertamente su hostilidad al giro francés. Esto confirma, una vez más, que la ‘intransigencia’ en estas cuestiones no es otra cosa que una máscara tras la cual se ocultan la pasividad puramente periodística y propagandística. En lo que a nosotros concierne, seguiremos repitiendo: el mayor error perpetrado por sección alguna, es el cometido por la sección española al no adherirse al Partido Socialista cuando comenzaba la preparación para la lucha armada.”<sup>161</sup>

Mientras todas estas polémicas se desarrollaban entre el verano y el otoño de 1934, la lucha de clases, la radicalización entre las masas y la crisis de la socialdemocracia seguía su curso. De hecho, el debate sobre la derrota de Octubre del 34, recrudeció aún más el enfrentamiento en el interior del PSOE. El balance del movimiento insurreccional que realizó la izquierda socialista, especialmente las Juventudes, hacía recaer la responsabilidad de la derrota en Prieto. La verdad era que tanto Prieto como Caballero eran los máximos responsables del fracaso. Ambos ocupaban los puestos más destacados en el organigrama de responsables creado para dirigir el levantamiento antifascista: Caballero asumió la responsabilidad política de la insurrección y Prieto la organización militar y la captación del apoyo de la oficialidad militar. Incluso, se puede considerar que, sobre los hombros del dirigente de la izquierda socialista, recaía una responsabilidad aún mayor, por permitir que un dirigente del ala de derechas de su partido ocupara posiciones tan decisivas.

Los errores cometidos por Largo Caballero durante la insurrección, se convirtieron en una herramienta en manos del sector prietista para golpear a la izquierda. Prieto no dudó en acusar a Caballero de la pasividad de la dirección del partido en aquellas jornadas trascendentales. A pesar de que en Madrid se encontraba el Comité Nacional Revolucionario, liderado por Caballero, los dirigentes abandonaron a los insurrectos a su suerte. En la capital la huelga general se declaró en la noche del 4 al 5 de octubre y se prolongó durante ocho días con un gran seguimiento, produciéndose a su vez concentraciones de obreros en las casas del pueblo, la Puerta del Sol y en las inmediaciones de los cuarteles. Los manifestantes esperaron en vano los planes, las consignas y el armamento imprescindibles para triunfar, y, en semejantes condiciones de orfandad política, languideció en unos cuantos días. La actuación de Caballero, reflejaba a la perfección uno de los rasgos más característicos del centrismo, su indecisión o, más bien, su falta de congruencia en el terreno práctico. Por eso, Trotsky insistía en que los marxistas debían llevar sus debates con los centristas al “terreno de las conclusiones prácticas (...) Antes de aceptar la charla centrista sobre la ‘dictadura del proletariado’, tenemos que exigir la defensa seria contra el fascismo, la ruptura total con la burguesía, la construcción sistemática de las milicias obreras, su entrenamiento en un espíritu militante, la creación de centros de defensa interpartidarios que sean

---

<sup>160</sup> Pierre Broué, *La revolución española (1930-1936)*, p. 300.

<sup>161</sup> León Trotsky, *Una vez más acerca de nuestro giro*, 15 de diciembre de 1934

cuarteles antifascistas (...) Precisamente en este plano debe librarse la principal lucha contra el centrismo.”<sup>162</sup>

La audacia y hostilidad mostradas por la derecha prietista, lejos de amedrentar a las JJSS, las empujó aún más hacia la izquierda. Fiel reflejo de esta situación, fue la publicación del documento *Octubre, segunda etapa* firmado por la Federación Nacional de Juventudes Socialistas, a principios del año 1935. En dicho texto, los jóvenes dirigentes socialistas extraían toda una serie de conclusiones políticas, algunas de ellas confusas, pero claramente orientadas en sentido revolucionario. Especialmente relevante era la posición respecto al Frente Popular, es decir, la colaboración de clases defendida por el estalinismo, rechazada por los jóvenes socialistas de forma tajante. En el apartado titulado *Contra la alianza de los republicanos* se aborda la táctica electoral. “Se habla de la posibilidad de una lucha electoral. De diversos sectores políticos ha partido la consigna de unir a las fuerzas de los partidos obreros con las de los republicanos que representan a la pequeña burguesía. A este conglomerado, los comunistas, que son quienes primero han publicado la consigna, lo denominan ‘Bloque popular antifascista’. No hemos de caer en el ‘blanquismo’ al criticar la posición de los comunistas. Estamos de acuerdo con Lenin en que la clase obrera no debe temer los compromisos políticos en circunstancias en las cuales pueden favorecerla. ¿Pero son esas circunstancias precisamente las actuales? Nosotros creemos que no. La clase obrera no se halla tan maltrecha que se vea obligada a servirse tan estrechamente de la pequeña burguesía por salir a flote. Muy al contrario; tras las jornadas de octubre, sus organizaciones y su Partido siguen en pie, más fuertes, con más prestigio revolucionario, dispuestos a tomar la ofensiva con grandes probabilidades de éxito en cuanto se presentara, por ejemplo, la perspectiva de una contienda electoral. ¿Qué ha sucedido para que el Partido Comunista lance una consigna tan inoportuna? (...)”

“En el año 1930, por hallarse al margen de los acontecimientos, no participó en la alianza revolucionaria de los socialistas y republicanos, y su partido en nuestro país quedó tan rezagado que luego le ha sido muy difícil levantar la cabeza. Para que ahora no suceda igual, los comunistas se adelantan a publicar la consigna, y de esta forma suponen ellos que si llegara el momento de la coalición tendrían derecho a ocupar su puesto en ella. Esa consigna hallará en el seno de nuestro Partido unos defensores: los centristas. Es preciso que todos los militantes estén prestos a impedir que triunfe. El centrismo intentaría en tal ocasión dar la batalla a la fracción revolucionaria y convertirse en el eje del Partido.”<sup>163</sup>

En la posición de la JJSS respecto a las Internacionales se reflejaba con mayor claridad el carácter aún inacabado de su evolución política que, todavía, estaba por definir. Respecto a la Internacional Socialista los dirigentes son concluyentes, han roto totalmente con el reformismo: “Las juventudes, ya fuera de la II Internacional, tienen que impulsar al Partido por el mismo camino.”<sup>164</sup> Consecuentemente, se formularon la siguiente pregunta: “Cuando el Partido Socialista abandone la Segunda Internacional ¿cuál va a ser su actitud? ¿Va a quedarse al margen del proletariado de los demás países, aislado entre el Cantábrico, los Pirineos, el Mediterráneo y Portugal? ¿Podemos luchar eficazmente contra la burguesía en el terreno nacional, desentendiéndonos de lo

---

<sup>162</sup> León Trotsky, *El centrismo y la Cuarta Internacional*, 22 de febrero de 1934.

<sup>163</sup> *Octubre, segunda etapa*, Texto incluido en la revista *Marxismo Hoy* nº 3, FUNDACIÓN FEDERICO ENGELS, Madrid, 1996, pp. 68-69.

<sup>164</sup> *Ibid.*, p. 69.

que pasa en el resto del mundo? No hará falta demostrar que la revolución en un solo país, máxime si éste tiene las condiciones económicas y geográficas de España, no puede llevarse a sus últimas consecuencias. La URSS, que en este aspecto está en condiciones muy superiores a las nuestras, lucha contra los grandes inconvenientes que provienen de su aislamiento.”<sup>165</sup> Observamos aquí, más o menos nítidamente, otra diferencia crucial con el estalinismo, el rechazo de la teoría del socialismo en un solo país.

Sentado el objetivo de formar parte de una organización internacional, pasan a posicionarse respecto a la IV propuesta por la LCI. Si bien, rechazan esta posibilidad y mostraban su desconocimiento sobre la táctica planteada por los bolcheviques-leninistas para levantar la IV Internacional, a la vez quedaba reflejado el respeto político hacia el viejo dirigente bolchevique que había organizado la resistencia frente a la degeneración burocrática del PCUS y el Estado soviético. “A raíz de la derrota del proletariado alemán, Trotsky lanzó su consigna para la fundación de la Cuarta Internacional. El célebre revolucionario había examinado la situación alemana y había llegado a la conclusión de que sólo con la unidad de la socialdemocracia y el Partido Comunista podría cerrarse el paso al fascismo. No cabe negar a Trotsky, en este aspecto, una visión clarividente. (...) Las recomendaciones de Trotsky no tuvieron ninguna eficacia. Dieron la vuelta al mundo, pero allí donde debían ser atendidas no se les prestó ningún interés. La personalidad de Trotsky no era la más indicada para conseguir una conciliación. Trotsky creyó hallar en la desunión del proletariado alemán, y en su consecuencia en el advenimiento del fascismo, una gran posibilidad histórica de crear y fomentar un partido que siguiera sus inspiraciones. Deducía, certeramente, que en el seno del proletariado internacional se produciría, tras la experiencia alemana, un movimiento de unidad arrollador. Pero cuando erraba era al suponer que tanto la Tercera Internacional como los partidos de la Segunda no iban a ser capaces de acomodarse a los nuevos deseos del proletariado. Y partiendo de este supuesto falso, Trotsky llegaba a la conclusión de que la clase obrera, disgustada con ambas Internacionales, buscaría la unidad por nuevos derroteros, cuyo cauce podría ser muy bien el que le ofreciese una Cuarta Internacional. Desde el momento que la Tercera renunció, aleccionada por los hechos, a seguir manteniendo la teoría del socialfascismo, sus consignas de unidad por la base y propuso la unidad en la dirección de los partidos socialistas, sin tener en cuenta si su actuación era revolucionaria o reformista, los fundamentos que pudieron ser base de la Cuarta Internacional se esfumaron. Ni Trotsky ha vuelto a ocuparse de su consigna, tras el viraje de la Internacional de Moscú, sino de una manera explícita y pública; tácitamente ha renunciado a ella. Está claro, pues, que la Cuarta no es la Internacional del Partido ni de las Juventudes Socialistas de España.”<sup>166</sup>

Es importante destacar que este rechazo a la táctica de construir la Cuarta Internacional por parte de las JJSS se basaba en la perspectiva de que saldrían victoriosos en la batalla interna que en ese mismo momento libraban dentro del movimiento socialista, convirtiendo finalmente al PSOE en el “partido bolchevique” del Estado español. Y, también, en que la rectificación de la política sectaria del socialfascismo por parte de la IC anunciaba una rectificación completa en lo que consideraban “la dictadura del Comité ejecutivo”. De haberse materializado estas perspectivas, que Trotsky descartaba, efectivamente las cosas habrían sido muy distintas.

---

<sup>165</sup> *Ibid.*, p. 70.

<sup>166</sup> *Ibid.*, pp. 70-71

La posición expresada por las JJSS respecto a la Internacional Comunista, daba fe no sólo de la agitación política que las sacudía, sino de la profundidad de su intento de abrazar una alternativa genuinamente bolchevique. Descartadas la II y la IV Internacional, los jóvenes dirigentes socialistas no pretenden echarse en brazos de Moscú. “¿Qué nos separa, en cambio, de la Tercera Internacional? Ya hemos dicho que en el año 1921 nos separaron las ‘veintiún condiciones’. Ahora, fundamentalmente, nos separan los estatutos elaborados en el Congreso de 1928. En ellos se consagra la dictadura del Comité ejecutivo de la Internacional. Se difumina, hasta hacerla desaparecer, la democracia en el seno de los partidos obreros. (...) en la actual estructura de la IC no queda ni el más leve resquicio para la democracia interna (...) ¿Es que el Partido y las Juventudes Socialistas de España, aunque acepten el programa, pueden estar en una Internacional en la cual todas las inspiraciones vienen de arriba; con un comité ejecutivo que no sólo marca las directrices políticas de la organización, sino que puede expulsar por cuenta propia a los militantes sin escuchar la opinión de las masas, incluso desatendiéndola; que puede modificar los acuerdos de los Congresos, en los cuales está representado el sentir de todos o la gran mayoría de los afiliados? ¿Pueden todos los militantes socialistas, desde el primero al último, resignarse a perder la facultad de autodirigirse y de ejercer la crítica proletaria que tan beneficiosa es para el movimiento? Resueltamente no.” Tras esta dura crítica, defendían la perspectiva de que la IC corregiría sus errores. “Sin embargo, nosotros no perdemos la esperanza de que la Tercera Internacional reforme sus estatutos. Lo mismo que ha rectificado en otros aspectos, tendrá que rectificar en éste. La lección de los hechos la obligará a ello. Los comunistas pretenden infantilmente que la Tercera Internacional no ha rectificado. Sin embargo, aun los obreros menos cultos han podido advertir el viraje.”<sup>167</sup>

La opinión de Trotsky respecto al giro de la IC era bien distinta a la de los jóvenes dirigentes socialistas. El abandono de la teoría del socialfascismo no era un retorno a la política del frente único leninista, sino un viraje burocrático determinado por la política exterior de Moscú, que tras el ascenso de Hitler, se enfrentaba a la posibilidad de una invasión nazi. Stalin dio por liquidada su táctica sectaria respecto a la socialdemocracia, dando un salto abrupto desde el sectarismo hacia el oportunismo. Los llamados a la unidad socialista-comunista rápidamente se transformaron en el intento de consolidar una alianza con la llamada burguesía democrática, lo cual situaba a la nueva política de la Comintern, una vez más, en las antípodas de Lenin. El frente único bolchevique perseguía precisamente lo contrario. El objetivo era desenmascarar, a través de una política de independencia de clase, el programa de las direcciones socialdemócratas ante sus propias bases, no sumarse a la tradicional política menchevique de colaboración entre las clases. Su política, encabezada por la consigna *golpear juntos y marchar separados*, permitía a las fuerzas revolucionarias participar en un movimiento amplio y unitario de la clase obrera sin renunciar a sus principios y la defensa un programa revolucionario. El VII congreso de la Internacional Comunista, celebrado en el verano de 1935, aprobó y generalizó la táctica frentepopulista iniciada en Francia, es decir, alianzas interclasistas que no ponían en cuestión las bases del sistema capitalista. Fue un capítulo decisivo en la historia de la IC estalinizada, que escribió su epílogo años después, el 15 de mayo de 1943, cuando el Presidium del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista decidió disolver la Internacional.

---

<sup>167</sup> *Ibid.*, p. 72.

Conscientes de que la batalla que se desarrollaba tanto en el interior del partido como en la lucha de clases, se acercaba a sus horas decisivas, otra de las conclusiones de las JJSS fue la necesidad de bolchevizar su organización. “Hoy es ya una necesidad reconocida por todos la de la depuración revolucionaria del Partido Socialista; lo que nosotros denominamos su ‘bolchevización’.”<sup>168</sup> En busca de ayuda para esta tarea, llamaron tanto a la ICE como al BOC a entrar en sus filas. “Un congreso regional de las JJSS de Castilla se definió por la afiliación a la IV Internacional. *Renovación*, el órgano de las juventudes de Madrid, llamaba semana tras semana a los trotskistas: ‘los mejores teóricos y revolucionarios de España’, y les invitaba a entrar en sus filas para precipitar la bolchevización.”<sup>169</sup> También se habían iniciado discusiones y contactos con las Juventudes Comunistas<sup>170</sup>, pero, en este caso, a iniciativa de los jóvenes del PC oficial.

### La ICE y el BOC rechazan “bolchevizar” las JJSS

La orientación de destacados dirigentes de las JJSS hacia la ICE venía de tiempo atrás. En los últimos meses de 1933, Federico Melchor, miembro del Comité de Redacción de *Renovación*, escribió tres artículos en los que daba su opinión sobre la propuesta de fundar una Cuarta Internacional. En ellos, lejos de referirse con hostilidad a la propuesta de la LCI, afirmaba que se trataba de un proyecto inviable. Consideraba que la táctica más adecuada era actuar en el movimiento socialista como habían hecho los trotskistas dentro de los partidos comunistas hasta su ruptura con la IC. “Obrando como hasta ahora, como ha obrado el trotskismo en la Internacional Comunista, se conseguirá desbancar las desviaciones del marxismo. Si de alguien podíamos tomar ejemplo para esta posición, en nadie mejor que León Trotsky.”<sup>171</sup> Esta simpatía hacia el dirigente de los opositores se basaba en lo que Melchor consideraba importantes coincidencias ideológicas. Un mes antes, escribía al respecto: “Los puntos principales de lucha contra el fascismo, conquista revolucionaria del poder político para el proletariado, inminencia de la revolución, necesidad de anular el reformismo, democracia interna del Partido, están recogidos plenamente en las últimas declaraciones del presidente de la Ejecutiva de nuestro Partido, Largo Caballero. Y si las fracciones que pretenden agruparse en la IV Internacional han de desenvolverse sobre esas declaraciones, desempeñarían su papel influyendo dentro de las Internacionales.”<sup>172</sup> La trilogía de artículos acababa explicando que a pesar de las diferencias sobre la viabilidad de la IV Internacional, éstas no eran determinantes, invitando a la ICE a una actividad conjunta con las JJSS. “Pretenden los camaradas de la Izquierda Comunista rehacer el movimiento obrero con

---

<sup>168</sup> *Ibid.*, p. 63.

<sup>169</sup> Ramón Molina, *Polémica Maurín Carrillo*, Calamus Scriptorius, Barcelona, 1978, p. 25.

<sup>170</sup> Los días 26 y 30 de julio de 1934, por iniciativa de la Unión de Juventudes Comunistas (UJC), se reunieron las delegaciones de la UJC, con Trifón Medrano, Jesús Rozado y Fernando Claudín, y de las JJSS, representadas por Santiago Carrillo, Serrano Poncela y José Lain, para discutir la posibilidad de realizar acciones conjuntas. Se discutió sobre el carácter de la revolución española y la actividad huelguística creciente que se estaba desarrollando en el país y la necesidad de participar en ese movimiento. Surgió también el debate sobre el Frente Único, las Alianzas Obreras y la creación de soviets, sin llegar a ningún acuerdo. Pero, a pesar de este fracaso inicial, la importancia de estos encuentros radicaba en que se había iniciado un proceso de acercamiento de las juventudes estalinistas a las JJSS, que avanzó hacia la unificación definitiva de ambas organizaciones en 1936.

<sup>171</sup> Federico Melchor, “La IV Internacional”, en *Renovación* 11 de noviembre de 1933. Citado en Pelai Pagès, *El movimiento trotskista en España (1930-1935)*, p. 255.

<sup>172</sup> *Ibid.*, p. 255.

la IV Internacional. No nos enfrentaremos a tal propósito. Por el contrario, si hallásemos posibilidades de cooperación, en ello iría nuestro esfuerzo.”<sup>173</sup>

Si esto ocurría en el otoño de 1933, en el de 1934, varios dirigentes de la ICE publicaron artículos en *Leviatán*, la revista teórica de la izquierda socialista dirigida por Luis Araquistáin. A pesar de la rudeza del método y el carácter negativo de las críticas vertidas contra el ala de izquierdas del PSOE, que la ICE hacía públicos en *Comunismo*, en el verano de 1934 las JJSS insistían en su invitación: “Si trotskistas y bloquistas, que desde fuera nos dirigen reproches, vinieran a nuestro campo a dar la batalla a la fracción reformista, los frutos serían más rápidos.”<sup>174</sup>

Entre finales de ese año y principios del siguiente hubo un intercambio de cartas entre las JJSS y la ICE, muy útiles para comprender la actitud de cada quién en esta cuestión. En primer lugar, queda claro que la iniciativa de la unidad partió de las JJSS. Por otra parte, y no es un aspecto secundario, se prueba también que quienes se encontraban al frente de las juventudes rechazaban, en aquellos momentos, la persecución de los estalinistas contra los trotskistas. Es importante resaltar que se trataba de una posición política que la dirección del BOC había sido incapaz de asumir en sus primeros años de existencia. Es más, como veremos más adelante, esta actitud laxa y contemplativa frente a las agresiones estalinistas contra la izquierda comunista se mantuvo por parte de importantes sectores incluso tras su integración en el POUM. A ello, hay que sumar que, al menos desde el punto de vista de la ICE, el dominio de la teoría marxista, la experiencia, y, por tanto, la madurez política estaban de su parte, y, no de la de los inexpertos jóvenes socialistas. Parecería lógico que, en semejantes circunstancias, fuera razonable aceptar como algo natural y, hasta cierto punto, inevitable, que las JJSS expresaran ideas confusas y cometieran errores, después de todo, aún no eran marxistas.<sup>175</sup> Si hubieran seguido la línea de Lenin, los dirigentes de la ICE habrían mostrado una actitud intransigente en la defensa de las ideas y los principios, y paciente y pedagógica en el lo que se refiere al método. Nunca las opciones para que las fuerzas del marxismo dieran un salto de gigante se habían presentado de forma tan excepcional como en aquellos momentos.

Es importante además, no olvidar que las organizaciones socialistas eran las que contaban con mayor audiencia entre la izquierda. Millones de jóvenes y trabajadores seguían con atención las posiciones políticas de Caballero y Araquistáin. Ya comentamos que las JJSS contaban con alrededor de 20.000 afiliados, y el PSOE afirmaba contar con 1.119 agrupaciones en 1932, en las que se encuadraban cerca 80.000 afiliados. Además, estaba el sindicato socialista, la UGT, que en ese mismo año registraba 5.107 secciones que agrupaban a 1.054.559 afiliados, de los que 400.000 pertenecían a la Federación Nacional de Trabajadores de la Tierra. Por su parte, la ICE en 1932 declaraba tener 1.000 militantes.

---

<sup>173</sup> *Ibid.*, p. 255.

<sup>174</sup> Cita de *Renovación* de agosto de 1934 recogida en el libro de Ricard Viñas, *La formación de las Juventudes Socialistas Unificadas (1934-1936)*, Siglo XXI, Madrid, 1978, p. 15.

<sup>175</sup> Trotsky no se cansaba de explicar: “Para un militante carente de preparación política, resulta difícil elevarse al nivel de nuestra crítica; en ese caso, la ironía (por merecida que sea) podría perturbar y exasperar a la base y despertar sus sospechas. Los dirigentes centristas aprovecharían la oportunidad para dirigir dichos sentimientos en contra nuestra. Por eso es indispensable emplear mucha paciencia y un tono tranquilo y fraternal.” León Trotsky, *Cómo trabajar en el PS*, 9 de marzo de 1936.

No se trata, desde luego, de utilizar los censos de afiliados como argumento político. Los bolcheviques era un escasa minoría en los sóviets en febrero de 1917, y ello no quería decir que mencheviques y socialrevolucionarios, temporalmente *dueños* de la mayoría, tuvieran la *verdad* revolucionaria de su parte. Sin embargo, tener la razón de su parte, no eximió a Lenin de utilizar un determinado método para dirigirse a las grandes masas de la clase obrera. “Todo el mundo conoce el enorme papel que jugó en Rusia la consigna ‘¡Abajo los diez ministros capitalistas!’ durante la coalición de los socialistas con los conciliadores y los liberales. Las masas aún tenían confianza en los socialistas conciliadores, pero incluso las masas más confiadas tienen siempre una instintiva desconfianza a los burgueses, los explotadores, los capitalistas. La táctica de los bolcheviques reposó sobre este hecho durante todo un periodo. No decíamos ‘¡Abajo los ministros socialistas!’ ni siquiera ‘¡Abajo el gobierno provisional!’ Por el contrario, remachábamos continuamente en el mismo clavo: ‘¡Abajo los diez ministros capitalistas!’ Esta consigna jugó un papel capital, ya que permitió a las masas convencerse de que los socialistas conciliadores tenían más apego a los ministros capitalistas que a las masas obreras.”<sup>176</sup>

La conocida intransigencia de Lenin en lo que se refería a los principios del marxismo, lejos de contradecirse, se fusionó con su método flexible para atraer a las masas hacia el programa de la revolución proletaria, proporcionando a los bolcheviques una extraordinaria ventaja. Sin embargo, la “intransigencia” verbal, es decir ultraizquierdista, de los dirigentes de la ICE para unirse con los sectores más honestos y políticamente más avanzados de la militancia socialista y atraerlos a la política marxista, no impidió, meses después, su firma de un pacto electoral con organizaciones burguesas cuando se vieron convertidos en dirigentes del POUM. Como Lenin insistía, el ultraizquierdismo y el oportunismo son las dos caras de una misma moneda.

En los primeros días de enero de 1935, el secretario general de las JJSS se dirigió al Comité de la Izquierda Juvenil Comunista, expresando su “desagradable sorpresa”<sup>177</sup> por la respuesta que había recibido de la ICE a su invitación de unidad de acción; recordaba además como su organización se había opuesto a la campaña de exclusión contra los comunistas de izquierdas que los estalinistas intentaron imponer. “No desconocéis, como nosotros, que en las fechas que precedieron a octubre defendimos vuestro derecho de fracción del proletariado a estar en los organismos de unidad de acción, contra el criterio de la Unión de Juventudes Comunistas, que os motejaban de traidores.” Los ataques sectarios y el desprecio que la ICE manifestó en reiteradas ocasiones hacia las JJSS y la izquierda caballerista, finalmente pasó factura. De una forma muy desafortunada, la carta de los jóvenes socialistas estaba llena de expresiones en el mismo el tono con el que la ICE se había expresado con anterioridad, llenándose de reproches: “Cuando se ha pretendido contra vosotros un atropello, hemos salido al paso, sin tener en cuenta que vuestra insignificancia numérica y vuestra reducidísima y esquilpada esfera de influencia no podía compensarnos el esfuerzo.” Refiriéndose al método de la ICE, denunciaba que el lenguaje empleado “en vuestra carta sería propio de traidores”, llegando a la conclusión de que ello se debía a que los miembros de la Izquierda Comunista hacían extensiva a las JJSS sus consideraciones hacia “las organizaciones de la III internacional” porque los jóvenes socialistas mantenían contactos con las juventudes del PCE. A su vez, decía no extrañarse de dicha actitud

---

<sup>176</sup> León Trotsky, “Por la ruptura de la coalición con la burguesía”, 24 de junio de 1931. Citado en Pierre Broué, *La revolución española (1930-1936)*, Volumen I, Editorial Fontanella, Barcelona 1977, p. 173.

<sup>177</sup> Incluida en este libro.

teniendo “en cuenta que a pesar de ser la fracción trotskista española, se observa en vosotros, desde hace algún tiempo, un alejamiento político de las tesis de Trotsky.” Para finalizar, daba “por interrumpida” su “relación de amistad” con la ICE “mientras no sean rectificadas las injurias”.

La respuesta a la carta de las JJSS no llegó hasta tres meses después, en abril de 1935, lo cual obligaba a la ICE a iniciar su argumentación con algo parecido a una disculpa: “Vuestra carta de enero último nos ha llegado con un retraso verdaderamente inexplicable. Nos interesa señalarlo doblemente: ésta es la causa que nos ha impedido responderos antes. Lo peor que podría pasarnos sería que interpretaseis este silencio como un desdén hacia vosotros.”<sup>178</sup> Respecto al reproche del lenguaje y las acusaciones, negado en un primer momento, inmediatamente después pareciera reconocerse, si bien este asunto, considerado vital por la dirección de las JJSS para un posible reestablecimiento de las relaciones, no queda claro. “Leed atentamente nuestra carta precedente, podréis daros cuenta de que en ella no hay más que una breve exposición de nuestro pensamiento político actual. Por otra parte, admitiendo que se hayan deslizado algunos adjetivos desagradables, queda la conclusión, en la que pedimos un acercamiento de nuestras relaciones, lo que es suficiente para borrar toda ofensa. Jamás estuvo en nuestro ánimo utilizar el lenguaje de los ‘traidores’ (...)” Lo cierto era que desde enero de 1934, la revista *Comunismo*, como hemos referido anteriormente, explicaba en sus artículos el giro a la izquierda de un sector de la dirección del PS como una maniobra, llegando a afirmarse que el “ala de izquierdas del socialismo” era “acaudillada por burócratas expertos”, desparramándose calificativos incluso más duros e hirientes para la militancia socialista. En cualquier caso, el lenguaje reflejaba la ausencia de un método correcto, y éste a su vez la incompreensión del fenómeno que se estaba desarrollando en la base socialista y de su alcance histórico.

Respecto a la posible separación política entre la ICE y Trotsky, se respondió: “En vuestra carta hay otra exageración que no podemos dejar de resaltar: se trata de la alusión a nuestras relaciones políticas con el camarada Trotsky. No se llenaría el Mediterráneo con los desacuerdos que han surgido sobre tal o cual problema entre nosotros y nuestro querido camarada Trotsky... Es absolutamente normal que así sea, en la medida en que nuestra organización no es una Iglesia (católica o estalinista) con un papa y fieles, unidos por una extensa gama de jerarquías secundarias y concilios periódicos para excomulgar a los herejes. Además de Trotsky, el camarada que más prestigio y autoridad tiene entre nosotros, hay una dirección internacional que determina la política de la LCI. Pero, a fin de cuentas, las divergencias siempre se han regulado en el marco de una discusión amplia y abierta, y siempre hemos caminado de acuerdo. Ésta es la realidad.” Y de esta forma finaliza la respuesta. Sin entrar en los posibles errores o rudeza de las JJSS, o, incluso, en que se tratara “de una falsa interpretación” tal y como argumentaban los representantes de la Izquierda Comunista, el contenido político de esta última carta poco tenía que ver con los temas concretos que en ella se trataban. Los dirigentes de la ICE habían decidido ya que sus fuerzas y las del BOC eran suficientes para proveer al proletariado de la herramienta política que necesitaba para la toma del poder. Si esta respuesta estaba redactada en abril, las reuniones para la formación de un nuevo partido de unificación marxista se habían iniciado meses atrás, en enero. “Así, aproximadamente, de abril a septiembre de 1935 tiene lugar el período de discusión de la plataforma política del nuevo partido.”<sup>179</sup>

---

<sup>178</sup> Incluida también en este libro.

<sup>179</sup> Pelai Pagès, *Andreu Nin: su evolución política (1911-1937)*, p. 185.

En paralelo al proceso de unificación entre la ICE y el BOC, durante el verano de 1935, se produjo una polémica pública en *La Batalla*<sup>180</sup> entre los máximos responsables políticos de las JJSS y el BOC, Santiago Carrillo y Joaquín Maurín, en torno a la invitación a entrar en las filas socialistas para bolchevizar las JJSS y el PS. Aunque en realidad se trataba ya de un diálogo en el que, al menos, una de las dos partes había perdido todo interés —en el momento en que Maurín escribía su última respuesta a Carrillo el POUM ya era una realidad— no deja de ser ilustrativo detenerse en el contenido de estos materiales. Es una de las grandes ventajas de las controversias en las que los protagonistas se ven obligados a descender de lo abstracto a lo concreto, de la especulación al compromiso con una posición definida.

Al igual que Nin, Maurín mantenía una actitud de escepticismo ante la radicalización de la izquierda socialista, dando por segura la imposibilidad de que el PS se bolchevizara. El líder de los jóvenes comunistas, no compartía esta idea: “Y ¿por qué no hemos de conseguir la bolchevización del Partido Socialista? He aquí un error que yo considero fundamental en el trabajo del camarada Maurín. Se trata de una visión fatalista que no tiene parentesco fácil con el marxismo. (...) Es indudable que la vanguardia izquierdista tiene a su favor la circunstancia de que nuestras masas, por las luchas constantes que han librado, no saben del adocenamiento que tenía ganadas, por ejemplo, a las de la socialdemocracia alemana. Son masas dotadas de una moral luchadora, de un espíritu de rebeldía, de una innegable capacidad de sacrificio, y con ellas se puede ir, indiscutiblemente, a la depuración revolucionaria del Partido Socialista.” Carrillo, a pesar de no compartir la perspectiva de Maurín, estuvo dispuesto a admitirla como hipótesis, llegando a la conclusión de que incluso en ese caso, no habría más que beneficios para el BOC. “Por ahora, imaginemos amigo Maurín, que la victoria del centrismo y del reformismo en nuestro Partido sobreviniera irremediamente, a pesar del ingreso del Bloque, por ejemplo. Que la eliminación no se hiciera en nuestro seno abriendo la puerta a la derecha, sino a la izquierda. ¿Qué perderíais vosotros? Al salir tendríais más prestigio que cuando entrasteis; mucho más. Podríais hacer ver a las masas obreras vuestra buena voluntad de unificar al proletariado, demostrada por los hechos y no con consignas que no se cumplen. Habríais ganado terreno entre las masas socialistas, yendo hacia ellas, educándolas, e incluso atrayéndolas en vuestra salida.” Una de las objeciones de Maurín, que consideraba utópica la posibilidad de que “partidos marxistas existentes ingresen globalmente en otro”, fue contestada por Santiago Carrillo tras la fundación del POUM. “La realidad ha venido a destruir también, esta afirmación (...) ¿Es o no es el trotskismo un partido marxista? Por lo pronto el Bloque ha debido considerar que sí, cuando se ha unificado en Cataluña con los trotskistas. Ciertamente que los disidentes acaudillados por el infatigable revolucionario, no representan a amplios sectores; pero personifican sin duda, una tendencia del proletariado. Pues bien, no hace mucho que en Francia se han adherido a la SFIO. He aquí un caso de ingreso global de un Partido marxista en otro que lo es, quizá, muy tíbiamente.”

Maurín, por su parte, seguía sin convencerse de las posibilidades de avance de las ideas bolcheviques en el movimiento socialista: “...mi estimado contradictor asienta toda su tesis sobre algo que puede ser, pero que es dudoso”. En cualquier caso, esta duda sobre el posible desenlace final, no tenía porque implicar un rechazo a trabajar en las

---

<sup>180</sup> Incluimos dos de ellos en este libro, a los que pertenecen los extractos citados a continuación.

juventudes. Dicha posición, incluso aunque la perspectiva de Maurín fuera la más probable, echaba en saco roto los orígenes mismos de la Internacional Comunista. Los jóvenes partidos comunistas que dieron cuerpo a la nueva Internacional nacieron de los debates que Octubre de 1917 provocó en las filas socialistas. En cualquier caso, Maurín basaba su escepticismo en una foto fija de las organizaciones de masas, considerando su futuro como una repetición mecánica de su pasado. “El Partido Socialista tiene una historia. Y esa historia, camarada Carrillo, es profundamente reformista. Y lo pasado pesa, camarada Carrillo. (...) Precisamente ese pasado es un obstáculo poderosísimo para que los buenos propósitos de las Juventudes Socialistas puedan triunfar e imponerse.” Lo pasado pesa, es cierto, pero si hay algo que la revolución española probó, es que cuando las masas de la clase obrera abrazan la lucha política ninguna organización permaneció tal y como era.

Precisamente las turbulencias que la presión de las masas provocaba en el seno del PSOE, era lo que desanimaba a Maurín. “El Partido atraviesa una crisis que nadie niega. Hay indisciplina. (...) ¿Quién manda ahí? Un partido con la enorme responsabilidad que tiene el Partido Socialista no puede ser un galimatías...” Curioso método aquel que es capaz de confundir “desorden y falta de disciplina” con la radicalización política de los obreros en las organizaciones de masas. El yugo ideológico del reformismo, que durante tantos años había frenado y descarrilado la lucha de clases, empezaba a ser removido. De forma sinuosa y confusa, es cierto, pero la clase obrera avanzaba en su conciencia. Pero la posición de Maurín se sustentaba en una idea mucho más profunda, y errónea: el escaso papel asignado a las grandes organizaciones de la clase obrera en la revolución española. “No hay que hacer un mito de las grandes organizaciones. Una política equivocada las lleva al precipicio. Véase lo ocurrido con la CNT en 1919 y 1931. (...) De 1928 a 1935 la Internacional Comunista ha quedado reducida a un recuerdo.”

Maurín se equivocó, como también se equivocó Nin. El estalinismo, al que siempre habían caracterizado como una secta impotente, se convirtió en una organización de masas. Y, el PCE logró hacerlo, en primer lugar, por que sí se orientó enérgicamente a la base de la izquierda socialista, especialmente a sus juventudes. Luego Maurín y Nin hablarían de la deserción de la dirección juvenil a las filas del estalinismo, pero nunca fueron capaces de reconocer su responsabilidad en este hecho. Ellos despreciaron y rechazaron todas las llamadas, todas las invitaciones de las JJSS y la izquierda socialista a sumarse a la lucha por la “bolchevización” del movimiento socialista. Sus “principios” determinaban su postura, decían. Pero esos principios no tenían nada que ver con las ideas del marxismo revolucionario. La previsión de Trotsky sobre el desarrollo probable del estalinismo se cumplió en todos sus extremos, a pesar de la indiferencia y la arrogancia que los dirigentes del BOC y de la ICE mostraron contra estas advertencias.

En cualquier caso, Maurín daba una alternativa al plan de las JJSS: su incorporación al proceso de unificación marxista iniciado por el BOC y la ICE. “¿Por qué los camaradas socialistas, si están persuadidos de que son mayoría aplastante, rehuyen la unificación? La unificación marxista, puesto que tendría que hacerse democráticamente, les aseguraría la mayoría absoluta en los puestos dirigentes. En último término, la unificación sería un movimiento táctico hábil para acrecer en gran manera la fuerza actual del partido. ¿Por qué temen, pues, la unificación?” Dejando de lado la cuestión del reparto de puestos en la estructura de un futuro partido unificado, lo curioso de esta argumentación es que también puede servir para llegar a una conclusión diametralmente opuesta a la de Maurín. La unificación de Maurín, a la luz de su razonamiento, se

transformaría inevitablemente en una absorción. Se trataba de la suma de una organización que contaba con varias decenas de miles de militantes en todo el Estado, con otra, que contaba con unos miles en una sola región y, una tercera, que difícilmente superaba un millar de miembros distribuidos en pequeños grupos a lo largo de todo el territorio del Estado español. Trotsky nunca contempló, ni como hipótesis ni como práctica, la mera suma aritmética como herramienta para la construcción del partido. Por el contrario, preparó a su militancia haciéndola consciente de que su fortaleza residía no en su número sino en sus ideas, y que la tarea del momento era buscar a las masas allí donde estuvieran, sin hacer la menor concesión en aquello que los hacía grandes frente a las demás organizaciones por muy abultados que fueran sus censos de afiliados: el programa y los métodos del genuino marxismo.

Para finalizar este apartado, nos gustaría destacar la interpretación del término ‘bolchevizar’ por parte de Maurín. “La bolchevización —entiéndase por tal la formación de un partido marxista revolucionario— no es, pues, problema de vencer, en una guerra intestina, a una determinada fracción, sino de convertirse en el heraldo de las masas obreras y campesinas en marcha hacia su liberación definitiva. La verdadera, la auténtica bolchevización del Partido bolchevique tuvo lugar en 1917, al lanzar Lenin la consigna: ¡‘Todo el poder a los Sóviets!’” Con esta declaración ampulosa, Maurín no corregía a Santiago Carrilo, sino a Lenin. Vale la pena recordar lo que decía el dirigente bolchevique al respecto: “El bolchevismo existe como corriente del pensamiento político desde 1903. Sólo la historia del bolchevismo en *todo* el período de su existencia puede explicar de un modo satisfactorio por qué el bolchevismo pudo forjar y mantener, en las condiciones más difíciles, la disciplina férrea necesaria para la victoria del proletariado. (...) Pero, por otra parte, estas condiciones no pueden brotar de golpe. Van formándose solamente a través de una labor prolongada, de una dura experiencia; su formación se facilita con una acertada teoría revolucionaria que, a su vez, no es un dogma, sino que sólo se forma de manera definitiva en estrecha conexión con la experiencia práctica de un movimiento verdaderamente de masas y verdaderamente revolucionario.”<sup>181</sup>

Todas estas polémicas ayudan a comprender una de las ideas centrales, probablemente la fundamental, sobre la que se fundó el POUM. Los dirigentes de la ICE y el BOC estaban convencidos de que socialdemócratas, anarquistas y estalinistas habían perdido o terminaría por perder su hegemonía sobre el movimiento obrero. El ala de izquierdas del PS fracasaría. La dirección de la CNT, en opinión de Maurín, no se recuperaría de los golpes represivos y del peso de sus errores y, desde la perspectiva de Nin, podría ser ganada a posiciones revolucionarias. Por último, el estalinismo, no conseguiría nunca desarrollarse como una organización de masas.

Lejos de las pesimistas previsiones anunciadas por la ICE y el BOC, el PCE, consiguió desarrollarse con rapidez. Su orientación a las JJSS fue precisamente una de las claves de su crecimiento. Para los dirigentes comunistas vinculados a Moscú, ganar a las juventudes socialistas era un primer paso en el camino hacia las masas. Mientras la izquierda comunista española estaba enfrascada en la creación de un nuevo partido al margen de la izquierda socialista, los estalinistas estrechaban su contacto con la dirección de las juventudes. “A mediados de 1935, Luis Codovilla<sup>182</sup> se entrevista en la

---

<sup>181</sup> Lenin, *La enfermedad infantil del ‘izquierdismo’ en el comunismo*, FUNDACIÓN FEDERICO ENGELS, Madrid, 1998, pp. 32-33.

<sup>182</sup> Delegado de la Komintern en el Estado español.

Modelo de Madrid con Santiago Carrillo, para discutir con él las posiciones comunistas entorno al Frente Popular. El mismo hecho de que dirigentes socialistas de la talla de José Laín fuesen acogidos en la URSS, huyendo de la represión gubernamental, así como la asistencia de una delegación socialista al VII Congreso de la IC y el VI de la IJC [Internacional Juvenil Comunista], y a algunas de sus sesiones preparatorias, serían factores que indudablemente favorecerían un clima dialogante entre ambas formaciones juveniles muy diferente a la etapa del ‘socialfascismo’...”<sup>183</sup> De todas estas conversaciones surgió la propuesta de unificar a los jóvenes socialistas y comunistas en una misma organización. En los primeros días marzo de 1936, una delegación de las Juventudes Socialistas integrada por Santiago Carrillo y Federico Melchor, junto con otra de la Unión de Juventudes Comunistas, viajó a Moscú, donde se abordaron los detalles de la posible unificación.

Tras el retorno de ambas delegaciones a Madrid, la unificación entró en su fase definitiva. Ese mismo mes se firmaron las bases políticas para la fundación de las Juventudes Socialista Unificadas. A continuación, se celebró una reunión conjunta de la Ejecutiva nacional de las JJSS y del Buró del Comité Central de la UJC para explicar las conclusiones políticas de la delegación. “Ambas direcciones resuelven forjar una amplia organización de nuevo tipo de la juventud trabajadora... (...) Esta organización luchará de acuerdo con aquellas otras que tengan puntos coincidentes de defensa de la juventud laboriosa. La organización unificada da su adhesión como simpatizante a la IJC y, comprendiendo la necesidad de llegar a la unificación internacional de la juventud, mantendrá relaciones amistosas y colaborará con las secciones y elementos de izquierda de la IJS (...) Nosotros llamamos a todos los miembros de esta organización unificada a prestar la máxima ayuda para derribar todas las barreras que los elementos escisionistas de la derecha y del trotskismo, con los dirigentes centristas que se oponen a la unidad, coloquen en nuestro camino. Ambas direcciones hacen un enérgico llamamiento a sus secciones para que inmediatamente comience a realizarse con toda decisión la fusión en el plano local, provincial y regional y la elección de nuevos comités. Las direcciones de la FJS y la UJC han designado una comisión, en la que están representadas por igual, que resolverá hasta el Congreso, cuantas cuestiones tengan relación con la unidad. Esta comisión determinará la fecha del Congreso Nacional de Unificación y preparará los materiales que sirvan de base para los debates que en él se desarrollen (...) Mientras el Congreso Nacional de Unificación resuelva definitivamente la cuestión de la unidad, la fusión se hará sobre la base de la FJS y está mantendrá las actuales relaciones con el Partido Socialista. En el resto de los problemas la dirección de la FJS mantendrá su independencia y autonomía. Buró del Comité Central de la UJC. Comisión Ejecutiva de la FJS.”<sup>184</sup> Las reuniones de unificación de la secciones provinciales de ambas organizaciones se sucedieron a lo largo de mayo y julio, para concluir en un Congreso de Unificación que, por el estallido de la guerra, nunca llegó a celebrarse. Las nuevas juventudes unificadas declararon pasar, en tan solo un año, de 100.000 a 140.000 afiliados, y su periódico distribuyó 150.000 ejemplares de su primer número.

Si bien la historia de la JSU no estuvo exenta de polémicas y enfrentamientos internos, el gran éxito obtenido entre las Juventudes Socialistas convirtió al PCE en una fuerza considerable de la izquierda, mucho mayor que el POUM, en los meses previos al estallido de la guerra civil.

---

<sup>183</sup> Ricard Viñas, *op. cit.*, p. 36.

<sup>184</sup> Publicado en *Mundo Obrero*, 26 de marzo de 1936.

## La “unificación marxista”

Los dirigentes de la ICE y el BOC, a pesar de sus anteriores desacuerdos, volvían a confluír en un aspecto central como era el posicionamiento frente al desarrollo de la izquierda socialista. Sus conclusiones tácticas al respecto eran también coincidentes. El partido que necesitaba la revolución no se construiría a través de la intervención en el seno de las organizaciones de masas, que reflejaban la radicalización política del movimiento obrero, sino desde fuera, haciendo un llamamiento a la unificación de todas las organizaciones “marxistas”. Además, las relaciones políticas entre Nin y Maurín se habían restablecido hacía tiempo. “En el seno del Comité de la Alianza Obrera de Cataluña, Maurín y Nin ya habían reanudado la estrecha colaboración de años atrás y, a menudo, en la práctica estaban generalmente de acuerdo. Según Maurín, Nin le había propuesto que los dos partidos estrechasen su colaboración, en el curso de una conversación que mantuvieron tras una asamblea de la Alianza celebrada en el invierno de 1934. Las violentas polémicas que en años anteriores con frecuencia habían enfrentado a sus respectivas organizaciones no habían perjudicado significativamente a las relaciones personales entre los dos dirigentes.”<sup>185</sup> No es casual que el reencuentro de ambos dirigentes se produjera, precisamente, en el momento en que Nin y sus partidarios habían profundizado en su ruptura política con Trotsky.

El 1 de enero de 1935, el BOC hizo público un manifiesto en el que llamaba a la formación de un gran partido marxista. El sentimiento de unidad en la base del movimiento obrero había ganado mucha fuerza. Las AO, la insurrección de Octubre del 34 y la amenaza cada vez más clara del fascismo ayudaban en este proceso. Maurín estaba convencido de que “la construcción del partido revolucionario podía iniciarse en Cataluña, pues allí era donde siempre se habían configurado las vanguardias del movimiento obrero, donde se crearon tanto la UGT como la CNT.”<sup>186</sup> Tras el llamamiento se iniciaron las conversaciones entre los dirigentes de la ICE, el BOC, la Unió Socialista de Catalunya (USC), el Partit Comunista Català (PCdeC, la sección catalana del PCE), la Federació Catalana del PSOE y el Partit Català Proletari (PCP). En febrero, a pesar de las reticencias de muchas de estas organizaciones, se establecieron tres puntos para que cada organización los discutiera individualmente dentro de sus filas: 1. la necesidad de unificar los partidos marxistas existentes. 2. Llevar a cabo la unificación sobre la base del marxismo revolucionario, lo que implicaba romper con los partidos pequeñoburgueses, aspirar a la toma violenta del poder a través de la insurrección armada y la instauración de “la dictadura del proletariado. 3. La integración de todos los partidos en las AO.

Tras los acuerdos de febrero, hubo nuevas reuniones el 6 y el 13 de abril. En ellas, el PCdeC propuso la exclusión de la ICE; la federación catalana del PSOE defendió que la unificación debía darse en el seno del Partido Socialista, y la USC se sumó a esta última posición. “Era muy difícil que tanto la Unió Socialista de Catalunya, que había establecido vínculos muy estrechos con la Esquerra, como la Federació Catalana del PSOE abandonasen de golpe su política reformista para proponerse hacer la revolución. Por parte del Partit Comunista de Catalunya, este sólo admitiría la unificación con el programa que le impusiese la Internacional Comunista. En cuanto al Partit Català

---

<sup>185</sup> Andreu Charles Durgan, *op.cit.*, p. 357.

<sup>186</sup> *Ibid.*, p. 348.

Proletari, era un sujeto político, pequeño burgués y nacionalista, que, aunque había preconizado la unificación, difícilmente aceptaría convertirse en un partido peninsular, de toda España, hipotecando el carácter catalanista que le informaba.”<sup>187</sup>

Se produjo así la primera ruptura de las negociaciones. A favor de la iniciativa del BOC seguirían, a partir de ese momento, la ICE y el PCP. Por su parte, el PCdeC no renunció a arrastrar consigo a un sector de la militancia bloquista, distribuyendo una carta entre los afiliados y los comités locales del BOC, en la que explicaba no comprender porqué el Bloque se declaraba comunista y no formaba parte de la IC. Finalmente, en julio, el PCP se descolgó del proceso de unificación, al rechazar la propuesta del BOC y la ICE de que el nuevo partido fuera una organización de ámbito estatal. Es importante destacar que estas primeras discusiones de unificación no fueron infructuosas para los representantes del Partido Comunista de España, ya que facilitaron, poco tiempo después, nuevos reagrupamientos. Con la aceleración de los acontecimientos tras el alzamiento fascista del 18 de julio, los estalinistas consiguieron absorber bajo su programa al PCP, la USC y la Federación Catalana del PSOE. El 23 de julio de 1936 se fundó el Partit Socialista Unificat de Catalunya (PSUC), una organización que jugaría un papel trascendental en los destinos de la revolución en Catalunya.

Si bien dentro de la ICE el debate sobre la táctica entrista se había cerrado con un rechazo unánime en otoño de 1934, se reabrió paralelamente al proceso de unificación. Fersen, que en un principio había pertenecido a los sectores más escépticos respecto a la radicalización en las filas del PS, cambió de posición. Probablemente, este cambio se produjo tanto por las propuestas llegadas desde la LCI al calor del giro francés, como por el estrecho contacto político que estableció con militantes socialistas durante su reclusión en la cárcel modelo de Madrid. Junto a ello, estaba también la cuestión de que el acercamiento al BOC, partido que tenía una actividad prácticamente limitada a Cataluña, no resolvía el problema de aislamiento de los militantes de la ICE en el resto del Estado. En abril de 1935, el Comité Ejecutivo español, tras un acuerdo con el Comité Central y el Secretariado Internacional de la LCI, elaboró una resolución que intentaba llegar a una posición de acuerdo con los compañeros que apoyan las posiciones de Fersen. El texto decía lo siguiente: “Así pues, nuestro punto de vista se resume así:

- a) Fusión total o parcial con los partidos obreros de Cataluña que se pongan de acuerdo sobre un programa determinado;
- b) entrada de la ICE en el resto del país en el seno del PSOE, una vez realizada la fusión en Cataluña;
- c) Trabajo incesante y enérgico de los comunistas de izquierda miembros del PSOE a favor de la fusión con el partido revolucionario de Cataluña;
- d) Mantenimiento de la fracción.”<sup>188</sup>

El Secretariado Internacional de la LCI, decidido a evitar una ruptura definitiva con la sección española a pesar de las enormes divergencias, reflejó en las actas de su reunión, celebrada el 22 de mayo, tanto la aceptación de este acuerdo como sus preocupaciones: “4º- España. Los camaradas han tomado una decisión sobre la orientación de su actividad en el porvenir, que será publicada en el Boletín Interno: Entrarán en Cataluña

---

<sup>187</sup> Pelai Pagès, *Andreu Nin: su evolución política (1911-1937)*, p. 183.

<sup>188</sup> Esta resolución, fechada el 25 de abril de 1935, mucho más amplia que el texto citado, esta incluida en la parte documental del este libro.

en el nuevo partido formado por la Federación Ibérica (Maurín), el Partido Catalán proletario y por nuestros camaradas (Izquierda Comunista); en el resto de España, entrarán en el Partido Socialista para reclamar la fusión con el nuevo partido catalán. En Cataluña, la entrada en el PS no tendría sentido, pues allí es muy débil (alrededor de 350 miembros). El SI está muy inquieto por la ruptura de las relaciones con las JS, que se habían pronunciado por la IV Internacional, y los camaradas españoles.”<sup>189</sup>

De este acuerdo, solo se pondría en práctica la unificación con el BOC. La mayoría de los militantes de la ICE, educada durante tiempo en una posición sectaria y ultraizquierdista, no aceptó la propuesta del Comité Ejecutivo. Siguiendo al pie de la letra los análisis que calificaban de grave error la táctica entrista propuesta por el SI, se negaron a trabajar en el PSOE y las JJSS. La reducida base de la ICE pretendía poner en práctica los análisis defendidos en *Comunismo*: los militantes socialistas que fueran honestos en su aproximación a las ideas del marxismo debían romper con sus organizaciones y encuadrarse en las filas de la Izquierda Comunista. Entendían que, en ese momento, había más motivos incluso para defender esta posición que en 1934, puesto que la perspectiva de un partido independiente se iba a materializar a muy corto plazo. Francesc del Cabo, dirigente de la ICE, y el militante de Barcelona Amadeu Robles, escribieron en el Boletín Interno de la organización tanto contra las posiciones de Fersen como del CE, proponiendo:

“I. Creación del partido en Cataluña fusionándose con los demás partidos marxistas sobre una doctrina revolucionaria.

II. Convertir nuestros grupos en el resto de España en parte integrante del partido que se forme en Cataluña, facilitando su crecimiento en el resto de la Península. Esto, además, nos daría una mayor influencia en el contenido político del partido que se forme en Cataluña.

III. Provocar una fuerte campaña sobre el papel jugado por los dirigentes socialistas en el pasado movimiento.”<sup>190</sup>

Con el voto favorable del Comité Central de la ICE a esta nueva proposición, el acuerdo alcanzado con el SI se fue definitivamente al traste. “Desde julio de 1935 la suerte está echada y los acuerdos de unificación que van a conducir en septiembre a la constitución de un Partido Obrero de Unificación Marxista (POUM), por la fusión con el Bloque Obrero y Campesino y la Izquierda Comunista, concluidos.”<sup>191</sup>

Las expectativas de la mayoría de la dirección de la ICE sobre la nueva táctica adoptada por la organización eran enormes. En *Carta a un camarada americano*, redactada a finales de junio, Andrade explicaba: “Hemos creído comprender que, en función de un profundo sentimiento unitario que se ha expresado en las masas españolas desde la revolución de Octubre, sobre todo en lo que concierne a la lucha por la amnistía y las conquistas democráticas, esta fusión, nuestra fusión con el Bloque Obrero (que por otra parte ha cambiado totalmente de postura) llevará a nuestra organización a un nivel que, sin abandonar los principios, puede abrir la construcción de un gran partido. (...) Sin embargo, seguimos oponiéndonos resueltamente a todo tráfico con el movimiento socialista y el ‘nuevo curso’ de nuestra organización internacional.” La ruptura con Trotsky, si bien no era oficial, era prácticamente un hecho consumado. En el primer

---

<sup>189</sup> Pierre Broué, *La revolución española (1930-1936)*, p. 347.

<sup>190</sup> Pelai Pagès, *El movimiento trotskista en España (1930-1935)*, p. 282.

<sup>191</sup> Pierre Broué, *La revolución española (1930-1936)*, p. 304.

párrafo de dicha carta, el dirigente de la ICE escribía: “Al parecer han llegado hasta usted ciertos rumores relativos a la situación de nuestra sección. Pero, sin duda, os han llegado por medio del SI, es decir, deformados y falsificados, según los métodos en los que se han especializado Trotsky y su epígonos.”<sup>192</sup>

Sólo un reducido grupo en Madrid, encabezado por Estaban Bilbao, Fersen y Grandizo Munis, rechazó la posición mayoritaria, anunció su entrada en el PS, y, en el mes de julio, informó al Comité Ejecutivo de la ICE de su baja en la organización. “Se ha cumplido el peor de nuestros temores... (...) La solución última de convertirnos en la prolongación del Bloque Obrero y Campesino, que como realidad nacional no existe, nos parece un disfraz lamentabilísimo de vacilación.”<sup>193</sup> Fersen se integraría posteriormente en el PSOE, desapareciendo de la vida revolucionaria. Munis, seudónimo de Manuel Fernández Grandizo<sup>194</sup>, a pesar de las dificultades, seguirá en las filas de la Liga, convirtiéndose en la voz más cualificada de las escasas fuerzas de los bolcheviques-leninistas en el Estado español.

En su libro, *Jalones de derrota promesa de victoria*, Munis hizo balance de la actitud de la ICE respecto a su negativa a entrar en las JJSS: “Ante la izquierda Comunista se abrió una perspectiva de vertiginosa influencia en la masa socialista más revolucionaria. La desaprovechó por completo. De su incapacidad para sacar partido de una oportunidad sin precedente en la historia política, nace una de las realidades fatales en el periodo de la guerra civil: la ausencia de un partido proletario capaz de polarizar el impulso de las masas y asegurar el triunfo a una revolución traicionada o abandonada por todas las organizaciones (...) Frecuentemente, el periódico juvenil [*Renovación*] hacia elogio de los trotskistas españoles, les pedía entrevistas, les llamaba a cooperar en la ‘bolchevización’ de las Juventudes y del Partido Socialista. La Izquierda Comunista cometió el error gravísimo, de consecuencias devastadoras, de ignorar y dejar marchitar esta extraordinaria ocasión de convertirse rápidamente en un partido de masas. Este error, que pasa completamente desapercibido inclusive para personas que se consideran enteradas, imposibilitó la evolución hacia los principios del marxismo de miles de jóvenes llamados a realizar la revolución. Por repercusión, facilitó la nefasta extensión adquirida por el estalinismo a partir del frente popular.”<sup>195</sup>

## Hacia la ruptura definitiva con Trotsky

En el verano de 1935, la unificación era prácticamente un hecho. Desde mayo, Nin colaboraba en el periódico boquiasta *L’Hora*, y, en junio, cuando tras nueve meses de

---

<sup>192</sup> Ambas citas son de Juan Andrade, “Carta a un camarada americano”, 29 de junio de 1935, citadas en Pierre Broué, *La revolución española (1930-1936)*, p. 348.

<sup>193</sup> Carta de Fersen y otros camaradas al CE de la ICE, 16 de julio de 1935. Incluida en este libro. Agustín Guillamón, *Documentación histórica del trosquismo español*, Ediciones de la Torre, Madrid, 1996, p. 43.

<sup>194</sup> Munis, nacido en México, se trasladó a los tres años de edad a un pueblo jornalero de Extremadura, Llerena, en la provincia de Badajoz. Se afilió a la sección española de la Oposición de Izquierda tras asistir a su I Conferencia en febrero de 1930. Participó en el desarrollo que vivió la Izquierda Comunista de España en la localidad extremeña de Llerena, donde la ICE consiguió una influencia considerable entre los trabajadores del campo. Posteriormente se trasladó a Madrid, donde participó en la revolución de 1934. En 1937 fundó la Sección Bolchevique-Leninista Española (SBLE), y fue el editor de su periódico *La Voz Leninista*.

<sup>195</sup> Grandizo Munis, *op. cit.*, p. 155.

obligado silencio reapareció *La Batalla*, contó con la participación activa de los dirigentes más destacados de la ICE.

Para la redacción del borrador del programa político del nuevo partido se estableció una comisión integrada por un dirigente de cada organización, siendo Maurín y Nin los elegidos. En julio, los Comités Centrales del BOC y la ICE aprobaron el programa definitivo. El 12 de julio apareció el nombre del POUM en *La Batalla*, y el 13 de septiembre se convertiría en el ‘Semanario Obrero de Unificación Marxista’. Finalmente, el 29 de septiembre de 1935, se celebró la reunión constitutiva del POUM, a la que sólo pudieron asistir una docena de delegados. De hecho, más que un congreso fue una reunión de dirigentes de ambos partidos. Se eligieron los organismos de dirección y se decidió que las juventudes heredasen el nombre de Juventud Comunista Ibérica. El Comité Ejecutivo quedó constituido por Maurín, como secretario general, Nin, Molins i Fàbrega, Arquet, Bonet, Coll, Gironella y Rovira. El Comité Central tendría 29 miembros provenientes del BOC y 12 de la ICE.

La velocidad adquirida por el proceso de fusión entre el BOC y la ICE fue similar a la alcanzada por la separación entre la ICE y la LCI, dos procesos paralelos en el tiempo. A principios de julio de 1935, el Secretariado Internacional, alarmado por el contenido de los últimos informes sobre el proceso de unificación, decidió escribir a la dirección española. El CE español incumplía sus propias propuestas y la fisonomía del nuevo partido, tanto en lo que respecta a sus integrantes como a su área geográfica de existencia, era diferente a la acordada. En primer lugar los dirigentes de la Liga pedían conocer “el estado exacto”<sup>196</sup> de la sección, alegando no tener información de lo que ocurría en las filas de la ICE desde el mes de octubre. El SI consideraba también que el hecho de que las reuniones de unificación quedaran limitadas al BOC y la ICE convertiría la fusión en una “absorción” de la Izquierda Comunista por parte del BOC. No compartía tampoco la conversión del nuevo partido en un partido de carácter estatal, y preguntaba cuál sería la “bandera” internacional, expresando abiertamente su sospecha de que esta no sería otra que el Buró de Londres, organismo en el que tiempo antes se había integrado el BOC. Insistía también en la necesidad de participar en las filas socialistas, y recordaba a la sección española que “si existía una disciplina nacional de organización, también existía una disciplina internacional”, proponiendo a la sección española que volviera a discutir la cuestión. Respecto al grupo de Fersen, negaba cualquier contacto previo con este.

Atendiendo al tono y contenido de la respuesta de la ICE, es difícil albergar otra conclusión que no sea su deseo de acabar, lo más rápido posible, con cualquier vínculo con la LCI. Sus consideraciones sobre la dirección internacional de la Liga, son propias de alguien que ha llegado a la conclusión de que los promotores de la Cuarta Internacional habían consumado ya su degeneración política. En opinión de la dirección española, el SI consideraba a los militantes “como si fueran meros peones de un juego de ajedrez, a los que un jugador inexperto tendría el derecho de retirar de golpe y una fantástica tendencia a hacer juegos malabares con los textos y resoluciones, a descubrir desviaciones donde no existían, lo que le permite, por una parte, situarse como defensor de la más estricta ortodoxia, y por la otra, realizar los giros más sorprendentes y más inesperados sin consultar a los militantes.”<sup>197</sup> Argumentaba también que el SI estaba habituado a imponerse “por los métodos del centralismo burocrático”, a la vez que le

<sup>196</sup> Carta del Secretariado Internacional al CE de la ICE, julio de 1935, se reproduce entera en este libro.

<sup>197</sup> Carta del Comité Ejecutivo de la ICE al SI, 21 de julio de 1935, se reproduce entera en este libro.

preguntaba si éste se imaginaba que podía “manipular a los militantes como si fueran marionetas, sin haber hecho el más mínimo esfuerzo por comprender la situación real” debido a su “mentalidad de exiliados políticos.”

Respecto a la propuesta de volver a debatir sobre su posición, el CE de la ICE la consideraba imposible de efectuar, porque “la seriedad y el prestigio de la organización” no permitían “dar marcha atrás”. Afirmaba también que “la adhesión al Buró de Londres-Amsterdam” no se había debido tanto al BOC “como a los nuestros, ya que queremos intervenir en ese movimiento...”, y que la ausencia de derecho a fracción dentro del nuevo partido se debía a que la “unidad ideológica” era completa. Finalizaba respondiendo a la petición de información por parte del SI en los siguientes términos: “No podemos enviaros la información que pedís por falta de tiempo. Por otra parte, dada vuestra fundamental incomprensión de los asuntos españoles, no creemos que os fueran útiles. Saludos comunistas. Por el Comité Ejecutivo Nacional de la ICE, el secretario general, Nin.”

El Comité Ejecutivo había dado por finalizada, en los hechos, su permanencia en la LCI. Dos días antes de dirigirse en estos términos al Secretariado Internacional, el 19 de julio de 1935, Nin firmaba un artículo en *La Batalla* en el que explicaba: “Los lectores de *La Batalla* ya conocen el acuerdo del Comité Central del BOC favorable a la fusión con la Izquierda Comunista. El Comité Central de la Izquierda Comunista, por su parte, ha adoptado una resolución idéntica.”<sup>198</sup>

---

<sup>198</sup> Andreu Nin, *Un pacto de unificación firme y sincero*, 19 de julio de 1935, incluido en este libro.

### III. El Frente Popular y la colaboración de clases

En el otoño de 1935 el POUM daba sus primeros pasos con aproximadamente 5.000 militantes,<sup>199</sup> concentrados mayoritariamente en Cataluña y grupos en varias zonas, entre las que destacaban Madrid, Valencia y Asturias. De ellos, los miembros de la ICE no llegarían a los 800<sup>200</sup> en el conjunto del estado, siendo menos de 100 en Cataluña.

El programa del nuevo partido tomaba postura por la transformación socialista de la sociedad, pero, como en el caso de cualquier otra organización, sería la prueba de la práctica la que determinaría hasta donde sería capaz de aplicar los principios políticos acordados en su fundación. El momento decisivo para todas las corrientes ideológicas, que se debatían en la revolución española estaba muy cerca. Los golpes de la reacción asestados tras la derrota de Octubre del 34 no impidieron que el Bienio Negro llegara a su fin. La clase obrera y el movimiento jornalero se volvían a poner en pie, pero, en esta ocasión, endurecidos por las amargas lecciones de los fracasos precedentes y la frustración de las expectativas depositadas en el parlamentarismo. El parapeto de la democracia burguesa mostraría su falta de eficacia para contener a las masas dentro de los límites del capitalismo. El siguiente desafío del fascismo, a través del pronunciamiento militar del 18 de julio 1936, sería respondido por la clase obrera con las armas en la mano. La revolución española se acercaba a su hora decisiva.

#### El programa del POUM

Los dirigentes poumistas caracterizaban en su programa<sup>201</sup> —aprobado tras la reunión de constitución del nuevo partido en septiembre de 1935—, la naturaleza de la revolución española: “El carácter de la revolución en nuestro país no es simplemente democrático, sino que es democrático-socialista. Solamente si la clase trabajadora toma el Poder se llevará a término la revolución democrática íntimamente enlazada, en esta época histórica, con la revolución socialista. La burguesía ha perdido toda capacidad revolucionaria. No puede mantenerse sobre las bases de la democracia. Evoluciona más o menos de prisa, según las circunstancias, hacia una situación fascista, ya que el fascismo es la manifestación política de la decadencia de la burguesía.

“La clase trabajadora es la única garantía de la verdadera democracia. Por medio de la defensa impertérrita de las reivindicaciones democráticas que la burguesía teme (burguesía de izquierda) y destruye (burguesía de derecha), la clase trabajadora llegará hasta el umbral de la revolución socialista. El proletariado debe convertirse en el heraldo verdadero de las conquistas democráticas. Ha de ser el gran libertador que aporte la solución ansiada a los problemas de la revolución democrática: tierra, nacionalidades, estructuración del Estado, liberación de la mujer, destrucción del Poder de la Iglesia, aniquilamiento de las castas parasitarias, mejoramiento moral y material de la situación de los trabajadores.

---

<sup>199</sup> Utilizamos la cifra aportada por Pelai Pagés.

<sup>200</sup> Se trata de cifras aportadas por Adrew Durgan.

<sup>201</sup> Todas las citas textuales sobre el programa del POUM pertenecen al folleto *Qué es y qué quiere el Partido Obrero de Unificación Marxista* publicado por el CE del POUM en febrero de 1936. Está incluido íntegramente en este libro.

“La dictadura del proletariado-transitoria, pues sólo existirá hasta que se hayan borrado las diferencias de clases y las clases, por lo tanto, no destruirá la democracia, sino que, por el contrario, la afianzará dando vida a la democracia verdadera: la democracia obrera. El proletariado tomará el Poder cuando el interés general de la inmensa mayoría de la población y el de la clase trabajadora coincidan y exista —es condición indispensable— un fuerte partido socialista revolucionario.”

Esta formulación, a pesar de la sintonía que manifestaba con la revolución rusa, mostraba en realidad una síntesis de las posturas que Maurín y Nin habían defendido en los años precedentes. Era obvio que en 1935 la situación no era la misma que el 14 de abril de 1931. Las ilusiones democráticas y parlamentarias de las masas se habían esfumado en gran medida. La lucha por la revolución socialista estaba planteada en toda su dimensión, no sólo como consecuencia de la radicalización de las masas a la izquierda, sino también por la polarización de la burguesía a la derecha, apostando ya por la salida fascista inminente. Cuando el programa habla de “revolución democrática-socialista” se desliza por un terreno confuso, que se volvería a reproducir en julio del 36, una vez que los trabajadores armados en Barcelona y en otras capitales se habían hecho con el poder real y el Estado capitalista se desmoronaba en la zona republicana. En ese momento, el POUM insistió en las reivindicaciones democráticas pero sin plantear un programa directo para la toma del poder y la consolidación de las conquistas revolucionarias a través de la coordinación de los comités obreros. Este aspecto lo trataremos más adelante.

La posición de Lenin en octubre de 1917 fue muy clara: la revolución democrática ya había dado todo lo que podía esperarse de ella mientras se mantuviera el gobierno provisional y, por tanto, el Estado burgués y las relaciones de producción capitalista. Para llevar a la práctica las demandas democráticas traicionadas por la burguesía, y los dirigentes reformistas, era imprescindible que la clase obrera se hiciera con el poder y llevara a cabo la revolución socialista. Lenin no planteó la fórmula revolución democrática-socialista. Su consigna era clara: ¡Todo el Poder a los Soviets! ¡Expropiación de la burguesía, de los terratenientes y del capital imperialista! Las *Tesis de Abril* y sus textos inmediatamente anteriores a la insurrección de Octubre, insisten en esta idea, y suponen el abandono de anteriores planteamientos, que ya no correspondían con la situación del momento, como la celebre consigna de dictadura democrática revolucionaria de obreros y campesinos a la que se aferraron algunos *viejos* bolcheviques, como Zinóviev y Kámenev, para oponerse a la postura de Lenin de preparar la toma del poder.

Por su parte Trotsky señalaría: “Aquí volvemos a caer de lleno en el problema llamado de la ‘revolución permanente’. (...) Es cierto que en 1905 Lenin planteó, como hipótesis, la fórmula de una ‘dictadura burguesa-democrática del proletariado y el campesinado’. De existir un país donde pudiera esperarse una revolución agraria democrática *espontánea* que *precediera* a la conquista del poder por el proletariado, ese país era precisamente Rusia... ¿Qué significa entonces para Lenin la ‘hipertrofia’ de la revolución democrática que se convierte en socialista? (...) Hay que entender que la dictadura del proletariado no coincide mecánicamente con la noción de revolución socialista. La conquista del poder por la clase obrera se produce en un determinado medio nacional, en un determinado período y para la solución de determinadas tareas. En las naciones atrasadas, algunas de estas tareas tienen un carácter democrático: liberación de la nación de la servidumbre imperialista y la revolución agraria, como en

China, o bien revolución agraria y emancipación de las nacionalidades oprimidas, como en Rusia. En España, nos enfrentamos actualmente a algo muy semejante. Lenin llegaba a decir que el proletariado ruso que había tomado el poder en octubre de 1917 lo había hecho ante todo como agente de la revolución democrático burguesa. El proletariado victorioso empezó por resolver problemas democráticos poco a poco, por la misma lógica de su poder, tuvo que hacer frente a los problemas del socialismo... A esto llamó Lenin *transformación de la revolución democrática en revolución socialista*. No es el poder burgués el que se transforma, por ‘hipertrofia’, en poder obrero y campesino y más tarde en proletario; no, el poder de una clase no se ‘transforma’ en poder de otra clase sino cuando se le arranca con las armas en la mano. Pero cuando la clase obrera ya ha conquistado el poder, las tareas democráticas del régimen proletario se prolongan inevitablemente con las tareas socialistas. El paso orgánico, evolutivo, de la democracia al socialismo no es posible más que bajo la dictadura del proletariado. (...) Se trata, repetimos, no de sutilezas académicas, sino de cuestiones vitales de la estrategia revolucionaria del proletariado.”<sup>202</sup>

La revolución socialista precisaba de genuinos organismos obreros capaces no sólo de tomar el poder, sino de retenerlo en sus manos para iniciar la construcción de una nueva sociedad. “Para el Partido Obrero, la Alianza Obrera —unidad de acción— es, sin ningún género de dudas, en la historia de nuestro movimiento obrero, un acontecimiento trascendental. Por medio de la Alianza Obrera, el movimiento obrero concentra sus fuerzas sin necesidad de destruir la independencia y características de sus organizaciones tradicionales. La Alianza Obrera viene a desempeñar en nuestro país basándose en las condiciones del movimiento obrero, el papel que en la revolución rusa representaron los sóviets: órganos de frente único, primero, insurreccionales luego, e instrumentos de Poder, después. Cuando la clase trabajadora conquiste el Poder, el Estado burgués actual deberá ser reemplazado por algo nuevo que está precisamente en germen en la Alianza Obrera.” Las Alianzas Obreras, tal y como se desarrollaron en el Estado español, como organismos de frente único de las organizaciones obreras, poco tendrían que ver con los sóviets rusos, que eran la expresión del doble poder existente entre febrero y octubre. De hecho la propia experiencia de la revolución española superó con mucho esta formulación: a partir del 19 de julio surgieron comités revolucionarios, como genuinos embriones del poder proletario. En cualquier caso el programa del POUM dejaba esta cuestión en suspenso hasta la toma del poder por parte de los trabajadores: “del principio axiomático que socialismo y democracia obrera son inseparables, que no puede haber socialismo sin democracia obrera, ni democracia obrera sin socialismo, el problema de cuales serán los órganos de Poder ha de ser planteado a tiempo.”

Respecto a la cuestión de la tierra, el programa del POUM subrayaba: “El problema no es de reforma, sino de revolución. (...) El hecho de que los campesinos españoles tomen la tierra es un acto revolucionario de gran trascendencia, ya que ayuda a destruir el Poder de los residuos feudales estrechamente unidos a la gran burguesía (...) La clase trabajadora, al tomar el Poder, entregará a los campesinos la tierra en usufructo. Es decir, tendrán la tierra en posesión, no en propiedad, ya que la tierra será nacionalizada, teniendo un propietario único: el Estado obrero. El campesino dispondrá de toda la tierra que necesite para poder vivir, pues tierra es lo que sobra en España, pero no podrá ni venderla ni arrendarla (...).”

---

<sup>202</sup> León Trotsky, “La revolución española y los peligros que la amenazan”, 28 de mayo de 1931, artículo incluido en el libro *Escritos sobre la revolución española (1930-1939)*, pp. 96-98.

El tratamiento que el programa del POUM hacía de la cuestión nacional, también representaba una síntesis de las posiciones de Maurín y las ideas defendidas con anterioridad por la ICE: “(...) Esos movimientos de emancipación nacional tienen un contenido democrático que el proletariado ha de sostener sin reservas (...) El proletariado sólo puede tener una actitud: sostener activamente el derecho indiscutible de los pueblos a disponer libremente de sus destinos y a constituirse en Estado independiente, si esta es su voluntad. Sosteniendo este derecho, el proletariado no se identifica con la burguesía nacional, que quiere subordinar los intereses de la clase a los intereses nacionales y, en los momentos decisivos, se pone al lado de las clases dominantes de la nación opresora con objeto de aplastar los movimientos populares. El proletariado, campeón decidido de las reivindicaciones democráticas, ha de desplazar a la burguesía y a los partidos pequeño-burgueses de la dirección de los movimientos nacionales que traicionan, y llevar la lucha por la emancipación de las nacionalidades hasta las últimas consecuencias. La lucha por el derecho de los pueblos a la independencia no presupone, sin embargo, la disgregación de los obreros de las diversas nacionalidades que componen el Estado, sino, por el contrario, su unión más estrecha, que es la única garantía del triunfo. El reconocimiento del derecho indiscutible de los pueblos a disponer de sus destinos, de un lado, y la lucha común de los obreros de todas las naciones del Estado, del otro lado, constituyen la premisa indispensable de la futura Confederación de pueblos libres (...) El Partido Obrero de Unificación Marxista trabajará por el desplazamiento de la pequeña burguesía del frente del movimiento nacional con objeto de que sea el propio proletariado quien lo dirija y solucione, llegando a la estructuración de la Unión Ibérica de Repúblicas Socialistas.”

En relación con la pequeña burguesía, el POUM rechazaba “la clásica posición de la socialdemocracia de un contacto orgánico permanente con los partidos pequeño burgueses que últimamente ha revalidado la Internacional Comunista con el llamado Frente Popular” como “la absurda posición de poner a la pequeña burguesía en el mismo saco que la gran burguesía.” Por una parte, afirmaba que los partidos pequeño burgueses habían traicionado “por incapacidad, impotencia y cobardía las promesas que habían hecho a los obreros, a los campesinos e incluso a la propia pequeña burguesía”, considerando por ello “una cuestión inexcusable la lucha ideológica y táctica contra esos partidos demagógicos con objeto de sacar de su radio de influencia a las masas trabajadoras que todavía le siguen, y atraer al mismo tiempo a una parte de la pequeña burguesía, sobre todo a los campesinos, neutralizando a la otra.” Pero dicho lo anterior declaraban: “ Hay que saber distinguir aquellos momentos históricos en que la amenaza contrarrevolucionaria sea extraordinariamente grave y convenga entonces hacer pactos circunstanciales, transitorios, manteniendo siempre, no obstante, la independencia orgánica del Partido Obrero y el derecho de crítica de los partidos pequeño burgueses. Esta posición es justa. Lenin aceptaba los pactos circunstanciales con la burguesía radical. Pero de esta posición a la que últimamente ha puesto en marcha la Internacional Comunista —Frente Popular— que encadena el movimiento obrero a la burguesía, media un abismo.”

Éste último aspecto no carecía de significación. En los momentos decisivos, donde el porvenir de la revolución socialista se decidía, Lenin nunca se planteó “pactos circunstanciales” con la “burguesía radical”. De hecho, fue al contrario. Su postura desde la revolución de febrero, la etapa “democrática”, hasta la insurrección de octubre de 1917, partió de la defensa intransigente de una política de independencia de clase. Los bolcheviques jamás participaron en pactos frentepopulistas ni colaboraron en

gobiernos de coalición con la burguesía ni con la pequeña burguesía. En el caso del Estado español, los antecedentes más inmediatos, en concreto Octubre del 34, eran la mejor prueba de que precisamente había que desconfiar de las alianzas políticas con los partidos de la pequeña burguesía en los momentos de amenaza de la reacción, y mucho más cuando el proletariado se preparaba abiertamente para la lucha por el poder. Esta posición encajaba con las ideas que Maurín, y poco tiempo después volverían a salir a la palestra para justificar la firma, por parte del POUM, del acuerdo de Frente Popular. Sería entonces cuando los dirigentes poumistas rectificaron en la práctica las palabras de su programa, y el “abismo” que mediaba entre sus posiciones y las que había “puesto en marcha la Internacional Comunista —Frente Popular— que encadena el movimiento obrero a la burguesía”, se diluyeron. El centrismo del POUM, el “abismo” que mediaba entre las declaraciones y la práctica de sus dirigentes, asomaba desde el principio.

Considerando que el “movimiento obrero es internacionalista”, el POUM se posicionaba ante las Internacionales. La Segunda Internacional era “un cadáver insepulto que emponzoña la atmósfera obrera mundial.” Respecto a la Internacional Comunista, su VII Congreso había representado su “liquidación absoluta”. “Hoy la política de Moscú está más a la derecha que la de la propia socialdemocracia. (...) Por eso el POUM está al margen de la III Internacional, se siente identificado con el espíritu que presidió sus cuatro primeros Congresos, y combate la funesta política actual de la IC que concuerda con la del oportunismo reformista y que, de triunfar, destruiría toda perspectiva revolucionaria para largo tiempo.” El POUM formaba “parte del Comité Internacional pro Unidad Socialista Revolucionaria, cuyo centro está en Londres, y al que adhieren los Partidos Socialistas y Comunistas independientes que se encuentren fuera de la II y de la III Internacionales.” El POUM defendía la necesidad de sostener “como un deber ineludible la defensa de la primera República obrera triunfante, reservándose, sin embargo, el derecho de criticar objetivamente las posiciones de la dirección de la URSS que pueda creer equivocadas para la propia URSS y para los intereses del movimiento revolucionario mundial.”

El POUM planteaba otro eje destacado en su programa: “No existe todavía en España, desgraciadamente, el gran Partido Socialista Revolucionario que la revolución necesita. Y sin embargo, cada día más, las necesidades revolucionarias hacen apremiante la formación del partido que conduzca la revolución a su triunfo.

“El Partido Socialista no es el partido que la revolución exige. Y no lo es porque el Partido Socialista, a pesar de la rectificación iniciada, que hay que reconocer, continúa siendo fundamentalmente un partido de tipo socialdemócrata. Contiene dentro de él tres tendencias opuestas: Primera, derechista, reformista hasta la médula, reproducción fiel de lo que fue la socialdemocracia alemana y de lo que es el laborismo inglés. Segunda, centrista, republicanizante, profundamente menchevique, que no aspira a otra cosa que ayudar a los republicanos pequeñoburgueses. La tendencia centrista que tiene la dirección del Partido Socialista, parte del supuesto que nuestra revolución es democrática y no democrático-socialista, negándose por consiguiente a reconocer la necesidad de que la clase trabajadora tome el Poder por medio de la insurrección armada. Tercera, izquierdista, representada por las Juventudes y por una fracción importante del propio Partido, que lucha contra la tendencia reformista y la centrista.

“En la perspectiva de la unificación marxista es el ala izquierda del Partido Socialista la que tiene una mayor importancia. No obstante, el ala izquierda socialista mantiene sobre

muchas cuestiones posiciones equivocadas fundamentalmente. Por ejemplo, ha iniciado su orientación hacia la política de la Internacional Comunista, cuando precisamente la IC en su VII Congreso ha hecho un viraje radical, inaugurando una política que se encuentra situada a la derecha de la extrema derecha socialdemócrata. La izquierda socialista, además, no se ha pronunciado todavía de una manera clara sobre cuestiones tan importantes como la Alianza Obrera, la unidad sindical, la unidad marxista revolucionaria.

“Como vemos, el Partido Socialista está muy lejos de constituir un todo fuertemente centralizado y unificado en el pensamiento y en la acción. No tiene nada que le aproxime al tipo de Partido Bolchevique. En su seno conviven todas las tendencias, desde la que se afirma ser leninista, hasta la evolucionista de carácter laborista, pasando por la meramente republicana. De hecho, se aproxima más a una Federación de diferentes tendencias que a un partido fuertemente cohesionado.”

Respecto al PCE: “El Partido Comunista de España no es tampoco el Partido Bolchevique de nuestra revolución. Sujeto, como sección oficial de la Internacional Comunista a las fluctuaciones de la política exterior del Estado Soviético, se ve obligado a actuar de acuerdo no con las necesidades del movimiento revolucionario en nuestro país, sino de conformidad con las conveniencias de la diplomacia soviética, lo que, con frecuencia, está en abierta contradicción (...).”

Por tanto, “El Partido Obrero de Unificación Marxista, resultado de la fusión del Bloque Obrero y Campesino y la Izquierda Comunista, cree que nos es posible enfocar las cosas hacia el ingreso de todos los marxistas en un determinado partido ya existente. El problema no es de ingreso o de absorción, sino de unificación marxista revolucionaria. Es un Partido nuevo el que precisa formar mediante la fusión de los marxistas revolucionarios (...).”

En lo referido a la cuestión sindical, el programa del POUM plantea: “(...) CNT y UGT, la organización sindical anarcosindicalista y la socialista, han ejercido de hecho el monopolio de la organización sindical de la clase trabajadora en nuestro país. Esta división ha sido funesta para el movimiento obrero. Una de las causas de la relativa estabilidad del capitalismo en España hay que achacarla a esta escisión histórica de nuestro movimiento obrero. La burguesía ha encontrado un terreno propicio mientras la clase trabajadora partida en dos trozos se combatía incesantemente. La consigna sindical del Partido Obrero de Unificación Marxista, en éste como en los demás aspectos del problema obrero, es bien categórica: unificación. No hay lugar para dos centrales sindicales. Una clase. Un frente. Una sola central sindical (...)

“El Partido Obrero planteándose, pues el problema de la unidad en éste, como en los demás dominios, se cree en el deber de no limitarse a una simple propaganda de la unidad sindical, sino que trabaja prácticamente en dicho sentido. A tal efecto, el POUM, aunque partido peninsular, opina, basándose en el estudio de la realidad, que la clave para levantar el edificio de la unidad sindical en España, se encuentra en Cataluña, que es donde la organización sindical está más disgregada.

La pulverización del movimiento sindical existente en Cataluña no tiene límites. La Confederación Nacional del Trabajo, que antes ejerció la supremacía absoluta, ha visto cómo sus fuerzas iban disminuyendo hasta pasar a una posición indiscutiblemente

minoritaria. La gran masa obrera de Cataluña, está, como consecuencia del fracaso de la CNT dirigida por los anarquistas de la FAI, desorganizada. Pero la parte organizada existente se encuentra agrupada así:

- 1º.- Sindicatos influenciados por el Partido Obrero, seguramente el sector más importante.
- 2º.- Sindicatos de Oposición en la CNT (treintistas).
- 3º.- Confederación Regional del Trabajo de Cataluña (CNT).
- 4º.- Unión General de Trabajadores (Federación Catalana).
- 5º.- Sindicatos influenciados por la Unión Socialista de Cataluña, y
- 6º.-Sindicatos Autónomos.

Pues bien, se trata de constituir la Unidad Sindical de los trabajadores de Cataluña. Esta Unidad Sindical, precisamente por considerarse como transitoria, en espera de la unificación sindical definitiva en todo el país, se mantendrá al margen de la Confederación Nacional del Trabajo y de la Unión General de Trabajadores, luchando por su unidad, por la formación de una Central Única (...).”

La política del POUM en este dominio, como en otros, era unitaria de palabra, pero en la práctica seguía manteniendo que las estructuras sindicales que influenciaba se mantuvieran al margen de las grandes centrales sindicales. Por otra parte, era evidente el interés en minimizar la influencia de los sindicatos de masas en Catalunya, especialmente de la CNT, colocándolas en pie de igualdad con otras expresiones mucho más minoritarias pero que estaban bajo el control político del nuevo partido. La incapacidad para entender el papel de las grandes organizaciones tradicionales del proletariado, políticas y sindicales, y la relación de estas con la masa obrera eran señas de identidad del POUM.

El POUM contaba con diferentes órganos de expresión; *La Batalla*, periódico del Partido; *Front*,<sup>203</sup> portavoz en Cataluña y *La Nueva Era*, revista teórica mensual. En cuanto a su funcionamiento interno se regulaba a través de sus congresos, órganos de dirección, así como los deberes y obligaciones de sus militantes, haciendo especial hincapié en que: “Dentro del Partido, no está tolerada ninguna fracción.”<sup>204</sup>

### **Heterogeneidad política**

Como hemos señalado al final del capítulo anterior, la ruptura política entre Nin y Trotsky, o lo que es lo mismo, entre la dirección de la ICE y la Liga Comunista

---

<sup>203</sup> En un primer momento ese papel fue jugado por *L’Hora*, antigua publicación del BOC, pero en la medida en que en torno a su comité de redacción se organizó un grupo crítico, a partir de diciembre de 1935 el CE decidió sustituirlo por *Front*.

<sup>204</sup> Todo ello se encuentra detallado en el folleto *Qué es y qué quiere el Partido Obrero de Unificación Marxista*, redactado entre Nin y Maurín para la unificación de la ICE y el BOC en septiembre de 1935, que daría lugar al nacimiento del POUM, y publicado posteriormente en febrero de 1936. Está incluido en este libro.

Internacional (Pro Cuarta Internacional) había llegado a un punto crítico en el mes de julio de 1935. En la correspondencia mantenida entre el Comité Ejecutivo de la ICE y el Secretariado Internacional de la LCI, Trotsky, conociendo la trayectoria política del BOC, que el propio Nin había criticado años atrás por “sus zigzags, sus desviaciones evidentes, su pasividad efectiva ante los acontecimientos, su desorientación completa...”<sup>205</sup>, consideraba necesario que el nuevo partido garantizara a los bolcheviques-leninistas el derecho a constituir su propia fracción: “si por lo menos hubierais tenido derecho a fracción, y hubierais entrado con vuestra banderas y vuestras propias ideas...”<sup>206</sup>

Trotsky, igual que en 1931, cuando sin oponerse a la participación de miembros de la OCE en el BOC aconsejaba a Nin que centrara el grueso de sus esfuerzos en construir un núcleo sólido de cuadros marxistas, advertía ahora al conjunto de la ICE que seguían sin existir atajos en la construcción del partido revolucionario. Le resultaba difícil convencerse de que una organización como el BOC, levantada sobre posiciones que no eran marxistas, educada en el oportunismo de giros políticos constantes —ya fuera respecto a la IC estalinizada, a los partidos pequeñoburgueses o la cuestión nacional— en busca de un crecimiento rápido, se convirtiera tan fácilmente al bolchevismo.

Trotsky había aceptado el proceso de unificación en Cataluña —obligado por la resistencia de Nin a sus consejos—, pero exigía garantías de que ese paso no se transformase en la disolución de las posiciones marxistas que, en teoría, seguía defendiendo la ICE. Entre estas estaba el compromiso de participar codo con codo con los obreros y jóvenes socialistas que giraban hacia posiciones revolucionarias fuera de Cataluña. Trabajar con ellos, sentir el latir de las masas, ayudaría a la fracción bolchevique-leninista a fortalecer sus anticuerpos contra los virus del sectarismo y el oportunismo. Otra condición era evitar que la unificación se redujera a la ICE y el BOC, puesto que de ser así, se rebajaría el objetivo de iniciar un trabajo en común con diferentes organizaciones, especialmente con la izquierda socialista, que podrían evolucionar hacia el programa de la revolución proletaria. Y algo más. Al igual que en el trabajo propuesto en el seno de las organizaciones socialdemócratas centristas que provenían del reformismo, era necesario preservar una estructura orgánica que permitiera mantener un perfil político nítido, sólido e independiente, incluyendo la utilización de órganos de expresión escritos bajo el control de la ICE. El trabajo en el nuevo partido, donde las tradiciones políticas del bloquismo tendrían una abrumadora mayoría numérica, requería al menos de esas precauciones. Después de todo, las discrepancias entre la ICE y el BOC habían sido muchas y de carácter principista: el modelo de partido, la naturaleza de la revolución española, el papel de la clase obrera en la emancipación de las nacionalidades oprimidas, el estalinismo, los órganos de poder en la revolución, la actitud ante los partidos y el programa de la pequeñaburguesía, las causas de la derrota de Octubre de 1934...

Nin no compartió ninguna de estas consideraciones de Trotsky. “La unidad ideológica a la que felizmente hemos llegado es tan completa que el Comité Ejecutivo Nacional no ha dudado un solo momento en proponer la disolución de la fracción. ¿Qué objetivo podría tener una fracción en un partido en el que hemos contribuido en la elaboración

---

<sup>205</sup> Andreu Nin, *¿A dónde va el Bloque Obrero y Campesino?*, septiembre de 1931, incluido en este libro

<sup>206</sup> Carta del Secretariado Internacional al CE de la ICE, julio de 1935, se reproduce en este libro.

del programa sin olvidar uno solo de nuestros principios?”<sup>207</sup> Pero este idílico cuadro de unanimidad ideológica en el seno del POUM no casaba con la realidad.

Pelai Pagés, autor que ha desarrollado una profunda investigación sobre Nin y el trotskismo español, llega a la siguiente conclusión sobre la actitud de la base bloquista ante la unificación: “Tenemos muchos datos que nos permiten afirmar la poca sinceridad con que la mayoría de militantes del BOC aceptaron la unificación. En diversas conversaciones que hemos mantenido con ex-militantes de este partido, que pasaron luego al POUM, se nos ha llegado a afirmar que la unificación fue un error. Evidentemente son manifestaciones a posteriori, realizadas muchos años después, pero son, creemos sintomáticas. (...) En efecto, en el momento de la unificación, muchos militantes bloquistas recelaban de la ICE.” Andrew Durgan, otro importante estudioso de la izquierda comunista y el BOC, considera que la reacción de los militantes del BOC ante la unificación fue diversa. “Muchos, especialmente el ala juvenil de Barcelona, reaccionaron con entusiasmo. Otros se mostraron indiferentes, algunos presentaron objeciones al cambio de nombre alegando que el del BOC ya era bien conocido como una opción política claramente definida. (...) La oposición más pertinaz la presentó un grupo encabezado por la mayoría de los integrantes del consejo de redacción de *L’Hora*...”<sup>208</sup>

Este grupo era conocido como la facción catalanista desde el Segundo Congreso de la Federación Comunista Ibérica (FCI, nombre del BOC para el conjunto del estado), celebrado en abril de 1934. La primera actitud de la dirección del POUM frente a este foco de resistencia, fue un intento de integración en la nueva dirección. El Comité Ejecutivo del POUM incluyó a Arquer, Coll y Rovira, representantes de la tendencia más catalanista del BOC y con una importante autoridad entre la militancia bloquista. Sin embargo, esta política de mano tendida fracasó y la oposición no renunció a defender sus ideas. Poco después de la reunión fundacional, en noviembre, la fracción crítica distribuyó entre los afiliados un manifiesto con la firma de 40 militantes, encabezado por Colomer, Ferrer, Estivill y Estartús, que, entre otras cosas, denunciaba los ataques del partido contra la URSS. Otra de las diferencias se centraba en el Frente Popular. Estivill, defendía la “necesidad de unir a todas las clases progresistas” para realizar la “revolución antifascista.”<sup>209</sup> A principios de enero de 1936, en reunión extraordinaria del Comité Central ampliado, se decidió disolver esta fracción y suspender de militancia por un año a Colomer, Estivill y Estartús. Se aprobó también que si la oposición no acataba la decisión, todos los integrantes de la fracción serían expulsados. Ante de que finalizara ese mismo mes, Colomer, Estivill, Ferrer y Estartús, con otros 18 militantes más, abandonaron el POUM.

Con la salida de estos dirigentes no desaparecieron los desacuerdos. Las discrepancias internas en torno a la cuestión nacional, la posición respecto a la IC y el frentepopulismo, volvieron a ponerse de manifiesto en numerosas ocasiones. Un sector del ala más catalanista, encabezado por Rovira y Coll, se mantuvo dentro del partido hasta finalizada la guerra. Pierre Broué, otro autor que dedicó buena parte de su vida a un estudio pormenorizado de la evolución de la izquierda comunista en la revolución española, es de la opinión de que había “varios POUM”. En un extremo, se encontraban aquellos que rechazaban denunciar al estalinismo y simpatizaban con la unión de todos

---

<sup>207</sup> Carta del Comité Ejecutivo de la ICE al SI, 21 de julio de 1935, se reproduce en este libro.

<sup>208</sup> Andreu Charles Durgan, *op. cit.*, p. 368.

<sup>209</sup> Citado por Andreu Charles Durgan, *op. cit.*, p. 370.

los sectores progresistas contra el fascismo (frentepopulismo). Fiel exponente de este sector fue la Federación de Levante del POUM bajo la dirección de Luis Portela.

A finales de 1936, en plena guerra civil y cuando arreciaba la campaña del estalinismo contra el POUM en Madrid, lejos de expresar un apoyo incondicional a sus *camaradas* madrileños, la sección valenciana declaró en su órgano de expresión, *El Comunista*, que los militantes levantinos estaban orgullosos de “no haber provocado ningún incidente.”<sup>210</sup> Portela inició entonces “una campaña para que ‘se corte de raíz’ todo ‘pretexto’ de ataque por parte de otros partidos obreros, lo que no puede conseguirse según él, sino con la eliminación radical del POUM de ‘toda tendencia trotskista o trotskizante’...”<sup>211</sup>. Su pasividad ante la brutal persecución de los poumistas que militaban en la capital subrayaba la brecha ideológica que los separaba a pesar de su coexistencia en un mismo partido. En Madrid, donde el primer núcleo del POUM fue constituido por militantes de la ICE, su local central, presidido por un inmenso retrato de Trotsky, acogía a voluntarios internacionalistas provenientes de la Liga Comunista.

Antes de cumplir un año de existencia, a la falta de cohesión ideológica, más aparente que real como hemos señalado, se sumó una nueva circunstancia política de gran trascendencia para el futuro del POUM. El alzamiento fascista del 18 de julio de 1936 sorprendió a Joaquín Maurín, secretario general del Partido, en Galicia. Cuando intentaba llegar a Barcelona fue detenido en Aragón por los militares golpistas. Durante un período de tiempo se creyó incluso que había sido asesinado por los fascistas. Afortunadamente, Maurín estaba vivo, pero pasó toda la guerra encarcelado y, por tanto, imposibilitado para la actividad política.

Nin se convirtió entonces en el máximo dirigente del POUM, pero debido a las reticencias que existían entre los viejos dirigentes boquistas a entregarle el máximo poder ejecutivo, fue nombrado “secretario político” y no secretario general. Esta circunstancia supuso que las riendas del POUM quedaran en manos de un veterano militante, pero con una autoridad mermada entre destacados sectores de la militancia poumistas. Víctor Alba, seguidor de Maurín, ha dejado constancia también de las diferentes tendencias que cohabitaron en el POUM. Comenta como Nin, tras asumir su nueva responsabilidad, se encontró sometido a diferentes presiones, “...la de los comités locales de Barcelona y Lérida y de las Juventudes del POUM (Juventud Comunista Ibérica), que podríamos llamar el ala radical del Partido; la de algunos comités comarcales, a veces temerosos de que las posiciones del Partido aislen a éste de los republicanos y los comunistas...”<sup>212</sup> Andrade, miembro del CE del POUM y estrecho colaborador de Nin en aquellos años, recordaría las dificultades a las que se enfrentó el secretario político: “La ausencia de su jefe Maurín, había creado entre los antiguos bloquistas un reflejo de defensa preventiva contra los dirigentes del partido procedentes de la ICE, en los que suponían la intención de ‘apoderarse del POUM’ y de ‘imponer el trotsquismo’. Por esta situación, Andrés Nin fue un secretario político disminuido en sus funciones, lo que le afectó dolorosamente durante el año de guerra

---

<sup>210</sup> Citado por Pierre Broué en *La revolución española (1930-1936)*, p. 26.

<sup>211</sup> *Ibid.*, p. 28.

<sup>212</sup> Citado en el libro de Víctor Alba, *Dos revolucionarios Andreu Nin Joaquín Maurín*, Hora h, Madrid, 1975, p. 394.

civil que vivió, y contra cuyo estado de cosas yo estimaba que no quería ni acertaba a reaccionar resueltamente.”<sup>213</sup>

El propio Maurín, en una carta escrita a Víctor Alba en 1971, rememoraba sus dudas sobre la unificación y sus diferencias con la trayectoria política del partido tras su ausencia. Eran los tiempos en que Maurín había renegado del marxismo y desarrollaba colaboraciones con destacados intelectuales anticomunistas, en plena guerra fría entre EEUU y la URSS. “Algunas veces, sobre todo cuando estaba en la prisión, me pregunté si no fue un error político mío haber favorecido la aceptación del grupo trotskista. (...) Es muy posible que si yo hubiera estado allí, la dirección del POUM hubiese cometido errores y equivocaciones, pero nunca las burradas incalificables que tú mencionas. Yo no hubiera consentido nunca que *La Batalla* saliese adornada con la hoz y el martillo, insignia soviética; ni que el ejecutivo del POUM pidiera a la Generalitat que Trotsky fuese admitido en Cataluña. Trotsky era un factor permanente de desorden, y, en el supuesto que hubiese llegado a Barcelona, las primeras consecuencias de su espíritu desorganizador las hubiese experimentado el POUM, al que él había combatido, combatía y seguía combatiendo. Además, invitar a Trotsky era como un reto a Moscú. Moscú aceptó el reto y contraatacó. (...) El ejecutivo del POUM no comprendió nunca que lo primero era ganar la guerra. Antepuso la revolución a la guerra, y perdió la guerra, la revolución y se perdió a sí mismo.”<sup>214</sup>

Cabría preguntarse, tras leer estas líneas, si realmente las cosas hubieran sido distintas con Maurín liderando el POUM en aquellos momentos decisivos. Mejor dejar la política-ficción para otros. Intentemos pensar también, que el secretario general del POUM realizó estas declaraciones, que contradicen los ejes programáticos del partido del que era máximo dirigente, cuando ya había abandonado definitivamente el ideario comunista. “Cierto que he evolucionado —las piedras no evolucionan—. Desde 1936 han transcurrido treinta y cinco años, y durante ese largo espacio de tiempo, el mundo ha cambiado más que en los dos siglos precedentes. El mundo de 1971 es totalmente distinto del de 1936. Y las ‘medidas’ doctrinales e ideológicas de entonces no sirven ahora: son viejas y no corresponden a la realidad. ¿En qué sentido he evolucionado? ¿Cuál es mi posición ahora? En primer lugar repudio la palabra ‘comunismo’ desprestigiada y envilecida por el estalinismo. Creo que ‘socialismo’ y ‘comunismo’ no sólo son distintos, sino antitéticos. El socialismo, tal como lo entendieron los clásicos, es inseparable de la Libertad y la Democracia. El ‘comunismo’, en cambio, es su negación absoluta.”<sup>215</sup>

Las diferentes raíces ideológicas y trayectorias políticas de los dirigentes que confluyeron en el POUM, no fueron sometidas a un proceso de homogeneización a pesar del debate y la práctica común. Si bien los Comités Centrales de ambas organizaciones aprobaron las tesis políticas de la unificación, una serie de dificultades logísticas, que resultaron insalvables para los dirigentes de la ICE y el BOC, imposibilitaron también la celebración de un amplio congreso fundacional. En la reunión del 29 de septiembre de 1935 solo participó un reducido grupo de la dirección. En su polémica con Carrillo, Maurín argumentaba que el PSOE no podría convertirse en un partido bolchevique por su falta de cohesión política. “Un partido con la enorme

---

<sup>213</sup> Esta cita procede del prefacio de Juan Andrade a la obra *Andrés Nin. Los problemas de la revolución española*, Ruedo ibérico, 1971.

<sup>214</sup> Víctor Alba, *Dos revolucionarios Andreu Nin Joaquín Maurín*, pp. 287-89.

<sup>215</sup> *Ibid.*, p. 295.

responsabilidad que tiene el Partido Socialista no puede ser un galimatías, en el que cada cual haga de su capa un sayo, sino que ha de ser un todo homogéneo, consciente de su autodisciplina, como un arco en tensión todo él hacia un objetivo único.”<sup>216</sup> La forma en la que los dirigentes del BOC y la ICE alumbraron el nacimiento del POUM, privaron al partido de alcanzar la homogeneidad ideológica necesaria para resistir las brutales presiones que se desataron en los momentos críticos de la revolución española. Pero, tal como se había enfocado la unificación, esto resultaba del todo inevitable. Las previsiones de Trotsky se cumplieron también en este terreno.

La militancia poumista, que en muchos casos fue capaz de demostrar una entrega y heroísmo ejemplares, dignos de la mayor admiración y reconocimiento, no pudo contar con la herramienta con la que contaron los obreros bolcheviques. Lenin señaló como se consiguió, en el caso del bolchevismo, la disciplina y cohesión interna que el partido revolucionario requiere para afrontar las batallas decisivas: “La primera pregunta que surge es la siguiente: ¿cómo se mantiene la disciplina del partido revolucionario del proletariado? ¿Cómo se comprueba? ¿Cómo se refuerza? Primero, por la conciencia de la vanguardia proletaria y por su fidelidad a la revolución, por su firmeza, por su espíritu de sacrificio, por su heroísmo. Segundo, por su capacidad de ligarse, de acercarse y, hasta cierto punto, si queréis, de fundirse con las más amplias masas trabajadoras, en primer término con las masas proletarias, pero también con las masas trabajadoras no proletarias. Tercero, por lo acertado de la dirección política que ejerce esta vanguardia, por lo acertado de su estrategia y su táctica políticas, a condición de que las masas más extensas se convenzan de ello por su propia experiencia. Sin estas condiciones es imposible la disciplina en un partido revolucionario verdaderamente apto para ser el partido de la clase avanzada, llamada a derrocar a la burguesía y a transformar toda la sociedad. Sin estas condiciones, los intentos de implantar una disciplina se convierten inevitablemente en una ficción, en una frase, en gestos grotescos.”<sup>217</sup>

### **De la teoría a la práctica: el POUM y el Frente Popular**

A finales de 1935 era evidente que el gobierno de la derecha estaba agotado. Incapaz de contener el movimiento de las masas en las calles, la crisis revolucionaria avanzaba con fuerza. En la primera semana de enero de 1936 se convocaron elecciones para el 16 de febrero, y la reacción de las cúpulas de los partidos obreros fue aferrarse aún más a la democracia burguesa a pesar de todos los discursos izquierdistas.

El PCE se encontraba inmerso en la nueva senda marcada por la IC en su VII congreso, que aprobó y generalizó la estrategia frentepopulista de pactos interclasistas como correlato a las nuevas alianzas exteriores tejidas por Stalin, especialmente con el imperialismo francés. Con objeto de formar un Amplio Frente Antifascista, los estalinistas defendían la necesidad de atraer a los sectores “democráticos” de la burguesía. Estos acuerdos con los agentes políticos del capital, implicaban, inevitablemente, la renuncia a la lucha de clases. La creación del Frente Popular francés y español supuso contener la acción revolucionaria de las masas en los límites de la democracia burguesa, cuya defensa se convirtió en el eje de la lucha antifascista.

---

<sup>216</sup> Joaquín Maurín, *Polémica sobre la bolchevización de las Juventudes Socialistas*, artículo incluido en este libro.

<sup>217</sup> Lenin, *La enfermedad infantil del ‘izquierdismo’ en el comunismo*, pp. 32-33.

No se trataba de ninguna idea original, sino de una adaptación de la política menchevique en 1917. Trotsky ya había hecho balance de esta posición conciliadora en su obra *Historia de la Revolución Rusa*: “La lucha en dos frentes —contra la reacción y contra los capitalistas— rebasa las fuerzas del proletariado. Ésta era su idea central. Los mencheviques se inclinaban a aceptar, en general, la ruptura fatal con la burguesía en un futuro próximo. Pero esta persuasión, puramente teórica, no obligaba a nada. Los mencheviques entendían que no había que forzar la ruptura. Y como quiera que la burguesía no se pase, precisamente, al campo de la reacción obligada por las frases inflamadas de los oradores y periodistas, sino presionada por el movimiento espontáneo de las clases trabajadoras, los mencheviques se oponían con todas sus fuerzas a la lucha económica de los obreros y campesinos. Las cuestiones sociales —decían— no son, actualmente, las primordiales. Ahora, por lo que hay que luchar es por la libertad política.”<sup>218</sup>

El intento de no provocar a la reacción fue en vano. Los planes golpistas de los capitalistas, terratenientes y banqueros españoles avanzaban a toma máquina, ignorando las concesiones que los dirigentes obreros hacían a los partidos republicanos. Franco y los militares africanistas, protagonistas del alzamiento del 18 de julio, se hacían cada vez más fuertes en la parte española del protectorado marroquí y, en seis meses, tendría todo preparado para iniciar el asalto a la península.

El POUM se quedó solo en su propuesta de realizar un frente único de organizaciones obreras que permitiese trasladar las Alianzas Obreras al terreno electoral, rechazada por el resto de partidos de la izquierda. Los dirigentes del PSOE y de la UGT, especialmente su ala de derechas encabezada por Indalecio Prieto y Julián Besteiro, simpatizaron rápidamente con la propuesta del PCE de conformar un Frente Popular para las elecciones de febrero. Antes ya se habían declarado favorables a un pacto electoral con los republicanos. Se trataba de reeditar, esta vez con la colaboración de los estalinistas, el gobierno de conjunción republicano-socialista de 1931 a 1933. El joven Partido Obrero se enfrentaba así, apenas transcurridos cinco meses desde su fundación, a una encrucijada política.

*La Batalla* del 27 de diciembre de 1935, informaba a sus lectores: “La posición justa fue señalada oportunamente por nuestro Partido: que la Alianza Obrera fuera a la lucha electoral, pactando, según las circunstancias, con los sectores republicanos de izquierdas, es decir, con la pequeña burguesía. Este frente obrero hubiera constituido la movilización de la totalidad de las masas trabajadoras y campesinas, arrastrando incluso, seguramente a los propios anarquistas. Nuestra interpretación sin embargo, si bien encontró un eco favorable, indiscutible, entre la masa trabajadora, lo cierto es que no ha sido aceptado por los demás partidos obreros. (...) Nosotros, no obstante, aunque hoy no tenemos todavía la fuerza electoral que poseen los socialistas, sin ser contrarios a una inteligencia con los partidos republicanos de izquierdas, creemos que esta inteligencia, caso de establecerse, ha de tener como objetivos: Primero. Derrotar la contrarrevolución en las elecciones. Segundo. Conseguir la Amnistía. Tercero. Restablecer el Estatuto de Cataluña. Una vez logrados estos objetivos, el movimiento obrero y los partidos pequeño-burgueses deben considerar por terminado su pacto

---

<sup>218</sup> León Trotsky, *Historia de la Revolución Rusa*, Volumen I, p. 209.

circunstancial y seguir libremente sus caminos diferentes. Esa es nuestra posición. Es sobre ella que vamos a actuar los próximos días.”<sup>219</sup>

A pesar de todas las ideas y formulaciones de su programa, el POUM asfaltaba el camino para su colaboración con el Frente Popular. La declaración de *La Batalla* no era muy diferente a la posición de Largo Caballero y la izquierda socialista, que aceptaban el pacto con las organizaciones republicanas como un acuerdo “circunscrito” a la contienda electoral, sin “renunciar” a sus aspiraciones máximas. Pero el camino al infierno, como dice el refrán, está empedrado de las mejores intenciones. Esta era la argumentación clásica de los centristas: pactos con la burguesía republicana...pero limitados. Pronto se vería que este esquema no se correspondía con la dinámica real de los acontecimientos.

Como era de prever, las negociaciones para realizar una amplia alianza frente populista fueron muchísimo más allá de los tres objetivos establecidos por el POUM. Era realmente sorprendente que los dirigentes poumistas, que se declaraban a si mismos como marxistas-leninistas, no quisieran entender que, siendo el Frente Popular una maniobra política por parte de republicanos, estalinistas y reformistas, su objetivo no sería otro que anular la independencia política de la clase obrera. El programa del Frente Popular, que recogió reivindicaciones abiertamente progresistas y muy demandadas por la izquierda, como la amnistía para los delitos políticos y sociales cometidos antes de noviembre de 1935 y la readmisión de los despedidos como consecuencia de las luchas obreras, especialmente tras la insurrección del 34, renunció totalmente a las reivindicaciones estratégicas de la clase obrera y el movimiento jornalero. El texto definitivo, explicaba en su punto 4 como “los republicanos no aceptan el principio de la nacionalización de la tierra y su entrega a los campesinos, solicitado por los delegados del Partido Socialista.” En el punto 5.2 se lee que “los republicanos no aceptan el subsidio de paro solicitado por la representación obrera” y, en el 6, “no aceptan los partidos republicanos las medidas de nacionalización de la Banca propuestas por los partidos obreros.” En el mismo sentido, se redactó el punto 7: “La República que conciben los republicanos no es una República dirigida por motivos sociales o económicos de clase, sino un régimen de libertad democrática impulsado por motivos de interés público y progreso social (...) No aceptan los partidos republicanos el control obrero solicitado por la representación socialista.”

Existiendo tantas discrepancias entre la “representación obrera” y los “republicanos” en aspectos trascendentales como la propiedad de la tierra, los derechos de los parados o el control de los recursos de la banca, los dirigentes obreros, cuyas organizaciones eran inmensamente superiores en afiliación, base electoral y, sobre todo, en fuerza real en la calle, renunciaron a su “programa”. No era casual esta forma de conducirse: ni los dirigentes del ala de derechas del PSOE ni los del PCE querían poner en práctica un programa socialista de lucha por el poder, y, eso, inevitablemente les llevó a desistir, sin el menor problema, de la entrega de la tierra a los campesinos, la nacionalización de la banca, y el control obrero. La Internacional Comunista, y por tanto el PCE, habían renunciado conscientemente a esa perspectiva. Y, en lo que respecta a los dirigentes centristas de la izquierda socialista, empezando por Largo Caballero, se manifestó de nuevo la falta de concordancia entre sus discursos radicales, en los que se alababa la dictadura del proletariado, y la práctica política. Caballero también aceptó el Frente

---

<sup>219</sup> Citado en Pelai Pagès, *Andreu Nin: su evolución política (1911-1937)*, pp. 196-97.

Popular. La alianza con los partidos republicanos, la supuesta burguesía y pequeña burguesía democrática, en aras de la lucha contra el fascismo, se convertía así en una excelente coartada para justificar ante millones de obreros y jornaleros la imposibilidad de poner en marcha el programa de la revolución socialista.

El Frente Popular había sido denunciado en el programa político del POUM, redactado por Nin y Maurín y al que hemos hecho referencia anteriormente (*Qué es y qué quiere el Partido Obrero de Unificación Marxista*). Por más justificaciones que se quieran plantear a la actitud mantenida por la dirección del POUM, lo cierto es que la situación revolucionaria en el Estado español había llegado a su momento crítico. Si en estas condiciones, el partido que se arrogaba el papel de dirección revolucionaria del proletariado renunciaba a exponer con claridad su política marxista y se enredaba en una colación interclasista, ¿qué podría pasar cuando la clase obrera tuviera que enfrentarse realmente con la disyuntiva de tomar el poder y barrer a la burguesía del escenario?

El contenido del programa frentepopulista pretendía convencer a las masas de que renunciaran a poner en práctica sus reivindicaciones. Los casi 30.000 presos políticos para los que se pedía la amnistía, ¿acaso no estaban presos precisamente por luchar por la tierra y contra el fascismo?, ¿no habían sido privados de su libertad por defender las reivindicaciones que el programa del Frente Popular rechazaba? Cada una de las concesiones y los retrocesos de los dirigentes obreros frente a los partidos republicanos, intentaba frenar la acción revolucionaria de los obreros y los jornaleros sin tierra. Los dirigentes del PSOE y el PCE se solidarizaban plenamente con las posiciones de los mencheviques rusos. El Frente Popular protegía los derechos de la propiedad burguesa, pero por más declaraciones que se hicieran en este sentido, los terratenientes, los banqueros y los empresarios habían comprendido meridianamente que las masas no renunciarían a una lucha encarnizada por sus aspiraciones socialistas.

Hacia tiempo que los capitalistas españoles habían llegado a la conclusión de que no era posible detener el avance de la revolución por medios parlamentarios. Ningún gobierno de unidad nacional interclasista les garantizaba ya la supervivencia de sus privilegios, sólo un golpe militar fascista, que aplastara a la clase obrera y a sus organizaciones, podría hacerlo posible. En el momento en que el parlamentarismo dejaba de ser útil a sus intereses, fue abandonado sin la menor vacilación o remordimiento, en aras de imponer la dictadura de la clase dominante. Esa era la dinámica general de la burguesía en el Estado español, Alemania o Italia; junto a las fuertes tendencias profascistas entre la burguesía británica ante el temor de un estallido revolucionario.

Los acuerdos del PCE y el PSOE con los partidos republicanos en el marco del Frente Popular, abrieron al POUM una inmejorable posibilidad para diferenciarse políticamente. Esto no implicaba presentarse a las elecciones de febrero con listas contrapuestas a las del Frente Popular. No se trataba de competir en ese terreno, pues el POUM seguía siendo un partido débil, a pesar de que contaba ya con siete u ocho mil afiliados y con la simpatía de varios miles de obreros.<sup>220</sup> Después de todo, los marxistas, consideran su participación en las instituciones de la democracia burguesa como una herramienta y no como un fin en si mismo. Todos los avances y retrocesos para la vida de las masas que deciden los parlamentos burgueses, no son, en última instancia, otra

---

<sup>220</sup> Son estimaciones de Pelai Pagés.

cosa que el reflejo, más o menos distorsionado, de los avances y retrocesos de la lucha de clases que se desarrolla al otro lado de los muros del Congreso. Las batallas decisivas se ganan o se pierden en la calle y en las fábricas, y la táctica del partido revolucionario en el terreno electoral está subordinada, por tanto, a desarrollar la conciencia de su militancia y de la masa obrera que influencia, su nivel de organización y combatividad.

En cualquier caso, el Frente Popular era un hecho consumado. El POUM tuvo que decidir. En el Comité Central del 5 de enero de 1936, tras un informe de Nin, se aprobó por unanimidad una resolución por la que el POUM comprometía su apoyo a lo que se denominaba “el frente obrero republicano”, fórmula que encubría la aceptación pura y simple del acuerdo frentepopulista. Juan Andrade firmó en nombre del Partido junto al resto de organizaciones obreras y los partidos republicanos.

Los dirigentes poumistas justificaron el apoyo al Frente Popular argumentando que se trataba de algo temporal y que, una vez celebradas las elecciones, esta alianza ‘no permanente’, se rompería. Julián Gorkín lo explicaba desde las páginas de *La Batalla*: “Actuar de otra forma habría sido un imperdonable error táctico. Hemos adoptado una política realista que respondía a las circunstancias. Hemos firmado el pacto del Frente Popular limitándonos a participar en la campaña electoral que nos ha permitido dirigirnos a las masas y hacer ante ellas la crítica del ‘frente populismo’ en nombre de la lucha de clases”.<sup>221</sup> Juan Andrade se mantendría en esta posición muchos años después, a pesar de que la política destinada a acabar con las conquistas revolucionarias desarrolladas por los diferentes gabinetes frentepopulistas era un hecho irrefutable. “Aunque había consideraciones que podíamos llamar pragmáticas que inspiraron nuestra decisión, como era la de aprovechar todas las posibilidades de actuación pública y de grandes actos para dar a conocer nuestro partido y nuestro programa a las grandes masas de opinión, sensibilizadas por la lucha política electoral, y combatir al mismo tiempo también toda ilusión sobre el Frente Popular, el POUM respondió así principalmente al sentimiento unánime de los trabajadores españoles para hacer frente al desarrollo ofensivo de los militares y la contrarrevolución, deseo compartido incluso por los ‘antipolíticos’ de la CNT-FAI, que en definitiva fueron los que determinaron con sus votos el triunfo del bloque electoral en febrero de 1936.”<sup>222</sup>

En el lenguaje del centrismo siempre había “circunstancias excepcionales” que justificaban la aplicación de una política “realista”, entendiendo por realismo, obviamente, la renuncia a defender un programa revolucionario. A la hora de la verdad, los dirigentes del POUM no superaban la argumentación de los dirigentes izquierdistas del PSOE, aunque la encubrieran demagógicamente —lo que es peor— con declaraciones del tipo “firmamos el pacto de Frente Popular para hacer ante las masas la crítica del frentepopulismo en nombre de la lucha de clases”.

Grandizo Munis, que se había negado a aceptar la fusión con el BOC en los términos planteados por la dirección de la ICE, y seguía fiel a las posiciones políticas de Trotsky, rechazaba tajantemente estos argumentos: “(...) Para obtener con certidumbre un diputado, el POUM sacrificó las leyes sociales que rigen la lucha de clases... a la ley

---

<sup>221</sup> *La Batalla*, 20 abril 1936.

<sup>222</sup> Juan Andrade, Introducción a *Andreu Nin, El POUM en la revolución española*, Ed. Antídoto, Buenos Aires, 1971, p. 38.

electoral.”<sup>223</sup> Munis, como Trotsky, estaba convencido de que no era necesaria la firma del Frente Popular para desarrollar una amplia campaña electoral que conectara con los sentimientos de los trabajadores: “Teniendo en cuenta la fuerza aplastante del frente popular apoyado por las grandes organizaciones obreras, una organización revolucionaria pequeña debió adoptar esta actitud cara a las masas: el frente popular nos pone ante la obligación de votarle a él, con todos sus proyectos antirrevolucionarios, o dar ocasión al triunfo de la derecha si presentamos candidaturas independientes. Votemos las candidaturas del frente popular, pero nuestra vocación no significa un apoyo al bloque gubernamental y su programa, sino el único repudio a las derechas posible.”<sup>224</sup> Era necesario adaptar la metodología política que posibilitó la consigna ‘¡Abajo los diez ministros capitalistas!’ en la Rusia de 1917 a la particular realidad de la revolución española de 1936. No firmar el Frente Popular, mantenerse en una política intransigente de independencia de clase, y dar un apoyo crítico a sus candidaturas, tal y como defendía Munis. Esa era la advertencia que los comunistas que reivindicaban la herencia del partido de Lenin debían transmitir a la clase obrera: votad al Frente Popular, echad a la derecha del parlamento, pero no confiéis más que en vuestras propias fuerzas y en un programa socialista para derrotar al fascismo. De esta manera nadie podría acusar al POUM de contribuir, ni por activa ni por pasiva, al triunfo de la derecha, pero hubiera mostrado su coherencia revolucionaria, una coherencia imprescindible de cara a los hechos que se aproximaban.

Trotsky, convencido de que el programa político no era algo de lo que se podía prescindir, ni siquiera circunstancialmente, por que representaba la viga maestra que sostenía el edificio del partido, denunció la actuación del POUM como una traición. “No es superfluo recordar a propósito de esto que los ‘comunistas de izquierda’ españoles, como lo indica su propio nombre, han endurecido sus rasgos para aparecer, en cada ocasión propicia, como revolucionarios intransigentes. En particular, han condenado severamente a los bolcheviques-leninistas franceses por su entrada en el partido socialista: ¡nunca y en ningún caso! Entrar de forma temporal en una organización política de masas para luchar implacablemente en sus filas contra sus jefes reformistas bajo la bandera de la revolución proletaria, es oportunismo, pero concertar una alianza política con los jefes del partido reformista sobre la base de un programa que se sabe deshonesto y que sirve para engañar a las masas y a encubrir a la burguesía, ¡eso es valentía! ¿Es posible envilecer y prostituir más al marxismo?”<sup>225</sup>

Se preguntaba a su vez en qué lugar quedaba la credibilidad del POUM: “No se puede decir el lunes que la Sociedad de Naciones<sup>226</sup> es una banda de ladrones y el martes invitar a los electores a votar por el programa de la Sociedad de Naciones, para explicar el miércoles que no se trataba la víspera más que de una maniobra electoral y que se va a volver a tomar el verdadero programa. El obrero serio debe preguntarse: ¿qué van a decir esta gente el jueves y el viernes?”<sup>227</sup>

---

<sup>223</sup> Munis, *op. cit.*, pp. 246-247.

<sup>224</sup> *Ibid.*, p. 247.

<sup>225</sup> Esta y la siguiente cita forman parte del artículo de Trotsky *La traición del Partido de Unificación Marxista español* del 22 de enero de 1936, incluido en este libro.

<sup>226</sup> Organización predecesora de la ONU.

<sup>227</sup> León Trotsky, *¿Qué deben hacer los bolcheviques-leninistas en España?*, 22 de abril de 1936, incluido en este libro.

Varios dirigentes de la Liga Comunista Internacional, sin embargo, no compartieron estas críticas. Sneevliet en Holanda, Vereecken en Bélgica y Víctor Serge, cuando pudo reincorporarse a la actividad política tras su salida de la URSS, se negaron a condenar la actuación del POUM. A pesar de ello,

Inmediatamente después de las elecciones, Nin publicó un artículo de balance. Tras explicar que la victoria del Frente Popular era un logro de la clase obrera y no de los republicanos de izquierdas, afirmaba: “Pero la contradicción fundamental entre las aspiraciones históricas del proletariado y los partidos republicanos no tardará en manifestarse. Los dos sectores que han participado en la lucha se proponían contener el avance de la reacción; pero llegará indefectiblemente el momento en que la burguesía republicana se estacionará en un punto determinado, mientras que la clase obrera empujará la revolución hacia delante.”<sup>228</sup> Y, partiendo de esta premisa, denunciaba “la falsedad de la posición de aquellos que, en nombre de la defensa de las libertades constitucionales, pretenden relegar a segundo término la lucha emancipadora de la clase obrera, para diluir su acción en un bloque permanente con los partidos de la democracias burguesa. La conquista de las libertades democráticas es siempre un producto accesorio de la lucha del proletariado por la conquista del poder. Con la política de colaboración permanente con la burguesía, no se defienden las libertades democráticas, sino que éstas son libradas al enemigo. Gracias a la colaboración, la clase obrera olvida sus fines fundamentales, desarma su fuerza combativa y se pone objetivamente a servicio de la burguesía.”

Atendiendo al contenido de estas líneas, que parecen propias de alguien ajeno al Frente Popular, cabe preguntarse: ¿Es posible defender una política de independencia de clase firmando un pacto electoral que supone la colaboración de clases? Si la perspectiva era la diferenciación entre las organizaciones políticas de la burguesía y la pequeña burguesía republicana respecto a las obreras, ¿no habría sido mejor explicar esta posición con una actitud decidida y coherente desde el principio? ¿Es que acaso el POUM no aparecía como integrante de un mismo coro que explicaba a la clase obrera que objetivos como la amnistía para los presos políticos y la derrota electoral de la derecha sólo eran posibles de la mano de la burguesía?

Como era previsible, el resto de partidos integrantes del Frente Popular no agradeció la colaboración del POUM. El reparto de circunscripciones electorales se hizo para perjudicar a los candidatos poumistas. Atendiendo a la presencia real de su Partido, Nin y Maurín exigieron candidatos en cada una de las demarcaciones catalanas, así como en Valencia, Castellón, Asturias, Badajoz y Huesca. Sin embargo, sólo se permitió luchar por escaños a Maurín en Barcelona, a Nin en Teruel y a Gorkín en Cádiz. A pesar de la evidente maniobra que significaban los puestos en Teruel y Huesca, ambos candidatos se desplazaron a sus respectivas jurisdicciones para realizar la campaña electoral, pero, el sabotaje de los socialistas y republicanos impidieron a Nin y Gorkín participar en las labores propias de un candidato. Las concesiones hechas, al parecer, no daban los frutos esperados. Hasta el 21 de febrero, *La Batalla* no hizo pública la carta de protesta que el secretario general del POUM había enviado a la Comisión ejecutiva del PSOE el 14 de febrero. “No haremos público nuestro desacuerdo con los procedimientos seguidos hasta después de las elecciones, ya que de otro modo esto hubiera podido ser utilizado

---

Trotsky no cedió en sus posiciones. Para él, la independencia de clase del partido revolucionario era una premisa innegociable, como para Lenin. Éste último luchó incansablemente contra las tendencias conciliadoras de la dirección que estaba al frente del Partido Bolchevique durante su obligada ausencia. El 6 de marzo telegrafió desde Estocolmo: “Nuestra táctica: absoluta desconfianza; ningún apoyo al nuevo gobierno; sospechemos especialmente de Kerensky; armar al proletariado es la única garantía; elecciones inmediatas a la Duma de Petrogrado; ningún acercamiento a los demás partidos. Telegrafien esto a Petrogrado.” Lenin, *Obras Completas*, Editorial Progreso, Moscú, 1987, volumen 31, p.8

<sup>228</sup> Esta cita y la siguiente pertenecen al artículo de Andreu Nin *Después de las elecciones del 16 de febrero*, publicado en febrero de 1936.

por nuestros adversarios, presentándolo como una división en el Frete Obrero Republicano, en perjuicio evidente de la causa que defendemos. No obstante, después de la consulta electoral, nos veremos obligados a informar a nuestra organización y al movimiento obrero en general de todo cuanto ha ocurrido.”<sup>229</sup>

El POUM consiguió un solo escaño en la Cortes, el de Joaquín Maurín por Barcelona. De los 453 diputados elegidos en febrero de 1936, 257 eran del Frente Popular y de éstos, 162 tenían filiación republicana. También desde el PSOE se decidió *perjudicar* a sus propios candidatos. Esta tremenda distorsión en la representación parlamentaria fue fruto de las concesiones que, en beneficio de los partidos republicanos, hicieron los dirigentes obreros en las listas electorales. La dirección socialista estaba siendo muy consecuente en ceder el espacio político a la burguesía *progresista*.

A pesar de la actitud tibia de sus dirigentes, la clase obrera y el movimiento jornalero interpretaron la victoria del Frente Popular como la señal para redoblar su actividad. Mientras los diputados que habían ganado las elecciones esperaban de esta nueva fase política frentepopulista una garantía de futuro y estabilidad para la democracia burguesa, las masas, cansadas ya de esperar, acrecentaron su acción. Los trabajadores y los jornaleros no esperaron a la acción “legislativa” del parlamento, ni tampoco se sintieron cohibidos por el contenido del acuerdo electoral firmado entre los republicanos y sus dirigentes. Impusieron, a través de los hechos, su punto de vista. Entre febrero y julio de 1936, hubo 113 huelgas generales y 228 huelgas parciales. “Durante estos cinco meses tuvo lugar en todas las ciudades de cierta importancia al menos una huelga general. El 10 de junio había casi un millón de huelguistas, medio millón el 20 de junio, un millón el 24 de junio, más de un millón en los primeros días de julio. Las huelgas eran realizadas tanto por los obreros de la ciudad como por los del campo; estos últimos rompieron los límites de lucha tradicionales en la ciudad, sosteniendo, por ejemplo, una huelga de cinco meses en toda la provincia de Málaga que involucraba a 125.000 familias. *El Socialista* denunció la oleada de huelgas: ‘El sistema es genuinamente anarquista y provoca la irritación de los derechistas.’ *Mundo Obrero* señalaba a los obreros que las luchas los enfrentaban al gobierno del Frente Popular. Este gobierno y sus gobernadores provinciales lanzaron a la Guardia Civil contra los huelguistas en un intento desesperado de contener la ofensiva. Medidas particularmente desesperadas se tomaron contra la CNT; Companys llenó las cárceles de Barcelona con anarquistas. En Madrid cerraron sus sedes y 180 anarquistas fueron detenidos el 31 de mayo. El 4 de junio, el ministro Augusto García anunció que ‘si los sindicalistas persisten en incumplir las órdenes del ministro de Trabajo, el gobierno se propone ilegalizar el sindicalismo’.”<sup>230</sup>

Los dirigentes del Frente Popular se enfrentaban a su base electoral, que se resistía a aplazar durante más tiempo la mejora de sus condiciones de vida. Maurín, desde la tribuna parlamentaria destacaba esta contradicción: “El Parlamento hoy no representa la inquietud popular; este Parlamento representaría el anhelo que significa el triunfo del 16 de febrero si hubiera hecho una tercera parte del pacto del Frente Popular; y ni la tercera, ni la décima, ni la centésima parte ha sido llevada a cabo. Ah!, entonces, ¿qué queréis que piensen centenares de miles de campesinos, de obreros hambrientos, toda ese gente vejada por la represión de octubre, todo ese gran movimiento popular que ha

---

<sup>229</sup> Pelai Pagés, *Andreu Nin: su evolución política (1911-1937)*, Edita ZERO, S.A., Barcelona, 1975, p. 200.

<sup>230</sup> Felix Morrow, *Revolución y contrarrevolución en España*, AKAL Editor, Madrid, 1978, p. 52.

ido a una acción porque ha aspirado a una mayor justicia, pero, también, a un mayor bienestar económico y social?”<sup>231</sup> Sin embargo, el máximo dirigente del POUM también mostraba toda su confusión centrista a la hora de plantear como resolver dicha contradicción: “¿Por qué el Gobierno, por qué vosotros, por qué nosotros mayoría, por qué nosotros no hacemos por ejemplo, una mínima parte de los que ha realizado el Gobierno de Blum a los cuatro días de posesionarse en el Poder?”<sup>232</sup>

La reivindicación del líder de los socialistas franceses significaba alinearse con una política muy determinada. Tras la victoria del Frente Popular francés, en las elecciones de mayo de 1936, la oleada huelguística con la que la clase obrera recibió el triunfo de sus candidatos puso en entredicho la propia supervivencia del capitalismo en Francia. Millones de trabajadores ocuparon las fábricas y formaron comités obreros, desafiando los constantes y desesperados llamamientos a la vuelta al trabajo de los estalinistas y reformistas del PCF, la SFIO y la CGT. Ante el peligro de desbordamiento revolucionario en el verano de 1936, Thorez, líder del PCF, reuniría a los comunistas parisinos el 11 de junio para poner toda su autoridad al servicio de la desconvocatoria de la lucha: “Si es importante conducir bien un movimiento reivindicativo hay que saber también terminarlo. Ahora no es cuestión de tomar el poder. Todo el mundo sabe que nuestro objetivo sigue siendo invariablemente la instauración de la República francesa de los consejos obreros, campesinos y soldados. Pero no es para esta noche, ni tampoco para mañana por la mañana.”<sup>233</sup> El PCF adoptó el lema “El Frente Popular no es la Revolución”.

Francia vivía una crisis revolucionaria clásica, pero los dirigentes del PCF y la SFIO pusieron todo su empeño en descarrilar la oportunidad, manteniéndose firmes en la defensa del Frente Popular y la democracia burguesa. Lo último que pretendía Stalin era el triunfo revolucionario de los trabajadores franceses. Finalmente, la movilización de los obreros obligó a la patronal a firmar toda una serie de mejoras históricas como la reducción de la jornada laboral o las vacaciones pagadas. Increíblemente un partido como el POUM, que se arrogaba el título de revolucionario, por boca de su máximo dirigente ponía como modelo de comportamiento a los líderes reformistas franceses.

El ascenso de la lucha de clases que desencadenó la victoria electoral del 16 de febrero, encontró al POUM con una fuerza respetable dentro del movimiento obrero de Cataluña. Los días 2 y 3 de mayo se puso en práctica uno de los acuerdos del programa fundacional: la Conferencia de Unidad Sindical. La reunión, celebrada en Barcelona, contó con la asistencia de 200 delegados que representaban a 50.000 obreros de 145 sindicatos según informaciones de *La Batalla*. Su acuerdo más relevante fue la creación de la Federación Obrera de Unidad Sindical (FOUS), con el objetivo de trabajar con el resto de organizaciones por la unificación del movimiento sindical, especialmente UGT y CNT. Andreu Nin fue elegido secretario general de la Federación. Los orígenes de esta nueva organización se remontaban a los Comités Sindicalistas Revolucionarios desarrollados en la CNT a principios de los años 20 por Maurín y los militantes confederales partidarios de la revolución rusa. Si bien habían sufrido una etapa de práctica desaparición durante la dictadura de Primo de Rivera, con el ascenso de las movilizaciones obreras al calor de la proclamación de la Segunda República, volvieron

---

<sup>231</sup> Intervención de Joaquín Maurín en el Congreso el 16 de junio de 1936, citada en *La revolución española en la práctica. Documentos del POUM*. Ediciones Júcar, Madrid, 1977, pp. 82-83.

<sup>232</sup> *Ibid.*, pp. 82-83.

<sup>233</sup> Fernando Claudín, *La crisis del movimiento comunista*, p. 162.

a resurgir. Estos sindicatos, dirigidos por el BOC, llevaban cuatro años fuera de la CNT, ya que en abril de 1932 las federaciones locales de Lérida, Gerona y Tarragona, habían sido expulsadas de la Confederación. La FOUS era fuerte en la provincia de Lérida, donde era mayoritaria en el movimiento obrero y campesino, y tenía importantes núcleos en Sitges y Gerona. Respecto a Barcelona, sin embargo, Nin reconocía que: “La FOUS, que se hallaba todavía en período de organización, era insuficientemente conocida, por no decir completamente ignorada, de las grandes masas obreras, muy particularmente en Barcelona.”<sup>234</sup> La potencia de los sindicatos que influenciaba el POUM era muchísimo menor que los de la CNT, a pesar de las afirmaciones de su programa fundacional.

Así pues, el Partido Obrero de Unificación Marxista contaba con alrededor de ocho mil militantes y su propio frente sindical en el otoño de 1936. La dinámica ascendente de la revolución y su ruptura, aparente, con el Frente Popular abrirían nuevas e importantes posibilidades al joven partido. A principios de julio, Nin escribía en *La Nueva Era*: “La burguesía recurre al fascismo porque el régimen parlamentario y democrático no le permite resolver las contradicciones internas en que se debate el sistema capitalista. Los regímenes democráticos pueden ser únicamente temporales, transitorios. La lucha está planteada crudamente entre las dos clases fundamentales de la sociedad: la burguesía y el proletariado. (...) No hay más lucha antifascista que la lucha revolucionaria de la clase obrera por el poder. La clase obrera, puede aliarse con sectores pequeño burgueses de la población, y muy particularmente con los campesinos, pero no para mantener con ellos la ilusión de una lucha eficaz contra el fascismo por medio de la democracia burguesa, sino para convencerles de que la situación no tiene más salida que la revolución proletaria, que es el único antifascismo eficaz.”<sup>235</sup> En escasos días llegaría el momento de poner esos propósitos en práctica.

---

<sup>234</sup> Andreu Nin, *¿Por qué los sindicatos de la FOUS ingresan en la UGT?*, 23 septiembre 1936. Incluido en este libro.

<sup>235</sup> Andreu Nin *La acción directa del proletariado y la revolución española*, julio de 1936, incluido en el libro *Andreu Nin. La revolución española (1930-1937)*, Ediciones de Intervención Cultural en una edición especial para el diario Público, Barcelona, 2011, pp. 229-230-231.

## IV. La revolución social y la guerra civil

En la semana del 5 al 12 de julio de 1936, aprovechando las maniobras militares que concentraron a 20.000 soldados y sus oficiales en la zona española del protectorado marroquí, el coronel Yagüe confirmó los preparativos y la estrategia para el golpe militar fascista: Seguí y Solans actuarían en Melilla, Sáenz de Buruaga en Tetuán y Múgica en Larache. A las cinco de la tarde del 17 de julio comenzó la sublevación fascista en Marruecos. El 18 de julio los obreros tomaron las armas para aplastar a los militares insurrectos. Con su acción, desataron una profunda revolución social en la España republicana y libraron una guerra contra el fascismo que duraría tres años. Miles de jóvenes y trabajadores de todas partes del mundo acudieron en auxilio del proletariado español integrando las Brigadas Internacionales. La revolución española de los años 30 libraba su última batalla. Se trataba de una lucha a vida o muerte.

### Alzamiento fascista e insurrección obrera

El golpe militar había sido organizado por los cuadros de mando de un ejército que, teóricamente, debía responder a la autoridad republicana. La elección del territorio marroquí como plataforma desde la que iniciar el asalto contra la revolución no era casual. Todos los gobiernos de la Segunda República, sin excepción, se habían negado a conceder la independencia a la población rifeña, perpetuando así la dominación colonial de la oligarquía española. Insignes reaccionarios como el Conde de Romanones mantuvieron sus rentables negocios en el norte de África tras la caída de la monarquía. Las medidas represivas impulsadas por las autoridades republicanas para seguir imponiendo al pueblo marroquí el expolio de sus recursos, propiciaron el caldo de cultivo necesario para que los mandos militares españoles desarrollaran con total libertad sus planes golpistas. Los vítores al caudillo Sanjurjo que se escucharon en Tetuán el 29 de abril de 1931, o el ¡Viva España! pronunciado por Martínez Barrios en esa misma ciudad en 1932, fueron un triste augurio de lo que pasaría poco tiempo después en la península.

El golpe militar dirigido por Franco se urdió en los cuarteles con total impunidad ante la pasividad del gobierno republicano que no hizo nada por evitarlo. Los dirigentes burgueses republicanos, esos “fieles aliados” del frente Popular, temían más a una revolución socialista que al triunfo de los militares fascistas.

Así se expresaba Trotsky enterado del golpe fascista: “Es ingenuo quejarse de que los republicanos españoles, los socialistas o los comunistas no hayan previsto nada, hayan dejado pasar la ocasión. De ninguna forma se trata de la perspicacia de tal ministro o dirigente, sino de la dirección, de la orientación general de su política. El partido obrero que concluye una alianza con la burguesía, renuncia, desde ese mismo momento, a luchar contra el militarismo capitalista. La dominación de la burguesía, es decir, el mantenimiento de la propiedad privada de los medios de producción, es inconcebible sin la ayuda de las fuerzas armadas. El cuerpo de oficiales constituye la guardia del gran capital. Sin él, la burguesía no podría mantenerse ni un solo día.”<sup>236</sup> Su firme oposición a la política frentepopulista era corroborada por los acontecimientos. No se trataba de

---

<sup>236</sup> León Trotsky, *Primeras lecciones de España*, 30 de julio de 1936. Artículo incluido en este libro.

una estúpida pose de pureza revolucionaria, sino de la obligación de advertir a las masas de la trampa mortal que significaba la alianza con la burguesía. “Un partido revolucionario no tiene el derecho de asumir directa o indirectamente una política de ceguera y tolerancia culpable.”<sup>237</sup> Si ello significaba atravesar una etapa de aislamiento e incompreensión, bien valía la pena, puesto que, al cabo de pocos meses, muchos de esos mismos obreros se dirían: tenían razón, nos lo advirtieron, se puede confiar en ellos.

En cualquier caso, Trotsky consideraba que no había tiempo que perder, y en ese mismo artículo proponía una alternativa, convertir la guerra civil en una guerra revolucionaria, rompiendo cualquier acuerdo con la burguesía y sus valedores: “Es preciso reemplazar el ejército de cuarteles, que manda la casta de oficiales, por la milicia popular, es decir, la organización democrática de los obreros y campesinos armados. No hay otra solución. Pero un ejército de este tipo, es incompatible con el dominio de los explotadores, sean grandes o pequeños. ¿Pueden aceptar los republicanos una medida de este tipo? De ninguna forma, el gobierno del Frente Popular, es decir, el gobierno de coalición de los obreros con la burguesía es, en su misma esencia, el gobierno de capitulación ante la burocracia y los oficiales. Ésta es la grandiosa lección de los acontecimientos españoles, pagada hoy por millares de vidas humanas.” Su programa era claro: “Es preciso proclamar la necesidad de que la tierra, los talleres, las fábricas deben pasar desde ahora mismo de las manos de los capitalistas al pueblo.”

Los trabajadores y jornaleros acometieron las tareas necesarias para detener a la contrarrevolución. La sublevación fue respondida con fusiles y milicias, y también con la generalización de ocupaciones de tierras y fábricas. Instintivamente, las masas comprendían que los fascistas no eran más que el brazo armado de los capitalistas y, por ello, a pesar de la limitación del programa de sus dirigentes, intentaban destruir el Estado burgués y las formas de propiedad capitalista que sostenía al ejército enemigo.

La respuesta inicial de la dirección del POUM a la insurrección obrera estaba claramente por detrás de las realizaciones revolucionarias de las masas. El 24 de julio de 1936<sup>238</sup>, *La Batalla* hacía público el siguiente programa:

- 1.- Semana de trabajo de 36 horas.
- 2.- 10% de aumento de los salarios inferiores a 500 pesetas mensuales.
- 3.- 25% de rebaja de los alquileres; suspensión de depósito de alquiler y servicios públicos.
- 4.- Pago de los jornales de días de huelga.
- 5.- Subsidios a los obreros parados.
- 6.- Control de la producción por los comités de fábrica, taller y mina.
- 7.- Reparto de la tierra de los grandes propietarios entre los campesinos pobres y liberación de todas las cargas que pesan sobre ellos (rebassa morta, aparcería, arrendamiento, etc.), a quienes se entregará tierra en usufructo.
- 8.- Revisión del Estatuto de Cataluña en sentido progresivo.
- 10.- Mantenimiento de las milicias armadas.
- 11.- Consejo sumarásimos contra los jefes de la insurrección fascista.

---

<sup>237</sup> León Trotsky citado en Pierre Broué, *La revolución española (1930-1936)*, p. 72.

<sup>238</sup> Pelai Pagès, *Andreu Nin: su evolución política (1911-1937)*, p. 210.

Los dirigentes poumistas parecían ignorar el salto cualitativo que se había producido en el proceso revolucionario. No se trataba ya de reivindicar mejoras laborales y un cierto control sobre los medios de producción capitalistas. Las masas desafiaban abiertamente la propiedad privada y el papel dirigente de la burguesía en la sociedad. Se había iniciado una lucha, en la que participan millones de trabajadores, por el poder. El Partido Bolchevique, que nunca menospreció el valor de las consignas democráticas inscribiendo en su bandera la demanda de “Pan, paz y tierra”, supo situar, en cada etapa de la lucha, a la clase obrera ante sus tareas inmediatas. Es cierto que el POUM proclamó desde su fundación la necesidad de la revolución socialista, pero precisamente en el momento en que las masas daban un salto gigantesco en su conciencia revolucionaria, cuando era necesario avanzar las consignas y reivindicaciones que les permitieran consolidar su asalto al poder, proponía una política que iba por detrás de los acontecimientos.

Lenin, en sus *Tesis de Abril*, planteadas ese mismo mes del año 1917 bajo el título *Las tareas del proletariado en nuestra revolución*, desgranaba el programa que el partido bolchevique debía defender. Es necesario recordar que se trataba de una situación, en lo que a las realizaciones revolucionarias de las masas se refiere, mucho menos favorable que la de julio de 1936. Ello quedaba reflejado en el tratamiento de la cuestión de la tierra: “En los momentos actuales no podemos saber con precisión si se desarrollará en un futuro próximo una poderosa revolución agraria en el campo ruso. Es imposible saber hasta dónde llegará la división de clases del campesinado... (...) Pero como partido del proletariado, tenemos la obligación absoluta no sólo de presentar sin demora un programa agrario... En contraposición con las frases y la política pequeño burguesa imperante entre los socialistas revolucionarios, principalmente en su huera charlatanería acerca de la norma de ‘consumo’ o de ‘trabajo’ de ‘socialización de la tierra’, etc., el Partido del proletariado debe explicar que el sistema de la pequeña hacienda, existiendo la producción mercantil, no está en condiciones de liberar a la humanidad de la miseria de las masas ni de su opresión.”<sup>239</sup>

El dirigente bolchevique advertía que “la pequeña burguesía depende de la burguesía: su vida es (por el lugar que ocupa en la producción) la del propietario, no la del proletariado, y en su forma de pensar sigue también a la burguesía.”<sup>240</sup> A pesar de que los soviets, en manos de los conciliadores, habían entregado el poder a la burguesía, Lenin afirmaba que un “nuevo tipo de estado” brotaba de la revolución. “El marxismo se distingue del ‘socialdemocratismo’ pequeñoburgués y oportunista de los señores Plejánov, Kautsky y Cía. en que el Estado que considera necesario para esos periodos no es un Estado como la república parlamentaria corriente, sino un Estado del tipo de la Comuna de París. Las diferencias fundamentales entre este último tipo de Estado y el antiguo estriban en lo siguiente: de la república parlamentaria burguesa es muy fácil volver a la monarquía (la historia lo demuestra), ya que queda intacta toda la máquina de opresión: el ejército, la policía y la burocracia. La Comuna y los Soviets de diputados obreros, soldados, campesinos, etc., destruyen y eliminan esa máquina.”<sup>241</sup> Para Lenin, la tarea del partido consistía en llamar a las masas a hacerse con el poder político, crear su propio Estado y, sin ignorar el carácter atrasado del desarrollo capitalista en Rusia, controlar las palancas fundamentales de la economía: “Medidas como la nacionalización de la tierra y de todos los bancos y consorcios capitalistas, o por lo menos, el

---

<sup>239</sup> Lenin, *Las Tesis de Abril*, FUNDACIÓN FEDERICO ENGELS, Madrid, 1988, pp. 37-38.

<sup>240</sup> *Ibid.*, p. 28.

<sup>241</sup> *Ibid.*, pp. 34-36.

establecimiento del control inmediato de los mismos por los sóviets de diputados obreros ... deben ser defendidas incondicionalmente y aplicadas, dentro de lo posible, por vía revolucionaria.”<sup>242</sup>

Grandizo Munis analizó las propuestas de *La Batalla* del 24 de julio en los siguientes términos: “(...) La expropiación se realizó casi de golpe inmediatamente después del 19 de julio, era un hecho generalmente consumado cuando el POUM daba calle a su programa. No había otra posibilidad revolucionaria de control de la producción que el control ejercido por los productores como clase gobernante, totalmente posesionada de las armas y el poder político. Se estaba en plena realización de las consignas máximas de la revolución. Salir en ese momento con consignas-puente a cuestas, no podía servir para pasar adelante, sino para volver atrás.”<sup>243</sup> ¿Exageraba Munis? ¿Era tan importante el programa? Se podría pensar, incluso, que las diferencias evidentes entre ambos programas, uno en defensa de reformas más o menos radicales, llevadas a cabo ya o en vías de realizarse por las masas insurrectas, como era el del POUM y, otro, el sostenido por Lenin, que trazaba las líneas generales de la revolución socialista, se debían a que la vertiginosa velocidad con que se producían los acontecimientos había dificultado a los líderes poumistas reflexionar sobre la nueva fase en que había entrado la revolución española. Dejando de lado que los dirigentes del POUM habían dispuesto de varios años para prever un desarrollo de estas características, el papel jugado por ellos en los cuatro meses que siguieron al asalto revolucionario de las masas probaría su alejamiento de las tesis leninistas.

La militancia del POUM, conformada por jóvenes y obreros entregados a la causa revolucionaria, se mantuvo en primera línea de combate desde el primer instante. Así lo explica Wilebaldo Solano: “Los días 19, 20 y 21 de julio de 1936, los militantes del POUM se movilizaron en todo el país para hacer frente a la agresión militar-fascista. La intervención del POUM en las batallas de Barcelona, de Valencia, de Lérida y en las luchas de Madrid y de otras ciudades está en la historia. Germinal Vidal, secretario general de la Juventud Comunista Ibérica (JCI), murió en la plaza de la Universidad de Barcelona junto con otros militantes, combatiendo contra los sublevados. En Barbastro, la acción decidida de un grupo de soldados de la JCI y de José Rodes, comisario político de Lérida, evitó que la brigada del coronel Villalba se incorporara a la rebelión. En Galicia, Luis Rastrollo, secretario de la Federación del POUM, se puso al frente de la resistencia armada. En Llerena (Extremadura), los mejores militantes del POUM cayeron defendiendo la ciudad contra las tropas de Queipo de Llano. En Asturias, Luis Grossi, Emilio García y otros militantes valiosos murieron en los frentes de Oviedo.

“Apenas terminados los combates de julio, el POUM organizó unidades de milicias en Cataluña, Levante, Aragón y Madrid. La primera ‘brigada internacional’ que se formó en España fue la Columna Internacional Lenin, creada por el POUM en el frente de Aragón en julio de 1936. En ella combatieron, junto con militantes revolucionarios de Italia, Alemania, Francia, Bélgica y otros países, los grandes escritores George Orwell y Benjamín Péret. Las milicias de Cataluña, agrupadas en la División Lenin, más tarde 29<sup>a</sup> División, combatieron en los frentes de Aragón. (...) Las milicias de Castellón y Valencia intervinieron en la conquista de Ibiza, en el cerco de Teruel y en la defensa de Madrid. La Columna motorizada del POUM de Madrid, inmortalizada en el libro de la escritora argentina Mika Etchebéhère (*Mi guerra de España*), participa en la toma de

---

<sup>242</sup> *Ibid.*, p. 40.

<sup>243</sup> Munis, *op. cit.*, p. 308.

Sigüenza y sus componentes se cubrieron de gloria después, bajo el mando de Mika, en las trincheras de la Moncloa, en la División de Cipriano Mera.”<sup>244</sup>

Trotsky, convencido de que la revolución española había entrado en su hora decisiva, era favorable a un acercamiento con el POUM. También sus antiguos camaradas opositoristas, catapultados a la máxima dirección del Partido, solicitaron a la Generalitat, en el momento en que se preparaban los juicios farsa de Moscú, su asilo político. *La Batalla* del 3 de septiembre de 1936, mostró su valentía en la denuncia de la represión estalinista: “Trotsky, sañudamente perseguido, en peligro, debe encontrar un refugio en Cataluña, bajo la protección del proletariado revolucionario.”

Jean Rous, miembro del Secretariado Internacional de la LCI, se trasladó a principios de agosto a Barcelona acompañado de Benjamín Péret y Pierre Sebas, portando una carta de Trotsky: “En cuanto a Nin, Andrade y otros, sería criminal en estos momentos de la gran batalla, dejarse influenciar por reminiscencias del período anterior. Si existen divergencias de programa y métodos, incluso después de la experiencia realizada, esas divergencias no deberían impedir en absoluto una aproximación sincera y duradera.”<sup>245</sup> Trotsky, buscaba la forma de participar directamente en los debates políticos de los que dependía el futuro de la revolución, si bien, sus posibilidades eran prácticamente nulas. En aquellos momentos su forzoso exilio lo situaba en Noruega. No se trataba sólo de la limitación de sus movimientos y la distancia geográfica, sino de las escasas fuerzas de los bolcheviques-leninistas en el Estado español. Unos meses antes, en abril, había escrito un breve texto<sup>246</sup> dirigido a sus camaradas españoles, intentando agrupar aunque sólo fuera un pequeño núcleo. La realidad era que no contaba con fuerzas propias en la revolución española. Fersen, diluido dentro del PSOE, estaba perdido para la actividad revolucionaria, y Munis, que se encontraba en México desde principios de año, no llegaría a Barcelona hasta el mes de octubre. Desde abril de 1936, algunos miembros de las secciones europeas LCI se habían trasladado a la península. Fue el caso de Fosco y Sonia<sup>247</sup> de la sección italiana. Sin embargo, la actividad de los bolcheviques-leninistas era extremadamente limitada.

En todo caso, y a pesar de las dificultades, Trotsky no pretendía con su intento de establecer relaciones políticas con el POUM realizar ninguna concesión principista. Finalmente el acercamiento fracasó. En opinión de varios estudiosos del tema, la frustración de esta colaboración sería responsabilidad de las malas artes de Rous y la dureza de las críticas de Trotsky respecto a la firma del Frente Popular y al propio Nin. Sin pretender despreciar ambas cuestiones, en nuestra opinión el fracaso se debió a diferencias políticas insalvables. Nin y Trotsky mantendrían sus divergencias más profundas durante aquellos momentos decisivos, en los que el POUM tuvo en sus manos la posibilidad de evitar la derrota de la revolución.

---

<sup>244</sup> Wilebaldo Solano, *op. cit.*, pp. 25-26.

<sup>245</sup> León Trotsky, *Es necesario superar las divergencias de pasadas*, 16 de agosto de 1936. Incluido en este libro.

<sup>246</sup> León Trotsky, *¿Qué deben hacer los bolcheviques-leninistas en España?*, 22 de abril de 1936. Incluido en este libro.

<sup>247</sup> Son los seudónimos de Nicola de Bartolomeo y Virginia Gervasini. Fueron detenidos nada más llegar a la península y puestos en libertad en mayo gracias a las presiones de la CNT y el POUM. Antes de que acabara el año 1937, Fosco y su pequeño grupo estarían fuera de la disciplina política de la LCI, y formarían su propio grupo en torno a Moliner. Sería Munis, a cuya actividad nos referiremos más adelante, quién conseguiría dar una cierta solidez a un pequeño puñado de bolchevique-leninistas que llegó a publicar un par de números de su periódico y varios panfletos.

## Barcelona, vanguardia de la revolución

Andreu Nin, tras el arresto de Maurín, se encontró al frente de un partido que desarrollaba el grueso de su actividad en el corazón de la revolución. Una de las zonas donde la clase obrera llevó más lejos sus realizaciones revolucionarias fue, sin duda, Catalunya. En primer lugar, tomó el control de las guarniciones militares de forma rápida y eficaz. Los trabajadores, después de haber garantizado el desarme de los fascistas y fortalecido sus milicias, cuando retornaron a sus puestos de trabajo tomaron el control de las empresas abandonadas por aquellos capitalistas que habían colaborado con la sublevación y, también, de otras muchas más, decidiendo que los medios de producción debían estar bajo el control de los revolucionarios. Organizaron también Comités de Control, para poner en marcha la organización de la actividad económica y política de la que se habían hecho cargo.

En un gran mitin celebrado en el Gran Price de Barcelona, el 6 de septiembre, Andreu Nin, convertido ya en máximo dirigente del POUM, proclamaba el avance de la revolución: “Y bien, compañeros, todos estos objetivos concretos de la revolución democrática han sido realizados no por la burguesía liberal, que no lo había podido hacer en cinco años, sino por la clase trabajadora, que los ha resuelto en pocos días con las armas en la mano. El problema de la Iglesia ya sabéis cómo se ha resuelto: no queda ni una iglesia en toda España; el problema de los bienes de la Iglesia, de la fuerza económica de la Iglesia también está resuelto por la expropiación pura y simple. El problema de la tierra está resuelto porque los trabajadores no esperaban la resolución es este problema por la ley de contratos de cultivos o por el Instituto de la Reforma Agraria, sino que los campesinos han expulsado a los propietarios y se han quedado la tierra. Había otro problema, el del ejército. Se hablaba constantemente de depurar la oficialidad. La clase obrera ya ha depurado el ejército destruyéndolo y creando las milicias, que se transformarán en un verdadero Ejército Rojo.”<sup>248</sup>

Explicó también al auditorio que las formas de gobiernos anteriores al alzamiento fascista habían quedado obsoletas. “Y, en este sentido, compañeros es evidente que el Parlamento del 16 de febrero no responde a las necesidades del momento. Hay que crear un nuevo órgano legislativo, y el punto de vista de nuestro partido es que hay que convocar unas Cortes Constituyentes, que ha de sentar las bases de la nueva sociedad española. En estas Cortes Constituyentes, como os decía antes, la burguesía no podrá tener representantes, las clase explotadoras no podrán tener representantes. Estas Cortes Constituyentes han de estar formadas a base de representantes de comités obreros, campesinos y combatientes, es decir, de aquellos que han hecho la revolución...”

Las realizaciones revolucionarias eran extraordinarias e indiscutibles, sin embargo, la revolución estaba lejos de haber culminado sus tareas. Sus conquistas no estaban garantizadas. Los trabajadores, respondiendo al desafío fascista, habían dado un gran salto. El viejo aparato del Estado burgués había sido brutalmente golpeado con el cuestionamiento de la propiedad privada y la toma de las armas, pero no había sido destruido. Las formas de dominación capitalistas, gravemente heridas, se resistían a morir, y pugnaban por recuperar el control. Trotsky señalaba este aspecto fundamental de toda situación revolucionaria: “La mecánica política de la revolución consiste en el paso del poder de una a otra clase. La transformación violenta se efectúa generalmente

---

<sup>248</sup> Andreu Nin, *El proletariado español ante la revolución en marcha*, 6 septiembre de 1936. Discurso incluido en este libro.

en un lapso de tiempo muy corto. Pero no hay ninguna clase histórica que pase de la situación de subordinada a la de dominadora súbitamente, de la noche a la mañana, aunque esta noche sea la de la revolución. (...) La preparación histórica de la revolución conduce, en el período prerrevolucionario, a una situación en la cual la clase llamada a implantar el nuevo sistema social, si bien no es aún dueña del país, reúne de hecho en sus manos una parte considerable del poder del Estado, mientras que el aparato oficial de este último sigue aún en manos de sus antiguos detentadores. De aquí arranca la dualidad de poderes de toda revolución. (...) No es un hecho constitucional, sino revolucionario, que atestigua que la ruptura del equilibrio social ha roto ya la superestructura del Estado. (...) Por su esencia misma, este estado de cosas no puede ser estable. La sociedad reclama la concentración del poder, y aspira inexorablemente a esta concentración en la clase dominante o, en el caso que nos ocupa, en las dos clases que comparten el dominio político de la nación.”<sup>249</sup>

Frente a las trincheras republicanas se encontraba el fascismo, decidido a aplastar a las masas, sus organizaciones y liquidar por mucho tiempo sus conquistas económicas y políticas. Pero la mayoría de los dirigentes de las organizaciones obreras y de los partidos republicanos, no estaban de acuerdo con la forma en que los obreros y jornaleros habían resuelto el *problema* de la tierra, la industria y el ejército. Efectivamente, había un antes y un después para el gobierno elegido el 16 de febrero. No era éste, con su composición interclasista y aceptación de las reglas de juego del parlamentarismo burgués, quién había tomado la iniciativa. El hecho decisivo, trascendental, era que los trabajadores, poniendo en práctica las lecciones aprendidas durante cinco años de régimen republicano, habían tomado la iniciativa, e intentaban superar el obstáculo que suponía el programa reformista de sus dirigentes, actuando sin respetar ninguno de los principios sagrados de la legalidad burguesa. La clase obrera estaba cumpliendo eficazmente su cometido. Pero era necesario algo más. Tal y como afirmaba el POUM en su declaración fundacional: “La historia de todas las revoluciones, triunfantes o fracasadas, demuestra de una manera incontrovertible que sin un fuerte partido revolucionario que sea el eje real, el motor y el cerebro a la vez de las grandes masas puestas en acción, no es posible la victoria revolucionaria.”

La consigna de las Cortes Constituyentes era demasiado abstracta, a pesar de su composición clasista. La revolución necesitaba de sus propias herramientas para avanzar y consolidar sus realizaciones. Sí, era necesario denunciar la colaboración con la burguesía, pero, una vez dado ese paso, la cuestión central era qué régimen sustituiría a la democracia parlamentaria capitalista. Los dirigentes socialistas, comunistas y, como veremos, también los anarquistas, no aceptaban el programa de la expropiación económica y política de la burguesía. Era el momento de defender abierta y concretamente la democracia obrera. Esta, sólo sería posible a través de la generalización, consolidación y coordinación de los organismos de poder obrero que habían surgido tras el 19 de julio, y que estos tomasen en sus manos el control de la sociedad. Lo de menos sería su nombre, soviets, juntas, alianzas obreras o comités de control, eso sería decidido por las propias masas revolucionarias, que habían dado pruebas ya más que sobradas de su capacidad y creatividad.

La cuestión central se encontraba en la composición de estos comités, sus tareas y la determinación para poner en práctica sus decisiones. Elegidos de forma directa por la

---

<sup>249</sup> Trotsky, *Historia de la Revolución Rusa*, pp. 183-84.

base del movimiento en las fábricas, las colectividades agrarias y las milicias, deberían coordinarse a nivel municipal, regional y estatal para dar el golpe definitivo a las instituciones del Estado burgués. Sus tareas serían la expropiación de las fábricas, los latifundios y la gran banca para ponerlos bajo el control y la administración de los obreros y los campesinos. Para garantizar la puesta en marcha de estos objetivos dispondrían de sus propios destacamentos armados, leyes y órganos de justicia. Tal como explicó Lenin: “La Comuna, ha demostrado, sobre todo, que la clase obrera no puede simplemente tomar posesión de la máquina estatal existente y ponerla en marcha para sus propios fines”. (...) La idea de Marx consiste en que la clase obrera debe destruir, romper, la máquina estatal existente y no limitarse simplemente a apoderarse de ella.”<sup>250</sup> La gran masa social integrada por los desposeídos iba a dar el gran salto que la llevaría de su postración histórica a la jefatura de la sociedad. Para ello, necesitaba construir su propia herramienta, la revolución española necesitaba un Estado soviético. Tomando las riendas del nuevo Estado obrero, dirigiría la economía, libraría una guerra revolucionaria contra el fascismo, y garantizaría la satisfacción de las necesidades del conjunto de la población.

La fortaleza demostrada por la clase obrera era abrumadora, pero el partido de la pequeña burguesía catalana, como el resto de los partidos republicanos, no había renunciado a su programa y, a pesar del limitado apoyo social con el que contaban en la Barcelona de julio de 1936, fue capaz de sostenerse en pie. En el mitin del 6 de septiembre Nin afirmaba: “La clase que ejercía la hegemonía en el movimiento nacionalista de Cataluña era la pequeña burguesía. Los partidos pequeñoburgueses eran los depositarios y la expresión más genuina de este movimiento nacional de Cataluña, y los hechos, también, compañeros, han demostrado la justeza de nuestras afirmaciones. El problema de Cataluña hoy está resuelto, y está resuelto no por la pequeña burguesía, sino por la clase trabajadora, que se organiza en Cataluña y que, en realidad, obra como un Estado con plena autonomía.”<sup>251</sup> Esta declaración era excesivamente optimista, no en lo que se refería a la acción de los obreros, sino a la de sus dirigentes.

Ante el hecho incuestionable de que Barcelona estaba bajo el control de los trabajadores, el President de la Generalitat, Lluís Companys, solicitó una entrevista con la Comisión de Enlace de la CNT y la FAI. García Oliver<sup>252</sup>, que junto con Durruti<sup>253</sup> acudió a la cita con el President, recuerda las palabras de éste último: “Hoy sois los dueños de la ciudad y de Catalunya, porque vosotros solos habéis vencido a los militares fascistas (...) No puedo, pues, sabiendo cómo y quiénes sois, emplear un lenguaje que no sea de gran sinceridad. Habéis vencido y todo está en vuestro poder. Si no me necesitáis, o no me queréis como President de Catalunya, decídmelo ahora (...)”

---

<sup>250</sup> Lenin, *El Estado y la revolución*. FUNDACIÓN FEDERICO ENGELS, Madrid, 1997, pp. 46-47.

<sup>251</sup> Andreu Nin, *El proletariado español ante la revolución en marcha*, 6 septiembre de 1936. Discurso incluido en este libro.

<sup>252</sup> Juan García Oliver, dirigente anarquista. Cuando la CNT decidió entrar en el gobierno durante la guerra civil, aceptó asumir el cargo de Ministro de Justicia bajo la presidencia de Francisco Largo Caballero, durante 1936 y el primer tercio de 1937. Meses antes ya había sido consejero de la Generalidad de Cataluña.

<sup>253</sup> Buenaventura Durruti, revolucionario y dirigente anarquista. Participó en la huelga general revolucionaria de 1917 como militante de la UGT, de la que sería expulsado por defender posiciones revolucionarias. Se trasladó en 1920 a Barcelona, donde se afilió a la CNT y posteriormente a la FAI. Durante las jornadas del golpe militar en Barcelona combatió en las calles de la ciudad al frente de los comités de defensa de la CNT aplastando el levantamiento. Inmediatamente organizó la columna de milicianos que llevaría su nombre y que luchó en el frente de Aragón. Murió el 20 de noviembre de 1936 en Madrid cuando combatía a los fascistas en el frente de la Ciudad Universitaria.

Nosotros —prosigue García Oliver— habíamos sido llamados para escuchar. No podíamos comprometernos a nada. Eran nuestras organizaciones las que debían decidir.” Ante la respuesta de García Oliver, Companys propuso una reunión con “los representantes de todos los sectores antifascistas de Catalunya (...) En nuestro cometido de agentes de información —explica García Oliver— aceptamos asistir a la reunión propuesta. Ésta se celebró en otro salón, en donde ya nos había indicado Companys aguardaban algunos representantes de Esquerra Republicana, Rabassaires, Unión Republicana, POUM y Partido Socialista. Allí Companys expuso la necesidad de ir a la creación de un Comité de Milicias que tuviese el cometido de encauzar la vida de Catalunya (...)”<sup>254</sup> Dicho organismo sería el Comité Central de Milicias Antifascista de Catalunya (CCMAC), creado el 20 de julio de 1936.

Los dirigentes anarquistas, que tenían tras ellos a la mayoría de la vanguardia revolucionaria, renunciaron a acabar con el poder de burguesía. García Oliver da testimonio de ello: “La CNT y la FAI se decidieron por la colaboración y por la democracia, renunciando al totalitarismo revolucionario que había de conducir al estrangulamiento de la Revolución por la dictadura. Fiaba en la palabra y en la persona de un demócrata catalán, y mantenía y sostenía a Companys en la Presidencia de la Generalitat; aceptaba el Comité de Milicias y establecía una proporcionalidad representativa de fuerzas para integrarlo, que aunque no justa —se le asignaron a la UGT y al Partido Socialista, minoritarios en Catalunya, iguales puestos que a la CNT y al anarquismo triunfante— suponía un sacrificio con vistas a conducir a los partidos políticos por la senda de la colaboración leal que no pudiera ser perturbada por competencias suicida.”<sup>255</sup> Abel Paz cita también a Abad de Santillán<sup>256</sup>: “Podíamos ser únicos, imponer nuestra dictadura absoluta, declarar caduca la Generalitat e instituir, en su lugar, el verdadero poder del pueblo; pero nosotros no creímos en la dictadura cuando la ejercían contra nosotros ni la deseábamos cuando podíamos ejercerla nosotros en daño de los demás. La Generalitat continuaría en su puesto con el presidente Companys a la cabeza y las fuerzas populares se organizarían en milicias para continuar para continuar la lucha por la liberación de España, después de haber liberado a Catalunya de la guerra militar. (...) Nosotros veíamos la complicación internacional y veíamos que se nos sofocaría fríamente si avanzábamos demasiado en la destrucción del viejo sistema.”<sup>257</sup>

Los dirigentes de la CNT y la FAI devolvieron el poder que, de hecho, estaba en sus manos, a sus antiguos depositarios. No se trataba de algo novedoso en la historia de las revoluciones. A pesar de no ser Petrogrado en febrero del 1917, sino Barcelona en julio de 1936, y de que los dirigentes en esta ocasión no eran socialdemócratas sino anarquistas, se repetía lo que Trotsky bautizó como la paradoja de febrero. “Y he aquí cómo nació la paradoja de la revolución de Febrero. El poder se halla en manos de los socialdemócratas, que no se han adueñado de él por un golpe blanquista, sino por cesión franca y generosa de las masas triunfantes. Esas masas, que no sólo niegan la confianza y el apoyo a la burguesía, sino que la colocan casi en el mismo plano que a la nobleza y a la burocracia y sólo ponen sus armas a disposición de los sóviets. Y la única preocupación de los socialistas, a quienes tan poco esfuerzo ha costado ponerse al frente

---

<sup>254</sup> Abel Paz, *La cuestión de Marruecos y la República española*, pp. 41-43.

<sup>255</sup> *Ibid.*, p. 47.

<sup>256</sup> Diego Abad de Santillán, dirigente anarquista. Entre diciembre de 1936 y abril de 1937 fue miembro del gobierno catalán con el cargo de Consejero de Economía de la Generalidad de Cataluña.

<sup>257</sup> Abel Paz, *La cuestión de Marruecos y la República española*, p. 61.

de los sóviets, está en saber si la burguesía políticamente aislada, odiada por las masas y hostil hasta la médula a la revolución, accederá a hacerse cargo del poder.”<sup>258</sup>

Se podría argumentar, tal como hicieron los dirigentes del POUM, que no estábamos ante la burguesía como clase, sino de la pequeña burguesía agrupada en torno a ERC. Atendiendo a la apariencia superficial de los hechos, la burguesía se encontraba ya en territorio nacional bajo la protección de los militares fascistas. Esta era una distinción fundamental para el POUM, que desde su fundación se declaraba dispuesto a admitir alianzas temporales con la pequeña burguesía, en “circunstancias excepcionales”. Trotsky polemizó duramente contra esta posición en los meses posteriores al estallido de la revolución y la guerra civil.

En su opinión no se trataba, como razonaban los dirigentes del POUM, de que ERC fuera sólo un partido cuyos dirigentes y base social se encontraban en el estrato social de la pequeña burguesía, y su programa y actuación no fueran, por tanto, semejantes al de la burguesía. Trotsky analizaba la cuestión en el marco de la dinámica revolucionaria del momento: “La función de Azaña, de Companys, etc., está erróneamente caracterizada. Estos señores no son la pequeña burguesía. La verdadera pequeña burguesía, arruinada, desclasada, es el campesinado, los artesanos, los empleados. Azaña y sus semejantes son los explotadores políticos de la pequeña burguesía en provecho de la grande.”<sup>259</sup> El hecho de que los representantes directos del gran capital se hubieran pasado al campo fascista, convencidos de que las formas democráticas no garantizaban su dominio social, no convertía a los representantes de la pequeña burguesía republicana en aliados revolucionarios. Los motivos que impedían a ERC antes del estallido de la guerra llevar a la práctica las tareas de la revolución democrática burguesa, seguían vigentes. Los partidos republicanos, tras el inicio de la contienda militar, aún en ausencia de los representantes directos del gran capital, siguieron defendiendo, aunque fuera adoptando la forma espiritual de un ausente, la esencia del poder capitalista: la propiedad privada de los medios de producción, el Estado burgués que garantizara esa misma propiedad privada, los intereses del capital internacional, y la libertad del comercio, además de un ejército centralizado, siguiendo el modelo de cualquier ejército burgués. Era necesario, por tanto, “romper con el fantasma de la burguesía que no permanece en el Frente Popular más que para impedir a los obreros hacer su revolución”.<sup>260</sup>

La Generalitat, a pesar de estar suspendida en el aire, coexistía con el CCMAC y el control que los trabajadores ejercían en las fábricas y las milicias. El nuevo poder de los obreros emergía, pero las formas de dominación burguesas, que se resistían a desaparecer, sobrevivían todavía porque así lo habían decidido los dirigentes de la clase obrera. La dualidad de poderes era una realidad en Catalunya. El poder de la Generalitat y el CCMAC eran absolutamente desiguales. Mientras que la primera era más un espejismo del pasado que una realidad, el Comité Central de Milicias disponía de miles de obreros armados que ejercían el control de buena parte del tejido industrial. Sin embargo, a pesar de la abrumadora fuerza de la clase obrera, la culminación de la transformación socialista sólo era posible como acción consciente. Las masas necesitaban de una dirección capaz de hacer que toda su energía revolucionaria se materializara en un nuevo orden social y económico. Mientras los líderes obreros

---

<sup>258</sup> León Trotsky, *Historia de la Revolución Rusa*, p. 154.

<sup>259</sup> León Trotsky citado en Pierre Broué, *La revolución española (1930-1936)*, pp. 85-86.

<sup>260</sup> *Ibid.*, p. 81.

reconocieran y sostuvieran la autoridad de la Generalitat, ésta seguiría existiendo. Buena prueba de ello fue la creación del Consejo de Economía de Catalunya, el 11 de agosto de 1936. Se trató de un organismo que nació para controlar, y finalmente someter a la dirección del gobierno de la Generalitat, la nueva realidad creada por la revolución, de miles de obreros que habían tomado el control de las fábricas. Su creación, fue, además, una decisión de las organizaciones obreras que integraban el CCMAC. Sin embargo, fue a la Generalitat, a través de un decreto, a quién tocó legalizar su existencia. Andreu Nin, formaría parte de dicho organismo.

Los dirigentes de ERC, conscientes de su debilidad no intentaron arrebatar a la clase obrera sus conquistas de forma inmediata. Su objetivo inicial, evitar que la Generalitat fuera disuelta y sustituida por un organismo nacido de la revolución, había sido alcanzado con éxito. A pesar de ello, el CCMAC, era considerado una amenaza por los nacionalistas pequeñoburgueses catalanes. Companys, era consciente de que no contaba todavía con la autoridad ni con la fuerza necesaria para obligar a los trabajadores a retroceder a la situación previa al 18 de julio. Esa complicada tarea debía ser puesta en práctica por los dirigentes del movimiento obrero. El POUM, sería invitado a participar en ella.

### **Doble poder en Catalunya**

Una vez garantizada la supervivencia de la Generalitat, era necesario devolverle su viejo papel como máximo órgano ejecutivo. A tal fin, se acordó que los partidos obreros participaran en el gobierno. Los dirigentes anarquistas decidieron entonces romper su larga trayectoria antiparlamentaria. Todas las organizaciones, incluido el POUM, aceptaron la invitación a formar parte de las tareas gubernamentales. El 26 de septiembre se constituyó un nuevo consejo de la Generalitat en el que participaron ERC, Unión de Rabassaires, el PSUC, la CNT-FAI y el POUM. Nin, sería nombrado Consejero de Justicia, mientras otro compañero lo sustituía en el Consejo Económico.

Conseguir que los partidos obreros se integraran en el órgano que simbolizaba la legalidad burguesa, fue un importante y primer paso en la reconstrucción del aparato del estado capitalista en la zona republicana, desmoronado parcialmente tras la insurrección de los trabajadores. El siguiente sería acabar con los comités revolucionarios, sabotear la obra de las colectivizaciones y, por encima de todo, desarmar a los trabajadores en la retaguardia. En este camino era también preciso poner punto y final al organismo político que, a pesar de las carencias de su programa, era identificado por los obreros con el salto que la revolución había dado tras el 18 de julio, objetivo que se materializó con extraordinaria rapidez. El 1 de octubre, cuatro días después de constituirse la nueva Generalitat, se publicó el decreto de autodisolución del Comité Central de Milicias Antifascistas de Cataluña.

El siguiente golpe de la Generalitat contra la revolución fue mucho más audaz. En este caso se trataba de destruir los comités revolucionarios, los órganos de poder obrero creados en toda Catalunya y que en Barcelona dirigían aspectos amplísimos de la vida económica y social. El 10 de octubre, nueve días después de disolver el CCMAC, el nuevo gobierno de la Generalitat publicó el decreto de disolución de los comités. Antes de que finalizara el mes de octubre, otros dos decretos intentaron restaurar el control de la Generalitat en dos terrenos decisivos donde las realizaciones revolucionarias eran significativas: el armamento del proletariado y el control obrero en las fábricas. El 24 de

octubre se aprobó el decreto de militarización de las milicias catalanas y la entrada en vigor, a partir del 1 de noviembre, del viejo código de Justicia Militar. El día 26, veía la luz un decreto sobre las colectivizaciones y el control obrero.

El objetivo de los decretos de disolución del CCMAC y los comités revolucionarios era evidente. No existiría un organismo político paralelo a la Generalitat y, en lo que respecta a los municipios, donde los comités habían arrebatado el poder a los órganos de la democracia burguesa, serían sustituidos por corporaciones municipales frentepopulistas. En cuanto a la militarización de las milicias, estaba en juego quién daría las órdenes a los obreros armados, y cuales serían los fines políticos de la guerra. Para los republicanos y los estalinistas estaba claro: la revolución socialista iniciada debía ser liquidada si se quería defender la “República democrática.”

La revolución hizo saltar por los aires el viejo ejército burgués que subsistió bajo la Segunda República. En los primeros meses, la maquinaria militar contrarrevolucionaria del ejército de Franco se enfrentó a cientos de miles de obreros armados agrupados en milicias de la CNT, el PSOE, el PCE y el POUM.<sup>261</sup> La centralización y potencia militar del enemigo, ayudado generosamente por las potencias fascistas, y el boicot de las “democracias occidentales” al gobierno republicano a través de la política de *no intervención*, dejaban claro que los trabajadores sólo deberían confiar en sus propias fuerzas, y en la solidaridad internacionalista del proletariado mundial, si querían coronar con éxito la revolución. En esas circunstancias, la revolución española debía dar un paso adelante en el terreno militar, las milicias no eran suficientes. Pero en este asunto, o mejor dicho, especialmente en este terreno, la cuestión de clase seguía siendo el elemento fundamental.

¿Al servicio de qué clase y de qué programa estarían las armas y los hombres que las empuñaban? ¿Era el nuevo gobierno central encabezado por Largo Caballero<sup>262</sup> o el de la Generalitat un instrumento político al servicio de la revolución socialista? Trotsky, que disponía de una gran experiencia por su papel como máximo organizador del Ejército Rojo soviético, una máquina militar capaz de repelar la agresión militar combinada de la contrarrevolución interna —los rusos blancos— y extranjera —21 ejércitos imperialistas—, subrayaba que “el carácter revolucionario del ejército se define ante todo por el carácter del régimen soviético que lo crea, que le da un objetivo y lo transforma así en su instrumento.”<sup>263</sup> Si el ejército que nacería de la centralización de las milicias estaba al servicio del programa del Frente Popular, el objetivo de la victoria militar sobre el fascismo no perseguiría la consolidación de una república socialista. En la lucha armada contra el fascismo, sólo una guerra revolucionaria, basada en un Estado obrero capaz de movilizar todos los recursos humanos, materiales y políticos, y lograr la solidaridad activa de la clase obrera europea no como un elemento secundario sino central, llamando a los trabajadores de Francia, Gran Bretaña, Alemania o Italia a impulsar la revolución socialista, podría tener serias posibilidades de victoria.

---

<sup>261</sup> El POUM organizó la columna Lenin, declarando que llegó a tener 5.000 hombres bajo su mando.

<sup>262</sup> El 4 de septiembre de 1936 se formaría un nuevo gobierno encabezado por Largo Caballero. En el habría ministros del PSOE, el PCE (agricultura e instrucción pública), y, finalmente, de la CNT, que en noviembre de 1936 entraría en el gabinete con cuatro ministros (Justicia, Sanidad, Industria y Comercio).

<sup>263</sup> León Trotsky, *Nuestra política en lo relacionado con la creación de un ejército*, Tesis adoptadas por el VIII Congreso del Partido Comunista Ruso, marzo de 1919.

Tras la primera sesión del gobierno Caballero, se dio a conocer la siguiente declaración: “todas las fuerzas políticas (...) combaten por la subsistencia de la República democrática”. Ante una delegación parlamentaria británica, el nuevo gobierno de la República, se reafirmaba: “El gobierno español no combate por el socialismo, sino por la democracia y las formas constitucionales”.<sup>264</sup> En esas condiciones, a pesar del heroísmo demostrado por los combatientes del Ejército Popular Republicano en las trincheras, la suerte estaba echada.

El POUM defendía un programa militar que, en la teoría, se asemejaba al puesto en práctica por los bolcheviques tras el estallido de la guerra civil. “La consigna central de nuestro Partido, y que representa la voluntad profunda de las masas trabajadoras en lucha, es: ‘Guerra en el frente y Revolución Socialista en la retaguardia’. Esta consigna presupone imprescindiblemente, y pone en primer plano, la creación del Ejército Revolucionario del Proletariado para vencer al fascismo y para garantía de las realizaciones socialista en la retaguardia. (...) Por tanto, el nuevo ejército surgido de la revolución ha de ser un ejército socialista al servicio de la nueva clase que fatalmente ha de detentar el poder: el proletariado.”<sup>265</sup> Pero, ¿cómo poner en práctica este programa?

En la ‘retaguardia’ lejos de la ‘revolución socialista’, los defensores de la democracia burguesa luchaban por la reconstrucción del Estado burgués, y el POUM participaba en primera línea del gobierno catalán que quería retroceder a febrero del 36. Su actuación en la Generalitat contradujo, en las cuestiones esenciales, el discurso revolucionario que defendían los dirigentes poumistas.

Tanto con el decreto de colectivización y control obrero, como en el que se refería a la disolución de los comités revolucionarios, la Generalitat se enfrentaba a conquistas fundamentales de los obreros y no sería fácil arrebatarlas. Su táctica debía ser cuidadosa. En primer lugar, era necesario revertir el control obrero sobre las empresas e industrias colectivizadas, y subordinar la actividad económica en Catalunya al completo dominio de la Generalitat. Redactando y aprobando el decreto sobre las colectivizaciones, no sólo se investía de una autoridad de la que carecía, sino que establecía las normas de funcionamiento a las que se debían someter los obreros que se encontraban al frente de las empresas. Entre ellas, la presencia de un representante de la Generalitat en cada colectivización a fin de supervisar su funcionamiento y un complejo organigrama tendente a la jerarquización y burocratización en la toma de decisiones.

Dentro del Consejo de Economía se produjo una polémica en torno al número de obreros que debía de tener una industria para ser colectivizada. El POUM propuso que se hiciera a partir de 50 trabajadores, mientras que el PSUC y ERC defendieron que no estuviera por debajo de los 250 obreros. Finalmente, el decreto estableció en 100 trabajadores la frontera para colectivizar una empresa. Sin negar la importancia de esta cuestión, teniendo en cuenta la gran cantidad de empresas que en Cataluña contaban con menos de 100 trabajadores, no era este punto sobre el que se dilucidaría el futuro de la revolución. El control obrero a nivel de las fábricas es un primer paso que prueba el cuestionamiento de la propiedad privada por parte de los asalariados. Sin embargo, no es todavía socialismo.

---

<sup>264</sup> Burnett Bolloten, *op. cit.*, p. 285.

<sup>265</sup> Resolución del Comité Central del POUM de diciembre de 1936, incluida en el libro de Víctor Alba *La revolución española en la práctica. Documentos del POUM*, Ediciones Júcar, Madrid, 1977, pp. 182-83.

Lenin afirmaba la necesidad de dar el salto del control obrero a la administración obrera. Las fábricas o empresas individuales bajo control obrero no son organismos autosuficientes e independientes, siguen necesitando materia prima, financiación y un mercado en el que vender su producción, son parte inseparable de una economía mayor que es un todo. Si en dicha economía siguen imperando las leyes de producción capitalista, las decisiones de los obreros que controlan una empresa estarán restringidas no sólo a las cuatro paredes de su fábrica, sino determinadas, cuando no impuestas, por la escasez o abundancia y precio de las materias primas, la fluctuación del precio de sus mercancías en el mercado, la competencia con otras empresas más productivas, la dependencia de la financiación de la banca privada o sometida a criterios capitalistas si es de titularidad pública, etc. En un Estado obrero, todos los medios de producción más importantes, la gran banca y las fuentes de materias primas no sólo han sido expropiados y nacionalizados, sino que se encuentran bajo la administración y dirección política del proletariado y, gracias a ello, disponiendo de las palancas fundamentales de la economía, los trabajadores realmente pueden dirigirla. “Las masas obreras deben tomar en sus manos la organización del control y de la producción en la amplia escala de todo el Estado. La garantía del triunfo no reside en la organización de individuos, sino en la organización de todas las masas trabajadoras...”<sup>266</sup>

El objetivo de los decretos aprobados a lo largo del mes octubre de 1936 por la Generalitat catalana, no fue otro que reconstruir el poder del Estado burgués, el gendarme de capitalismo, amenazado por los obreros en armas. “Quién reconoce solamente la lucha de clases no es aún marxista, puede mantenerse todavía dentro del marco del pensamiento burgués y de la política burguesa (...) Marxista sólo es el que hace extensivo el reconocimiento de la lucha de clases al reconocimiento de la dictadura del proletariado.”<sup>267</sup> No es casual que Lenin hiciera esta afirmación en su libro *El Estado y la revolución*. Escribió esta obra en medio del fragor de los acontecimientos revolucionarios de 1917, durante la clandestinidad impuesta tras las jornadas de julio y la represión contra los bolcheviques. La revolución es una lucha de gigantescas fuerzas contrapuestas en la que se ve inmersa el conjunto de la sociedad. Cuando el enfrentamiento entre las clases que pugnan por el poder alcanza su punto crítico, los acontecimientos se suceden a gran velocidad. La determinación de los dirigentes cobra entonces una importancia trascendental. La revolución no se detiene en espera de la decisión adecuada. Las organizaciones deben haber realizado con anterioridad su preparación, tanto teórica como práctica.

Juan Andrade afirmaba en *La Batalla* del 4 de diciembre de 1936: “El triunfo de la revolución rusa fue posible porque Lenin y Trotsky llevaron a los últimos extremos su intransigencia contra toda clase de oportunistas, porque impulsaron la revolución desde el primer momento hacia el socialismo, porque se opusieron a todo compromiso con las clases enemigas e intermedias, porque representaron en todo momento los sentimientos y los intereses de las masas obreras y campesinas.”<sup>268</sup> Mientras Andrade hacía estas manifestaciones, el POUM previamente había puesto su firma en todos los decretos aprobados por el gobierno catalán contra las realizaciones revolucionarias.

---

<sup>266</sup> Lenin, *El control obrero y la nacionalización de la industrial*, Editorial Progreso, Moscú, 1878, p. 107.

<sup>267</sup> Lenin, *El Estado y la revolución*, p. 44.

<sup>268</sup> Juan Andrade, *La revolución española día a día*, Edit. Nueva Era y Publicaciones Trazo, Barcelona, 1979, pp. 29-30.

Andreu Nin había asumido la Consejería de Justicia y permaneció al frente de esta responsabilidad entre el 26 de septiembre y el 13 de diciembre de 1936. En su primera declaración oficial afirmó: “vengo a legalizar y recoger lo que han hecho las masas trabajadoras en la calle.”<sup>269</sup> En el tiempo en que fue Consejero legalizó el reconocimiento de importantes derechos que la población había conquistado en las jornadas revolucionarias. Fue el caso de la creación de los Tribunales Populares y la legalidad a efectos civiles de todos los matrimonios celebrados ante jueces populares y organismos partidarios y sindicales. Especialmente destacado fue el reconocimiento del ejercicio de los derechos políticos a los 18 años.

Sin embargo, una vez arrebatados al movimiento obrero su protagonismo en el control de las armas y los medios de producción, sus derechos jurídicos serían fácilmente anulados. Hay que recordar las conclusiones de Marx acerca de que el derecho jamás puede elevarse por encima del régimen económico que lo condiciona: las “relaciones de producción forman la estructura económica de la sociedad, la base real sobre la que se levanta la superestructura jurídica y política”<sup>270</sup> Por tanto, ¿cómo se puede explicar que Nin, ocupando la cartera de Consejero aceptase que el gobierno de la Generalitat arrebatara el derecho a los obreros de controlar las armas y las empresas? ¿Cómo es posible que un dirigente que apelaba en sus discursos y en sus escritos a Marx, Engels y Lenin colaborara en la reconstrucción de las instituciones burguesas, representadas por la Generalitat, y acatara las medidas que iniciaron la ofensiva contra el poder obrero que representaban los comités locales?

El POUM y Andreu Nin participaron en un gobierno de coalición con la pequeña burguesía catalana, cuyo balance no podía ser más negativo desde el punto de vista de los intereses de la revolución. La vieja idea teórica de colaborar, sólo en “circunstancias excepcionales”, se transformó, en la práctica, en apoyo abierto a medidas que iban contra la línea de flotación de la revolución socialista. Agustín Guillamón en su texto *Los Comités de Defensa de la CNT en Barcelona (1933-38)* escribe: “Este era el balance real dejado por el CCMA en sus nueve semanas de existencia: el paso de unos comités locales revolucionarios, que ejercían todo el poder en la calle y las fábricas, a su disolución en beneficio exclusivo del pleno restablecimiento del poder de la Generalidad. Del mismo modo, los decretos firmados el 24 de octubre sobre militarización de las Milicias a partir del 1 de noviembre y de promulgación del decreto de Colectivizaciones completaban el desastroso balance (...) esto es, el paso de unas Milicias obreras de voluntarios revolucionarios a un ejército burgués de corte clásico, sometido al código de justicia militar monárquico, dirigido por la Generalidad; el paso de las expropiaciones y el control obrero de las fábricas a una economía centralizada, controlada y dirigida por la Generalidad.”

Las previsiones de Trotsky y sus críticas a Nin y al POUM, que algunos consideraban, y consideran hoy todavía, como sectarias y fuera de lugar, no iban desencaminadas. Primero fue el rechazo “intransigente” a intervenir en la izquierda socialista, y el desprecio arrogante de Nin y sus partidarios a las llamadas de los jóvenes socialistas para bolchevizar el movimiento socialista. Más tarde, la unificación con un grupo como el BOC, que arrastraba una historia plagada de maniobras oportunistas, cediendo en cuestiones principistas. Posteriormente, la firma del acuerdo de Frente Popular, que el mismo POUM había denunciado en su programa de unificación en septiembre de 1935.

---

<sup>269</sup> Pelai Pagès, *Andreu Nin: su evolución política (1911-1937)*, p. 223.

<sup>270</sup> Marx, *Prólogo a la Contribución a la Crítica de la Economía Política*, escrito en 1859.

Finalmente, una vez que los obreros se levantaron con las armas en la mano para impedir el triunfo del golpe militar fascista, la integración de Nin y el POUM en un gobierno de colaboración de clases que adoptó todo tipo de decretos para revertir las conquistas revolucionarias de la clase obrera.

Muchos comités revolucionarios se resistieron a su disolución. Lo mismo ocurrió con las milicias y muchas empresas bajo control obrero. Especialmente reticente fue la base cenetista, integrada por militantes revolucionarios que no compartían la política de sus dirigentes. Sectores de la militancia del POUM también se resistieron. El propio Nin, tras la suspensión de los comités locales acordada por el decreto del 9 de octubre, tuvo que hacer varios viajes a Lérida para convencer a la base poumista, contraria a esta política. Pudo comprobar de primera mano la oposición que existía a la política del gobierno en el que era Consejero. La resistencia a la militarización de los milicianos de las columnas de la CNT duró meses. No fue hasta una asamblea celebrada en febrero de 1937, y bajo la amenaza de no suministrar armas, alimentos, ni soldada, a las columnas que no aceptaran la militarización, cuando ésta se pudo imponer. De aquellas duras polémicas nació la Agrupación “Los Amigos de Durruti”.

A pesar de los avances obtenidos, los defensores de la restauración del orden burgués eran conscientes de que el movimiento aún no se había rendido a su programa. La clase obrera había llegado muy lejos en Catalunya, comprobando la fuerza que albergaba en su seno y su derecho a optar a la dirección de la sociedad. Los trabajadores se resistían a volver a la vieja sumisión de clase, expresando el salto que se producía cuando los proletarios adquirían conciencia de su capacidad para derrocar el capitalismo y construir una sociedad nueva. En Cataluña muchos obreros todavía disponían de armas. La Generalitat se planteó entonces un nuevo objetivo estratégico: desarmar a la clase obrera en la retaguardia. Aprovechando cualquier incidente, lanzó contra el sector más combativo y consciente del movimiento todo tipo de acusaciones, calificando despectivamente como ‘incontrolados’ a quienes se oponían a sus medidas regresivas. Justificó la incautación de las armas con el eslogan de “armas al frente”. Pero, el paso decisivo no se podría dar sin una lucha física para reducir a los revolucionarios. Se empezaba a perfilar el enfrentamiento armado de mayo de 1937.

El combate definitivo aún estaba por producirse. El POUM podría aprovechar todavía el impulso ascendente de la revolución social. Según sus propias cifras, contaba ya con 40.000 militantes y miles de ellos formaban parte, junto con muchos obreros cenetistas, de la vanguardia que se resistía a dar por terminada la revolución. *La Batalla* insistía que la única forma de ganar la guerra era consumando la revolución en la retaguardia. Al final, la contradicción que existía entre esta posición teórica y su participación práctica en el gobierno de la Generalitat, sería resuelta por los dirigentes estalinistas del PSUC que, con la colaboración de la dirección de la CNT, expulsaron al POUM del gobierno catalán a mediados de diciembre de 1936. Nin, Andrade y el resto de dirigentes del POUM, tendrían todavía una oportunidad para cambiar el rumbo de los acontecimientos. Para ello era necesario corregir su caracterización política de la Generalitat y realizar un balance crítico sobre su participación en el gobierno, perder el temor a quedarse solos en la defensa de un programa genuinamente marxista y una política correcta hacia la base del movimiento anarquista.

A mediados de diciembre, cuando los objetivos de la política aplicada por el gobierno catalán eran evidentes, Nin se reafirmó en la colaboración del POUM con la Generalitat,

justificando su actuación de una manera sorprendente: “¿Era este gobierno el que responde a nuestras aspiraciones? Se trata de un gobierno fruto de una situación transitoria que agrupa a todas las organizaciones obreras de Cataluña, tiene un *programa socialista* y una mayoría obrera en el interior de este gobierno. El gobierno de Valencia<sup>271</sup> es también un gobierno en el cual están representadas las organizaciones obreras y los partidos pequeñoburgueses republicanos. Pero entre él y el de Cataluña hay una diferencia. Es evidente que en Cataluña la clase obrera ejerce una influencia mucho más considerable, revolucionaria, que en el resto de España; que aquí la revolución tiene un ritmo mucho más acelerado. Por este motivo, a pesar de que por su composición social el gobierno de Valencia y el de Cataluña son análogos, hay una innegable diferencia de matiz.”<sup>272</sup>

Este intento de mostrar diferencias sutiles entre el gobierno catalán y el gobierno central, era una incongruencia más de Nin y la dirección poumista. Efectivamente, ambos organismos tenía una composición análoga, eran gobiernos de colaboración de clase por mucho que Nin pretendiera enmascarar esta realidad considerando que la Generalitat tenía un programa socialista.

Mientras que el POUM tenía un consejero en la Generalitat, carecía de ministros en el gobierno central. Si Largo Caballero hubiera invitado al POUM a participar en su gobierno, como hizo con la CNT, ¿cuál hubiera sido la respuesta de Nin? En cualquier caso esta invitación no se produjo nunca, y el consejo de ministros presidido por Largo Caballero fue denunciado en *La Batalla* en los siguientes términos: “La concepción de defensa de la República democrática, y aún más la política de Frente Popular, presupone la continuación del estado de hecho anterior al 18 de julio. (...) La maquinaria burguesa del Estado, sigue funcionando...”<sup>273</sup> En una conferencia pronunciada a finales de abril de 1937, Nin seguía manteniendo la opinión de que la participación del POUM en la Generalitat había sido correcta. “La revolución no puede acabar otra vez en la república burguesa. (...) Esto no estaba en contradicción con nuestra colaboración en el Consejo de la Generalidad. Colaboramos en él conservando nuestra independencia de partido revolucionario. Esto nos permitió propagar nuestras posiciones y no aislarnos de las masas, que no hubieran comprendido una actitud de no colaboración. Aquel gobierno tenía una mayoría obrera y un programa socialista.”<sup>274</sup>

Desafortunadamente para Nin, ni las palabras ni las etiquetas podían cambiar la realidad de los hechos. Que en la Generalitat hubiera una representación importante de la CNT, y un Consejero del POUM, no convertía al gobierno catalán en un organismo revolucionario que por ello aplicase un programa socialista. ¿Acaso la disolución de los organismos creados por la clase obrera para controlar las armas y la economía eran signos de una política revolucionaria anticapitalista? Que *La Batalla* reivindicara la revolución en la retaguardia, no impedía al POUM su participación en un gobierno que aprobaba los decretos que pretendían asfixiarla. La única diferencia que marcaba el

---

<sup>271</sup> En aquel momento, el gobierno central presidido por Largo Caballero se había trasladado a Valencia ante lo que se preveía como la inminente entrada de las tropas fascistas en Madrid.

<sup>272</sup> Informe al CC del POUM del 12 al 16 de diciembre de 1936. Citado en *Andreu Nin, La revolución española (1930-1937)*, Ediciones de Intervención Cultural en una edición especial para el diario Público, Barcelona, 2011, p. 262. La cursiva es nuestra.

<sup>273</sup> Artículo de Juan Andrade publicado el 1 de diciembre de 1936, *La revolución española día a día*, op. cit., p. 24.

<sup>274</sup> Andreu Nin, *El problema del poder en la revolución*, 25 de abril de 1937. Discurso incluido en este libro.

hecho indiscutible de que la revolución en Cataluña tuviera ‘un ritmo mucho más acelerado’, era que la reconstrucción del Estado burgués se hacía de forma más lenta y tortuosa porque la resistencia que oponían los obreros era más intensa.

En este balance, salió a la luz nuevamente el argumento de “no aislarse” de las masas, de evitar que el partido se quedara solo frente a todas las demás organizaciones. No sería la primera ni la última vez. La firma del Frente Popular se justificó en aras de evitar el “aislamiento” de las masas. En un futuro inmediato, cuando los trabajadores barceloneses se resistieron a entregar sus armas, el POUM volvería a justificar su comportamiento vacilante porque sus fuerzas limitadas le impedían poner en práctica el programa que los obreros necesitaban para triunfar.

Lo que parecía olvidar Nin, siempre dispuesto a citar a Lenin, era el hecho de que los bolcheviques también se encontraron en minoría al principio del proceso revolucionario. En febrero de 1917 eran sus adversarios reformistas, mencheviques y socialrevolucionarios, partidarios de entregar el poder a la burguesía tras la caída del zar, quienes disfrutaban de una amplia mayoría en los sóviets. Una organización revolucionaria, a pesar de las limitaciones de su tamaño numérico, puede transformarse en una organización de masas en el torbellino de los acontecimientos revolucionarios a condición de llevar a la práctica un programa revolucionario consecuente. Los bolcheviques no eran mayoría cuando estalló la revolución de febrero; prácticamente eran desconocidos para la gran masa de trabajadores, campesinos y soldados. Sin embargo, en pocos meses habían ganado la mayoría de los sóviets, y habían logrado que miles de miembros del partido menchevique y de los eseristas se pasaran a sus filas. El propio Nin subrayó este hecho más de una vez cuando estaba al frente de los opositores de izquierdas pocos años atrás: “¿Qué importa que en estos momentos seamos aún relativamente débiles numéricamente? También lo eran los bolcheviques en Rusia y en la Internacional, y, sin embargo, derrotaron a la burguesía de su país y dotaron al proletariado de una potente organización revolucionaria mundial. Lo importante es tener una orientación política firme. En los momentos decisivos, las masas siguen a los que mejor saben interpretar sus intereses históricos y su voluntad.”<sup>275</sup>

El POUM desaprovechó las numerosas oportunidades que le brindó la lucha de clases para transformarse en una fuerza de masas, lo que no estuvo determinado por su fuerza numérica, sino por sus errores políticos. La posición minoritaria de los revolucionarios durante la mayor parte de su actividad, incluido los primeros momentos de la revolución era, hasta cierto punto, inevitable. Lo que aparentaba ser una contradicción, era el reflejo de cómo la relación dialéctica entre la cantidad y la calidad se hace especialmente intensa en los momentos más encarnizados del enfrentamiento entre las clases. En lo que se refería al proceso de toma de conciencia socialista de los trabajadores, la acumulación cuantitativa de experiencias bajo el gobierno republicano y la amenaza fascista había provocado un salto de calidad, expresado en las realizaciones revolucionarias de las masas tras la sublevación del 18 de julio. En el caso del partido, sería a la inversa, de la calidad surgiría la cantidad. Cada militante marxista que supiera mantenerse firme frente a todas las presiones y dificultades del momento, tendría la posibilidad de encabezar en el futuro a cientos, quizá a miles de obreros revolucionarios. En aquella etapa concreta de la revolución, una condición indispensable para llegar a

---

<sup>275</sup> Andreu Nin, recogido en el libro *La revolución española (1930-1937). Selección de artículos y discursos*, Ediciones de Intervención Cultural en una edición especial para el diario Público, Barcelona 2011, p. 123.

alcanzar la mayoría consistía en sostener firmemente una posición que era minoritaria. El POUM debería haberse mantenido al margen de la política reformista, no en los discursos y en la propaganda, sino en los hechos, rechazando su participación en el gobierno de la Generalitat. Debería haberse opuesto a la disolución del Comité Central de Milicias Antifascistas de Cataluña, y luchar por convertirlo en un organismo que fortaleciese los comités revolucionarios que habían surgido en un gran número de localidades y ciudades, concentrando el poder obrero en las fábricas, en las milicias, en las colectivizaciones. Debería haber denunciado el decreto de disolución de los comités locales, llamando a todos los trabajadores a mantenerlos, perfeccionarlos y coordinarlos. Debería haber explicado que la forma de hacer avanzar el control obrero y las colectivizaciones de las empresas y la tierra no era estableciendo un complejo organigrama que garantizara la tutela política de la Generalitat, sino establecer un gobierno basado en la democracia obrera y la expropiación y nacionalización de las fundamentales fuentes de riqueza. Actuando de esta forma se hubiera quedado fuera del gobierno, habría sido denunciado por las direcciones socialdemócratas, reformistas, estalinistas y pequeño burguesas del PSUC, ERC y CNT-FAI. Se habría quedado sólo... defendiendo el programa de la revolución socialista.<sup>276</sup>

Esa fue la experiencia bolchevique en 1917. Lenin, lejos de negar la posición minoritaria de su partido en los sóviets, animó a toda su militancia a mantenerse firme: “Reconocer que, en la mayor parte de los Sóviets de diputados obreros, nuestro partido está en minoría y, por el momento, en una minoría reducida, frente al bloque de todos los elementos pequeñoburgueses y oportunistas —sometidos a la influencia de la burguesía y que llevan dicha influencia al seno del proletariado—... (...) Explicar a las masas que los Sóviets de diputados obreros son la única forma posible de gobierno revolucionario y que, por ello, mientras este gobierno se someta a la influencia de la burguesía, nuestra misión sólo puede consistir en explicar los errores de su táctica de un modo paciente, sistemático, tenaz... (...) Mientras estemos en minoría, desarrollaremos una labor de crítica y esclarecimiento de los errores, propugnando al mismo tiempo, la necesidad de que todo el poder del Estado pase a los Sóviets de diputados obreros, a fin de que, sobre la base de la experiencia, las masas corrijan sus errores.”<sup>277</sup>

En su *Historia de la Revolución Rusa*, Trotsky explicaba que “la gran fuerza de Lenin consistía en su inseparable capacidad para tomar el pulso a la masa y saber cómo sentía.”<sup>278</sup> Lenin atendía siempre al movimiento de las masas, sin dejarse arrastrar por las vacilaciones y capitulaciones de las direcciones reformistas. No temió quedarse en minoría, incluso dentro de su partido, para defender con firmeza el programa que necesitaba la revolución. “Las tesis de Lenin fueron publicadas exclusivamente como obra suya. Los organismos centrales del partido las acogieron con una hostilidad sólo velada por la perplejidad. Nadie, ni una organización, ni un grupo, ni una persona,

---

<sup>276</sup> Grandizo Munis analizaba como podía dar un paso al frente la revolución en Catalunya: “Como organismo surgido del triunfo de las masas, el CC de Milicias era indiscutiblemente un gobierno revolucionario. Su poder estaba en la obra de la revolución; su porvenir en la ampliación y consolidación de la misma. ¿Cómo se hubiera podido fortalecer el CC de Milicias y la revolución? Únicamente convirtiéndose en la expresión democrática de los Comités-gobierno locales, extendiendo las Patrullas de Control y disolviendo los cuerpos de origen burgués, sistematizando la expropiación de la burguesía y organizando la producción de un plan socialista; organizando la justicia en torno a los tribunales revolucionarios y aboliendo las leyes anteriores al 19 de julio; centralizando las diversas milicias en un cuerpo bajo su mando.” Munis, pp. 321-22.

<sup>277</sup> Lenin, *Las Tesis de Abril*, pp. 4-5.

<sup>278</sup> León Trotsky, *Historia de la Revolución Rusa*, Volumen I, p. 116.

estampó su firma al pie de ese documento. Incluso Zinóviev, que había llegado con Lenin del extranjero, donde su pensamiento se había formado durante diez años bajo la influencia directa y cotidiana del maestro, se apartó silenciosamente a un lado.<sup>279</sup> Arriba, en la dirección, se encontró solo, pero, abajo, entre los proletarios de su organización, conquistó la mayoría para sus *Tesis de Abril*. Así mismo, cuando su partido se encontró aislado en los sóviets porque las masas daban la mayoría a mencheviques y socialrevolucionarios, centró su atención en la base del movimiento revolucionario, confiando en su capacidad de aprendizaje. No se desesperó ni buscó atajos. Sabía que las masas no aprenden en base al estudio de la teoría marxista, esa es una tarea propia de los cuadros del partido revolucionario, sino de su experiencia práctica. El aislamiento del programa del marxismo sería temporal. Cuando los obreros y los campesinos chocaran con los límites de los dirigentes reformistas conectarían con las ideas bolcheviques, otorgándoles la mayoría.

Esa era la clave también en la revolución española, la existencia de un partido que ayudara a los obreros que constituían el sustento de la revolución a superar los límites de sus direcciones.

### **El POUM y la CNT**

Siendo Cataluña la punta de lanza de la revolución, y la CNT la organización mayoritaria entre los trabajadores, el fermento creciente de la crítica en las organizaciones anarquistas se convirtió en una cuestión crucial. Los dirigentes anarquistas habían tomado importantes decisiones tras el 18 de julio. Por primera vez estaban dispuestos a participar en el gobierno. La entrada de la CNT en la Generalitat en septiembre del 36, fue seguida por la entrada en el gobierno de Largo Caballero en noviembre de ese mismo año. El nuevo gabinete dispuso de cuatro ministros anarquistas que se situaron al frente de Justicia, Sanidad, Industria y Comercio. No se trataba del abandono de la tradicional táctica ultraizquierdista respecto a las instituciones de la democracia burguesa para fortalecer sus posiciones revolucionarias, sino de un giro abierto hacia la colaboración con las posiciones reformistas y estalinistas del PSOE y el PCE.

Las tesis estalinistas de no rebasar los límites del capitalismo eran compartidas ya por todas las organizaciones mayoritarias entre la clase. Las últimas resistencias de los dirigentes de la izquierda socialista y anarquista habían sido doblegadas. Ya fuera en Madrid o Valencia, el gobierno de la República seguiría defendiendo que para ganar la guerra al fascismo era necesario garantizar el apoyo de las democracias europeas y, que de ello, se desprendía el mantenimiento y defensa de una república democrática. En un comunicado a la prensa extranjera, el gabinete informaba al mundo entero: “El gobierno de la República española no tiende a implantar un régimen soviético en España, pese a lo que en algunos sectores extranjeros se haya dicho a tal efecto. El propósito esencial es mantener el régimen parlamentario de la República...”<sup>280</sup>

Tanto Nin como Trotsky, convencidos de que la CNT estaba destinada a jugar un papel decisivo, dedicaron atención a este asunto. Nin, en su mitin del Gran Price de Barcelona, un par de semanas después de la sublevación fascista, afirmaba: “No he de ocultar que, a nuestro entender, el provenir de la revolución depende, en gran parte, de la actitud que

---

<sup>279</sup> *Ibid.*, p. 268.

<sup>280</sup> Burnett Bolloten, *op. cit.*, p. 285.

adopten la CNT y FAI.”<sup>281</sup> Por su parte, Trotsky, en su carta de agosto del 36, orientada a una posible colaboración con el POUM, expresaba su preocupación en lo concerniente a “las relaciones entre el POUM y los sindicalistas”, declarándose a favor de no dejarse dirigir “*exclusivamente* o incluso *fundamentalmente* por consideraciones de doctrina”. Posteriormente escribiría: “Como marxista me opongo al anarquismo. Pero me opongo de una forma aún más irreductible al actual oportunismo de los dirigentes de la CNT, sin embargo, esto no me impide darme cuenta que lo mejor del proletariado español está concentrado en las filas de esta organización. Una profunda solidaridad revolucionaria me une a los obreros anarquistas, mientras que en la pandilla pseudo-marxista de Stalin-Negrín, no veo más que enemigos de clase disfrazados.”<sup>282</sup>

Las discrepancias entre Trotsky y Nin aparecieron nuevamente a la hora de pasar de las palabras a la práctica. Trotsky entendía por desarrollar una acción común con los “anarquistas más puros”, establecer un frente único con la base revolucionaria de la CNT para dar al traste con los planes reformistas de su dirección. “El gobierno Kerensky intentaba a menudo servirse de los bolcheviques contra los anarquistas. Lenin se oponía a ello con la mayor firmeza: una anarquista militante vale más en esta situación, decía, que un centenar de mencheviques vacilantes. Durante la guerra civil que os ha sido impuesta por los fascistas, el mayor peligro es la falta de decisión, el espíritu de tergiversación, en una palabra: el menchevismo.”<sup>283</sup>

Nin, por su parte, centraba sus esperanzas en poder convencer a los dirigentes de la CNT de la necesidad de abrazar el programa del marxismo. Si se persuadía a la dirección de la organización mayoritaria de la clase obrera catalana se aseguraría el futuro de la revolución. Adoptaba la misma metodología de principios de los años 30 respecto a la Federación Comunista Catalano-Balear y Maurín. En aras de dicho objetivo, llevó a su partido a compartir todas las renuncias de la dirección cenetista, ya fuera la disolución del CCMAC o el sostenimiento de la Generalitat. Este asunto, aunque no exclusivamente, tuvo mucho que ver con la entrada de la FOUS en la UGT en el otoño del 36. Si bien Nin reconocía que “la pugna, a menudo violenta, entre la CNT y la UGT, no es más que el choque entre las exigencias revolucionarias del momento, más fielmente representadas por la CNT, a pesar de ciertas deformaciones, que por la UGT”<sup>284</sup>, rechazó la posibilidad de que las fuerzas sindicales poumistas ayudaran a fortalecer las posiciones revolucionarias en el punto central: la base cenetista. La entrada de decenas de miles de trabajadores orientados por el POUM en la Confederación hubiera significado afrontar el debate sobre las ‘deformaciones’ de la dirección anarquista, no desde las páginas de una revista teórica o en el ámbito de reuniones limitadas a los dirigentes, sino en el corazón de la militancia de la CNT.

Parece más que probable que una táctica en este sentido hubiera disgustado a sectores de la cúpula anarquista. No olvidemos, que los orígenes de la FOUS se encontraban en la expulsión de la CNT de los sindicatos dirigidos por el BOC en 1932. Otro factor determinante para la entrada en la UGT, fueron los cálculos erróneos de la dirección del

---

<sup>281</sup> Andreu Nin, *El proletariado español ante la revolución en marcha*.

<sup>282</sup> León Trotsky, 6 de octubre de 37, citado en Pierre Broué, *La revolución española (1930-1936)*, pp. 157-56.

<sup>283</sup> León Trotsky, *Es necesario superar las divergencias de pasadas*, 16 de agosto de 1936, incluida en este libro.

<sup>284</sup> Andreu Nin, *¿Por qué los sindicatos de la FOUS ingresan en la UGT?*, 23 septiembre 1936, artículo incluido en este libro.

POUM sobre la posibilidad de tomar el control de este sindicato. “Hasta el 19 de julio la influencia de la UGT en Cataluña era insignificante. Esa central no tenía prestigio ni tradición. Su nombre no estaba ligado a ninguna de las grandes luchas del proletariado catalán. (...) El formidable movimiento sindical provocado por los acontecimientos revolucionarios cambia fundamentalmente la base social de los sindicatos de la UGT, a la cual afluyen grandes masas trabajadoras. Pero, el espíritu reformista de la dirección persiste...”<sup>285</sup> Este crecimiento explosivo, sumado a la debilidad que en momentos pasados había padecido el estalinismo, fueron entendidos por los dirigentes poumistas como una posibilidad de multiplicar su presencia en el movimiento sindical a través de la conquista de la dirección de la UGT. Sin embargo, el hecho de que los dirigentes del PSUC defendieran un programa reformista, no significaba que fuera tarea fácil arrebatarles su posición hegemónica en la UGT. Cuando el POUM formalizó su propuesta al secretario regional de la UGT y miembro del PSUC, Sesé, en el mes de agosto, se encontraron con un abierto rechazo. A pesar de ello, en septiembre, todos los sindicatos de la FOUS entraron en bloque a la UGT, encontrándose con incontables trabas derivadas de los manejos antidemocráticos de la dirección, educada en los métodos burocráticos del estalinismo. El POUM no consiguió su objetivo de desplazar las posiciones frentepopulistas de la dirección de su nuevo sindicato.

Ese mismo mes de septiembre de 1936, Nin declaraba “que en las cuestiones fundamentales, en aquellas sobre las cuales existían discrepancias irreductibles con los compañeros de la CNT, sobre estas cuestiones, hoy puede haber un acuerdo perfecto.”<sup>286</sup> La base obrera de las organizaciones anarquistas desarrollaba una actividad práctica en la lucha revolucionaria que se acercaba cada vez más al programa del marxismo. A ello, como hemos visto, se añadía el creciente malestar por medidas como la militarización de las milicias destinadas a reconducir el armamento del pueblo en un ejército burgués y la disolución de los comités locales. Hubiera sido un error propio de un sectario no haber utilizado un lenguaje compañero que partiera de los importantes puntos en común que unían las expectativas revolucionarias de marxistas y anarquistas. Pero Nin y la dirección del POUM, en lugar de desplegar una intervención efectiva en la base confederal, se contentaron con intentar todo tipo de maniobras diplomáticas sobre la dirección cenetista para atraerles a sus posiciones. Las condiciones tan favorables para acercar a importantes sectores de la vanguardia al programa de la “revolución en la retaguardia”, no fueron aprovechadas. A la orientación en el terreno sindical hacia la UGT, se sumaba el hecho de que el POUM no podía criticar la colaboración de la CNT con el programa regresivo de la Generalitat puesto que era copartícipe de esa política.

Las expectativas de convencer a los dirigentes de la CNT, incluso pudieron tener un sentido en los primeros momentos del ascenso revolucionario que siguió al 18 de julio; sin embargo, el transcurso de las semanas y los meses, probaba que los dirigentes anarquistas evolucionaban rápidamente al campo del reformismo. Buena prueba de ello fue la forma en la que el POUM fue expulsado del gobierno catalán.

En el mismo momento en que se debatía la nueva composición de la Generalitat tras el estallido de la guerra civil, la política represiva del estalinismo en la URSS dio un nuevo salto dramático y espectacular. En agosto eran fusilados los primeros acusados de los juicios farsa conocidos como los Procesos de Moscú. Se trató de 16 bolcheviques de la vieja guardia, entre los que estaban Kámenev y Zinoviev. El POUM alzó su voz para

---

<sup>285</sup> Andreu Nin, *¿Por qué los sindicatos de la FOUS ingresan en la UGT?*

<sup>286</sup> Andreu Nin, *El proletariado español ante la revolución en marcha.*

denunciar este crimen. En una resolución publicada por *La Batalla* el 28 de agosto de 1936 se leía: “Esta liquidación de las esencias de octubre ha llevado a Stalin, no sólo a la tergiversación radical de los principios del socialismo revolucionario, sino al exterminio físico de la vieja guardia bolchevique... (...) De los viejos colaboradores de Lenin, de los grandes militantes de octubre, no va a quedar nadie que pueda hacer la menor sombra a Stalin, como no queda ya en la IC casi nadie de los fundadores de los partidos comunistas. (...) Es posible que, aprovechando el motivo de esta resolución, se nos acuse de trotskistas por quienes, faltos de argumentos y de medios legítimos de defensa, se limitan a cultivar el epíteto. No somos trotskistas ni admitimos la existencia del trotskismo. Trotsky es para nosotros, al lado de Lenin, uno de los grandes jefes de la revolución de octubre, y un gran escritor socialista revolucionario. Injuriado y perseguido, le expresamos nuestra solidaridad revolucionaria, sin ocultar por eso nuestras discrepancias con algunas de sus apreciaciones.”<sup>287</sup> La eliminación de todo aquel que criticara la política dictada por el PC ruso y la IC, que ya eran un todo indivisible, se convirtió en una orden de obligado cumplimiento fuera de las fronteras de la URSS. Eso incluía al PCE y, muy particularmente al PSUC, que compartiría gobierno con el POUM en Cataluña. La perspectiva sobre posibles ataques contra el POUM señalada por *La Batalla* en los últimos días del verano de 1936, se materializaría rápidamente. El ataque empezaría en Madrid.

Cuando en noviembre del 36 el gobierno de la República decidió trasladarse a Valencia ante el cerco sobre la capital de las tropas fascistas, dejó al frente del gobierno de la ciudad una Junta delegada de Defensa en la que se integraron todas las organizaciones políticas y sindicales antifascistas de la ciudad. El PCE se opuso con ferocidad a la participación del POUM, acusando a sus miembros de ser “enemigos de la URSS”. Andrade y Gorkin, personados en Madrid, se reunieron con dirigentes del PSOE y la CNT para evitar el veto contra su partido. Sus gestiones fueron infructuosas, las tesis estalinistas se impusieron, los representantes del POUM en Madrid se quedarían fuera de la Junta de Defensa.

El 27 de noviembre, *La Batalla* denunció la maniobra de los estalinistas: “La oposición venía del Partido Comunista y de las Juventudes Socialistas Unificadas. Venía y viene de más alto: de la Embajada soviética que, con el Consulado soviético de Barcelona, es quién inspira la campaña de insultos y de calumnias que se viene haciendo contra nosotros.”<sup>288</sup> Al día siguiente, el cónsul soviético enviaría una nota<sup>289</sup> a toda la prensa catalana acusando al órgano expresión del POUM de formar parte del coro fascista. Un par de semanas después, el 13 de diciembre, el PSUC planteó una crisis de gobierno que sólo podría ser resuelta con la salida del POUM. Comorera, secretario general del PSUC, declaraba ese mismo día: “...existen motivos fundamentales y suficientemente demostrados que este organismo [se refería al POUM] ha sido desleal con el gobierno” y, además, que “el POUM ha iniciado una campaña innoble de ataques e injurias con el gran país proletario amigo nuestro, utilizando precisamente los mismos argumentos de los fascistas alemanes e italianos. Un grupito que procede así es un elemento perturbador que es preciso marginar. Combatir en este momento a la URSS es hacer obra de traición. Nosotros somos incompatibles con la traición.”<sup>290</sup>

---

<sup>287</sup> Pelai Pagès, *Andreu Nin: su evolución política (1911-1937)*, p. 228.

<sup>288</sup> *Ibid.*, p. 236.

<sup>289</sup> Incluida en este libro.

<sup>290</sup> Juan Andrade, *La revolución española día a día*, p. 253.

De las expectativas del POUM en la ayuda que recibirían de la dirección de la CNT contra este brutal ataque, dan buena fe sus primeras reacciones. El 15 de diciembre, Andrade escribía en *La Batalla*: “Sin embargo, podemos decir que, a pesar de todo, la revolución entra en Cataluña en una nueva fase. Sobre una cuestión circunstancial se ha producido el acuerdo general tácito de las dos organizaciones, CNT y POUM, y un mayor estrechamiento entre las fracciones pequeño burguesas y sus agentes. El problema está ahora más claramente planteado. El crecimiento del proletariado en la revolución está a la orden del día.”<sup>291</sup> Por su parte, Nin explicaba al Comité Central del POUM en aquellos mismos días, en referencia a la dirección anarquista: “Estas relaciones, un poco frías y protocolarias al principio, se han convertido en relaciones de compenetración perfecta, y las reuniones que celebramos con los camaradas de la CNT se desarrollan en un ambiente de franca cordialidad.”<sup>292</sup> Los golpes de un enemigo poderoso son siempre duros, sin embargo, la intensidad de sus efectos varía dependiendo de si te encuentran con la guardia en alto o con la cara descubierta.

Los dirigentes anarquistas tuvieron que elegir y lo hicieron. Dieron su consentimiento para que los estalinistas eliminaran al POUM del gobierno catalán bajo la repugnante y calumniosa acusación de que *La Batalla* suministraba “material para las insinuaciones fascistas”.<sup>293</sup> El 17 de diciembre, se formó un nuevo ejecutivo sin el POUM que la dirección de la CNT saludó de forma entusiasta por tratarse de un “gobierno sindical”. Una vez más, las definiciones y etiquetas se utilizaban para ocultar la realidad. En dicho gobierno, que los dirigentes anarquistas consideraron como un triunfo de sus tesis, los únicos *políticos* excluidos serían los dirigentes poumistas. La pequeña burguesía mantendría la representación tanto a través de su sindicato, la Unió de Rabassaires, como su partido, ERC; la CNT, conservaría también sus posiciones, y los dirigentes estalinistas del PSUC, entrarían como representantes de la UGT.<sup>294</sup> Andrade, criticaba en la edición de *La Batalla* del día siguiente los argumentos expuestos por la CNT: “En sus editoriales de los dos últimos días, *Solidaridad Obrera*<sup>295</sup>, al comentar la crisis, comete, a nuestro juicio tres errores fundamentales de apreciación: primero, estimar que la crisis ha sido provocada por las discrepancias entre dos fracciones marxistas; segundo, colocar al PSUC y al POUM en el mismo plano de responsabilidad, y tercero, considerar acertadamente resuelto el problema porque son las organizaciones sindicales las que están representadas en el Gobierno.”<sup>296</sup>

Respecto a la orientación del POUM a la CNT, sin despreciar las conversaciones con la cúpula anarquista y sin perder un método compañero, hubiera sido más fiable realizar un trabajo sistemático de crítica a las posiciones reformistas de sus dirigentes entre los militantes de la Confederación. La experiencia demuestra que las posiciones marxistas sólo pueden defenderse de forma exitosa, si cuentan con un sólido respaldo por abajo. Es muy peligroso, para el partido revolucionario, dejarse guiar por la supuesta influencia que se puede obtener en los dirigentes reformistas y centristas por muy honestos que parezcan. Son las ideas y el programa quienes se imponen cuando las decisiones están cargadas de trascendencia política. Nin consideraba que Maurín y los

---

<sup>291</sup> *Ibid.*, p. 48.

<sup>292</sup> Citado en *Andreu Nin, La revolución española (1930-1937)*, pp. 264-65.

<sup>293</sup> Cita de la nota emitida por el consul soviético en Barcelona que se encuentra reproducida íntegramente en este libro.

<sup>294</sup> En concreto se trató de Comorera, Vidiella y Valdés.

<sup>295</sup> Periódico de la CNT

<sup>296</sup> Andrade, *La revolución española día a día*, p. 53.

dirigentes del BOC eran, sin saberlo, partidarios del programa de la Oposición de Izquierdas, y centró toda su energía y actividad política en esta consideración. Cuando esa perspectiva falló, y el dirigente de la izquierda comunista española se vio obligado a romper públicamente con Maurín, se tuvo que enfrentar a la debilidad de su organización.

Juan Andrade, reflejando las expectativas que la mayoría de los líderes del POUM tenían en la dirección de la CNT, afirmaba en un momento crítico que había un “acuerdo general tácito” entre ambas organizaciones. Igual ocurrió cuando la presencia de la CNT en la Generalitat fue considerada por el POUM una garantía del carácter revolucionario y obrero de dicho gobierno, y se utilizó esta excusa para embarcar al partido en un compromiso político con aquellos que pretendían hacer retroceder a la revolución a los cauces de la democracia burguesa. Los esfuerzos y energías de los dirigentes poumistas se centraron así en la tarea de permanecer cerca de la dirección de la CNT con objeto de arrastrarla a posiciones marxistas. Ello determinó su orientación sindical y la aceptación de los decretos de la Generalitat. Y, también, en opinión de algunos sectores de la propia militancia poumista, su renuncia a proclamar abiertamente las diferencias existentes entre el programa de la revolución y la política reformista de la dirección cenetista: “Además, la falta de una crítica cordial pero arrogante por parte del POUM sobre la trayectoria de la CNT, ha hecho que las masas cenetistas, y en general toda la clase trabajadora, no pueda hallar diferencia —tan esencial para el partido de la revolución— entre unos y otros y confunda ideológicamente las posiciones y las consignas.”<sup>297</sup> Los resultados de esta política hablan por sí mismos sobre la eficacia de este tipo de métodos en la construcción de una organización revolucionaria: los dirigentes anarquistas no se movieron de sus posiciones colaboracionistas con los estalinistas y reformistas; sin embargo, el POUM se alejó del programa marxista que decía defender.

Apoyando la maniobra del PSUC, los representantes de la CNT no sólo dejaron de lado la defensa del POUM, sino que asfaltaban el camino para el aplastamiento de la vanguardia revolucionaria en Cataluña. En diciembre de 1936 fue el POUM, en mayo de 1937 sería todo obrero que se negara a abandonar sus posiciones en defensa de la revolución, lo cual incluiría tanto a la militancia poumista como cenetista.

Tres meses después, de su expulsión de la Generalitat, en marzo de 1937, Nin escribía: “Bastaba querer, para que los restos impotentes del poder burgués fueran destruidos definitivamente y se instituyera el poder de la clase trabajadora. Pero los partidos y organizaciones obreros que gozaban de mayor influencia no quisieron. El Partido Comunista, fiel a la orientación escandalosamente reformista de la Tercera Internacional, consagró todos sus esfuerzos desde el primer momento a desviar el cauce de la revolución hacia la república democrática y la colaboración de clases. El Partido Socialista siguió el mismo camino, a pesar de la voluntad y el entusiasmo revolucionario de gran parte de las masas que le siguen. La CNT y la FAI merecen capítulo aparte. Los obreros confederados se lanzaron a la lucha con admirable empuje. Su formidable instinto de clase los ha llevado a una enérgica y audaz acción revolucionaria. Pero su magnífico impulso ha quedado considerablemente neutralizado por las concepciones tradicionales del anarquismo sobre el poder. Los militantes de la

---

<sup>297</sup> Se trata de un extracto de la Contratesis Política presentada por la Célula 72 de Barcelona, dirigida por Josep Rebull, al II Congreso del POUM, cuyo contenido político abordaremos en profundidad más adelante. Este texto está reproducido íntegramente en la parte documental de este libro.

CNT y de la FAI se dan cuenta de que la titánica lucha que se está desarrollando actualmente en España exige rectificaciones importantes; pero no se atreven a llevarlas hasta sus últimas consecuencias.”<sup>298</sup> Andrade, a finales de ese mismo mes, transmitía también su malestar por como se habían desarrollado las cosas, pero obviaba, como Nin, explicar las causas de ello: “Podemos decir, contemplando y analizando el curso de los acontecimientos a partir de julio hasta ahora, que el proletariado se encuentra actualmente en una situación peregrina. En los primeros días de la revolución dominaba en absoluto el proletariado en el terreno político y sindical, aunque de una forma no coherente, fraccionada. No obstante, de hecho existía un predominio del proletariado en todos los aspectos de la vida. Hasta las propias organizaciones obreras, sus direcciones, se habían visto un tanto superadas por el ritmo de los acontecimientos y por la iniciativa directa de los trabajadores. *No es ahora el momento de investigar y establecer por qué aquel movimiento espontáneo y vital del proletariado, ha podido encauzarse en las normas clásicas de la democracia burguesa.* Ni tampoco por qué este retroceso puede continuar y no presenta síntomas de acabar por el único procedimiento posible: la intervención enérgica de la clase obrera.”<sup>299</sup> Y, en abril, Nin insistía: “Las vacilaciones de la CNT son debidas a que le falta una teoría del poder. Ante la realidad revolucionaria, su doctrina les ha fallado. *No han sabido qué hacer cuando el proletariado estaba en la calle con las armas en la mano.*”<sup>300</sup>

### **La posición de los bolcheviques-leninistas**

Una vez expulsado de la Generalitat, el POUM hizo balance. El 18 de diciembre de 1936, *La Batalla* afirmaba: “Con nuestra expulsión del Consejo, se ha perseguido vigorizar las posiciones gubernamentales, políticas y económicas de las fracciones burguesas. En suma, lo que verdaderamente se ha definido con la solución, ha sido el futuro de la revolución española.”<sup>301</sup> Los dirigentes poumistas consideraban que el futuro del combate revolucionario dependía de su participación, o no, en el gobierno catalán, dando a entender que era la presencia del POUM en la Generalitat la que daba a esta un carácter revolucionario. No deja de ser, cuanto menos, curioso, que una dirección que argumentaba su debilidad para justificar cesiones en sus posiciones principistas, considerara a su vez que su mera presencia en un organismo gubernamental, y más en uno de colaboración de clases, tenía la facultad de decidir la naturaleza favorable o contraria a la revolución de éste.

Es innegable que la propaganda del POUM sobre la revolución en la retaguardia perjudicaban los planes de la pequeña burguesía y los estalinistas, pero el POUM parecía confundir las causas con los efectos. Su expulsión del gobierno catalán era la consecuencia de los ataques a los que habían sido sometidas todas las realizaciones revolucionarias y no a la inversa. La base material para este ataque se había establecido antes de su salida, con la disolución del CCMAC y los comités revolucionarios, con el decreto de militarización de las milicias y de control obrero en el mes de octubre, todo ello aprobado por el POUM.

---

<sup>298</sup> Andreu Nin, *La concepción marxista del poder y la revolución española*, 14 de marzo de 1937. Artículo incluido en este libro.

<sup>299</sup> Andrade, *La Batalla* 27 de marzo de 1937, *La revolución española día a día*. Editorial Nueva Era y Publicaciones Trazo, Barcelona 1979, p. 209. La cursiva es nuestra.

<sup>300</sup> Andreu Nin, *El problema del poder en la revolución*, 25 de abril de 1937. Discurso incluido en este libro. La cursiva es nuestra.

<sup>301</sup> Andrade, *La Batalla*, *La revolución española día a día*, p. 52.

Fuera ya de las labores de gobierno, el partido retomó su anterior consigna de ‘Asamblea Constituyente de los Comités de Obreros, Campesinos y Combatientes’ pero con una importante modificación: “Congreso de delegados de los sindicatos obreros, de las organizaciones campesinas y de los combatientes.”<sup>302</sup> Después de su salida del gobierno catalán, la revolución volvía a precisar de un órgano de poder distinto a la Generalitat.

Tras el giro de los acontecimientos, la nueva consigna remodelada suponía un retroceso frente a sus antiguas posiciones, puesto que la representación planteada a través de los sindicatos limitaba claramente la participación de la base del movimiento obrero, dando la oportunidad a los aparatos sindicales de elegir representantes sin pasar directamente por el control de las fábricas. En cualquier caso, la nueva consigna no consiguió el éxito esperado. Parte de las dificultades además, se derivaban de la actitud de la propia dirección poumista, que, tras su implicación en la disolución de los comités revolucionarios, centraba toda la responsabilidad de los retrocesos fuera de su ámbito de actuación. Indudablemente, las direcciones estalinistas y pequeñoburguesas eran quienes habían tomado la iniciativa, contando con la colaboración de la CNT. Pero, ¿es qué acaso el POUM carecía de responsabilidad?

Trotsky opinaba que no. A pesar del exilio y del recrudecimiento de la represión estalinista, no dejó de prestar atención a la revolución española. Trotsky criticó con dureza la participación de Nin en la Generalitat. “La dirección del POUM ha cometido un segundo error al entrar a formar parte del gobierno catalán de coalición. Para combatir en el frente, con las armas en la mano, con los demás partidos, es inútil colocarse en una falsa postura, participando en la política de estos partidos en el gobierno. Es preciso saber unir a las masas bajo la bandera de la revolución, sin debilitar el frente. En toda guerra civil, infinitamente más que en una guerra ordinaria, la política prevalece sobre la estrategia. Lee era más experto militar que Grant, pero la victoria de éste estaba asegurada por el programa de abolición de la esclavitud que constituía su base. Durante nuestros tres años de guerra civil, la superioridad, el arte y la técnica militar, estaban de parte del adversario, pero a fin de cuentas, lo que importa es el programa bolchevique. El obrero sabrá perfectamente por qué lucha. El campesino, duda mucho tiempo, pero al comparar los dos regímenes a la luz de su experiencia, sostiene a los bolcheviques.”<sup>303</sup>

¿Cuál era, según Trotsky, la posición que los marxistas debían sostener en la revolución española una vez iniciada la guerra civil? “(...) ‘¿Qué revolución tiene usted en perspectiva?’, nos objetarán los filisteos del Frente Popular, ‘¿la revolución democrática o la revolución socialista?’. La victoria del ejército de Largo Caballero sobre el de Franco significaría la victoria del progreso sobre la reacción. No se pueden escuchar estos argumentos sin esbozar una amarga sonrisa. Hasta 1934 nos esforzamos una y otra vez en explicar a los estalinistas que, incluso durante la etapa imperialista, la democracia burguesa conserva sus ventajas frente al fascismo, que siempre que uno y otra choquen violentamente, es necesario sostener a la democracia contra el fascismo. Sin embargo, añadíamos: podemos y debemos defender a la democracia burguesa no

---

<sup>302</sup> Andreu Nin, *Los órganos de poder y la revolución española*, 19 de mayo de 1937, incluido en este libro.

<sup>303</sup> León Trotsky, “Por la victoria de la revolución española”, 19 de febrero de 1937, en Pierre Broué, *La revolución española (1930-1936)*, pp. 71-72.

con los métodos de ésta, sino con los de la lucha de clases, o sea, con métodos que preparan el derrocamiento de la democracia burguesa por medio de la dictadura del proletariado. Esto significa que en el proceso de defensa de la democracia burguesa, incluso con las armas en la mano, el partido del proletariado no debe asumir ninguna responsabilidad respecto a la democracia burguesa, no debe entrar en su gobierno, sino que debe conservar plena libertad de crítica, de acción, frente a todos los partidos del Frente Popular, preparando así el paso de la democracia burguesa a la etapa siguiente.”<sup>304</sup>

Los bolcheviques-leninistas contaban con un programa, pero carecieron de una organización con influencia significativa en el transcurso de la revolución española. Con la llegada de Munis desde México en julio de 1936, fue posible la reorganización del escaso número de militantes que defendían las posiciones de Trotsky. Tras participar en la defensa de Madrid dentro de las milicias socialistas, Munis se trasladó a Barcelona, donde fundó la Sección bolchevique-leninista de España<sup>305</sup> pro Cuarta Internacional (SBLE) en noviembre. Se trataba de un pequeño grupo, que añadía a la limitación numérica las dificultades del idioma, puesto que muchos de sus miembros eran voluntarios internacionalistas. En un informe del mes de diciembre se explicaba su complicada situación: “Los camaradas llegados a Barcelona han encontrado su organización en una situación muy difícil. Entre el gran número de sindicatos y partidos obreros nuestra tendencia política, como organización independiente, no existía. Los camaradas que llegaban a España creían encontrar en el POUM una organización más o menos cercana a su política. Pronto fue preciso cambiar de opinión.”<sup>306</sup>

La solicitud de entrada en el POUM como grupo, había sido rechazada por el propio Nin un mes antes con la exigencia de condiciones que serían inaceptables para los bolcheviques-leninistas. Entre ellas estarían: su entrada individual y “no como grupo”, así como una declaración pública de condena a la “campaña de calumnias y difamaciones lanzada contra nuestro partido por la IV Internacional.”<sup>307</sup> Como se puede apreciar, Nin planteaba unas condiciones mucho más duras que las de los jóvenes socialistas cuando invitaron al BOC y a la ICE a sumarse a la tarea de bolchevización.

La mayoría de los militantes de la SBLE se alistaron para luchar contra el fascismo y, con su partida, el núcleo que desarrollaba actividad en Barcelona se vio aún más reducido. Aún así, no se dieron por vencidos y se pusieron manos a la obra, llegando a editar dos números de un boletín llamado *La Voz Leninista*, algunos textos en francés y alemán, así como varios panfletos. Se orientaron fundamentalmente a la base del POUM y a los sectores más críticos del anarquismo. Munis escribía a Trotsky en abril de 1937: “Nuestro trabajo... encontró desde el primer momento todos los obstáculos imaginables por parte de la dirección del POUM, a los que se agregan los consecuentes al dominio del Frente Popular en una situación de guerra. Hemos logrado, sin embargo, organizar varios grupos y emprender un trabajo regularizado. Hoy el número de

---

<sup>304</sup> León Trotsky, *¿Es posible la victoria?*, 23 de abril de 1937, artículo incluido en este libro.

<sup>305</sup> Entre ellos estarían Esteban Bilbao, Jaime Fernández, Julio Cid, José Quesada, Miguel Olmeda, Antonio Guerrero, el alemán Moulín (Hans David Freund), el poeta francés Benjamín Peret, junto a camaradas italianos, polacos, cubanos y australianos.

<sup>306</sup> Citado en el libro de Agustín Guillamón, *Documentación histórica del trotskismo español*, Ediciones de la Torre, Madrid, 1996, p. 57.

<sup>307</sup> Andreu Nin, *Carta a los Bolcheviques-leninistas de Barcelona*, 13 de noviembre de 1936, incluida en este libro.

españoles, duplica, sino triplica, al de extranjeros y hemos adquirido una personalidad entre los militantes del POUM y los elementos más conscientes del anarquismo.”<sup>308</sup>

También informaba sobre la polémica interna mantenida respecto a la táctica a adoptar frente al POUM. “En Barcelona, sede de nuestro trabajo, la discusión fue prolongada, manifestándose dos tendencias fundamentales. Una que propugnaba el ingreso en el POUM, incluso a título individual, y la otra admitiéndolo sólo con garantías de trabajo fraccional y conservando en todo caso un núcleo exterior independiente. La primera de las tendencias fundamentaba su posición en la imposibilidad de que la burocracia otorgara el derecho fraccional y la necesidad de ligarse a la base en todo trance. Pero hacía abstracción de las condiciones generales del movimiento obrero, de la premura de la situación, y olvidaba, sobre todo, que el ingreso individual daría a la burocracia poumista la ansiada posibilidad de dispersar a un grupo molesto. Este método ha sido ya puesto en práctica contra los propios militantes del POUM de mayor espíritu crítico. (...) La segunda posición, triunfante, consideraba principalmente el avance general de la reacción encabezada por el estalinismo, frente a la cual, la dirección del POUM, incapaz de tomar la iniciativa de una rectificación honrada y a fondo, ni tan siquiera de dar libre curso a la discusión política se vería forzada a desvincular toda acción coherente que en su seno pudiera desplegar los BL. Por otra parte, entre los anarquistas existe la posibilidad de realizar un buen trabajo de asimilación que se perdería totalmente con el ingreso sin garantías...”<sup>309</sup> La SBLE defendió entre la base poumista y anarquista la formación de un Frente Obrero Revolucionario para la toma del poder, la culminación de la revolución y la victoria en la guerra contra el fascismo. En aquellos momentos los bolcheviques-leninistas contaban con cuatro grupos, tres en el frente y uno en Barcelona, algunos miembros aislados en provincias y grandes simpatías en el Comité Local del POUM de Madrid.

Munis y su grupo desarrollaron una amplia crítica hacia la dirección POUM demandando una rectificación de su política, lo que no les impidió denunciar las maniobras estalinistas contra el partido. En el primer número de *La Voz Leninista*, editada en enero de 1937, afirmaban que la crisis de la Generalitat del pasado diciembre era “la primera embestida de la burguesía nacional e internacional contra la revolución social y el proletariado en armas, amenaza intranquilizadora para los explotadores de todos los países. La crisis del gobierno de Cataluña, cuyo objetivo inmediato era la exclusión del POUM, fue una medida más de la serie iniciada con la constitución del gobierno Largo Caballero. Los inspiradores de estas medidas, partido socialista y estaliniano, se proponen desviar nuestra guerra civil por el cauce imperialista y sojuzgar el espíritu revolucionario de las masas, constriñéndolas a la democracia burguesa.”<sup>310</sup> La SBLE estaba convencida de que si el POUM hubiera desarrollado una política revolucionaria, “nunca habría colaborado en un gobierno cuya constitución obedecía a la necesidad de ganar tiempo hasta dar marcha atrás. El POUM encubría con su presencia a los traidores y se cerraba a sí mismo el acceso a las masas.” Sólo “cuando el poder político pertenezca a los organismos obreros podrá establecerse una política revolucionaria de abastecimientos, crear un fuerte y disciplinado ejército rojo, barrer económica y políticamente todas las formas burguesas e iniciar la era de la revolución social europea.” En ese primer número de *La Voz Leninista* se denunciaba también que

---

<sup>308</sup> Munis, citado en Agustín Guillamón, *Documentación histórica del trosquismo español*, p. 121.

<sup>309</sup> *Ibid.*, p. 121.

<sup>310</sup> Todas las citas de este párrafo forman parte del artículo de G. Munis titulado *¿Crisis de la Generalitat o crisis nacional?*, incluido en este libro.

*La Batalla* había censurado un párrafo entero del artículo de Trotsky *Primeras lecciones de la Revolución Española*.

La SBLE orientaba toda su energía a lo que consideraba el factor decisivo para la victoria: fortalecer y desarrollar los órganos de poder obrero. En un manifiesto distribuido en los primeros días de 1937, alertaba a los trabajadores: “Cada comité disuelto o anulado en sus funciones es una trinchera perdida para la revolución social.”<sup>311</sup> Y los animaba a responder a la ofensiva de la burguesía contra los comités “reforzándolos, constituyéndolos donde no existen, extendiendo sus facultades y coordinándolos entre sí en asambleas o congresos que estudien y resuelvan, independientemente del poder político de la burguesía, cuantos problemas, en el orden económico, militar y político, plantean las necesidades de la guerra y la revolución.”

Es importante destacar que los bolcheviques-leninistas no tenían una actitud idealista hacia los comités obreros, conocían y explicaban sus limitaciones: “Su defecto está en no haber coordinado su actuación expropiando a todos los capitalistas y terratenientes, centralizando sus funciones con arreglo a las necesidades de la guerra y la revolución social, su defecto está en no haber anulado las funciones y el poder de los ministerios y la burocracia de la Generalitat.” Comprendían en todo caso, que ese era el precio a pagar por la falta de una dirección marxista reconocida entre las masas. Se trataba por tanto, de que sus militantes agitaran con todas las fuerzas de la que fueran capaces a favor de una alternativa genuinamente bolchevique. No sólo se opondrían a cualquier intento de debilitar los comités revolucionarios, sino que su consigna respecto al poder obrero iría mucho más allá y sería más explícita y concreta que el ‘Congreso de delegados de los sindicatos obreros, de las organizaciones campesinas y de los combatientes’ propuesto por el POUM. Era necesario que los comités fueran un fiel reflejo de la opinión y las necesidades de la base del movimiento revolucionario, por ello, debían “ser elegidos directamente por los trabajadores de cada rama de la producción o de cada compañía para los comités de combatientes”, estableciendo además un importante principio leninista “la libre destitución de los miembros de los comités por sus electores”. La democracia proletaria sería la garantía “contra toda corrupción, exceso o traición”. Los organismos de poder obrero no eran otra cosa que el instrumento para que los trabajadores pudieran ejercer las tareas que les correspondían en la edificación socialista: “La socialización será una ficción mientras los bancos no sean expropiados por los comités de obreros y empleados; la disciplina y el mando único no existirán o tendrán un carácter burgués mientras los técnicos y militares no estén controlados por los comités de milicianos, de cuyo CC emanen todas las órdenes; la especulación y los abusos se extenderán mientras los productos no se distribuyan con arreglo al principio comunista: ‘El que trabaja come; el que no trabaja, no come’.” Esta última parte era su respuesta a la política del Consejero de Abastos de la nueva Generalitat, Comorera. El dirigente del PSUC había lanzado una lucha a muerte contra los comités de abastos controlados por los militantes anarcosindicalistas en Barcelona, y que eran la garantía contra el acaparamiento y el enriquecimiento de los comerciantes que se aprovechaban de la escasez de alimentos.

Las relaciones entre la dirección del POUM y la SBLE en Cataluña no mejoraron. El número dos de *La Voz Leninista*, hacía pública una protesta a la dirección del por

---

<sup>311</sup> Las citas incluidas en este párrafo forman parte del manifiesto de la SBLE ¡Vivan los comités de obreros, campesinos y combatientes!, reproducido en el libro de Agustín Guillamón, *Documentación histórica del trosquismo español*, pp. 76-77.

impedir el reparto de un panfleto de los bolcheviques-leninistas en la entrada de un mitin del partido. Este incidente, y otros más, no eran sino el reflejo de las crecientes divergencias mantenidas en aquellos momentos entre Nin y Trotsky.

A finales de abril, Nin pronunció una conferencia<sup>312</sup> en la que reflexionó sobre el momento concreto que atravesaba la revolución: “El problema fundamental del poder es el de las armas. Y las armas siguen estando en las manos de las masas trabajadoras. (...) La clase obrera aún puede tomar el poder sin recurrir a la violencia. Lanzando un puntapié a los consejeros burgueses. Que la clase obrera no desvalore su potencialidad. Si quiere, puede serlo todo. No ha de perder la confianza en sí misma. Pero las circunstancias no se repiten. La contrarrevolución avanza. Y entonces, la clase obrera tendrá que tomar violentamente el poder.” Trotsky, que seguía atentamente la trayectoria política del POUM, rechazaría los argumentos de Nin. En primer lugar, ante la constatación por parte de *La Batalla* de los avances realizados por los restauradores del Estado burgués, consideraba necesario remarcar la parte de responsabilidad que le correspondía a la dirección del POUM en este proceso: “Andrés Nin reconoce que el resultado de la heroica lucha del proletariado español es que ‘la revolución ha retrocedido’. Nin olvida que esto se debe precisamente a la cooperación directa de la dirección del POUM que, bajo la máscara de la ‘crítica’, se ha adaptado a los socialistas y a los estalinistas, es decir a la burguesía, en vez de oponer siempre su partido a todos los demás, preparando de esta forma la victoria de la revolución proletaria.”<sup>313</sup>

Consideraba además que las expectativas de empujar a la Generalitat a un programa revolucionario apoyándose en los dirigentes cenetistas, convirtió a Nin en el ala de izquierdas del frentepopulismo, lo cual implicaba renunciar a movilizar a la clase obrera tras un programa de independencia de clase. “Los dirigentes del POUM intentan hacer comprender respetuosamente las enseñanzas de Marx sobre el Estado a los dirigentes de la CNT. Los dirigentes del POUM se consideran los consejeros ‘revolucionarios’ de los jefes del Frente Popular (...) En *La Batalla* del 4 de abril encontramos ‘13 condiciones para la victoria’. Todas ellas tienen el carácter de consejos que el Comité Central del POUM da a las autoridades. El POUM reclama ‘la convocatoria de un congreso de delegados de los sindicatos obreros, campesinos y de soldados’. En apariencia parece que se trata de un congreso de sóviets de diputados, obreros, soldados y campesinos. Pero desgraciadamente es al gobierno burgués a quien el POUM propone respetuosamente convocar tal congreso que, en seguida deberá sustituir ‘pacíficamente’ al gobierno burgués. ¡La consigna revolucionaria ha sido transformada en una frase hueca!”

Rechazaba a su vez la teoría de una toma pacífica del poder: “Cuando Nin dice que hoy los obreros pueden apoderarse del poder por la vía pacífica está diciendo algo flagrantemente contradictorio a la verdad (...) Nin dice que se quiere privar a los obreros de sus armas, recomendando no entregarlas. Ciertamente es un consejo juicioso. Pero cuando una clase intenta desarmar a otra, y cuando ésta, sobre todo si es el proletariado, se niega a entregar las armas, esto significa que la guerra civil está cerca. La confiada y errónea perspectiva de Nin sobre la conquista pacífica del poder, reduce a nada los radicales argumentos sobre la dictadura del proletariado. La errónea política de

---

<sup>312</sup> Andreu Nin, *El problema del poder en la revolución*, 25 de abril de 1937, dicha conferencia está incluida en este libro.

<sup>313</sup> Todas estas citas provienen del artículo *¿Es posible la victoria?* del 23 de abril de 1937 incluido en este libro.

Nin reside esencialmente en esta política confiada. Es esa perspectiva la que le permite no extraer las conclusiones prácticas de sus radicales razonamientos, continuando su política de vacilaciones centristas.” Y, nuevamente, insiste que es en la base, en el movimiento de las masas, donde el POUM debe centrar la resolución de los problemas a los que se enfrenta la revolución: “Es necesario enseñarles [a los obreros] como arrancar sus armas a los que se las quieren quitar. La política del POUM, ni por su tono ni por su contenido, responde a la gravedad de la situación. La dirección del POUM se consuela pensando que es más ‘avanzada’ que la de otros partidos. Pero esto es poco. No hay que establecer la política en relación a los demás, sino en relación a los acontecimientos, no en relación a la lucha de partidos con sus intrigas y sus combinaciones, sino a los millones de obreros y campesinos por una parte y la burguesía española e internacional, por otra.”

### **El POUM y los órganos de poder obrero**

Tanto en la conferencia de abril de 1937, como en varios artículos, Nin establecería los paralelismos y las divergencias entre la revolución española y la rusa. Este aspecto constituiría uno de los motivos de mayor fricción entre quienes habían compartido años atrás militancia en la Oposición de Izquierdas. En palabras de Nin: “Nada es más antimarxista que aplicar a todos los acontecimientos y a todas las situaciones revolucionarias un esquema preparado de antemano y válido para todos los casos y todas las latitudes. Los pseudo marxistas que recurren a este procedimiento, en lugar de partir de las situaciones concretas para elaborar la táctica más adecuada, pretenden someterla al esquema, especie de panacea universal que, cuando se administra, produce resultados completamente negativos. (...) Tal es el caso de los trotskistas, cuyas maravillosas fórmulas se han demostrado en la práctica absolutamente estériles.”<sup>314</sup>

El secretario político del POUM consideraba que Trotsky establecía un paralelismo mecánico entre ambos procesos y que, al partir de este enfoque erróneo, exigía al partido de Nin poner en práctica una política calcada al bolchevismo cuando las condiciones concretas de la revolución española lo impedían. Entre las particularidades españolas Nin situó, por ejemplo, el hecho de que “los reformistas rusos de 1917 eran más revolucionarios que nuestros reformistas”<sup>315</sup>, pero la diferencia fundamental la encontraba en la ausencia de sóviets: “Los sóviets fueron los órganos creados por la revolución, en los que los trabajadores se agrupaban, y que *se convirtieron automáticamente en un instrumento de expresión de sus aspiraciones*. El dilema “sóviets o sindicatos” no podía plantearse porque estos últimos, en realidad, no comenzaron a organizarse sino tras la revolución de febrero (...) En España la situación concreta es muy diferente. Los sindicatos gozan de un gran prestigio y una gran autoridad entre los trabajadores; existen desde hace muchos años, tienen una tradición y son considerados por la clase obrera como sus instrumentos naturales de organización. (...) Esta circunstancia explica en gran medida que la revolución no haya creado organismos específicos dotados de vitalidad suficiente para convertirse en órganos de poder.”<sup>316</sup>

---

<sup>314</sup> Andreu Nin, *Los órganos de poder y la revolución española*, 19 de mayo de 1937, artículo incluido en este libro.

<sup>315</sup> Andreu Nin, *El problema del poder en la revolución*, 25 de abril de 1937, incluido en este libro.

<sup>316</sup> Andreu Nin, *Los órganos de poder y la revolución española*. La cursiva es nuestra.

Así pues, en opinión de Nin, si bien el “POUM no dejó de comprender, sin embargo, desde el primer momento que la creación de órganos proletarios destinados a reemplazar los de los poderes burgueses podía tener una inmensa influencia sobre el desarrollo progresivo de la revolución” el fracaso de consignas lanzadas por su partido como la “Asamblea Constituyente de los Comités de Obreros, Campesinos y Combatientes” y, posteriormente, el “Congreso de delegados de los sindicatos obreros, de las organizaciones campesinas y de los combatientes”<sup>317</sup>, era inevitable. “En Rusia no había tradición democrática. No existía una tradición de organización y de lucha en el proletariado. Nosotros contamos con ella. Tenemos sindicatos, partidos, publicaciones. *Un sistema de democracia obrera*. Se comprende, pues, que en Rusia los sóviets alcanzaran la importancia que tuvieron. El proletariado no tenía sus organizaciones propias. Los sóviets fueron una creación espontánea que en 1905 y en 1917 tomaron carácter político. Nuestro proletariado tenía ya sus sindicatos, sus partidos, sus organizaciones propias. Por esto, los sóviets no han surgido entre nosotros.”<sup>318</sup>

Los bolcheviques-leninistas no podían compartir dichos argumentos. En primer lugar, la existencia de ‘sindicatos, partidos y publicaciones’ no implicaba la existencia de un ‘sistema de democracia obrera’, a no ser que se ignore el programa y la trayectoria política de dichas organizaciones. La socialdemocracia agrupada en la Segunda Internacional, desarrolló potentes organizaciones sindicales y políticas pero, llegado el momento de poner en práctica sus posiciones con el estallido de la Primera Guerra Mundial, colapsó como herramienta revolucionaria de la clase obrera. En Alemania, la existencia del partido socialdemócrata más grande de Europa no impidió el surgimiento de sóviets en 1919. Por el contrario, fue el carácter reformista de los dirigentes socialistas alemanes, combinado con la debilidad de las posiciones del marxismo, el factor decisivo para el fracaso de la revolución. En Rusia, a pesar de no contar con organizaciones socialdemócratas tan poderosas como en los países más avanzados, sí existía una larga tradición de organización y de lucha en el proletariado. Existían los bolcheviques, los mencheviques y los socialrevolucionarios, así como un movimiento anarquista, que con sus alzas y bajas, desarrolló una destacable actividad. Minimizar este hecho, no arroja mucha luz sobre la cuestión, más bien al contrario.

A diferencia de Nin, Trotsky los bolcheviques-leninistas consideraban que sí existían órganos de poder obrero en la revolución española. Ciertamente que en forma embrionaria, al estar dispersos y descoordinados, carentes de un programa marxista pero, capaces, aún así, de crear una situación de doble poder. Munis escribió al respecto: “Al principio, el triunfo del proletariado en armas y sus iniciativas rudimentarias, pero certeras, inhabilitaron totalmente a los gobiernos del Frente Popular (...) El Poder efectivo en todos sus aspectos —político, judicial, económico, militar— encontrábase diseminado entre todo el proletariado español. Cada organización política o sindical, cada comité obrero, poseía un poco de poder, que ejercía sin el control de la alta dirección y frecuentemente contra ella.”<sup>319</sup>

En realidad, Nin había cambiado bruscamente de opinión entre julio de 1936 y mayo de 1937. Tras afirmar en septiembre de 1936 que “el problema de Cataluña hoy está resuelto, y está resuelto no por la pequeña burguesía, sino por la clase trabajadora, que

---

<sup>317</sup> *Ibid.*

<sup>318</sup> Andreu Nin, *El problema del poder en la revolución*. La cursiva es nuestra.

<sup>319</sup> Munis, *¿Crisis de la Generalitat o crisis nacional?*, incluido en este libro.

se organiza en Cataluña y que, en realidad, obra como un Estado con plena autonomía”<sup>320</sup>, en mayo del 37 consideraba que no había existido dualidad de poder. “Sin embargo —se nos objetará— durante las jornadas de julio se constituyeron Comités Revolucionarios en todas las poblaciones. En efecto, pero los comités, que, lejos de ser organismos estrictamente proletarios, eran órganos del Frente Popular, ¿podían jugar el papel de los sóviets? ¿Se ha olvidado que todos los partidos y organizaciones antifascistas, desde Acción Catalana, netamente burguesa y conservadora, hasta la FAI y el POUM, formaban parte de esos comités? El Comité Central de Milicias, formado sobre esas mismas bases, no podía ser el embrión del poder revolucionario frente al Gobierno de la Generalidad, dado que no era un organismo proletario, sino de unidad antifascista, una especie de gobierno ampliado de la Generalidad. No existía pues la dualidad de poderes...”<sup>321</sup> En esta última frase también podemos comprobar la profundidad del giro de Nin, que pocas semanas antes, calificaba a la Generalitat como un gobierno que “tenía una mayoría obrera y un programa socialista.”<sup>322</sup>

Sorprendentemente, dado los conocimientos teóricos de Nin respecto a la revolución rusa,<sup>323</sup> en toda su argumentación subyace una idealización de los sóviets rusos que, a su modo de ver, “se convirtieron automáticamente en un instrumento de expresión” de las aspiraciones de los trabajadores. Si ello fuera cierto, los bolcheviques habrían tenido una misión mucho más fácil que la de Nin, Andrade o Gorkín. Sin embargo, la realidad de los acontecimientos transcurridos entre febrero y octubre de 1917 fue mucho más compleja.

Trotsky rechazó siempre las actitudes tendentes a idealizar la revolución rusa: “La forma soviética no entraña ninguna fuerza mística; no está libre, ni mucho menos, de los vicios de toda representación, inevitables mientras ésta sea inevitable (...) El Soviet es la forma de representación revolucionaria más elástica, directa y clara. Pero esto se refiere exclusivamente a la forma, y la forma no puede dar de sí más de lo que sean capaces de infundirle las masas en cada momento determinado. En cambio, puede facilitar a éstas la comprensión de los errores cometidos y su rectificación. En esto consistía precisamente una de las principales garantías que aseguraban el desarrollo de la revolución.”<sup>324</sup> Los sóviets nacidos en febrero de 1917 no adolecían, formalmente, de las “limitaciones” de los órganos de poder obrero de la revolución española, los comités revolucionarios que llenaron la zona republicana. Pero eso no impidió, que desde el punto de vista de las realizaciones socialistas, los trabajadores españoles, con las armas en la mano, fueran mucho allá que los sóviets rusos entre febrero y octubre de 1917. No les hizo falta la formación de sóviets “perfectos” en ese estadio de la revolución para asestar un golpe tremendo al Estado burgués en la zona republicana. Y este era el mejor ejemplo de la existencia de una revolución en marcha y el doble poder. El caso de los consejos obreros alemanes es también significativo. Creados por el impulso de la revolución tras el levantamiento de los marinos de Kiel en noviembre de 1918, los

---

<sup>320</sup> Andreu Nin, *El proletariado español ante la revolución en marcha*, 6 septiembre de 1936.

<sup>321</sup> Andreu Nin, *Los órganos de poder y la revolución española*, 19 de mayo de 1937

<sup>322</sup> Andreu Nin, *El problema del poder en la revolución*.

<sup>323</sup> La obra teórica de Nin abarcó un amplio espectro de cuestiones. Citamos algunas de las más destacadas. *La revolución rusa*, Ed. Fontamara, Barcelona, 1979; *Las organizaciones obreras internacionales*, Ed. Fontamara, Barcelona, 1978; *Las dictaduras de nuestro tiempo*; Ed. Fontamara, Barcelona, 1977; *Los movimientos de emancipación nacional*, Ed. Fontamara, Barcelona, 1977. Nin además fue traductor de las obras de Trotsky al castellano, entre otras de *Historia de la Revolución Rusa*.

<sup>324</sup> León Trotsky, *Historia de la Revolución Rusa*, p. 212.

consejos fueron copados desde el principio por la socialdemocracia de derecha, que maniobró, sacando las conclusiones de la experiencia rusa, para dinamitarlos desde su interior. Desde el punto de vista de los resultados, la revolución española entre julio y noviembre de 1936 ¿fue más lejos que la revolución alemana o no? El aspecto de los sóviets, de los consejos, de los comités, es esencial para reemplazar la vieja maquinaria del Estado burgués, que debe ser destruida, a condición de que exista un partido revolucionario capaz de coordinarlos como órganos de poder, de consolidarlos, y de transformarlos en el gobierno de los trabajadores.

Trotsky continúa: “Sin embargo, ya en esas primeras horas de la victoria, cuando con una rapidez fabulosa y una fuerza irresistible se estaba gestando el nuevo poder de la revolución, los socialistas que estaban al frente del Sóviet buscaban, alarmados, a su alrededor al ‘amo’ verdadero. Estos socialistas consideraban como cosa natural que el poder pasar a manos de la burguesía...”<sup>325</sup> Trotsky señala la auténtica dinámica de los sóviets, de manera concreta, y no bajo la forma idealizada que la presentaba Nin y otros: “El Sóviet de Diputados Obreros de 1905, con el cual se inició el sistema, surgió de la huelga general como representante directo de las masas en lucha. Los caudillos de la huelga se convirtieron en diputados del Soviet (...) La revolución de Febrero triunfó gracias a la sublevación de los regimientos, *antes de que los obreros crearan los sóviets*. El Comité Ejecutivo se constituyó por sí mismo, antes del Sóviet, sin la intervención de las fábricas y de los regimientos, después del triunfo de la revolución. Nos hallamos en presencia de la iniciativa clásica de los radicales, que se quedan al margen de la lucha revolucionaria, pero se disponen a aprovecharse de sus frutos. (...) Creemos necesario insistir en este aspecto de la cuestión con tanta mayor razón cuanto que hasta ahora se ha dejado en la sombra.”<sup>326</sup>

Al igual que en el caso del Comité Central de Milicias Antifascistas, la pequeña burguesía gozó también en Rusia de una generosa representación en los órganos centrales del poder obrero: “Al Sóviet fueron a parar no pocas personas por invitación individual, por protección o, sencillamente, gracias a sus intrigas; muchos abogados y médicos radicales, estudiantes, periodistas, que representaban a distintos grupos problemáticos, y que no pocas veces no tenían más mandante que sus propias ambiciones.” Y, al igual que en Cataluña, esta distorsión en la representación de los obreros revolucionarios, era posible gracias a los reformistas: “Esta falsificación evidente del carácter del Sóviet era tolerada de buen grado por los dirigentes, los cuales no veían inconveniente alguno en rebajar la esencia excesivamente fuerte de las fábricas y cuarteles con el jarabe tibio de la pequeña burguesía ilustrada.”<sup>327</sup>

Si el POUM se hubiera negado a entrar en el gobierno de la Generalitat, no se hubiera encontrado más sólo que los bolcheviques, incluso aunque éstos últimos contaran con la existencia de los sóviets. “Los mencheviques y los socialistas revolucionarios actúan estrechamente unidos, y completan esta alianza mediante el bloque pactado con la burguesía liberal. Los bolcheviques se encuentran completamente aislados, en el campo oficial de la política.”<sup>328</sup> Lenin y sus camaradas permanecieron “aislados” de las medidas destinadas a paralizar la revolución que ponían en práctica quienes disfrutaban de mayoría en los sóviets, y con esa actitud gozaron de absoluta libertad para desarrollar

---

<sup>325</sup> *Ibid.*, p. 147.

<sup>326</sup> *Ibid.*, p. 191. La cursiva es nuestra.

<sup>327</sup> *Ibid.*, p. 192.

<sup>328</sup> *Ibid.*, pp. 196-97.

la agitación y la propaganda que podría conducir a la base proletaria que sostenía aquellos sóviets mencheviques hacia el programa de la revolución. Seamos concretos, ¿qué política desarrollaron los sóviets antes de que los bolcheviques conquistaran la mayoría? Estudiando este aspecto, veremos los importantes paralelismos existentes con el gobierno del Frente Popular.

Al igual que los dirigentes del PSOE, el PCE y la CNT, mencheviques y socialrevolucionarios apoyaron a un gobierno que intentaba arrebatar a las masas sus realizaciones revolucionarias, ya fuera en el terreno de la economía, el ejército o la libertad de prensa. Los mencheviques, desde su posición dirigente en los sóviets, se opusieron a la lucha por la jornada laboral de 8 horas. Dicha concesión, sin embargo, fue hecha por los empresarios a pesar del rechazo de los sóviets, debido al temor que les provocaba la creciente radicalización política de sus asalariados. En lo que respecta al control de las armas, el decreto nº 1 impuesto por los soldados, que propugnaba “la creación de comités directivos en todos los regimientos; la elección de representantes de los soldados en soviet; sumisión a éste y a sus comités en todas las acciones políticas; conservación de las armas bajo el control de los comités de compañía y de batallón y ‘no entregarlas a los oficiales bajo ningún concepto’ ....”<sup>329</sup>, también fue objeto de ataque. “El Sóviet no aludía para nada a la paz, ni a la tierra... Cuando entregó el poder a la burguesía conservadora no tenía motivos para temer nada de la prensa de derechas ni para pensar que se vería en el trance de luchar contra ella. En cambio, pocos meses después, el gobierno, apoyado por el Sóviet, adoptaba una actitud de implacable represión contra la prensa de izquierdas. Los periódicos de los bolcheviques se veían suspendidos, sin empacho, uno tras otro.”<sup>330</sup>

Lenin llegó, en un momento determinado, a considerar la posibilidad de que los sóviets se podrían convertir en una herramienta inservible para la toma del poder. La deriva derechista de su dirección alcanzó su punto de inflexión durante las *jornadas de julio* de 1917, momento en que estos organismos se posicionaron abiertamente del lado de la contrarrevolución. El levantamiento de la vanguardia obrera, impacientada por los escasos frutos de la revolución, era prematuro y fracasó. Probando como la verdadera historia de la revolución rusa está muy lejos de un ascenso ininterrumpido hacia la victoria en el que los bolcheviques no hicieron otra cosa que progresar en línea recta hacia su hegemonía política, la reacción se impuso durante todo un periodo obligando a los bolcheviques a pasar a la clandestinidad. Lenin, obligado a ocultarse para no ser detenido y posiblemente asesinado, dio por superada la consigna de ‘todo el poder a los sóviets’, trasladando “el centro de gravedad a los comités de fábrica”: estos deberían “convertirse en los órganos de la insurrección”.<sup>331</sup> Posteriormente, no dudó en corregir esta posición, cuando comprobó que estos organismos seguían siendo el referente de las masas y expresaban nuevamente su radicalización. Esta cuestión nos permite profundizar un poco más en la actitud de Lenin frente a la revolución. Libre de cualquier fetiche o esquematismo, estudiaba cada avance y cada retroceso, luchando por la táctica que permitiera a la clase obrera encontrar su camino hacia la victoria. Si los sóviets probaban su carácter reaccionario, rápidamente estudiaba que consigna serviría para ayudar a las masas a superar este obstáculo. Cuando, a su vez la masas, con su quehacer vivo y original, corregían sus perspectivas no dudaba en modificar aquello que fuera necesario. “Esta era precisamente la preocupación constante de Lenin: expresar

---

<sup>329</sup> *Ibid.*, p. 241.

<sup>330</sup> *Ibid.*, p. 205.

<sup>331</sup> *Ibid.*, p. 247.

con la máxima sencillez lo que por una parte se desprende de las condiciones objetivas, y, por otra, resume la experiencia subjetiva de las masas.”<sup>332</sup>

La propia experiencia de la revolución rusa, bien podría servir para responder a aquellos que afirman que Trotsky, por encontrarse muy distanciado geográficamente del desarrollo de los acontecimientos, no podía opinar de forma cualificada. Lo cierto es que los dirigentes bolcheviques que permanecían dentro de Rusia en 1917 antes de la llegada de Lenin, liderados desde mediados del mes de marzo por Kámenev y Stalin, no supieron reaccionar correctamente. En la edición de *Pravda* del 7 de marzo se podía leer: “Por supuesto, no nos cuestionamos la caída del dominio del capital, sino solamente la caída del dominio de la autocracia y del feudalismo”. Mientras, Lenin, a pesar de que su exilio suizo lo separaba miles de kilómetros del epicentro de la acción, fue capaz de comprender la naturaleza de aquellos acontecimientos de una manera mucho más certera. Partiendo de un punto de vista marxista a la hora de analizar el papel de cada clase en la revolución, llegó a elaborar una línea de actuación para el Partido que poco o nada tenía que ver con la defendida por Kámenev y Stalin. El innegable papel jugado por Lenin en 1917 es una brillante y contundente respuesta a aquellos que, utilizando prejuicios provincianos, exigen que los revolucionarios se encuentren físicamente presentes en la revolución para tener derecho a opinar. Lenin no llegaría a Rusia hasta abril de 1917, después de once años de ausencia y, sin embargo, su compromiso y demonio de la teoría marxista le permitieron jugar un papel absolutamente clave para el triunfo de la revolución.

Por otra parte, se podrá opinar que Trotsky se equivocaba pero, difícilmente, conociendo sus escritos sobre los acontecimientos españoles de los años 30 se puede afirmar que establecía un paralelismo mecánico con las condiciones rusas. Desarrollando con sus camaradas opositoristas españoles las consignas más apropiadas comentaba en los primeros días de la revolución: “Ciertamente, la palabra soviét ha adquirido ahora, después de 13 años de existencia del régimen soviético, un sentido considerablemente distinto del que tenía en 1905 o a principios de 1917, cuando los sóviets surgían no como órganos del poder, sino únicamente como organizaciones combativas de la clase obrera. La palabra Junta, íntimamente ligada con toda la historia de la revolución española, expresa de un modo insuperable esta idea. La creación de Juntas obreras está a la orden del día en España.”<sup>333</sup> En abril de 1931 escribía a Nin: “Muchos rasgos de semejanza saltan a los ojos entre el régimen de febrero de 1917 en Rusia y el régimen republicano actual en España. Pero se advierten también profundas diferencias: a) España no está en guerra, por lo tanto no tenéis que lanzar la penetrante consigna de la lucha por la paz<sup>334</sup>; b) no tenéis aún sóviets obreros, ni —¿es preciso decirlo?— sóviets de soldados; incluso no veo en la prensa que esta consigna se haya propuesto a las masas; c) el gobierno republicano dirige desde el principio la represión contra la izquierda del proletariado, lo que no se produjo en nuestro país en febrero,

---

<sup>332</sup> *Ibid.*, p. 247.

<sup>333</sup> León Trotsky, *La revolución española y las tareas de los comunistas*, 24 de enero de 1931.

<sup>334</sup> Es interesante destacar la importancia que este tema tenía para Trotsky. En su artículo *La Revolución española y los peligros que la amenazan*, escrito en mayo de 1931, escribía: “Sin la guerra, a pesar del ensayo general de 1905 y de la existencia de partido bolchevique, el período preparatorio de la revolución, a pesar de nuestra intervención, habría durado más de ocho meses, incluso dos años o más.”

porque la bayonetas estaban en disposición de los obreros y soldados y no en manos de un gobierno liberal.”<sup>335</sup>

## **Célula 72: críticas en el POUM**

Las críticas a la dirección encabezada por Nin no provendrían solo del exterior. La heterogeneidad ideológica que coexistía en el seno POUM significó que, en no pocas ocasiones, surgieran posiciones políticas tan alejadas entre sí que poco tenían que envidiar al “galimatías” con el que Maurín calificaba la situación interna del PSOE en el verano de 1935.

Sin duda, el ala más abiertamente reformista y oportunista se situó en Valencia, donde la organización estaba liderada por Luis Portela, secretario de la Federación de Levante y director de su periódico, *El Comunista*. Portela no compartía la crítica al gobierno caballerista ni el rechazo al Frente Popular. En el Pleno ampliado del Comité Central celebrado en Barcelona, en diciembre de 1936, donde Nin defendió la necesidad de orientarse a la CNT, el dirigente de los poumistas levantinos rechazó dicha posición, contraponiendo que “si era preciso hacer una aproximación con las fuerzas socialistas debería hacerse con los sectores más afines, porque es evidente que sólo las fuerzas marxistas son nuestras aliadas naturales, ya que el anarquismo se dispersará”.<sup>336</sup> Sus posiciones de simpatía hacia la política frentepopulista, reflejaban también su desacuerdo con la política de revolución en la retaguardia para ganar la guerra. Igualmente, se mostraría contrario a la participación de sus camaradas en Cataluña en las barricadas durante la insurrección de mayo de 1937: el órgano de expresión valenciano condenó públicamente el levantamiento de los obreros barceloneses. Y, en lo que respecta a la denuncia poumista del estalinismo, la oposición de Portela llegó también muy lejos. No sólo reprobó públicamente al Comité de *La Batalla* por sus críticas a la URSS, sino que cuando los militantes del POUM fueron atacados por los estalinistas en Madrid, consideró que era la actuación de sus compañeros la que había fomentado la hostilidad del PCE. Coherentemente con esta posición, *El Comunista*, rechazó salir en defensa de los acusados de los Procesos de Moscú.

Estas circunstancias permitieron que el POUM participara en el Consejo Municipal de Valencia hasta finales de 1937, a diferencia de Madrid y Cataluña donde el partido había sido expulsado de cualquier organismo gubernamental antes de que finalizara 1936, pero la represión estalinista no tardó mucho en llegar. Escrich, dirigente del comunismo oficial en Valencia, calificó al POUM de fascista y exigió su exclusión del consejo. Portela sería detenido en agosto de 1938, juzgado y condenado a quince años de prisión, y no sería puesto en libertad hasta justo unas horas antes que las autoridades republicanas abandonaron Valencia, en marzo de 1939.

La posición de los dirigentes valencianos, estaba muy lejos del espíritu revolucionario que determinaba la actividad de la aplastante mayoría de la militancia poumista. La colaboración con el gobierno de la Generalitat provocó el rechazo de un sector importante de la militancia, insatisfecha también por los continuos aplazamientos en la fecha de celebración del segundo Congreso del partido, inicialmente prevista para diciembre de 1936. Agustín Guillamón describe el ambiente entre estos sectores:

---

<sup>335</sup> Pierre Broué, *La revolución española (1930-1936)*, p. 116

<sup>336</sup> Portela citado en el texto de Albert Girona Albuixech *La lucha por el poder en la retaguardia*, Edit. Prensas Valenciana, Valencia, 2006, p. 119.

“Durante marzo y abril de 1937 las reuniones semanales de los secretarios políticos y de organización de los comités de distrito, en que se organizaban las células del partido, canalizaron el descontento de la militancia de base. Así fue como el Comité Local (CL) de Barcelona del POUM se convirtió en un firme organismo de oposición a la dirección del POUM, Comité Ejecutivo (CE) y Comité Central (CC), que además de reclamar la convocatoria del congreso inició un debate sobre el trabajo político en el frente, que encontró la oposición de los mandos a la formación de células entre los milicianos; y también sobre la participación del partido en un gobierno burgués, lo que suponía desautorizar la estrategia seguida hasta entonces por el CE.

“El 13 de abril, como culminación de estas acciones de protesta, producto de un extenso malestar entre la base militante poumista, se convocó una reunión conjunta del CL de Barcelona y del CC, en la que Josep Martí, secretario del CL de Barcelona, y Josep Rebull consiguieron la aprobación y amplia difusión de un manifiesto del CL de Barcelona, que fue publicado en *La Batalla*, el 15 de abril, referente a la crisis de la Generalidad, que criticaba la intervención del POUM en ese gobierno burgués, y llamaba a la formación de un Frente Obrero Revolucionario que potenciase los Consejos Obreros como órganos de poder. También se anunció la nueva convocatoria del II Congreso para el 8 de mayo, así como una amplia facilidad para publicar y difundir en boletines internos las contratesis de las distintas células a las tesis oficiales del CE. El 16 de abril Nin asistió a una reunión del CL de Barcelona en la que consiguió impedir la publicación de un folleto, contrario a la línea oficial del partido. Según Nin no debía hablarse de sóviets, sino de gobierno sindical.”<sup>337</sup>

Al calor de la convocatoria del segundo Congreso del partido para el mes de mayo —si bien dicha reunión nunca se celebró en suelo republicano por la brutal represión que se desató contra el POUM— saldrían a la luz las críticas y el programa alternativo de la Célula 72 de Barcelona. Dicha agrupación, que contaba entre 10 y 12 afiliados, estaba encabezada por Josep Rebull, su secretario político. La biografía de este militante es un buen exponente de la épica revolucionaria que define la vida de muchos activistas y dirigentes del POUM, así como de miles de combatientes socialistas, comunistas y anarquistas.<sup>338</sup>

Josep Rebull, fue introducido por su hermano, Daniel Rebull, conocido como David Rey,<sup>339</sup> en la política revolucionaria. Detenido por primera vez a los 11 años por su participación en la Huelga General de 1917, a finales de los años 20 se sumó a las filas comunistas y en 1932 fue miembro fundador del BOC, jugando un papel decisivo al frente de la prensa del partido. En el verano de 1935 participó a su vez en la creación del POUM. Amigo íntimo y fiel admirador de Joaquín Maurín, si bien sus tesis confluyeron con muchas de las críticas de los bolcheviques-leninistas, nunca se consideró trotskista. Buena fe de ello da su participación en las listas del Frente Popular

---

<sup>337</sup> Agustín Guillamón, *La izquierda del POUM en Mayo de 1937. Militancia y pensamiento político de Josep Rebull*, 8 de mayo de 2007, publicado en <http://old.kaosenlared.net/noticia/izquierda-poum-mayo-1937-militancia-pensamiento-politico-josep-rebull>.

<sup>338</sup> Aprovechamos también para expresar nuestro agradecimiento a Agustín Guillamón, cuyo trabajo como historiador nos ha permitido a muchos conocer la trayectoria política de la izquierda de la CNT y el POUM.

<sup>339</sup> David Rey participó en el grupo de Maurín desde principio de los años 20, siendo miembro del Comité Central del BOC y destacado dirigente del POUM. En enero de 1937 mantuvo una cordial entrevista con Trotsky en México. Se encontraba en tierras americanas en busca de armas para la revolución, si bien él y sus compañeros utilizaron la apariencia de un equipo de fútbol para evitar problemas.

y sus polémicas con Munis. No obstante se posicionó contra los intentos de persecución del ala de derechas del POUM contra los llamados *trotskistas*, desarrollando una intensa batalla política contra el sector más reformista de su partido. En la clandestinidad, en mayo de 1939, fue un firme opositor al intento por parte de la dirección de elegir un Comité Central sin un debate previo y sin contar con la militancia.<sup>340</sup>

La agrupación encabeza por Rebull presentó una Contratesis Política para el segundo Congreso del POUM a mediados de abril del 37, documento al que posteriormente se introdujeron varias adiciones. En estos materiales, la Célula 72 empezaba por constatar que la CNT “pronto abandonó su tradicional intransigencia y pasó a formar parte de los gobiernos de la pequeña burguesía en Madrid y en Barcelona, fortaleciendo con ello, no el poder de la clase trabajadora (que estaba en el Comité Central de Milicias pese a todos los defectos propios de la improvisación), sino al poder superado, del régimen capitalista, representado por dichos gobiernos.”<sup>341</sup> Partiendo de esta realidad, Rebull mostraba su disconformidad con la falta de crítica de su partido hacia la dirección cenetista. La actuación del partido en el gobierno de la Generalitat constituyó uno de los mayores desacuerdos de este grupo de militantes de Barcelona: “Con respecto a la colaboración del POUM en la Generalidad, ha quedado desmentida por los hechos la teoría según la cual un gobierno se define por su programa y no por su composición orgánica. Consecuencia de las claudicaciones y renunciamentos de la CNT y de los errores e inhibición crítica del POUM, ha sido la transformación de la primitiva situación de dualidad de poderes, en una situación confusionista en que los caracteres peculiares de las clases han quedado relegados.”<sup>342</sup>

En cualquier caso, Rebull miraba hacia el futuro, intentando dotar a su organización de un programa que permitiera hacer avanzar a las fuerzas de la revolución. “El requisito indispensable para la transformación de la actual situación en una situación de doble poder, como paso transitorio hacia la conquista del poder por la clase trabajadora e implantar la dictadura del proletariado, es la adopción de un programa de acción inmediata, con el firme propósito de llevarlo a la práctica. (...) Proposición de Frente Obrero Revolucionario a las organizaciones cuyo objetivo final sea la revolución socialista, sin que signifique pérdida de caracteres propios y mucho menos renuncia a una crítica serena entre ellas.” Entre las bases de este Frente estarían: “1- Retirada definitiva de las organizaciones que pasen a integrar el Frente Obrero Revolucionario de los gobiernos burgueses de Barcelona y Valencia. 2- Creación de los Consejos Obreros, Campesinos y Combatientes como institución básica del poder proletario y como medio

---

<sup>340</sup> En ese momento polemizó con la dirección del POUM en los siguientes términos: “Todo su programa político (?) consiste en azuzar una serie de pequeñas cuestiones personales contra otros camaradas, presentadas, torpemente, como ‘maniobras del trostkismo en el seno del POUM’. ‘Arrojar a los trotskistas de la dirección’ es su consigna central, exactamente igual como proceden los estalinistas contra aquellos que se niegan a comulgar con sus ruedas de molino. Mientras tanto, los animadores de esta fracción se han [apoderado] por sorpresa de los principales resortes del aparato del partido, dándose la paradoja de que los elementos que en España han defendido durante toda la revolución en el seno del partido las posiciones del Frente Popular estalinista —que persiguió, encarceló y asesinó a tantos de nuestros camaradas— se hallan aquí en la emigración al frente de la dirección del POUM.” Josep Rebull, *Carta abierta a los camaradas*, 25 de mayo de 1939. Incluido en *Balance*, Cuaderno de Historia nº 19 y 20, *Josep Rebull de 1937 a 1939: La crítica interna a la política del Comité Ejecutivo del POUM durante la Guerra de España*, Agustín Guillamón, Barcelona 2000.

<sup>341</sup> *Contratesis Política para el II Congreso del POUM*, Josep Rebull, 17 de abril de 1937, incluida en este libro.

<sup>342</sup> *Ibid.*

de dar nueva vida e impulso a las masas, incluso a las hoy apartadas de la revolución, atrayéndolas hacia ella.”<sup>343</sup>

El secretario de la Célula 72 de Barcelona, consideraba necesario precisar tanto la composición como las tareas asignadas a los Consejos Obreros, así como su diferenciación de las estructuras sindicales. “Se entiende por Consejo Obrero (de fábrica o taller) la reunión de los obreros de la fábrica o taller en asamblea para discutir democráticamente las posiciones de las diferentes tendencias revolucionarias ante los problemas de la revolución y elegir, en consecuencia, los delegados a los Congresos de los Consejos, o sus representantes en los Consejos superiores... (...) Sería un error fundamental atribuir a los Sindicatos la representación del poder proletario: a) por ser su organización vertical, es decir, por industrias nacionales, mientras que los Consejos son en cada localidad una organización horizontal que prescinde de la profesión de cada proletario. b) Las direcciones burocráticas de los Sindicatos podrían ejercer una influencia nefasta en la expresión del libre pensamiento de la base, como ocurre con la UGT en Cataluña.”<sup>344</sup> También, era conciente de que no proponía al POUM una tarea fácil. “Si este programa no mereciera la aprobación de los dirigentes de las organizaciones revolucionarias, el POUM llevará a cabo una campaña amplia y sistemática en torno del mismo, a fin de promover la atención de la bases de dichas organizaciones sobre los puntos capitales del programa y hacer ejecutar los mismos.”<sup>345</sup>

Pocos días después, la Célula 72 realizó una adición a sus contratesis al calor de la polémica sobre la dualidad de poder. “A dos pasos del II Congreso, hemos oído de boca de líderes de nuestro partido la afirmación de que la dualidad de poderes no es indispensable para la toma del Poder por la clase trabajadora. (...) Sin ninguna declaración oficial y sin siquiera un editorial en *La Batalla*, nuestra dirección aceptó la liquidación de la dualidad de poderes, en favor de la burguesía. Tan sólo en un artículo, firmado por Indigeta<sup>346</sup>, pudimos leer lo siguiente: ‘Se ha disuelto el Comité Central de Milicias Antifascistas, como consecuencia lógica de la construcción del nuevo Gobierno o Consejo de la Generalidad. En marcha ya la revolución, el dualismo de poderes —fase clásica de la revolución— era del todo contraproducente. Se ha comenzado, pues, por la cúspide, y corresponde ahora llegar hasta la base. Dos meses de revolución y de guerra civil nos han demostrado elocuentemente lo pernicioso de tal dualismo’...” (*La Batalla*, 7 de octubre de 1936). La liquidación de la situación de dualidad de poderes fue el comienzo del retroceso de nuestra revolución. Nuestro partido incurre también en la responsabilidad de este decreto contrarrevolucionario.”<sup>347</sup> En este párrafo, Rebull pone en evidencia una de las renuncias claves de la dirección poumista: su pretensión de hacer la revolución desde “la cúspide”, a través de un gobierno de colaboración de clases, desde donde se extendería al conjunto del movimiento. Esta actuación suponía una ruptura abierta con los principios del marxismo revolucionario. ¿Cómo era posible extender y consolidar la revolución socialista a través de un gobierno en el que una parte fundamental de sus componentes aplicaba una política decidida contra esa misma revolución? ¿Cómo se podía defender una posición marxista y al mismo tiempo aprobar

---

<sup>343</sup> *Ibid.*

<sup>344</sup> *Ibid.*

<sup>345</sup> *Ibid.*

<sup>346</sup> Seudónimo de Joan Arquer, miembro del Comité Central del POUM.

<sup>347</sup> Josep Rebull, *Sobre la dualidad de poderes* (Aclaración a la Contratesis de la Célula 72), 26 de abril de 1937, incluido en este libro.

la liquidación del poder obrero (la dualidad de poderes), en beneficio del restablecimiento de la vieja legalidad burguesa?

En ese mismo artículo, Rebull introdujo también la polémica sobre los sóviets. Si bien es cauteloso, evitando una afirmación tajante acerca de la posibilidad de que los comités asumieran el mismo desarrollo que los órganos soviéticos rusos, ello no era óbice para dejar de subrayar la inhibición de los líderes del POUM en esta importante tarea. “La revolución triunfó en Rusia porque había Sóviets. Y, en cambio, ha fracasado en otros lugares, entre otras razones, porque no existían los sóviets”. (Maurín, *La Nueva Era*, enero de 1936, p. 5). Sería bizantinismo que nosotros afirmáramos de una manera absoluta que los Consejos hubiesen encontrado aquí una fácil adaptación, aunque tenemos el firme convencimiento de que, efectivamente, hubiese sido así. Sin embargo, en ausencia de todo órgano de poder proletario hoy todavía, queda en firme la acusación a nuestros dirigentes de no haber impulsado, de no haber hecho absolutamente nada por la creación de los Consejos.<sup>348</sup>

---

<sup>348</sup> *Ibid.*

## V. Ofensiva estalinista. Calumnias y represión contra el POUM

Uno de los argumentos a los que recurrieron constantemente los dirigentes del POUM para justificar su actuación era la debilidad numérica de sus efectivos. El POUM, a pesar de no ser la organización mayoritaria de la clase obrera en Catalunya, contaba con una nutrida militancia en primera línea del combate revolucionario. Pero no se trataba de una cuestión de cifras, sino de política. “¿Cuántos militantes tiene ahora el POUM? Unos dicen 25.000, otros 40.000”, escribía Trotsky. “Esto no es decisivo. Ni 25.000 ni 40.000 pueden asegurar la victoria por su cuenta. El problema se resuelve a través de las relaciones entre el partido por una parte, y la clase obrera y las masas oprimidas de la ciudad por otra. 40.000 militantes con una dirección que duda y vacila no pueden más que adormecer al proletariado preparándolo para la catástrofe. Una decena de millares de militantes, con una dirección firme y perspicaz pueden encontrar el camino de las masas, arrancarlas de la influencia de los charlatanes estalinistas y socialdemócratas, y asegurar no sólo la victoria transitoria y precaria de los ejércitos republicanos sobre las tropas fascistas, sino también la victoria completa de los trabajadores sobre los explotadores. El proletariado español ha demostrado en tres ocasiones que es capaz de tal victoria. Todo el problema se reduce a su dirección.”<sup>349</sup> Y el problema de la dirección se revelaría de nuevo, en toda su dimensión, como el obstáculo fundamental para el triunfo de los trabajadores cuando estos volvieron a tomar las armas, en mayo del 37, para defender las conquistas revolucionarias de los ataques del estalinismo y del Estado burgués reestablecido.

### Mayo del 37. Revolución y contrarrevolución

Los defensores de volver a la situación previa al 18 de julio dentro del bando republicano se sentían cada vez más fuertes. Las medidas destinadas a contener el desbordamiento revolucionario y reconstruir los cimientos del Estado burgués habían sido puestas en marcha tanto por el gobierno central como el catalán. Andrade lo advertía en *La Batalla* en los primeros días de 1937: “El proceso de retroceso de la revolución está en pleno desarrollo. Los partidos pequeñoburgueses tienen en la pugna una situación de privilegio, que les ha sido facilitada por los dirigentes de los grandes partidos políticos que se titulan obreros. Todo el antiguo aparato del Estado continúa en pie, e incluso la última tendencia es a vitalizar las fuerzas de represión, dando autoridad plena a los elementos que la detentaban en el mes de julio.”<sup>350</sup> Andrade, por supuesto, no mencionaba la responsabilidad del POUM en este repliegue revolucionario.

La militancia del POUM en Madrid, situada claramente en la izquierda pero mucho más escasa que en Catalunya, fue la primera víctima de la represión estalinista-frentepopulista. En noviembre de 1936 el POUM fue excluido de la Junta de Defensa de la capital, y a finales de ese año la sede del partido en Madrid había sido asaltada por elementos estalinistas de la JSU; también se clausuró su estación de radio y su periódico,

---

<sup>349</sup> León Trotsky, *¿Es posible la victoria?*, 23 de abril de 1937, artículo incluido en este libro.

<sup>350</sup> Andrade, *La Batalla, La revolución española día a día*, p. 92.

*El Combatiente Rojo*. En diciembre, el POUM fue expulsado de la Generalitat. A principios de 1937, la escalada en la campaña de ataques y calumnias contra el POUM, al que se acusaba de trotsko-fascista desde el PCE, habían entrado en su apogeo.

En febrero de ese año, los bolcheviques-leninistas distribuyeron una octavilla denunciando la persecución contra el POUM, advirtiendo además que si la osadía de estos ataques no encontraba una oposición firme se generalizaría la escalada represiva. “La villana persecución que se está iniciando contra la sección madrileña del POUM no es más que un prólogo, un tanteo al que seguirá la persecución contra el POUM de Cataluña, contra la FAI y la CNT, contra todos los revolucionarios que se resistan a sacrificar los intereses del proletariado en aras de la burguesía.”<sup>351</sup>

No se trataba de ninguna exageración. Los dirigentes estalinistas habían puesto en marcha una gigantesca campaña destinada a identificar a todo aquel que cuestionara las tesis de la defensa de la República democrática con un espía encubierto del fascismo. La crítica a las decisiones gubernamentales y la reivindicación del programa de la revolución socialista se convertían así en un crimen. Los seguidores de la IC pretendían instaurar en la revolución española el ambiente represivo y asfixiante dominante en la URSS. Todo disidente de la política frentepopulista sería calificado como agente del *trotskismo*, es decir, de un traidor a la causa antifascista y colaborador con las fuerzas franquistas. Por ello, a pesar de que tanto Trotsky como Nin negaran cualquier tipo de confluencia política, los representantes del comunismo oficial no dejaron de acusar al POUM de ser una organización trotskista quintacolumnista del fascismo.

La dirección del PCE llamaba abiertamente a la liquidación del POUM como partido. Su secretario general, José Díaz, daba las instrucciones: “¿Quiénes son los enemigos del pueblo? Los enemigos del pueblo son los fascistas, los trotskistas y los ‘incontrolables’. (...) Nuestro enemigo principal es el fascismo. Contra él concentramos todo el fuego, todo el odio del pueblo. Contra él ponemos en pie todas las fuerzas prestas a aniquilarlo; pero nuestro odio va dirigido también, con la misma fuerza concentrada, contra los agentes del fascismo, que como los ‘poumistas’ trotskistas disfrazados, se esconde detrás de consignas pretendidamente revolucionarias, para cumplir mejor su misión de agentes de nuestros enemigos emboscados en nuestra propia tierra.”<sup>352</sup>

Este plan, que sería puesto en práctica desde el Palau de la Generalitat y el gobierno de Valencia, seguía un guión redactado por sus auténticos autores en Moscú. Stalin no podía permitir que las noticias de los avances de la revolución española alentaran la resistencia del proletariado ruso contra su régimen despótico. En un informe del 22 de febrero de 1937, enviado por el máximo responsable soviético en España, Marchenko, al ministro soviético de Asuntos Exteriores, Maxim Litvinov, se detalla: “(...) El POUM es peligroso ahora porque en sus filas militan varios miles de personas, y está intentando, a través de los anarquistas más extremistas, arrastrar a su orbita de actividades provocadoras a una franja significativa de la CNT. Pretende sabotear de todas las formas posibles el planeado acercamiento entre el partido y el liderazgo de la CNT. Agentes del POUM han inducido ya ataques provocadores contra los ministros anarquistas en la prensa de esa tendencia (...) Hay que decir francamente que los

---

<sup>351</sup> Octavilla distribuida por la SBLE en febrero de 1937 citada en Agustín Guillamón, *Documentación histórica del troskismo español*, p. 79.

<sup>352</sup> Discurso de José Díaz al CC del PCE celebrado en Valencia del 5 al 8 de marzo de 1937. Citado en el libro *José Díaz, Tres años de lucha*, Muñoz Moya Editores Extremeños, Sevilla, 2005, pp. 274-75.

comunistas no siempre muestran la vigilancia necesaria hacia los trotskistas. Así, como ya se le informó, durante el juicio en Moscú al centro contrarrevolucionario paralelo, en el periódico *Treball* —órgano del Partido Socialista Unificado en Barcelona— apareció un artículo en el que se alababa a Trotski como salvador de Petrogrado. Mientras que los trotskistas utilizan la menor ocasión para atacar al partido, la prensa comunista no está llevando a cabo actividades sistemáticas para denunciar a los poumistas (...).<sup>353</sup>

No es casual que la arrolladora campaña contra el *trotskismo* coincidiera en el tiempo con el explosivo crecimiento del Partido Comunista. Atendiendo a las cifras suministradas por el partido, matizadas por autores que han hecho una amplia investigación sobre el tema,<sup>354</sup> si para agosto de 1936 los militantes del PCE eran 88.523, en diciembre serían 142.800, en marzo de 1937 llegarían a 249.140 y, en el mes de agosto, alcanzaría la cifra 328.978 afiliados. El PSUC en Cataluña había fortalecido sus filas ganando a un amplio sector de la base social que tradicionalmente había apoyado a la Esquerra Republicana. Comerciantes, tenderos, pequeños industriales, funcionarios de la Generalitat, nutrieron la afiliación del estalinismo atraídos por el discurso de sus dirigentes. En el órgano de expresión del Partido en Cataluña, *Treball*, se leía el 8 de agosto de 1936: “Sería imperdonable olvidarse de la multitud de pequeños industriales y pequeños comerciantes que hay en nuestro país (...) Dicen que nadie se preocupa de su suerte. (...) La situación angustiosa de aquellas familias es evidente. No pueden atender a sus talleres y negocios porque no disponen de reservas de capital; apenas tienen lo suficiente para comer, porque la obligación de pagar los jornales a los pocos obreros que emplean les impide atender a sus propias necesidades diarias”.

Se trataba de sectores acomodados que observaban con franca hostilidad el control obrero de la producción, los comités de abastos y la acción de los trabajadores revolucionarios. Su vida no estaba tan llena de sufrimiento como propagaba el PSUC. Sus condiciones podían considerarse afortunadas en comparación a las de los obreros en el frente y sus familias en la retaguardia, auténticas víctimas de la escasez y la agresión armada del fascismo. Un punto de apoyo fundamental para los estalinistas catalanes fue el GEPCI, que en esas fechas organizaba a 18.000 comerciantes, y que, como Gremio de Pequeños Comerciantes e Industriales, ingresó en la UGT. El PSUC, que en marzo de 1937 decía contar con 50.000 afiliados, se transformó en el portavoz de los intereses de estos sectores pequeño burgueses y, Joan Comorera, su secretario general, en su máximo alentador.

Si la fortaleza adquirida por las posiciones estalinistas suministraba los medios para liquidar las conquistas de la revolución, la virulencia de la represión vino determinada por la resistencia de amplios y significativos sectores del movimiento obrero a los planes del gobierno estalinista-republicano. Las dificultades para los dirigentes del PCE se dieron en las mismas filas de la JSU. En la Conferencia de Valencia de los jóvenes unificados, se manifestaron brotes de contestación bastante significativos que se extenderían a lo largo de toda la guerra. Pero la resistencia más fuerte se localizaba en la base de la CNT, cada día más disgustada por la colaboración gubernamental de sus dirigentes y los retrocesos revolucionarios.

---

<sup>353</sup> Citado en Ronald Radosh, *España Traicionada*, Ed. Planeta, Barcelona, 2002, p. 185.

<sup>354</sup> Ver por ejemplo, Fernando Hernández Sánchez, *Guerra o Revolución, el Partido Comunista de España en la guerra civil*, Ed. Crítica, Barcelona, 2010.

El descontento cundía entre los obreros barceloneses y entre sus mujeres: la carestía de la vida y los continuos ataques del Consejero Joan Comorera contra los comités de abastos, controlados por anarcosindicalistas que luchaban contra la especulación y el acaparamiento de los productos básicos, eran síntomas alarmantes. El líder del PSUC, instigador de manifestaciones callejeras con el eslogan “Menos comités y más pan”, decretó la disolución de estos comités. Sin embargo, estos planes seguían chocando con la supervivencia de la dualidad de poderes en Cataluña. La autoridad de la Guardia Nacional Republicana y la de Asalto bajo el mando Artemio Aiguadé, miembro de ERC y Consejero de Seguridad Interior, se enfrentaba a la de los obreros armados organizados en la Junta de Seguridad dominada por la CNT.

En estas circunstancias, el avance de la contrarrevolución fue incrementando el descontento y una oposición creciente hacia los dirigentes confederales. El surgimiento de grupos de oposición en la CNT-FAI, como “Los Amigos de Durruti”, ponía de manifiesto el estado de ánimo dominante en sus filas. El 27 de marzo de 1937 los consejeros de la CNT se vieron empujados a abandonar el gobierno catalán. Sin embargo, no tardaron en reintegrarse: el 3 de abril vería la luz un nuevo gobierno de la Generalitat con dos consejeros de la CNT.

La insatisfacción entre la militancia del POUM en Catalunya, guiada por un fuerte instinto revolucionario, se reflejaba también en *La Batalla* en comentarios críticos hacia la dirección anarcosindicalista: “Los camaradas de la Confederación Nacional del Trabajo no supieron tomar posiciones ante el problema del Poder. [En] lugar de impulsar a la clase trabajadora hacia la toma íntegra del mismo, prefirieron estimarlo como una simple cuestión de colaboración (...) Estamos seguros de que la masa de trabajadores de la CNT verá la solución de esta crisis con el mismo desagrado que la vemos nosotros (...) el reformismo no cesará en su empresa. Si los compañeros de la CNT no se dan cuenta de ello, peor para ellos y peor para todos nosotros. Porque lo que se ventila no es el porvenir de una cualquiera de las organizaciones, sino el futuro de la revolución”

Durante las últimas semanas de abril los incidentes armados entre la Guardia de Asalto y los obreros se multiplicaron. El 24 de abril se produjo un intento fallido de atentado contra el comisario de policía Rodríguez Salas, militante del PSUC. Al día siguiente fue asesinado Roldán Cortada, dirigente del PSUC y secretario del Consejero Rafael Vidiella. El 27 de abril, día del funeral por Cortada, el PSUC realizó una gran demostración de fuerza con una manifestación de miles. A los pocos días fue asesinado Antonio Martín, presidente del comité revolucionario en Puigcerdá, en la frontera con Francia, tras un enfrentamiento con Carabineros y miembros de la Guardia Nacional Republicana. Poco después, el gobierno central envió camiones con fuerzas armadas republicanas desde Valencia para controlar los puestos fronterizos, hasta entonces en manos de los comités revolucionarios. Todas las acciones de los trabajadores susceptibles de transformarse en una contestación al gobierno eran saboteadas o prohibidas, como ocurrió con las manifestaciones del Primero de Mayo de ese año.

Días antes, se había impedido la celebración del mitin convocado para el 30 de abril por el Frente de la Juventud Trabajadora Revolucionaria, en el que iban a intervenir destacados dirigentes de las Juventudes Libertarias, como Luis Buitrago, y de la Juventud Ibérica, como Wilebaldo Solano. La tensión llegó a un punto crítico: “La garantía de la revolución es el proletariado en armas”, se leía en *Solidaridad Obrera* el 2

de mayo. El órgano de expresión de los anarquistas agitaba: “¡Trabajadores, que nadie se deje desarmar bajo ningún concepto!”

A principios del mes de mayo la Generalitat decidió dar un golpe definitivo a quienes desafiaban su autoridad. El incidente que desató el combate armado entre los defensores de las conquistas revolucionarias y sus liquidadores, fue el intento de recuperar el dominio de las comunicaciones que, en Barcelona, todavía permanecían en manos de los militantes anarcosindicalistas desde el 19 de julio. La Central Telefónica era un símbolo indiscutible de la supervivencia de elementos del doble poder: el gobierno central se veía obligado a aceptar que sus comunicaciones con la Generalitat fueran controladas por los obreros. El 3 de mayo, un destacamento de Guardias de Asalto comandados por el dirigente del PSUC, Rodríguez Salas, intentó desarmar a los milicianos que se encontraban en los pisos inferiores del edificio de la Telefónica. La reacción de los obreros anarquistas que custodiaban los pisos superiores fue inmediata. La provocación estalinista desencadenó la movilización de miles de trabajadores en las fábricas y en los barrios que levantaron barricadas. El movimiento insurreccional se extendió a velocidad tanto en Barcelona como en Lérida, Tarragona y Girona.

Los dirigentes del POUM y la CNT, apoyándose en la determinación revolucionaria que mostraban los obreros de Barcelona, tuvieron la oportunidad de tomar el poder en el *Petrogrado* de la revolución española. Esta vez, podrían profundizar el control obrero en las fábricas y las colectivizaciones, centralizar las milicias y ponerlas al servicio del nuevo poder revolucionario, llamando al resto de trabajadores de la península a emular su ejemplo. Pero una vez más, el sector decisivo de la cúpula anarquista se negó a culminar la revolución. Los dirigentes de la CNT pidieron a los obreros que abandonasen las barricadas y se sometieran a la disciplina del Frente Popular. El alejamiento entre los militantes anarquistas en las barricadas y sus líderes en el gobierno alcanzó un punto crítico.

“Barcelona estaba en poder de los trabajadores. La Generalitat y los centros de la Esquerra y del PSUC (Hotel Colón, La Pedrera, el Palacio Moja) estaban aislados. (...) El espíritu del 19 de julio se ha apoderado nuevamente de Barcelona.”<sup>355</sup> Así describe el ambiente revolucionario en la capital catalana el entonces responsable de la JCI, Wilebaldo Solano. En los primeros momentos, *La Batalla* no daba directrices concretas de hacia donde avanzar, reflejando que la dirección del POUM todavía no había decidido qué camino elegir. Al favorable ambiente revolucionario y la indisciplina de la base anarquista hacia su dirección, se sumó la valerosa actuación de los militantes del POUM, saludados de forma entusiasta por los obreros confederales cuando se situaron en primera línea de las barricadas. Los obreros y los jóvenes poumistas, siguiendo su instinto revolucionario, facilitaban así a Nin, Andrade y Gorkin la oportunidad de liderar a los insurrectos.

Los dirigentes poumistas decidieron reunirse con el comité de Cataluña de la CNT. Wilebaldo Solano, recuerda aquellas últimas horas del 3 de mayo de 1937: “La reunión se celebró a las diez de la noche en el local de la vía Leyetana. Nin, Andrade, Bonet, Gorkin y yo formábamos parte de la delegación del POUM. Nin, que era el dirigente poumista que contaba con más simpatías entre los medios anarcosindicalistas expuso nuestro punto de vista (...) vino a proponer una alianza de las organizaciones

---

<sup>355</sup> Wilebaldo Solano, *op. cit.*, p. 93.

anarcosindicalistas y poumistas, a la imagen del Frente de la Juventud Trabajadora Revolucionaria, para dirigir el movimiento y establecer un programa político de renovación que permitiera contener la ofensiva reaccionaria y abrir una nueva fase de la guerra y la revolución. (...) La discusión se prolongó por espacio de dos horas... Pero terminaron diciendo poco más o menos: ‘Os agradecemos vuestra visita y reconocemos que hemos pasado una velada muy agradable. Nuestra gente está en las barricadas. Hemos enseñado los dientes. Ahora Companys y el PSUC tendrán que negociar. Podemos modificar la composición del Consejo de la Generalitat y limitar la influencia negativa del PSUC’ ...”<sup>356</sup>

Si la dirección del POUM quería culminar la iniciativa de los obreros tendría que desarrollar una política independiente de la CNT. Destacados poumistas animaban en esa dirección. Josep Rebull, partidario de llevar la insurrección hasta sus últimas consecuencias, se entrevistó con Nin, Gorkin y Andrade. Con un plano de la ciudad de Barcelona defendió ante sus camaradas la posibilidad de asaltar con éxito los edificios gubernamentales. Las juventudes poumistas también eran proclives a esta opción. Solano rememora aquellos momentos claves: “El día 4, justamente, al atardecer, varios jóvenes oficiales de la Escuela de Guerra de Barcelona, (creada meses atrás para formar cuadros militares) vinieron a ponerse a nuestra disposición y nos propusieron constituir una columna militar destinada a bajar por el paseo de Gracia, tomar La Pedrera y el Hotel Colón y confluir con las fuerzas de la CNT y el POUM que dominaban en las Ramblas. La idea de la columna nos pareció excelente. (...) Informé al comité ejecutivo del POUM y Nin me llamó el mismo día por teléfono para aconsejarme que ‘fuera prudente’ (...)

“Por la mañana temprano [del 6 de mayo]” escribe Solano, “el comité ejecutivo de la LCI decidió que Ariño y yo bajáramos al centro de Barcelona para entrevistarnos con el comité regional de las Juventudes Libertarias, el comité de Barcelona de la Juventud Comunista Ibérica y el comité ejecutivo del POUM (...) nos trasladamos a la plaza del Teatro, donde pudimos hablar con Nin, Gorkin y Andrade y los responsables de las barricadas. Coincidimos precisamente con el compañero José Rebull, que se presentó al comité ejecutivo con un plano con el que quería demostrar que era posible, militarmente hablando, tomar el poder. Naturalmente, el problema fundamental no era militar, sino político.

“En el local central del POUM reinaba una intensa actividad. Como era natural, el comité ejecutivo del partido poseía mejores informaciones que nosotros sobre la situación global y sus miembros más destacados no eran nada optimistas. Andrade, encarado de mantener relaciones con el comité de la FAI, nos explicó con bastante amargura que los anarquistas estaban ‘completamente superados por los acontecimientos’ y, además, ‘se mostraban altivos ante los políticos marxistas’, como decían ellos con su lenguaje particular. En lo que se refiere a “Los Amigos de Durruti”, con los que había mantenido una larga conversación, nos comunicó que ni pesaban mucho en la CNT, ni eran capaces de elaborar una política responsable. Resumiendo sus impresiones, nos precisó: ‘Ya veréis; al final, ellos, como los comités de defensa, aunque sea a regañadientes, se plegarán a las instrucciones de García Oliver y Federica.

---

<sup>356</sup> *Ibid.*, pp. 93-94.

“Por su parte, Nin, visiblemente nervioso y disgustado, vino a decirnos que el compromiso entre la CNT, la Generalitat y el PSUC era un hecho y que, así las cosas, el POUM no podía pasar por encima de la CNT, por lo que seguramente se impondría un repliegue en las mejores condiciones posibles para el partido y para la clase trabajadora. La conclusión fue que la JCI no debía precipitarse, sobre todo en sitios como el norte de Barcelona, donde asumíamos responsabilidades importantes, y que debíamos tener en cuenta la situación general para no caer en un vanguardismo inoperante. ‘Más que nunca, es preciso que os mantengáis en estrecha relación con nosotros y no toméis ninguna iniciativa seria sin consultarnos’. Después de participar en la reunión del comité ejecutivo, sobre la cual no quiero extenderme más, Ariño y yo regresamos a nuestro local del paseo de Gracia bastante perplejos (...).”<sup>357</sup>

Solamente dos organizaciones repartieron propaganda emplazando a los trabajadores a continuar la ofensiva: “Los Amigos de Durruti” y los bolcheviques-leninistas. La SBLE se dirigía así a los obreros en las barricadas el día 4 de mayo: “Viva la ofensiva revolucionaria. Nada de compromisos. Desarme de la GNR [Guardia Nacional Republicana] y Guardia de Asalto reaccionarias. El momento es decisivo. La próxima vez será demasiado tarde. Huelga general en todas las industrias que no trabajen para la guerra, hasta la dimisión del gobierno reaccionario. Sólo el Poder Proletario puede asegurar la victoria militar. Armamento de la clase obrera. Viva la unidad de acción CNT-FAI-POUM. Viva el Frente Revolucionario del Proletariado. En los talleres, fábricas, barricadas, etc.: Comités de Defensa Revolucionaria. Sección Bolchevique-Leninista de España (por la IV Internacional).”<sup>358</sup>

Por su parte, “Los Amigos de Durruti”, arengaban en su breve octavilla: “¡TRABAJADORES! Una Junta Revolucionaria. Fusilamiento de los culpables. Desarme de todos los cuerpos armados. Socialización de la economía. Disolución de todos los partidos políticos que hayan agredido a la clase obrera. No cedamos la calle. La revolución ante todo. Saludamos a nuestros camaradas del POUM que han confraternizado en la calle con nosotros. VIVA LA REVOLUCIÓN SOCIAL. ¡ABAJO LA CONTRARREVOLUCIÓN!” No contaban, sin embargo, con las fuerzas necesarias para transformar la situación. El grupo anarquista disidente, dirigido por Jaime Balius, fue denunciado por la dirección de la CNT-FAI y calificados de agentes provocadores.

A pesar de su orfandad política, los obreros se resistían a retirarse de sus posiciones, probando que albergan fuerza y audacia más que sobradas. En la capital catalana se sucedieron violentos combates. El miércoles 5 de mayo, representantes del Gobierno y de la cúpula de la CNT se trasladaron a Lérida a detener a un grupo de 500 milicianos de la CNT y POUM que se dirigían Barcelona para sumar sus fuerzas a la insurrección. Federica Montseny y García Oliver llamaron una y otra vez por radio al abandono de las barricadas, propagando la desmoralización entre la vanguardia revolucionaria. Los dirigentes de la CNT, desbordados por su base, propusieron una solución conciliadora a cambio de levantar las barricadas: cada partido mantendría sus posiciones y los comités responsables serían informados si en algún lugar se rompía el acuerdo. El gobierno, reconociendo su incapacidad para sofocar la rebelión, aceptó la propuesta con la esperanza de desactivar el movimiento. Los líderes de la CNT y el POUM se mostraron satisfechos con las declaraciones de los representantes gubernamentales. Aún así, los

---

<sup>357</sup> *Ibid.*, p. 95-98.

<sup>358</sup> Agustín Guillamón, *Documentación histórica del trosquismo español*, pp. 124-125.

consejeros de la CNT tuvieron que realizar todavía ímprobos esfuerzo para convencer a su base de que abandonara su resistencia.

Los dirigentes del POUM decidieron por fin el camino a seguir: no llevar adelante ninguna iniciativa independiente de la cúpula anarquista. Se sumaron también al llamado anarquista para desmovilizar las barricadas. *La Batalla* del 6 de mayo informaba de la decisión adoptada por su Comité Ejecutivo: “Desbaratada la maniobra contrarrevolucionaria, los trabajadores deben retirarse de la lucha y reintegrarse hoy, sin falta y disciplinadamente, al trabajo, con objeto de seguir laborando con todo entusiasmo para derrotar rápidamente al fascismo. El POUM da la orden a todos su militantes armados para que se retiren de las barricadas y las calles, reintegrándose al trabajo, aunque continuando en una actitud vigilante.”<sup>359</sup>

El jueves 6 de mayo, el Gobierno contaba ya con 1.500 guardias de asalto movilizados desde Valencia para desarmar a los obreros barceloneses. La dirección de la CNT les facilitó la tarea entregando todo el poder militar a los mandos enviados por el gobierno republicano. Los trabajadores fueron desarmados violentamente por los guardias de asalto, que contaron, en su labor represiva, con la inestimable colaboración de Companys. A los 500 muertos y cerca de 2.000 heridos durante los enfrentamientos entre los obreros revolucionarios y las fuerzas republicanas y estalinistas, se sumaron posteriormente muchos militantes de la CNT y el POUM encarcelados bajo la acusación de ‘contrarrevolucionarios’.

Era la posibilidad de un desenlace semejante, lo que mantenía firme a Trotsky en su denuncia de las direcciones que, a su entender, desperdiciaban las oportunidades que el quehacer revolucionario de las masas les daba. Pocas semanas antes de la derrota de los obreros catalanes, señalaba: “Y que no se me diga que los obreros del POUM están luchando heroicamente. Lo sé tan bien como los demás. Precisamente su lucha y su sacrificio es lo que nos fuerza a decir la verdad. ¡Abajo la diplomacia, el juego y el equívoco! Hay que saber decir las más amargas verdades cuando la suerte de la guerra y una revolución dependen de ello.”<sup>360</sup>

### **Balance de las Jornadas de Mayo**

La derrota de los obreros catalanes marcó un punto de inflexión en la pugna que, con alzas y bajas, se había mantenido entre los sectores revolucionarios y los restauradores del orden burgués. El ala de derechas del Frente Popular ya no consideraría imprescindible la presencia de los representantes de la izquierda socialista y los dirigentes de la CNT para contener el empuje de las masas. Llevaría adelante su política de forma implacable, sin importar que ello provocara una fractura dentro del gobierno republicano. Apoyados en su victoria en Barcelona, ciudad que siempre había estado a la vanguardia de la revolución española, impondrían el orden a los *incontrolados* en todas las zonas bajo control republicano.

La dirección del PCE y sus aliados políticos, los republicanos burgueses y los socialistas liderados por Prieto y Negrín, iniciaron una purga a gran escala. Aplastarían al POUM bajo la ignominiosa calumnia de colaboración con el fascismo. Se desataría

---

<sup>359</sup> Bolloten, *op. cit.*, p. 699.

<sup>360</sup> León Trotsky, “Decir las más amargas verdades”, 23 de marzo de 1937, en Pierre Broué, *La revolución española (1930-1936)*, p. 88.

una represión ejemplarizante contra todo aquel que aún se atreviera a cuestionar las medidas del gobierno. Largo Caballero no estuvo dispuesto a participar en este macabro plan. Su negativa a colaborar con las acusaciones falsificadas para montar la farsa judicial contra el POUM, precipitó la crisis y su salida del gobierno. El 15 de mayo, Largo Caballero presentó su dimisión. Inmediatamente después el Presidente de la República, Azaña, nombró presidente al socialista Juan Negrín, que desempeñaba la cartera de Hacienda en el anterior gobierno y se mostraba favorable a las tesis provenientes de Moscú. El nuevo ejecutivo contó con el respaldo y apoyo efectivo del PCE y la Comintern.

El sustituto de Largo Caballero al frente del gobierno generalizó y culminó todas las medidas destinadas a restaurar el Estado burgués iniciadas por sus antecesores. El ejército retornó a la vieja jerarquía, eliminando cualquier tipo de democracia en su seno. Con Prieto encabezando el Ministerio de Defensa, el proceso de militarización se impuso de forma definitiva. El 23 de junio de 1937 se publicó el decreto que suprimía los últimos cuarteles de milicias. El control militar sobre Cataluña fue total. El general Sebastián Pozas fue nombrado el 5 de mayo comandante militar de Cataluña y del ejército del Este en Aragón. En ese momento se adhirió públicamente al PSUC. Los Comités de abastecimiento desaparecieron o fueron sustituidos por auténticas asociaciones de empresarios que saboteaban la distribución de alimentos, hacían estraperlo y acaparaban mercancías para provocar la subida de los precios en los productos de primera necesidad. La CNT-FAI perdió su hegemonía en el territorio catalán paralelamente a la destrucción de los comités. En junio se dio un paso más en la lucha contra la influencia cenetista.

Companys planteó un nuevo gobierno de la Generalitat que incluía a un representante de Acció Catalana Republicana, una pequeña formación de clase media aliada de la Esquerra. La CNT denunció la propuesta como una maniobra y una “deslealtad”, negándose a participar en el gobierno catalán si Companys no rectificaba. “Pero ya habían pasado los días del triunfo de la revolución, cuando Companys se veía obligado a tener en cuenta sus deseos. Abandonando su papel de hábil conciliador, adoptó una postura firme y dejó fuera a la CNT. ‘Soy el presidente de la Generalidad —declaró en una alocución radiofónica— por nombramiento del Parlamento y por ratificación explícita reiteradamente expresada por todos los sectores sindicales y políticos’. ‘¡Basta ya! Catalanes: el nuevo Gobierno de la Generalidad es de Frente Popular.’ (...)”<sup>361</sup>

Las colectividades languidecían. Munis apuntaba certeramente las causas de este retroceso: “No habiendo incautado el capital financiero, las colectividades tenían que vivir de su propio capital. La mayoría de ellas necesitaban préstamos, siempre negados por el Gobierno. Así, este podía dar pábulo a la idea de la incapacidad productiva y administrativa de las colectividades, e ir creando en los trabajadores la predisposición a entregar las industrias al Estado. En efecto, paulatinamente fueron capitulando las colectividades, empezando por las más pobres. (...) En Cataluña la lucha fue más larga y obstinada, pero el Estado capitalista salió triunfante.”<sup>362</sup>

Más tarde, se procedería a la liquidación, a través de la intervención militar, del Consejo de Aragón, en manos de los militantes anarcosindicalistas que se habían mostrado más

---

<sup>361</sup> Bolloten, *op. cit.*, p. 757.

<sup>362</sup> Munis, *op. cit.*, p. 416.

críticos con la colaboración gubernamental de sus dirigentes y dónde la obra colectivizadora en el campo había llegado más lejos.

Esas fueron las consecuencias, junto con la salvaje campaña desatada contra el POUM, que por su iniquidad y brutalidad merece mención aparte, de la derrota de mayo de 1937. Nin explicaba, tras la derrota de la insurrección de Octubre de 1934, que existían “derrotas desmoralizadoras y derrotas fecundas”, señalando acertadamente que la Comuna Asturiana lejos de ser el inicio del declive revolucionario, anunciaba nuevos avances que estaban por llegar. En esta ocasión, sus conclusiones irían en dirección opuesta a la realidad. En *La Batalla* del 6 de mayo se afirmaba que el proletariado había “obtenido una importante victoria parcial... Ha desbaratado la provocación contrarrevolucionaria. Ha conseguido la destitución de los responsables directos de la provocación. Le ha asestado un serio golpe a la burguesía y al reformismo.”<sup>363</sup>

El día 12 de mayo, el Comité Central del POUM hizo público un manifiesto redactado por Nin en el que abordaba en profundidad el balance político de las jornadas de mayo. En dicho texto se puede apreciar la gravedad de la situación: “Las manifestaciones más importantes del plan contrarrevolucionario han sido: la eliminación del POUM del gobierno de la Generalidad, el desarme, hasta ahora parcial, de la clase trabajadora, la persecución del órgano de la CNT en Madrid, la suspensión de *La Batalla*, la incautación de la imprenta del *Combatiente Rojo* y de la emisora de nuestro partido en la capital de la República, la detención del Comité regional de la CNT en Vizcaya, la suspensión de *Nosotros*, en Valencia, el encarcelamiento de Maroto, el bravo militante anarquista, en Almería, los decretos de orden público y la supresión de los Tribunales populares en Cataluña, la ofensiva contra las banderas revolucionarias, con el fin de sustituirlas por la bandera ‘nacional’, la tentativa de reconstitución del antiguo ejército burgués por la creación de un Ejército popular de autómatas, sin espíritu revolucionario, al servicio de la democracia burguesa, la institución de la censura política, la ofensiva contra las Patrullas de control, etc.”<sup>364</sup>

Era el futuro de la revolución española lo que se decidía en la primera mitad del año 37, y, al parecer, la dirección del POUM lo sabía: “Y los obreros que se lanzaron a la calle con las armas en la mano representaban los intereses del proletariado en este momento histórico.”<sup>365</sup> A su vez, Nin, no sabemos si por propia iniciativa o aconsejado por sus compañeros del CC, reconocía que había existido una situación de doble poder cuando afirmaba que meses atrás “los antiguos órganos del poder burgués quedaban convertidos en fantasmas”<sup>366</sup>.

Dicho todo esto, la conclusión de Nin era que el movimiento insurreccional no podía triunfar. “Pero ya los obreros en la calle, el partido tenía que adoptar una actitud. ¿Cuál? ¿Inhibirse del movimiento, condenarlo o solidarizarse con él? Nuestra opción no era difícil. Ni la primera, ni la segunda actitud cuadraban con nuestra cualidad de partido obrero y revolucionario y, sin vacilar un momento, optamos por la tercera: prestar nuestra solidaridad activa al movimiento, aun sabiendo de antemano que no podía triunfar. Si el desencadenarlo hubiera dependido de nosotros, no habríamos dado la

---

<sup>363</sup> Bolloren, *op. cit.*, pp. 699-700.

<sup>364</sup> Andreu Nin, *El significado y alcance de las jornadas de mayo frente a la contrarrevolución*, 12 de mayo de 1937, incluido en este libro.

<sup>365</sup> *Ibid.*

<sup>366</sup> *Ibid.*

orden de la insurrección. El momento no era propicio para una acción decisiva. Pero los obreros revolucionarios, justamente indignados por la provocación de que habían sido víctimas, se habían lanzado al combate y nosotros no podíamos abandonarlos. Obrar de otro modo habría constituido una imperdonable traición. Nos dictaba este deber no sólo nuestra condición de partido revolucionario, moralmente obligado a ponerse al lado de los trabajadores cuando, acertada o equivocadamente, se lanzan ardorosamente al combate para defender sus conquistas, sino la necesidad de contribuir con nuestro esfuerzo a canalizar un movimiento que, por su carácter espontáneo, tenía mucho de caótico, evitando que se transformara en un putsch infecundo, cuyo desenlace fuera una derrota sangrienta del proletariado.”

Nin planteaba de lleno la polémica central sobre las jornadas de mayo de 1937: ¿Era posible la victoria de los obreros? Las críticas de los bolcheviques-leninistas y la Célula 72 sobre el papel del POUM se centraban precisamente en este punto. Los máximos dirigentes del POUM sabían “de antemano que no podía triunfar”. Siguiendo el orden del razonamiento de Nin se trataba de un momento poco “propicio para una acción decisiva”, era el enemigo quién había elegido cuándo iniciar el combate. Efectivamente, ni la CNT ni el POUM habían tomado la iniciativa; fueron los obreros, por su propia cuenta, quienes se habían puesto en pie de guerra “justamente indignados por la provocación” del Consejero del PSUC, comprendiendo mejor que sus dirigentes que la contrarrevolución frentepopulista llegaba ya demasiado lejos y no se podía dar ningún nuevo paso atrás. De hecho, el ataque a la sede de Telefónica, no había sido un elemento aislado y sorpresivo. Era un nuevo avance en la escalada que se desarrollaba desde hacía meses, tal y como afirmaba *La Batalla*. Los enemigos del poder obrero habían dado pruebas más que sobradas de su osadía e intenciones. La experiencia histórica de la lucha de clases es inapelable: la reacción actúa de manera dinámica, y entre sus objetivos fundamentales cuenta con arrebatar la iniciativa a los revolucionarios cuando las condiciones se hacen propicias. Los dirigentes marxistas merecen la consideración de vanguardia del movimiento porque son capaces de prever y tomar la iniciativa para asegurar las conquistas con nuevos éxitos y avances. No se limitan a alertar a la clase sobre las maniobras del enemigo, la preparan concientemente para evitar los efectos desorganizadores de la sorpresa y combatir así los ataques de la reacción en las mejores condiciones posibles. Si el movimiento tuvo un ‘carácter espontáneo’ y defensivo, no se debía a su debilidad, sino a los errores políticos y la falta de previsión, desde hacía meses, de sus dirigentes.

En este sentido iniciaba su balance Rebull: “Los sectores revolucionarios CNT-FAI y POUM contaban con la mayor parte del proletariado en armas, pero han carecido, desde julio acá, de objetivos concretos y de una táctica eficaz. La revolución perdió por eso su iniciativa (...) Tanto éste [POUM] como la dirección de la CNT, ante estos ataques — primero solapados y después descaradamente al descubierto—, se han situado a la defensiva. Han permitido, pues, a la contrarrevolución, que tomara la ofensiva.”<sup>367</sup> A pesar de ello, en opinión del dirigente de la Célula 72, el carácter espontáneo de la insurrección no impidió a los obreros adueñarse del poder en Barcelona durante los primeros días. “Al lado del Gobierno sólo se encontraban una parte de las fuerzas de Orden Público, los estalinistas, Estat Català, Esquerra —fuerzas estas últimas escasamente combativas—. Algunas compañías de Orden Público se declararon neutrales, negándose a luchar contra los obreros, y otras se dejaron desarmar. Las

---

<sup>367</sup> Josep Rebull, *Las jornadas de mayo*, mayo de 1937, incluido en este libro.

Patrullas de Control estuvieron en su aplastante mayoría al lado del proletariado. No existió un centro director y coordinador por parte de las organizaciones revolucionarias. Sin embargo, la ciudad quedó en tal forma en manos del proletariado que desde el martes podían hacerse perfectamente los enlaces entre los diferentes focos obreros. Únicamente alguno de estos quedó aislado; pero hubiese bastado una ofensiva concentrada sobre los centros oficiales para quedar, sin gran esfuerzo, la ciudad completamente en poder de los obreros.”<sup>368</sup>

Trotsky, coincidía con esta última opinión, a la vez que ponía de manifiesto la zigzagueante argumentación de Nin. “¿Quién ha dicho —y dónde— que marchar hacia la toma del poder en mayo era una aventura? Para empezar, ésta no es la opinión del propio POUM. La víspera, aún aseguraba a los obreros que, si querían, se podían apoderar del poder sin combate.”<sup>369</sup>

La polémica por las jornadas de mayo, y el papel que en ellas desempeñó el POUM, también se trasladaron al interior de la organización internacional de los bolcheviques-leninistas. Algunos dirigentes de la LCI plantearon una comparación entre las jornadas de mayo y las de julio de la revolución rusa.<sup>370</sup> Trotsky, respondiendo a esta analogía, escribió: “Aquí, sin embargo, el camarada Vereecken<sup>371</sup> puede respondernos: ‘Pero si incluso los bolcheviques no se decidieron a apoderarse del poder, en julio de 1917, se limitaron a la ofensiva, haciendo salir a las masas del fuego con el menor número de víctimas posible. ¿Por qué una política semejante no podía ser conveniente para el POUM?’ (...) La manifestación armada del proletariado petersburgués estalló cuatro meses después del inicio de la revolución, tres meses después que el partido bolchevique hubiera lanzado un programa verdaderamente bolchevique, la Tesis de Abril de Lenin. La inmensa mayoría de la población de este gigantesco país, apenas comenzaba a desligarse de las ilusiones de febrero. En el frente se encontraba un ejército de doce millones de hombres, que justo ahora, comenzaban a oír hablar de los bolcheviques. En estas condiciones, la insurrección del proletariado de Petersburgo, aislada, hubiera conducido irremediamente al aplastamiento. Había que ganar tiempo. Esta fue la circunstancia que determinó la táctica de los bolcheviques. En España, los acontecimientos de mayo tuvieron lugar, no después de cuatro meses, sino después de seis años de revolución. Las masas de todo el país habían hecho una gigantesca experiencia. Hacía mucho que habían perdido las ilusiones de 1931, así como las ilusiones recalentadas del Frente Popular. Han podido demostrar en numerosas ocasiones, en todas las regiones del país, que estaban dispuestas a llegar hasta el fin. Si el proletariado de Cataluña se hubiera apoderado del poder en mayo de 1937, hubiera

---

<sup>368</sup> *Ibid.*

<sup>369</sup> León Trotsky, *La verificación de las ideas y de los individuos a través de la experiencia de la revolución española*, 24 de agosto de 1937. Artículo incluido en este libro.

<sup>370</sup> En este mismo artículo, Trotsky no deja de aprovechar la ocasión para defenderse de las acusaciones de aplicar de forma mecánica a la revolución española la *plantilla* de la revolución rusa. “A los camaradas Sneevliet y Vereecken les gusta mucho repetir que ‘España no es Rusia’, etc. Homilias abstractas de este tipo no dan una impresión seria. Bien o mal, durante los seis años pasados, nos hemos esforzado en analizar las condiciones concretas de la revolución española. Desde el principio advertimos que no había que esperar un desarrollo rápido de los acontecimientos, como ocurrió en Rusia. Por el contrario, utilizamos la analogía con la Gran Revolución francesa que comenzó en 1789, y tuvo que atravesar una serie de etapas hasta llegar a su punto culminante en 1791. Precisamente debido a que no somos dados a esquematizar los acontecimientos históricos, no creemos que sea posible aplicar la táctica de los bolcheviques en julio de 1917 en Petersburgo a los acontecimientos de mayo de 1937 en Cataluña. ‘España no es Rusia’. Las diferencias son demasiado evidentes.”

<sup>371</sup> Dirigente de la sección belga de la LCI.

encontrado el apoyo de toda España. La reacción burguesa-estalinista no hubiera encontrado ni siquiera dos regimientos para aplastar a los obreros catalanes.”<sup>372</sup>

Continuado con la posición de Nin, tras haber descrito las debilidades iniciales del movimiento, no dejaba de considerar que éste llegó a adquirir la fuerza necesaria para tomar el poder. El problema fue, aunque Nin se escude en la debilidad numérica del POUM para no reconocerlo, que cuando la clase obrera catalana fue capaz de suplir la falta de iniciativa de su dirección y tomó Barcelona bajo su control, como si de una reedición del 19 de julio se tratara, no encontró dirigentes en quienes depositar el poder recuperado. “La lucha armada se desarrolló en tal forma, fueron tales el ímpetu de los obreros revolucionarios y la importancia de las posiciones estratégicas alcanzadas, que se hubiera podido conquistar el poder. Pero nuestro partido, fuerza minoritaria en el movimiento obrero, no podía tomar sobre sí la responsabilidad de lanzar esta consigna, con tanto mayor motivo cuanto que la actitud de los dirigentes de la CNT y de la FAI, que desde las emisoras barcelonesas invitaban de un modo apremiante a los obreros a abandonar la lucha, creaban la confusión y el desconcierto entre los combatientes. En estas circunstancias, invitar a los trabajadores a tomar el poder era lanzarlos fatalmente a un putsch que hubiera sido de consecuencias fatales para el proletariado.”<sup>373</sup>

Así pues, la derrota de mayo de 1937 se resumía en la imposibilidad de que el POUM desarrollara una política independiente de la CNT. “Y cuando tomó cuerpo en nuestro ánimo el convencimiento de que la continuación del movimiento había de conducir fatalmente al fracaso, no por falta de valor combativo en los trabajadores, que habían realizado verdaderos prodigios de heroísmo, sino por la desorientación determinada por la actitud de los comités responsables de las organizaciones sindicales revolucionarias, consideramos que los intereses del proletariado exigían que se pusiera término a la lucha. Pero para ello, juzgábamos indispensable el cumplimiento de dos condiciones a nuestro entender indispensables: la retirada de la fuerza pública y el mantenimiento de las armas en poder de los trabajadores.”<sup>374</sup>

La SBLE criticó duramente la política adoptada por el POUM y los argumentos esgrimidos por Nin: “Pasados los acontecimientos de mayo, el POUM ha tratado de justificarse por su falta de fuerzas para conducir el movimiento. Habrá que recordarle que la fuerza no la da Dios, sino que se conquista. Si la toma del poder no le era posible, ¿intentó siquiera canalizar el movimiento hacia objetivos limitados —desarme de los guardias de asalto y encarcelamiento de Aiguadé y Salas, Patrullas de Control, constitución de Comités o Juntas Obreras—, pero que representasen un triunfo parcial del proletariado? No; durante los días del combate los militantes del POUM se comportaron como dignos revolucionarios, pero sus Comités como indignos dirigentes. El partido en masa ya empieza a sufrir las consecuencias.”<sup>375</sup>

Rebull, coincide con Nin en que el único motivo por el que no se tomó el poder fue por la ausencia de una dirección revolucionaria, pero no deposita toda la responsabilidad en la CNT. “Las fuerzas proletarias fueron dueñas de la calle cuatro días y medio: del lunes tarde hasta el viernes. Los órganos de la CNT asignaron al movimiento la duración de

---

<sup>372</sup> León Trotsky, *La verificación de las ideas y de los individuos a través de la experiencia de la revolución española*.

<sup>373</sup> Andreu Nin, *El significado y alcance de las jornadas de mayo frente a la contrarrevolución*.

<sup>374</sup> *Ibid.*

<sup>375</sup> Citado en Agustín Guillamón, *Documentación histórica del trosquismo español*, opp. 130.

un día el martes. Los órganos del POUM le asignaron la duración de tres días. Es decir, cada uno hace terminar el movimiento coincidiendo con su respectiva orden de retirada. Pero, en realidad, los obreros se retiraron después de las órdenes, por falta de una dirección que les señalara una salida progresiva y, sobre todo, ante la traición de los dirigentes confederales (...)

“Fiel a su línea de conducta desde el 19 de julio, la dirección del POUM fue a remolque de los acontecimientos. A medida que éstos iban produciéndose, nuestros dirigentes iban suscribiéndolos, a pesar de no haber tomado parte ni arte ni en la declaración del movimiento ni en su encauzamiento ulterior. No puede titularse como encauzamiento la consigna —con retraso y en malas condiciones de difusión— de Comités de Defensa, sin decir ni una palabra acerca del papel antagónico de estos Comités frente a los Gobiernos burgueses. Desde el punto de vista práctico, todo el mérito de la acción queda en favor de los comités inferiores y de la base del partido. La dirección no editó ni un solo manifiesto, ni una sola octavilla, en los primeros días, para orientar al proletariado en armas. Cuando —lo mismo que los que luchaban en las barricadas— nuestros camaradas dirigentes se dieron cuenta de que el movimiento no iba concretamente a la consecución de ningún objetivo final, dio la orden de retirada. Después del curso de los acontecimientos, sin la decisión de dirigirlo desde el principio, y ante la capitulación de los dirigentes confederales, la orden de retirada tendía evidentemente a evitar la masacre. Con todo y esta falta de orientación por parte de nuestros dirigentes, la reacción les presenta como directores e impulsores del movimiento. Es, desde luego, un honor que se les hace, del todo inmerecido, a pesar de que ellos lo rechacen apelando a que se trata de una calumnia.”<sup>376</sup>

Respecto al argumento sobre la debilidad de fuerzas del POUM, Rebull también se pronuncia de forma contraria, incidiendo además que de haber luchado por llegar hasta el final, incluso en el caso de una derrota, el partido no hubiera hecho otra cosa que fortalecer su autoridad ante la vanguardia obrera: “La posible excusa de que el partido no estaba en condiciones de asumir la dirección no es menos contraria a los intereses del mismo, puesto que el POUM solamente podrá jugar el papel de verdadero partido bolchevique, tomando la dirección y no precisamente declinando por ‘modestia’ la orientación resuelta de los movimientos de la clase trabajadora. No es suficiente para el partido que se llama de la revolución estar al lado de los trabajadores en lucha, sino que es preciso situarse en vanguardia. De no haber titubeado, de no haber esperado una vez más el criterio de los elementos trentistas de la dirección confederal, el POUM, aun en el caso de derrota, de persecución y de ilegalidad hubiese salido enormemente fortalecido de esta batalla.”<sup>377</sup>

Trotsky se expresaba también con contundencia: “En este sentido, el POUM tenía razón cuando decía que los obreros podían tomar el poder si lo ‘querían’. Solamente olvidaba añadir: ‘Desgraciadamente no tenemos una dirección revolucionaria.’ El POUM no podía llevar al proletariado catalán a la ofensiva revolucionaria porque —y únicamente por eso— toda su política anterior le había hecho incapaz de una iniciativa semejante.”<sup>378</sup> En su opinión, las decisiones equivocadas que había adoptado el POUM no respondían a factores externos al partido, incorrectamente interpretados, como el

---

<sup>376</sup> Josep Rebull, *Las jornadas de mayo*.

<sup>377</sup> *Ibid.*

<sup>378</sup> León Trotsky, *La verificación de las ideas y de los individuos a través de la experiencia de la revolución española*.

estado de ánimo de las masas, la fortaleza y planes del enemigo, etc.; sino a la línea política general sostenida por su dirección. Los errores, también habían sido patrimonio de los más geniales dirigentes marxistas. Marx y Engels sobrestimaron la madurez revolucionaria del proletariado en 1848<sup>379</sup>. Lenin, mantuvo durante años su fórmula de la “dictadura democrática del proletariado y de los campesinos”, que la revolución de 1917 desmintió. Pero la naturaleza de los errores cometidos por los fundadores del socialismo científico y el máximo dirigente del Partido Bolchevique, era distinta a los de Nin. En este sentido Trotsky remachó: “(...) Toda organización puede cometer ‘errores’; Marx cometió errores, Lenin cometió errores, el partido bolchevique, en su conjunto, también cometió errores. Pero fueron corregidos a tiempo, gracias a una línea fundamentalmente correcta. En el caso del POUM, no se trata de ‘errores’ aislados, sino de una línea fundamentalmente no revolucionaria, centrista, es decir, en el fondo, oportunista.”<sup>380</sup>

Existía un mismo hilo conductor en toda la política de Nin. El POUM, contrario a las alianzas con la burguesía, firmó el Frente Popular; reivindicando un gobierno obrero que sustituyera a las instituciones de la democracia burguesa, apoyó la disolución del CCMAC y entró en la Generalitat; convencido de la necesidad de fortalecer la acción revolucionaria de las masas, participó en el gobierno que aprobó la disolución de los comités; a pesar de considerar que la clase obrera “hubiera podido conquistar el poder” en Cataluña en mayo de 1937, abandonó las barricadas siguiendo la línea política de la CNT. Para Trotsky, el POUM era una organización con una indiscutible base revolucionaria dirigida por centristas de izquierdas. Era esa y no otra la causa de la política desarrollada en las decisivas jornadas de mayo: “El centrismo de izquierda, sobre todo en condiciones revolucionarias, está siempre dispuesto a adoptar de palabra el programa de la revolución socialista, y no se muestra avaro en frases sonoras. Pero la fatal enfermedad del centrismo es su incapacidad para sacar de esas concepciones generales conclusiones valientes de táctica y organización. Siempre piensan que es ‘prematureo’: ‘hay que preparar la opinión de las masas’ (por medios equivocados de duplicidad, diplomacia, etc.); en cambio teme romper sus relaciones amistosas habituales con sus amigos de la derecha... (...) La honestidad personal, el heroísmo de numerosos trabajadores del POUM, merecen por supuesto nuestras simpatías: estamos dispuestos a defenderlos hasta el fin contra la reacción de la canalla fascista.”<sup>381</sup>

El Comité Central del POUM, a pesar de la política que desarrolló en aquellas circunstancias decisivas, no escatimaba en declaraciones revolucionarias: “No hay más que una salida progresiva, para el proletariado y la victoria militar, de la situación presente: la conquista del poder. Durante las jornadas de mayo lo tuvo al alcance de la mano. Si no lo tomó fue, fundamentalmente, porque sus organizaciones tradicionales, inspiradas por la doctrina anarquista, no se planteaban el problema y porque nuestro partido, que no ha cesado de plantearlo durante todo el curso de la revolución, es una organización minoritaria y joven, sin fuerza suficiente todavía para tomar sobre sí la responsabilidad de orientar la lucha en este sentido. Preparar las condiciones necesarias para arrebatar el poder político a la burguesía, constituye la misión inmediata y

---

<sup>379</sup> Este tema está desarrollado en el texto de Trotsky *Noventa años del Manifiesto Comunista*, 30 de octubre de 1937.

<sup>380</sup> León Trotsky, *La verificación de las ideas y de los individuos a través de la experiencia de la revolución española*.

<sup>381</sup> León Trotsky, *El POUM, partido centrista*, carta a Daniel Guerín el 10 de marzo de 1939, en Broué, p. 278.

fundamental del proletariado. Para ello se precisa: constituir el ‘Frente Obrero Revolucionario’, es decir, agrupar, con el fin de coordinar su acción, a las organizaciones obreras que estén dispuestas a oponer un dique a los avances de la contrarrevolución burguesa e impulsar la revolución proletaria hacia adelante.”<sup>382</sup> Rebull, en su contratesis daba un carácter más incisivo a dicha propuesta: “Si las direcciones de las organizaciones obreras revolucionarias no aceptan dichas bases —que ciertamente pugna con su actuación de julio acá— entonces deberá promoverse la formación mediante la presión desde abajo.”<sup>383</sup>

En la parte final de la declaración, los dirigentes del POUM consideran que su actuación “contribuyó eficazmente a poner término a la sangrienta lucha que se desarrollaba en las calles de Barcelona y a evitar que el movimiento obrero se viera aplastado por una represión feroz.” Si bien, a la vez, advierten del peligro que cierne sobre los revolucionarios. “Hay motivos más que fundados para suponer que las potencias ‘democráticas’ intrigan activamente para imponer un armisticio que los trabajadores españoles rechazan con indignación. Y como el mayor obstáculo que se opone a esos turbios designios es la existencia de las organizaciones revolucionarias, existe el plan de eliminarlas, sea como sea, de la vida pública.”<sup>384</sup> La aportación de la Célula 72, por su parte, era mucho más concreta respecto a este peligro, considerando necesario pasar a la clandestinidad: “El criterio de que el Partido no será sumido en la clandestinidad solamente puede admitirse como el propósito de una nueva adaptación y una nueva renuncia a la lucha revolucionaria en estos momentos, quizás decisivos.”<sup>385</sup>

### ¡Acabar con el “Trotsko-fascismo”!

*“Sería de una estupidez lamentable creer que basta un fusil o una bomba para detener o evitar la gran reacción social y política en la URSS. Sólo el proletariado mundial puede abrirle al pueblo ruso la verdadera salida. Si triunfa la revolución española, si el proletariado francés realmente toma el poder, si nuevos vientos recorren Europa, el proletariado ruso se pondrá en movimiento y recuperará la conciencia de su gran tradición. Y los héroes burocráticos que se creen el centro del mundo terminaran en el estercolero de la historia.”*

León Trotsky, *Stalin no es todo*, 23 de agosto de 1936

La orden de aplastar al POUM vino de Moscú. Stalin y la dirección de la Comintern eran conscientes de que en la arena de la revolución española se jugaba el futuro de Europa y de la propia URSS. La burocracia soviética basaba su dominio en la expropiación del poder político que los primeros años de la revolución había entregado a las masas soviéticas. Habían tenido que demoler el régimen de democracia obrera, mantener un ambiente de desmoralización política entre el pueblo ruso, y ahora se preparaban para masacrar a decenas de miles de comunistas, entre ellos a la vieja guardia bolchevique.

---

<sup>382</sup> Andreu Nin, *El significado y alcance de las jornadas de mayo frente a la contrarrevolución*.

<sup>383</sup> Josep Rebull, *Las jornadas de mayo*.

<sup>384</sup> Andreu Nin, *El significado y alcance de las jornadas de mayo frente a la contrarrevolución*.

<sup>385</sup> Josep Rebull, *Las jornadas de mayo*.

Las primeras noticias de la revolución española habían sido recibidas con entusiasmo por los obreros soviéticos, disipando, en parte, el ambiente depresivo provocado por la derrota de los comunistas chinos a finales de los años 20. No es casual que los Procesos de Moscú, destinados a demostrar el poder omnímodo de Stalin y su maquinaria de terror, coincidieran con el levantamiento armado de los obreros españoles contra el fascismo. Decenas de miles de voluntarios que integraron las Brigadas Internacionales, recordaban al mundo entero el poder movilizador que tenía la revolución socialista.

Pero no era solo Stalin quien mostraba interés en los acontecimientos españoles. Un desenlace positivo para el proletariado en la península no sólo habría marcado el destino de los capitalistas y terratenientes españoles, habría amenazado también la propiedad de sus homólogos franceses e ingleses. La derrota de la revolución española se convirtió en una cuestión central. Un obrero de la CNT resumía, a través de su experiencia particular esta realidad: “Un día, hablando con uno de los ex-directores españoles de mi propia compañía, le dije que no alcanzaba a comprender porque la compañía madre de Inglaterra había mostrado tal intransigencia, una intransigencia que había conducido a la colectivización de la fábrica. ‘Es usted un hombre de buena fe, Capdevila, me dijo, pero un poco ingenuo. Lo que a usted se le antoja absurdo a mí me parece completamente natural. El consejo de administración de la Coats reconoció la justicia de las propuestas de los obreros. Pero no se trata de una disputa entre la compañía y sus obreros; lo que está en juego es la vida o la muerte del capital internacional mismo. Todos los monopolios capitalistas han llegado a un acuerdo para boicotear la zona roja y prestar su apoyo incondicional a Franco, que representa la continuidad del capitalismo.’...”<sup>386</sup>

Desde esta perspectiva es fácil comprender por qué, mientras las democracias imperialistas imponían un pacto de no intervención respecto a la guerra civil española, es decir, ninguna colaboración con la clase obrera en su guerra contra el fascismo, si establecieron relaciones comerciales con los fascistas españoles que fueron claves para sostener la campaña militar del bando nacional. “Sin la ayuda alemana e italiana, cuyo total se calcula en más de 116 millones de libras esterlinas (570 millones de dólares), no habrían podido seguir con la guerra. Pero, además de dicha ayuda, los nacionalistas pudieron adquirir suministros relacionados con la guerra por valor de 15 millones de libras (76 millones de dólares) en los países del dólar y la libra esterlina. La Texas Oil Company suministró casi dos millones de toneladas de petróleo con un crédito a largo plazo y sin garantías entre 1936 y 1939. Las compañías mineras británicas no protestaron cuando el régimen de Burgos exportó la mitad de su mineral a la Alemania nazi, fijando para la peseta un tipo de cambio artificialmente bajo. Las exportaciones florecieron. Las ventas de jerez, principalmente a Gran Bretaña, alcanzaron casi dos millones de libras en 1937, el nivel más alto en muchos años, y los Estados Unidos firmaron un contrato para la adquisición de cuatro millones de dólares de la cosecha de aceitunas en 1938. (...) En 1937 los nacionalistas pudieron exportar al área de la libra esterlina productos por valor de 12 millones de libras y aproximadamente la misma cantidad a Alemania. Dos años antes, cuando España no estaba dividida, habían alcanzado un total superior únicamente en un 20%.”<sup>387</sup>

La burguesía europea atravesaba un período de serias dificultades. La tormenta que azotaba la lucha de clases en Europa, había llegado también a tierras africanas

---

<sup>386</sup> Ronald Fraser, *Recuérdalo tú, recuérdaselo a otros. Historia oral de la guerra civil española*, Edit. Grijalbo Mondadori, Barcelona, 1979, Volumen I, pp. 297-98.

<sup>387</sup> *Ibid.*, pp. 389-90.

amenazando su posición en las colonias. “Europa, entonces, era un polvorín. En el Mediterráneo se estaba jugando la suerte de muchos intereses, ingleses e italianos entre otros. En Túnez, se olfateaban aires de revuelta; en el Cairo, los palestinos socialistas se enfrentaban seriamente con el imperio inglés; en África del Norte, la zona francesa tenía una amplia zona insumisa, en la que la metrópoli no había logrado aún imponer su orden: los guerrilleros árabes iban y venían por los desiertos ‘como Pedro por su casa’; Argelia vivía sobre ascuas. Un simple empujón y todo el imperio francés se iba al garete. En esas circunstancias, un frente armado contra el franquismo en la zona española, cuyos habitantes iban a batirse por su propia tierra... hubiera significado el contagio de nuestra lucha por todo el continente africano, lo que hubiera significado herir de muerte a las potencias colonizadoras.”<sup>388</sup> Sin olvidar, desde luego, los efectos desmoralizadores que una derrota de las tropas franquistas hubieran tenido para los regímenes fascistas de Italia y Alemania.

El POUM desarrollaba su actividad en un momento clave para Europa. Sus militantes, a pesar de no ser los más numerosos, hacían notar su presencia, siempre en primera línea del combate contra el capital. Tras el alzamiento del 18 de julio, su consigna de ‘revolución socialista en la retaguardia para ganar la guerra al fascismo’, condensaba lo que instintivamente sentían miles de obreros y jóvenes socialistas, comunistas y anarquistas. Las jornadas de mayo, si bien se saldaron con una derrota de la vanguardia revolucionaria, habían resucitado la memoria de los días que siguieron al 18 de julio. Barcelona había estado durante unos días nuevamente bajo el poder de los obreros. Los defensores de la república burguesa comprobaron que todavía quedaba trabajo por hacer. A pesar de las vacilaciones de los dirigentes poumistas, de su firma del Frente Popular, de su participación en el gobierno de la Generalitat o de su llamado a abandonar las barricadas en la Barcelona de 1937, el POUM, su militancia, su prensa y sus consignas, eran un enemigo a batir. Se trataba, además, de conseguir que la brutal actuación contra este partido se convirtiera en un elemento de *disuasión* para cualquier militante revolucionario, sin importar a que sindicato o partido perteneciera su carné, que se propusiera seguir adelante con la revolución.

A diferencia de la situación existente durante los primeros compases de la revolución española, la Comintern contaba ya con un poderoso Partido Comunista que le posibilitaba una intervención enérgica. El POUM y sus vínculos con el anarcosindicalismo eran vistos como un obstáculo en la aplicación de sus planes. Sobre el POUM cayó *la maldición del trotskismo*, a pesar de que hacía mucho tiempo que sus planteamientos, y su práctica, estaban alejadas de las propugnadas por Trotsky. Es preciso subrayar que el estalinismo calificó como trotskista a todo aquél que cuestionara su política de colaboración de clases, sin importar que estuviera encuadrado o no en la organización internacional de los bolcheviques-leninistas.

La personificación en un solo individuo de todos los males, bajo su apariencia inicial de irracionalidad, tenía una explicación. Para empezar, el líder de la Oposición de Izquierdas era un enemigo incómodo porque representaba la memoria viva de la victoria bolchevique. Pero, sin duda, el punto clave se encontraba en su fortaleza teórica. Trotsky asumió la tarea de analizar desde un punto de vista marxista las causas materiales y políticas de la degeneración burocrática del primer estado obrero de la historia, y pudo dotar a una nueva generación revolucionaria de una extraordinaria

---

<sup>388</sup> Declaraciones del militante cenetista Aurelio Fernández citadas por Abel Paz en su libro *La cuestión de Marruecos y la República española*, pp. 95-96.

fortaleza para resistir el avance de la contrarrevolución estalinista en la URSS. Leopold Trepper, jefe de la *Orquesta Roja*, nombre con el que se conocía la red de contraespionaje organizada por la Comintern en la Europa ocupada por los nazis, describió así la posición de los trotskistas: “(...) Pero, ¿quién protesto en aquella época? ¿Quién se levantó para gritar su hastío? Los trotskistas pueden reivindicar ese honor. A semejanza de su líder, que pagó su obstinación con un pioletazo, los trotskistas combatieron totalmente el estalinismo y fueron los únicos que lo hicieron. En la época de las grandes purgas, ya sólo podían gritar su rebeldía en las inmensidades heladas, a las que los habían conducido para mejor exterminarlos. En los campos de concentración, su conducta fue siempre digna e incluso ejemplar. Pero sus voces se perdieron en la tundra siberiana. Hoy día los trotskistas tienen el derecho a acusar a quienes antaño corearon los aullidos de muerte de los lobos. Que no olviden, sin embargo, que poseían sobre nosotros la inmensa ventaja de disponer de un sistema político coherente, susceptible de sustituir al estalinismo, y al que podían agarrarse en medio de la profunda miseria de la revolución traicionada. Los trotskistas no ‘confesaban’, porque sabían que sus confesiones no servirían ni al partido ni al socialismo.”<sup>389</sup>

Cualquier crítica o idea no establecidas previamente por los jefes de Moscú era interpretada como un desafío a su hegemonía política, haciendo necesaria la persecución implacable de cualquier disidencia. A pesar de que tanto Trotsky como Nin expresaron abiertamente su ruptura, y de que el POUM y los Bolcheviques-leninistas fueran dos organizaciones diferenciadas que hacían públicos sus desacuerdos, la denuncia poumista de la política frentepopulista hizo a los estalinistas situar al POUM en el campo del trotskismo. Las arengas no precisan de matices. Era necesario un discurso simple que permitiera visualizar un enemigo claro al que aplastar. “El trotskismo no es un partido político, sino una banda de elementos contrarrevolucionarios. El fascismo, el trotskismo y los ‘incontrolables’ son, pues, los tres enemigos del pueblo que deben ser eliminados de la vida política, no solamente en España, sino en todos los países civilizados.”<sup>390</sup>

Lo que preocupa a Stalin, José Díaz y Comorera, no eran los vínculos orgánicos de Nin con los trotskistas. Temían los efectos que su discurso, a pesar de todas las concesiones hechas a los reformistas, podía tener entre la base obrera que se resistía a abandonar su compromiso con la revolución: “Pero al mismo tiempo que se aplastaba la insurrección fascista en las ciudades más importantes y se emprendía la lucha militar en los frentes, los obreros creaban comités revolucionarios y se incautaban de las fábricas, los campesinos tomaban posesión de las tierras, se incendiaban conventos e iglesias — focos de reacción fascista—, en una palabra, se iniciaba la revolución, y los antiguos órganos del poder burgués quedaban convertidos en fantasmas. Guerra y revolución aparecían, pues, inseparables desde el primer momento. Vencida la insurrección, los trabajadores emprendían la obra revolucionaria, cuyas conquistas defendían, y siguen defendiendo, en las trincheras. Pretender, como lo pretenden el llamado Partido Comunista Español y el PSUC, en Cataluña, que los obreros que combaten en el frente lo hagan por la república democrática, es traicionar al proletariado, preparar el terreno para un nuevo y victorioso ataque de la reacción fascista.”<sup>391</sup> Trotsky definió los

---

<sup>389</sup> Leopold Trepper, *El gran juego*, Ed. Ariel, Barcelona, 1977, p 68.

<sup>390</sup> Discurso del secretario general del PCE, José Díaz, en marzo de 1937, recogido en *Tres años de lucha*, p. 276.

<sup>391</sup> Declaración del CC del POUM tras las jornadas de mayo de 1937 en Cataluña, incluida en este libro.

Procesos de Moscú como una “guerra unilateral” contra la vanguardia obrera. Para Stalin había llegado el momento propicio de trasladarlos a territorio español.

Desde las primeras semanas de 1937, la prensa del PCE tachaba a los militantes del POUM de “esbirros de la Gestapo”<sup>392</sup>, hecho denunciado acertadamente por el POUM como un intento de crear un ambiente de pogromo contra su afiliación. Pero fue tras la derrota de las jornadas de mayo, cuando los líderes estalinistas se decidieron dar el gran salto: atacar al POUM en el corazón de su militancia, allí donde era más fuerte, en Catalunya. Las calumnias contra los obreros insurrectos en la prensa de los partidos de la IC daban la línea argumental: *Pravda* lo calificó de “putsch trotskista-anarquista” ordenado por Franco, *L’Humanite*, órgano del PCF, varió poco la versión moscovita, describiendo los hechos como un “putsch hitleriano”; *Frente Rojo*, del PCE, lo presentó como un golpe de “agentes trotskistas contrarrevolucionarios”.

El 14 de mayo de 1937, los ministros comunistas exigieron al presidente del gobierno Largo Caballero decretar la disolución del POUM. El dirigente socialista rechazó que el POUM fuese una organización fascista y se negó a aprobar la disolución del partido, argumentando que debían ser los tribunales quienes decidieran sobre la cuestión. El 15 de mayo, Largo Caballero presentó su dimisión, siendo sustituido por Juan Negrín, del ala de derechas del partido socialista. Bajo el nuevo gabinete, totalmente favorable a las tesis de Moscú, se produjo la consolidación definitiva de la hegemonía del PCE en los organismos oficiales republicanos que estarían al frente de la represión contra el POUM y los sectores más izquierdistas de la CNT. En aquellas fechas se creó el SIM, el Servicio de Información Militar, encargado de descubrir a los infiltrados de la quinta columna fascista en territorio republicano, pero utilizado fundamentalmente en la represión del ala izquierda de la revolución. Paralelamente, se fortaleció la presencia y dotación de la NKVD —policía política soviética— en territorio español, que disponía de sus propios agentes y cárceles clandestinas. En pocos días se pondría en marcha el plan para aniquilar al POUM.

¿Cómo había sido posible que el PCE, que partía de una posición minoritaria, sobre todo en Catalunya, se convirtiera en el factor determinante de la política del gobierno republicano? Trotsky escribió bastante al respecto: “La explicación corriente, según la cual, los estalinistas han conseguido el poder gracias a las armas soviéticas, es superficial. Moscú ha recibido el oro español a cambio de sus armas. Según las leyes del mercado capitalista, esto bastaba. ¿Cómo ha conseguido Stalin el poder en esta operación? Corrientemente se suele responder: al acrecentar su autoridad ante las masas a base de sus abastecimientos, el gobierno soviético ha podido conseguir, como condición de su ayuda, medidas decisivas contra los revolucionarios, apartando de esta forma de su camino a peligrosos adversarios. Esto es indiscutible, pero sin embargo no es más que un aspecto del problema, el menos importante. (...) Por otra parte, no bastaba con que Moscú pusiese las condiciones, hacia falta que Valencia las aceptase. Éste es el fondo del problema, ya que no sólo Companys y Negrin, sino Caballero, cuando era presidente del Consejo, se rebajaron, de más o menos buena gana, ante las exigencias de Moscú. ¿Por qué? Porque también estos señores querían mantener la revolución en su marco democrático burgués. (...)”

---

<sup>392</sup> Se trata de un artículo publicado el 6 de febrero en del periódico *Frente Rojo*, editado por el PCE y destinado a los soldados que combatían contra Franco, citado en Andrés Suárez, *op. cit.*, p. 19.

“Ellos mismos temían la ruptura con la burguesía. Se aterrorizaban ante cada nueva ofensiva revolucionaria de los obreros. Stalin ha sido el salvador de todos estos grupos, gracias a sus armas y a su ultimátum contrarrevolucionario. Efectivamente les aseguraba lo que esperaban: la victoria militar sobre Franco, y simultáneamente, les liberaba de toda responsabilidad sobre el curso de la revolución. Sé apresuraron a quitarse las máscaras de socialistas, comunistas y anarquistas, con la esperanza de poder volver a utilizarlas cuando Moscú les hubiera restablecido la democracia burguesa. Para colmo de facilidades, estos señores podían justificar su traición hacia el proletariado por la necesidad de la alianza militar con Stalin. Por su parte, este último justificaba su política contrarrevolucionaria por la necesidad de la alianza con la burguesía republicana. (...)”

“Si no pudieron escoger, como afirman ellos mismos, no es únicamente porque no tenían recursos para pagar aviones y tanques de otra forma que no fuera con ‘cabezas’ de revolucionarios y con los derechos de los obreros, sino porque les era imposible realizar su propio programa ‘puramente democrático’, es decir, antisocial, por otros métodos que no fueran los del terror. Cuando los obreros y los campesinos se comprometen en el camino de la revolución, es decir, se apoderan de las fábricas, de las grandes propiedades, y expulsan a los antiguos propietarios, tomando localmente el poder, entonces, la contrarrevolución, burguesa-democrática, estalinista o fascista — para el caso es lo mismo— no tiene otro método para detener al movimiento revolucionario que la violencia, el engaño y la mentira. La ventaja de la pandilla estalinista en esta vía consiste en que comenzó inmediatamente a aplicar estos métodos, que desbordaban a Azaña, Companys, Negrín y sus aliados de ‘izquierda’.”<sup>393</sup>

### **Moscú fabrica las pruebas contra el POUM**

La periodista catalana Dolors Genovès i Morales ha realizado un meritorio y amplio estudio sobre el proceso contra el POUM y el asesinato de Andreu Nin, plasmado en un magnífico documental para la televisión catalana titulado *Operación Nikolai*, nombre en clave del operativo del NKVD que acabó con la vida del secretario político del POUM. Basado en las pruebas documentales obtenidas en los archivos del Centro Ruso para el estudio de los documentos de la Historia Moderna de Moscú, los Servicios de Información Exterior de la Federación Rusa —donde se encuentran los archivos de las actividades del NKVD y del KGB (Comité para la Seguridad del Estado)— y, también, del Archivo Histórico Nacional de Madrid, su trabajo de investigación ha reconstruido de forma detallada el meticuloso y espeluznante plan puesto en marcha por los hombres de Stalin.

Erno Gerö, delegado de la IC en Barcelona bajo el seudónimo de “Pedro”, y realmente el jefe del PSUC en los momentos decisivos, escribió tras los sucesos revolucionarios de Cataluña, el 22 de mayo de 1937 a sus superiores en Moscú: “Los trotskistas han jugado un papel decisivo en el golpe, no desde el punto de vista cuantitativo de su aportación en hombres y armamento (pese a que estaban bien armados), sino como instigadores y como proveedores de la plataforma del golpe. La plataforma dada por los trotskistas era ‘la revolución está en peligro’ (...) Los trotskistas del POUM siguen existiendo como organización legal, (y a la vez realizan una tarea clandestina) y hasta ahora, pese a todos los esfuerzos del partido, ni el gobierno de Cataluña, ni el gobierno

---

<sup>393</sup> León Trotsky, “Lección de España: última advertencia”, 17 de diciembre de 1937, recogido en *Escritos sobre la revolución española. (1930-1939)*, p. 145.

de Valencia han tomado ninguna medida seria contra el POUM. Pese a todo, es la primera vez que se ha visto claro por parte de las grandes masas de diversas tendencias el papel de agentes del fascismo que juegan los trotskistas. En fin, pienso que ahora lograremos obtener medidas serias y eliminar así en gran parte una de las mayores dificultades en la organización de la guerra y en la vía de la unidad de acción con la CNT.”<sup>394</sup> “Pedro” contaba ya con la colaboración del nuevo gabinete republicano surgido de las cenizas de las barricadas en Barcelona.

Leva Lazarevitx Feldvin, más conocido por su seudónimo, Alexander Orlov, sería el encargado de fabricar las pruebas que *probarían* la colaboración del POUM con los fascistas. Un día después del mensaje enviado por Erno Gerö, el 23 de mayo, Orlov enviaba un informe a la sede moscovita del NKVD, explicando sus detallados planes: “Teniendo en cuenta que, en este caso (Falange Española), la mayoría de los implicados ha confesado, ha causado una seria impresión en los círculos militares y gubernamentales, que el caso está bien documentado y argumentado gracias a la total confesión de los acusados, he decidido utilizar la importancia y la indiscutibilidad del caso para implicar a la dirección del POUM (...). Hemos redactado el documento anexo, que revela la colaboración de la dirección del POUM con la organización Falange Española y, a través de ella, con Franco y con Alemania. Cifraremos el contenido de este documento con el código secreto de Franco que tenemos a nuestra disposición y lo escribiremos (con tinta simpática) detrás del plano de la situación de nuestras puntos de fuego en la Casa de Campo, interceptado a la organización (...) Comenzaremos a investigar conjuntamente con los españoles si los documentos contienen escritura secreta. Un español de la dirección del Departamento de Contraespionaje saldrá inmediatamente para Valencia e irá al departamento de descodificación del Ministerio de la Guerra para descifrar la carta. Según sabemos, el departamento de descodificación dispone del código secreto de Franco. De todos modos, si por alguna razón el departamento no pudiera descifrar la carta, nosotros perderemos un par de días y la descifraremos. Esperamos grandes resultados de la operación. Después del papel que tuvo el POUM en la rebelión de Barcelona, poner en evidencia el contacto directo de uno de sus dirigentes con Franco tendría que impulsar al gobierno a adoptar una serie de medidas administrativas contra los trotskistas españoles y desacreditar totalmente al POUM como una organización espía alemana-franquista.”<sup>395</sup>

El documento secreto sería un plano milimetrado en cuyo dorso se escribiría un mensaje cifrado que inculparía al POUM. La falsa prueba se situaría en la casa de un militante falangista. “El falangista Javier Fernández Golfín confesó ser el autor del plano milimetrado... Pero siempre negó que conociera la existencia del texto escrito con tinta simpática. Y hay que reconocer que decía la verdad. Pese al *énfasis* que los policías de la Brigada Especial de Madrid expresaron durante los interrogatorios para obligar a confesar a Golfín, éste, en cambio, además de desmentirlo, señaló el caso de un tal Alberto Castilla...”<sup>396</sup> Castilla era un confidente de la policía, infiltrado en las filas de la Falange.

---

<sup>394</sup> Citado en el artículo *Operación Nikolai o el asesinato de Andreu Nin* de Dolors Genovés. Este artículo figura en *Història política, Societat i Cultura dels Països catalans*, Barcelona, 1998, y puede consultarse en la página web de la Fundación Andeu Nin.

<sup>395</sup> Citado en Dolors Genovés, *op. cit.*.

<sup>396</sup> *Ibid.*

No hay duda, las pruebas documentales de los archivos históricos de Moscú y Madrid así lo certifican. Erno Gerö, delegado de la IC en España y miembro destacado de la NKVD, eligió el momento político y trazó las líneas generales de la acusación; Alexander Orlov, jefe de la NKVD en territorio republicano, ideó las pruebas falsas; y, Antonio Ortega, Director General de Seguridad y miembro del PCE, sobre la base de estas mentiras, dio la orden de detención.

## La represión

*“Agregamos, por nuestra parte, que la represión contra el POUM, y, en particular, el odioso asesinato de Nin, es la página más negra de la historia del Partido Comunista de España, que se hizo cómplice de los crímenes cometidos por los servicios secretos de Stalin. Los comunistas españoles, estábamos, sin duda, alienados —como todos los comunistas del mundo en esa época y durante muchos años después— por las mentiras monstruosas fabricadas en Moscú. Pero eso no salva nuestra responsabilidad histórica.”*<sup>397</sup>

Siguiendo las instrucciones de Antonio Ortega, el 16 de junio de 1937, Ricardo Murillo, teniente coronel de la Guardia de asalto y afiliado del PCE, detuvo a Andreu Nin, secretario político del POUM, en su despacho de la secretaría general en la sede del partido en Barcelona. Las circunstancias del arresto inclinan a pensar que la dirección del POUM no esperaba un golpe semejante. Julián Gorkin recuerda así los hechos: “El día 16 de junio por la mañana, como cada día, se reunió el Comité Ejecutivo del POUM en el Instituto Maurín, antiguo palacio de la Virreina. (...) Terminada la reunión, nos trasladamos al edificio del Comité Ejecutivo del Partido. Un compañero sale a nuestro encuentro y nos dice, un tanto agitado: ‘Ha estado aquí un militar, que se ha presentado como simpatizante nuestro, y nos ha dicho que la policía ha recibido la orden de deteneros’. Nin lo contempla un momento, y, finalmente, se encoge de hombros: ‘No creo que se atrevan’, exclama. Entramos a su oficina y comentamos, incrédulos, lo que nos ha dicho el compañero.”<sup>398</sup> Poco después, Gorkin se trasladó a otra planta del edificio. “Hemos empezado apenas a trabajar cuando llega Gironella, ligeramente pálido, y me dice: ‘Abajo está la policía. Tienen orden de deteneros a Nin, a Andrade, a Arquer y a ti. Se lleva a Nin’. Me asomo discretamente al balcón. Veo salir a Nin... ¡Cuán lejos estaba de pensar que no volvería a verlo! Por dos o tres minutos, no nos habían detenido juntos. ‘A las cuatro reunión en el Instituto Maurín —le digo a Gironella—. Avisa a los otros miembros del Ejecutivo’.”<sup>399</sup>

Los dirigentes del POUM no pasaron a la clandestinidad tras la detención de su máximo dirigente. Horas más tarde se procedió a la detención de muchos destacados poumistas, entre los que estaban los miembros del Comité Ejecutivo Juan Andrade, Gorkin, Jordi Arquer y Pedro Bonet. Días después, José Rovira, jefe de la XXIX División, tras recibir la orden de presentarse ante el general Pozas, también fue arrestado. Previamente, a finales de mayo, se había suspendido el órgano central del POUM bajo la siguiente

---

<sup>397</sup> Fernando Claudín citado en Andrés Suárez, *op. cit.*, p. 57.

<sup>398</sup> Julián Gorkin, *El proceso de Moscú en Barcelona. El sacrificio de Andrés Nin*, AYMÁ, Sociedad Anónima Editora, Barcelona, 1974, pp. 107-108

<sup>399</sup> *Ibid*, p. 108.

acusación: “La publicación en el número correspondiente al 1 de Mayo de un manifiesto del Comité ejecutivo del POUM, manifiesto que se considera delictivo.”<sup>400</sup> Este hecho daba testimonio del punto de inflexión que supuso para la revolución española la derrota de la insurrección de mayo en Cataluña. Los delitos políticos adquirirían un carácter retroactivo. El partido, tras ser enmudecido y privado de su dirección, se vio enfrentado a un proceso de detenciones en masa.

Leyendo la obra de denuncia de Andrés Suárez, seudónimo de Ignacio Iglesias, se confirma la dimensión de la campaña estalinista. “Los agentes estalinistas asaltan brutalmente las dependencias del Socorro Rojo, los locales del partido, sus sanatorios, sus bibliotecas, el Instituto Maurín. Los domicilios particulares sufren igual procedimiento; se destroza, se roba, se llevan hasta los objetos más insignificantes de uso particular. (...) No se detenía a tal o cual persona mediante mandato previo, sino que se procedía a la caza despiadada de todo militante o simpatizante del Partido Obrero de Unificación Marxista por el simple hecho de serlo. También por el simple hecho de serlo se detuvo e incomunicó a las compañeras de Andrade y Julián Gorkin. El Hotel Falcón, habilitado por nuestro partido para los milicianos con permiso es igualmente asaltado y detenidos sus ocupantes. De todos los locales asaltados por la policía, ninguno fue sellado como habitualmente se hacía. Por el contrario, la mayor parte de ellos fueron habilitados inmediatamente, de manera extraoficial, como oficinas policíacas donde se interrogaba y coaccionaba a los militantes que se iban presentando ignorando lo que sucedía.”<sup>401</sup>

George Orwell describió el ambiente asfixiante que se respiraba aquellos días en Barcelona: “Las cárceles continuaban abarrotadas de personas detenidas cuando los sucesos de mayo, y había más presos —por supuesto, siempre anarquistas y miembros del POUM— que continuaban desapareciendo de ellas solos o acompañados (...) En diversos puntos de la ciudad había retenes de guardias civiles o carabineros donde se paraba a los transeúntes y se examinaba su documentación. Todos me advirtieron que no mostrara mi credencial de miliciano del POUM (...) Yo me repetía sin cesar ‘¿Por qué habrían de querer arrestarme? ¿Qué he hecho yo?’ Ni siquiera era miembro del POUM (...) [Mi esposa] pacientemente me explicó la situación. No importaba lo que hubiera hecho. No era una redada corriente de delincuentes, sino el reinado absoluto del terror. Yo no era culpable de ningún acto definido, pero sí de ‘trotskismo’. Haber luchado en la milicia del POUM bastaba para acabar en la cárcel (...)”<sup>402</sup>

*La Vanguardia*<sup>403</sup> del 15 de agosto, haciendo pública la persecución a la que sería sometido todo aquel que publicara comentarios críticos hacia la URSS, reflejaba el alcance de la operación: “Con reiteración que permite adivinar un propósito deliberado de ofender a una nación esencialmente amiga, creando de esa manera dificultades al Gobierno, se ocupan diferentes periódicos de la URSS, habiendo llegado en su inconveniencia a equipararla a las naciones que invaden el suelo nacional. Esta licencia, absolutamente reprobable, que no debiera ser autorizada por el Gabinete de Censura, debe cesar radicalmente, avisando que tan pronto como esta orden deje de ser observada escrupulosamente se suspenderá con carácter indefinido al periódico que la incumpla, aun cuando hubiera sido autorizado por la censura, quedando en este caso el que hubiera

---

<sup>400</sup> Andrés Suárez, *op. cit.* p. 82.

<sup>401</sup> *Ibid.*, pp. 83 y 84.

<sup>402</sup> George Orwell, *Homenaje a Cataluña*, Virus Editorial, Bilbao, 2000, pp. 169-185.

<sup>403</sup> Periódico catalán fundado en 1881.

leído la prueba periodística a disposición del Tribunal Especial encargado de entender en los delitos de sabotaje.”

El objetivo perseguido no se limitaba a *descabezar* al POUM, era mucho más ambicioso. Se trataba de aplastarlo, lo cual, incluía en la lista de víctimas al conjunto de su militancia y su periferia. Se pretendía enterrar al POUM bajo una montaña arrolladora de calumnias, lo suficientemente amenazadora como para ocultar toda su obra y discurso político. La experiencia represiva ejercida durante años contra la Oposición de Izquierdas, que alcanzó su clímax durante los juicios de Moscú, valientemente denunciados por el POUM, suministraban a los hombres de Stalin en la España republicana un bagaje amplio para en la labor de aniquilar a sus adversarios políticos.

### ¿Dónde está Nin?

*“Acaban de decirnos que han sido hallados en Madrid los cadáveres de Nin y dos compañeros más. Esta noticia no ha sido confirmada, pero hasta tanto el gobierno no la desmienta, diciéndonos dónde está Nin, hemos de creer que es cierta. No se puede impunemente, pasando por encima de la voluntad, de la dignidad de un pueblo, coger a un puñado de hombres, acusarles de algo que no se ha demostrado, meterlos en una casa particular, habilitada al efecto, sacarlos por la noche y asesinarlos.”*<sup>404</sup>

David Rey —seudónimo de Daniel Rebull—, también fue detenido el 16 de junio y encarcelado con sus compañeros del Comité Ejecutivo en la Jefatura superior de Policía. El día 22 fueron trasladados a Valencia y de allí, al día siguiente, a Madrid. Contra este grupo, integrado por Juan Andrade, Pedro Bonet, José Escuder, Julián Gorkin y Daniel Rebull, se desarrollará el proceso contra el POUM. Pero, ¿dónde estaba Nin? El mismo día 16, Andreu Nin había sido sacado de la Jefatura de Policía y conducido a un paradero desconocido. Rápidamente, sus camaradas iniciaron la búsqueda, pero ninguno de los organismos oficiales requeridos daba respuesta sobre su situación. Benito Pabón, abogado del POUM, exigió conocer el paradero de Nin y su petición fue respondida el 17 de julio por el Ministro de Justicia, Manuel de Irujo (PNV): “Puedo asegurarle que nadie de los detenidos ha sufrido un rasguño, ni un mal trato, ni otra presión que la de su propia consciencia.”<sup>405</sup>

El POUM puso en marcha una intensa campaña de solidaridad con los detenidos y denuncia contra la represión. Se constituyó una delegación internacional compuesta por varios partidos obreros europeos que se trasladó a territorio republicano para investigar. Fenner Brockways, secretario del Partido Laborista Independiente, abandonó el Estado español con conclusiones sorprendentemente optimistas. En su carta de despedida a los ministros de Gobernación y Justicia afirmaba: “Por mi parte me marcho con la impresión de que el sumario se realizará por parte del gobierno dentro del respeto más absoluto a las normas jurídicas y constitucionales en vigor, permitiendo a todos los

---

<sup>404</sup> Discurso de Federica Montseny en un mitin celebrado en el Teatro Olimpia de Barcelona, el 21 de julio de 1937. Citado por Peirats en el libro *La CNT en la Revolución Española*, tomo II, p. 262.

<sup>405</sup> Citado en Andrés Suárez, *op. cit.*, p. 106.

acusados el beneficio de un procedimiento normal, lo que les agradezco en nombre de la opinión liberal y obrera de Inglaterra.”<sup>406</sup>

Lo cierto es que antes de ser trasladados a cárceles bajo jurisdicción del Estado, las detenciones y registros habían dado paso a los malos tratos. Ignacio Iglesias explica las condiciones de los poumistas arrestados: “Todos nuestros camaradas detenidos fueron rigurosamente incomunicados y encerrados en locales inmundos o en malas condiciones. Igualmente se les despojó de su documentación y dinero, sin que los que más tarde fueron puestos en libertad lograran recuperar los objetos y los valores de su pertenencia. A los más se les insultó de palabra... Asimismo fueron del objeto de la vejación que supone encerrar a nuestros camaradas con elementos fascistas. Mantenedos en la más absoluta incomunicación, les fue prohibido la entrega de ropa interior, de mantas, de colchones, teniendo que dormir en el suelo días y días. Algunos de los detenidos se encontraban enfermos y en mal estado físico; sin embargo no se les atendió en lo más mínimo sus justas peticiones. Incluso se siguió ese trato inhumano y criminal con compañeros que estaban heridos del frente y aún no restablecidos por completo.”<sup>407</sup>

Las expectativas de la primera comisión internacional de apoyo al POUM se vieron frustradas. El 28 de julio, el Ministro de Justicia hacía pública una nota en la que se daba cuenta de la entrega de los máximos dirigentes del POUM a los tribunales de Espionaje y Alta Traición, sin que el nombre de Nin apareciera en el listado de encausados. Barcelona se llenó entonces de pintadas y grandes carteles que dirigían al gobierno la pregunta “¿Qué habéis hecho con Nin?” Las declaraciones de la dirigente anarquista Federica Montseny, ministra de sanidad en el gobierno de Largo Caballero, anunciando el hallazgo de dos cadáveres uno de los cuales podría pertenecer a Nin, alimentó aún más la ola de indignación. Telegramas y protestas llegadas de todas partes del mundo inundaron la mesa del presidente Negrín.

El 4 de agosto, el Ministerio de Justicia se veía obligado a emitir una nueva nota en la que reconocía que ignoraba el paradero de Nin. “Al hacerse cargo esta jurisdicción de varios atestados formados por la policía a las órdenes de la Dirección general de Seguridad, con respecto a los sucesos subversivos ocurridos en Cataluña, en mayo pasado, en relación con las denuncias, información y documentos de espionaje recogidos en Madrid, de los que se ha dado nota pública anteriormente, se observó que entre los detenidos puestos a disposición de los Tribunales de Justicia, no aparecía Andrés Nin, ex consejero de Justicia de la Generalidad, dirigente del partido POUM. Practicadas las necesarias informaciones, resulta que Nin, en unión de otros directivos del POUM, fue detenido por la policía de la Dirección general de Seguridad, trasladado a Madrid y recluido en un preventorio, del cual desapareció, habiendo resultado hasta la fecha infructuosas cuantas gestiones se han llevado a cabo por la policía para rescatar al detenido y su guardia. El hecho ha sido puesto en conocimiento del fiscal general de la República, con orden de instar con la máxima urgencia al Tribunal de espionaje que entiende el asunto cuantas medidas se reputen adecuadas para averiguar el paradero de Nin y la conducta de los elementos que han entendido en los hechos, a partir de los documentos en que aparece insinuada la figura de Nin, sobre los cuales, su contenido y autenticidad, el tribunal está conociendo ya. Todo ello sin perjuicio de la acción de la policía, que continúa realizando pesquisas conducentes al rescate de aquel detenido,

---

<sup>406</sup> *Ibid.*, p. 106.

<sup>407</sup> *Ibid.*, p. 102.

para ser puesto a la disposición de los tribunales de justicia de la República en las cárceles del Estado.”<sup>408</sup>

Gracias a su reconocimiento internacional, el POUM pudo organizar una segunda delegación que se trasladó en busca de respuestas. Estaba integrada por James Maxton, presidente del ILP; André Weil-Curiel, abogado parisino; Pierre Foucaud, periodista y delegado del Buró del Frente Popular francés; e Yves Levy, periodista y militante socialista francés. En las filas del gobierno la presión se hizo insoportable. Ni el Ministro de Justicia, Irujo, ni el de Gobernación, Zugazagoitia, podían localizar a Nin en ninguna cárcel del gobierno. Aún así, en su informe de despedida la delegación internacional informaba de que las autoridades republicanas aseguraban que Andreu Nin seguía con vida. *La Batalla*, editada de forma clandestina, denunciaba en noviembre: “Respecto a Andrés Nin, seguramente asesinado por los estalinistas, se sabe que nunca ha estado en prisiones oficiales del Estado, si bien el Gobierno lo sabía y toleraba por miedo de ofender al Gobierno de Stalin, que ha decidido aniquilar al POUM. Pasó por las ‘checas’ del Paseo de la Castellana y de la calle Atocha y fue después trasladado a una cárcel particular del Partido Comunista en Alcalá de Henares de donde fue sacado por militares afectos a la GPU con la intención de asesinarlo.”<sup>409</sup> El periódico del POUM daba en la diana. Tiempo después se pudieron conocer más detalles del asesinato de Nin.

Los estalinistas habían reservado un trágico *lugar de honor* a Nin en la causa contra el POUM. Tendría que pronunciar, como tantos otros en los Procesos de Moscú, una confesión que lo situaran a él y a sus camaradas en el campo de la contrarrevolución. La entereza revolucionaria de Nin fue más fuerte que el todopoderoso aparato estalinista. Empeñando en ello su vida, no confesó. Hizo una última y valiosísima contribución a la causa a la que había dedicado toda su vida. Gracias al sacrificio realizado por Nin, Stalin no podría conseguir uno de sus objetivos primordiales. La sentencia condenatoria contra el POUM rechazaría las acusaciones de colaboración con el fascismo.

El mismo día de su detención Nin había sido conducido a Madrid, a la prisión celular de Alcalá de Henares sin que su nombre fuese registrado. Durante sus interrogatorios realizados entre el 19 y el 21 de junio, de los que se conservan las actas, denunció su detención como un complot del Partido Comunista y negó reiteradamente las acusaciones de espionaje a favor de Franco.<sup>410</sup> Tras los infructuosos interrogatorios Nin fue secuestrado. Dolors Genovés encontró la carta en que Orlov informaba a la Lubianka, sede del NKVD, de que el secuestro había sido obra de hombres bajo su mando. De allí fue trasladado a un domicilio particular, al parecer un chalet en Alcalá de Henares, donde fue brutalmente torturado en busca de una confesión que nunca llegó. El cuerpo de Nin nunca aparecería. Hay quién especula sobre la posibilidad de que su cadáver fue trasladado a la URSS. En cualquier caso, es evidente que la policía política que actuaba bajo las directrices del PCUS no quiso dejar pruebas de su delito.

Jesús Hernández, dirigente del PCE y ministro de Instrucción Pública en el gobierno de Largo Caballero, desertó tiempo después de las filas estalinistas. Si bien su testimonio no se pudo corroborar con pruebas físicas, encaja a la perfección en el cuadro general de los objetivos políticos del secuestro del dirigente del POUM. “Andrés Nin, el antiguo

---

<sup>408</sup> Nota de la agencia Febus, citada en Peirats, *op. cit.*, p. 265.

<sup>409</sup> Edición clandestina de *La Batalla*, 20 de noviembre de 1937.

<sup>410</sup> Citado en el artículo *Operación Nikolai o el asesinato de Andreu Nin* de Dolors Genovés, *op. cit.*

amigo de Lenin, de Kámenev, Zinóviev y Trotsky, fue asesinado en España por la misma mano que en Rusia había exterminado físicamente a toda la vieja guardia bolchevique. El crimen fue así: Orlov y su banda secuestraron a Nin con el propósito de arrancarle una confesión ‘voluntaria’ en la que debería reconocer su función de espía de Franco. Expertos los verdugos en la ciencia de ‘quebrar’ a los prisioneros políticos, en obtener ‘espontáneas’ confesiones, creyeron encontrar en la naturaleza enfermiza de Nin el material adecuado para brindar a Stalin el éxito apetecido. En días sin noche, sin comienzo ni fin, en jornadas de diez y veinte y cuarenta horas ininterrumpidas, tuvieron lugar los interrogatorios. (...) Con Nin empezó empleando Orlov el procedimiento ‘seco’. Un acoso implacable de horas y horas con el ‘confiese’, ‘declare’, ‘reconozca’, ‘le conviene’, ‘puede salvarse’, ‘es mejor para usted’, alternando los ‘consejos’ con las amenazas y los insultos. (...) Andrés Nin resistía increíblemente. (...) Decidieron abandonar el método ‘seco’. Ahora sería la sangre viva, la piel desgarrada, los músculos destrozados, los que pondrían a prueba la entereza y capacidad de resistencia física del hombre. (...) aquel hombre enfermizo agonizaba sin confesar. (...) Entregarlo con vida significa una doble bandera de escándalo. Todo el mundo hubiera podido comprobar los tormentos físicos a que se le había sometido y, lo que era más peligroso, Nin podía denunciar toda la infame trama montada por los esbirros de Stalin en España. Y los verdugos decidieron acabar con él.”<sup>411</sup> Quedaba sin resolver todavía qué hacer con su cuerpo. Al parecer fue Vittorio Vidali, conocido como el ‘comandante Carlos’, quien ideó un absurdo plan: simular el rapto de Nin por agentes de la Gestapo camuflados como brigadistas internacionales. Se diría que el más destacado dirigente del POUM había sido liberado por sus *compañeros* fascistas.

En el frente, Marciano Mena Pérez pagaría también con la vida su pertenencia al POUM. Se trataba de un veterano revolucionario que había probado su entrega a la causa antifascista en numerosas ocasiones, destacando su participación en Octubre del 34 y en julio de 36, momento en que lideró la toma del Castillo de Lleida, donde se habían atrincherado militares solidarios con la sublevación fascista. Mena había adquirido una notable autoridad moral y política entre los milicianos, siendo nombrado comisario de su batallón. Cuando Virgilio Llanos, miembro del PSUC tomó posesión como comisario del Ejército del Este, destituyó de forma fulminante al destacado militante poumista acusándolo de exaltación a la rebelión y ordenando que fuera juzgado por un Consejo de guerra. Su detención despertó una ola de indignación y solidaridad. “La CNT, la FAI, Esquerra Republicana, Acció Catalana, Izquierda Republicana, la alcaldía de Lérida, numerosos sindicatos de la UGT, todos conjuntamente enviaron telegramas urgentes al presidente del Consejo de ministros, en Valencia, solicitando el indulto.”<sup>412</sup> Ello no detuvo a los estalinistas. El 7 de agosto, Marciano Mena fue fusilado. Sus últimas palabras ante el pelotón que lo fusiló dan testimonio de su espíritu admirable: “Vais a ver como muere un revolucionario. Tirad sobre seguro. ¡Abajo el fascismo! ¡Viva el POUM! ¡Viva la revolución!”<sup>413</sup> Era el coraje de hombres que hacía años se habían desprendido de su vida, la habían entregado a la causa de la revolución. José Cullarés Cabestany, miliciano del POUM, también fue ejecutado.

Lo mismo se intento hacer con Rovira, jefe de la XXIX División, bajo el mando del partido. Fue arrestado cuando cumplía la orden de presentarse ante su superior, el general Pozas. Rovira, acusado de traición con burdas pruebas falsificadas, fue

---

<sup>411</sup> Jesús Hernández, *Yo fui ministro de Stalin*, G. del TORO Editor, Madrid, 1974, pp. 178-81.

<sup>412</sup> Andrés Suárez, *op. cit.*, p. 97.

<sup>413</sup> *Ibid.*, p. 98.

trasladado a Valencia. La reacción no se hizo esperar. Las Divisiones 25, 28 y 29, situadas en el frente de Aragón, enviaron al Ministro de Defensa un documento en el que daban cuenta de su irreprochable conducta: “No vamos a salir en defensa de los miembros que podríamos llamar políticos de este partido, porque eso ya no entra dentro de nuestra esfera. Pero sí queremos salir a la defensa de la actuación antifascista del jefe de División 29 y garantizar solemnemente su conducta revolucionaria, no de ahora, sino de siempre, porque esto ya entra dentro de la esfera y la dignidad militares.”<sup>414</sup> Rovira fue puesto en libertad gracias a las presiones de ejercidas por sus compañeros de armas, pero la División 29 fue disuelta.

### **La República “democrática” acusa al POUM**

*“Desde poco después del día 18 de julio de 1936, el partido titulado ‘Partido Obrero de Unificación Marxista’ (POUM), inició, bajo la dirección de su Comité Ejecutivo, una intensísima propaganda demagógica, en la que, a pretexto de disparidades doctrinales con todas las organizaciones políticas y obreras que desde el día referido se opusieron con las armas al Ejército sublevado, se atacaba duramente a dichas organizaciones, a la República y a su gobierno central, así como a los gobiernos autónomos de Cataluña y Euskadi.”*

Escrito de calificación del fiscal de la República en el proceso contra el POUM

El 23 de agosto de 1937 se hizo público el auto de procesamiento contra Andrade, José Escuder, Pedro Bonet, Gorkin, Daniel Rebull, Francisco Gómez Palomo, José Rodríguez Arroyo, Dositeo Iglesias, Francisco Clavel y Víctor Verdejo, todos miembros del POUM. Eran acusados de “perturbar la acción del gobierno”, “restar fuerzas a la defensa de la República y ayuda a la actitud rebelde” así como intentar conseguir “la disolución de la retaguardia” en colaboración con “elementos extranjeros”. En apoyo de dicha acusación se refería la existencia de fotografías de aeródromos en las sedes del POUM y varios artículos de *La Batalla*.

El 23 de junio de 1937, días después de las detenciones, se había aprobado un decreto que establecía la creación del Tribunal Especial de Espionaje, cuyas atribuciones parecían haber sido redactadas ex profeso para la causa contra el POUM. El decreto estipulaba como figura de delito llevar a cabo actos hostiles hacia la República en el interior o fuera del territorio nacional; defender o propagar noticias y emitir juicios desfavorables al desarrollo de las operaciones militares o al crédito de y la autoridad de la República; y los actos y manifestaciones tendentes al debilitamiento de la moral pública, la desmoralización del Ejército o el socavamiento de la disciplina colectiva. Se había redactado de tal forma, que la simple propaganda contra la política del Frente Popular podía ser tipificada como delito merecedor de prisión. Además, el decreto definía la forma procesal: vistas a puerta cerrada y procedimiento sumarísimo establecido por el Código de Justicia Militar.

Finalmente, el 11 de junio de 1938, se redactó el Escrito de calificación del fiscal de la República contra el POUM. Si bien se dejó en libertad a varios encausados por carecer

---

<sup>414</sup> *Ibid.*, p. 90.

de prueba contra ellos, el juicio prosiguió contra Andrade, Gorkin, Rebull, Escuder, Enrique Adroher, Bonet y Arquer, centrado en dos acusaciones: el intento de derrocar la República para instaurar la dictadura del proletariado y la imputación de colaboración con los fascistas. Respecto a la primera acusación, se afirma: “Como norma directriz de su propaganda o enunciado programático propugnaba el POUM por la superación de la República y de su gobierno democrático mediante la violencia y la constitución de una dictadura del proletariado, ejercitada por un gobierno de obreros y campesinos, el cuál, como es lógico tendría que recaer en manos del POUM. A los fines de tal propaganda, a más del mitin y de las diversas emisoras de radiodifusión instaladas en Barcelona y en otros lugares, utilizaba el referido partido una copiosa prensa diaria y semanal que aparecía en Cataluña, Levante, Castilla, Aragón y otras regiones españolas, e incluso en los frentes como el de Aragón, donde el POUM tenía sus milicias.”<sup>415</sup> En lo referido a la colaboración con los fascistas el fiscal llegaba a la “conclusión de que el POUM, como entidad social dirigida por su Comité Ejecutivo, estaba en íntimo contacto con las organizaciones fascistas de la España rebelde, a las cuales servía, y asimismo en relación directa con las organizaciones internacionales conocidas con el nombre genérico de ‘trotskistas’...”<sup>416</sup>

En 1938, Barcelona estaba sumida en una atmósfera de terror contra los revolucionarios. Los tentáculos de la represión estalinista llegaron más allá del POUM. La Sección Bolchevique Leninista Española (SBLE) fue también, junto a muchos militantes anarquistas, víctima de la persecución. Munis y la mayoría de sus compañeros fueron detenidos en febrero de 1938. Acusados de espionaje y sabotaje al servicio de Franco, fueron juzgados por un tribunal semi-militar a puerta cerrada. El fiscal pidió pena de muerte para Munis, Carlini y Jaime Fernández. Las denuncias internacionales y la intención de aplazar la decisión definitiva tras el fin del proceso contra el POUM, aplazaron la nueva vista hasta finales de enero de 1939, fecha que coincidiría con la toma de Barcelona por las tropas franquistas.

Munis organizó acciones de protesta entre los presos, consiguiendo evadirse en los primeros días de 1939. A pesar de sus reducidas fuerzas, la SBLE era también incómoda para los planes de los estalinistas. Munis y sus compañeros no dudaron en denunciar la farsa contra el POUM. El 2 de julio de 1937 distribuían un manifiesto de en Barcelona: “El gobierno se atreve a inculpar de espionaje ¿a quién? A un partido que en julio de 1936, solamente en Barcelona, puso en pie a 10.000 milicianos; que desde esa fecha ha enviado al frente a 10.000 soldados cuyo dirigente Maurín, y el líder de sus juventudes han sido muertos por los fascistas junto a centenares de sus mejores militantes; inculpar de espionaje a Nin, Andrade, Gorkin, etc., militantes activos del movimiento obrero durante decenas de años y a quienes Quiapo de Llano anunció desde radio Sevilla un exterminio sangriento y, en fin, cuyos militantes a diferencia de los del estaliniano PSUC, reclutados principalmente entre las derechas, están integrados por los elementos más avanzados del proletariado catalán. (...) No permitáis trabajadores que se asesine impunemente a los revolucionarios del POUM.”<sup>417</sup>

Por su parte, Trotsky, enterado de la desaparición de Nin, escribió un artículo titulado *El asesinato de Andrés Nin por los agentes de la GPU*: “(...) A pesar de las divergencias que me separaron del POUM, debo reconocer que, en la lucha que Nin llevaba contra la

---

<sup>415</sup> *Ibid.*, p. 195.

<sup>416</sup> *Ibid.*, p. 197

<sup>417</sup> Citado en Agustín Guillamón, *Documentación histórica del trotskismo español*, pp. 137-38.

burocracia soviética, la justicia estaba enteramente de su lado. Se esforzaba por defender la independencia del proletariado español contra las maquinaciones burocráticas de la pandilla en el poder en Moscú. Rehusó colaborar con la GPU para arruinar los intereses del proletariado español. Éste es su único crimen. Y lo pagó con su vida.”<sup>418</sup> Sabía bien de lo que hablaba. Trotsky había sufrido el asesinato de uno de sus hijos en París, la ejecución de otro en la URSS, el suicidio de su hija, la masacre de sus amigos y colaboradores dentro y fuera de la URSS. La hija de Trotsky, Zinaida, se suicidó debido a la persecución de Stalin. León Sedov, el hijo mayor de Trotsky, que jugó un papel clave en la Oposición de Izquierdas Internacional, fue asesinado en febrero de 1938 mientras se recuperaba de una operación en una clínica de París. Dos de sus secretarios europeos, Rudolf Klement y Erwin Wolff, también fueron asesinados. Otro golpe doloroso llegó con el arresto del hijo menor de Trotsky, Sergei, que permanecía en Rusia y se creía a salvo por no estar involucrado en política. Fue fusilado en secreto en 1938 por negarse a renegar de su padre. Uno por uno, los antiguos colaboradores de Trotsky cayeron víctimas del terror estalinista. Él también pagaría su lucha incansable contra la miseria de la revolución traicionada. Un agente español de la GPU, Ramón Mercader, lo asesinó el 20 de agosto de 1940.

### **Stalin no consigue su objetivo**

*“(...) En cambio, se desprende de lo actuado que todos tienen una marcada significación antifascista, que han contribuido con sus esfuerzos a la lucha contra la sublevación militar y que la actuación que queda expresada respondía únicamente al propósito de superar la República democrática e instaurar sus propias concepciones sociales...”*

Sentencia contra el POUM

Las burdas calumnias de colaboración con el fascismo esgrimidas contra los dirigentes poumistas, fueron rechazadas por destacados dirigentes del Frente Popular: “(...) ‘No existe ninguna prueba de espionaje contra ninguno de los dirigentes del POUM.’ (Irujo, Ministro de Justicia). ‘No creo que los dirigentes del POUM sean espías.’ (Prieto, Ministro de Defensa). ‘La opinión pública no puede creer que Nin sea un espía fascista.’ (Companys, presidente de la Generalitat).”<sup>419</sup> Louzon, un veterano sindicalista francés, participante en la primera delegación internacional que se trasladó al Estado español en busca de respuesta a las detenciones del POUM, recordaba así su reunión con el anterior presidente de gobierno: “Largo Caballero nos declara que conocía personalmente desde hacía mucho tiempo a Nin, Gorkin y otros más, y que, a pesar de ser su adversario político, sabía perfectamente que éstos no eran ni podían ser espías fascistas. Si Nin y los otros miembros del POUM son actualmente perseguidos por espionaje, es sólo por razones políticas, porque el Partido Comunista quiere destruir al POUM.”<sup>420</sup>

La campaña de presión internacional y las declaraciones públicas de solidaridad con el POUM fueron decisivas. Gracias a ellas, en palabras de Wilebaldo Solano, “en Barcelona no fue como en Moscú”. A pesar, de las detenciones masivas, de las

---

<sup>418</sup> Incluido en este libro.

<sup>419</sup> Andrés Suárez, *op. cit.*, p. 171.

<sup>420</sup> *Ibid.*, p. 172.

amenazas, de las torturas, de los asesinatos, los objetivos de Moscú no se pudieron cumplir en su totalidad. Las acusaciones de colaboración con el fascismo fueron rechazadas. Así, la justicia impartida por la Segunda República se vio obligada a exponer su verdadera naturaleza de clase. Un tribunal republicano condenó, el 29 de octubre de 1938, al POUM por reivindicar la transformación socialista de la sociedad. Amparándose en los hechos de mayo de 1937, la sentencia considera probada la “oposición violenta del POUM al gobierno legítimo”, y denunciaba como un delito su “crítica acerba de las disposiciones adoptadas por el mismo, así como de las instituciones de la República y de los partidos y organizaciones que le apoyan, como medio de debilitar el régimen actual y crear las condiciones externas precisas para tomar el Poder, lo que harían primeramente en Cataluña y a ser posible en el resto de la España leal, e instaurar de tal forma un régimen comunista organizado con arreglo a sus postulados de partido. En tal sentido, comenta y destaca en términos desproporcionados por medio de *La Batalla* y de otras formas de difusión, los reveses militares que ha sufrido el Ejército leal, achacándolo no a las contingencias de la lucha y a la situación de armamento, sino a traiciones hacia el interés popular por parte del gobierno, al que llegó a llamar ‘gobierno de la derrota’, sin tener en cuenta la desmoralización que ello podía producir en la retaguardia. Afirman falsamente en el mismo periódico *La Batalla* que el gobierno de la República está a las órdenes del de Moscú y que persigue a los que no quieren someterse a las órdenes de este último...”

La sentencia finaliza: “Que debemos condenar y condenamos a los procesados Julián Gómez García, Juan Andrade Rodríguez, Enrique Adroher Pascual y Pedro Bonet Cuito a la pena de quince años de separación de la convivencia social para cada uno de ellos, como reos del delito de rebelión antes definido, y a Jorge Arquero Saltó a la de once años de separación de la convivencia social como cómplice del mismo delito, y los que deberán cumplir en campo de trabajo (...) Se decreta la disolución de las asociaciones Partido Obrero de Unificación Marxista y Juventud Comunista Ibérica.”

### **La memoria de la revolución. La lucha continua**

*“Nada ha terminado. Estamos en el comienzo de todo. A través de tantas derrotas, unas merecidas, otras gloriosamente inmerecidas, es evidente que la razón más que el error está de nuestra parte. ¿Quiénes son los que pueden decir lo mismo? Solamente al socialismo corresponde aportar mañana, a la revolución iniciada, una doctrina renovadora de la democracia, una afirmación irreductible de los derechos del hombre, un humanismo total que abarque a todos los hombres.”*

Víctor Serge

La lucha de los militantes poumistas continuó fuera y dentro de las cárceles. Fuera, en condiciones de clandestinidad, se organizaba la defensa de los detenidos y la movilización de todos los amigos del POUM, a uno y otro lado de las fronteras españolas. A su vez, según cuenta Wilebaldo Solano, el comité ejecutivo del partido, recluido en la Prisión del Estado en Barcelona, seguía redactando boletines y manifiestos utilizados por los compañeros del exterior. La guerra se perdía, y la revolución española, que no había contado con una dirección revolucionaria a la altura de las exigencias históricas, agonizaba. Las tropas nacionales se acercaban peligrosamente a Barcelona.

El 17 de enero de 1939, Andrade, Gorkin y Wilebaldo Solano, en nombre de los presos del POUM y de la JCI se dirigieron a las máximas autoridades republicanas exigiendo su derecho a empuñar nuevamente las armas contra el fascismo y la legalización del POUM: “Nuestra guerra, la guerra que con tan legítimo heroísmo tiene que mantener el pueblo español contra el fascismo nacional y extranjero, atraviesa un momento particularmente grave, que obliga a la movilización de todos los esfuerzos y todos los medios. Nosotros, desde nuestras celdas, sentimos las mismas inquietudes y las mismas ansias combativas que puedan sentir los más firmes y probados antifascistas. (...) El propio tribunal que nos ha juzgado ha tenido que proclamar bien alto esa verdad y destruir las calumnias lanzadas contra nosotros (...) Que se nos devuelva rápidamente la libertad, con el fin de llenar nuestro derecho y nuestro deber de antifascistas... (...) Que se proceda a la inmediata legalización de nuestro Partido y nuestra Juventud para que, con todos sus elementos, pueda contribuir a la resistencia y a la lucha contra el fascismo. (...) Que se abran las puertas de las prisiones de la República para todos los antifascistas sobre los que pesa la más humillante de las condenas: la de no poder sumar sus esfuerzos a los de todo el pueblo español en la lucha decisiva que sostenemos.”<sup>421</sup>

Negrín, y los demás cómplices del proceso contra el POUM, no atendieron esta petición. Simplemente evacuaron a los presos a una pequeña cárcel de Cadaqués dos días antes de la entrada de Franco en Barcelona. En un momento decisivo, cuando cada hombre y mujer eran necesarios para detener el avance de la reacción fascista, prefirieron mantener presos a estos militantes que poseían un irreprochable pasado de lucha tras los barrotos construidos por la justicia republicana-estalinista. Cuando las tropas franquistas entraron en Barcelona, el 26 de enero de 1939, los presos del POUM habían logrado evadirse.

Wilebaldo Solano recordando esos últimos días escribe: “En Cadaqués, el grupo dirigente del POUM (Juan Andrade, Jordi Arquer, Julián Gorkin, Pere Bonet, Wilebaldo Solano, Gironella, Josep Rodes, Joan Ferré Gassó) y otros compañeros reclamamos nuestra liberación a Negrín, que se encontraba en Figueras. El jefe del gobierno la prometió por medio de Vicente Sol, director general de Prisiones de la República, y hasta estuvo a punto de aceptar una entrevista... En ausencia de tal entrevista y de una orden concreta de liberación, los presos del POUM decidimos liberarnos por nosotros mismos, y tratar junto con nuestros propios guardianes, de pasar la frontera. La suerte hizo que fuéramos descubiertos en la Sierra el Rebollés por un comando del Partido Socialista Obrero y Campesino de Francia, dirigido por el escritor Daniel Guerín y el militante Maurice Jacquier, especialista en el paso de armas a España desde julio de 1936. (...) Unos días después, el equipo dirigente del POUM... asumía en París las obligaciones que las circunstancias imponían.”<sup>422</sup>

Los militantes poumistas fueron acogidos por dirigentes de la izquierda francesa. La primera reunión del Comité Ejecutivo en el exilio francés se celebró en la casa del escritor y revolucionario ruso Víctor Serge. Tiempo después se sumaron al CE Molins i Fàbrega y Josep Rovira. Una de las prioridades del partido fue apoyar a los compañeros que permanecían en el Estado español. David Rey, alias de Daniel Rebull, si bien había sido absuelto en el proceso contra el POUM no fue liberado. Consiguió escapar de la cárcel poco antes de la llegada del ejército franquista, pero no salió del país para no abandonar a su mujer enferma. Detenido nuevamente y condenado a muerte, fue

---

<sup>421</sup> Incluida en este libro.

<sup>422</sup> Wilebaldo Solano, *op. cit.*, p. 105.

finalmente indultado. Incansable luchador, al salir de prisión en 1946 reemprendió su actividad política y formó parte del comité ejecutivo del POUM en la clandestinidad. Su hermano, Josep Rebull, pasó la frontera francesa en febrero de 1939, incorporándose a las tareas del partido en Francia. Poco después, el fascismo volvería a amenazar a los militantes poumistas en territorio francés. Aún así, la lucha continuó.

Después de cuarenta años de represión, y un encarnizado exterminio de la clase obrera española, la larga dictadura franquista cayó. Los trabajadores, una vez repuestos de sus profundas heridas, se volvieron a levantar ¡Los oprimidos siempre vuelven a ponerse en pie! Ellos y sólo ellos acabaron con el régimen brutal de Franco, sostenido por los empresarios, los banqueros, la jerarquía católica y las potencias imperialistas “democráticas”. Hoy en día, son legión los que intentan modificar esta verdad de la historia, para negar la capacidad revolucionaria de las masas. Muchos de estos nuevos profetas, que en el pasado militaron en las filas del estalinismo y hoy se han pasado con armas y bagajes a la trincheras de la burguesía, nos explican que las ideas del socialismo y la revolución están anticuadas, que el comunismo fracasó, que la clase obrera ha sufrido transformaciones tan profundas que ha sido privada de su capacidad para transformar la sociedad, que las viejas y heroicas tradiciones revolucionarias de los siglos XIX y XX se han perdido para siempre... Los marxistas insistimos: mientras haya explotados y explotadores, existirán revoluciones.

Cuando tenemos oportunidad de escapar a la alineación cotidiana de este sistema, y nos elevamos para adquirir una panorámica histórica, nos reafirmamos en la vigencia de la afirmación que Marx y Engels hicieron en *El Manifiesto Comunista*: “Toda la historia de la sociedad humana, hasta la actualidad, es una historia de luchas de clases”. Es cierto que los fracasos suman más que las victorias. Pero sabemos que ninguna derrota ha sido en vano.

En los albores del siglo XXI, el capitalismo vive sacudido por una de las crisis más profundas que recuerda su historia, desnudando su naturaleza reaccionaria ante cientos de millones de jóvenes y trabajadores en todo el mundo. No desperdiciaremos el valioso legado de quienes nos precedieron, nos resulta indispensable porque hoy, la lucha por el socialismo, sigue más vigente que nunca.